

EL TEMPLARIO

PAUL DOHERTY

Una historia apasionante sobre la conquista de Jerusalén



Lectulandia

En 1095 el fervor de una Cruzada recorre Europa. Jerusalén ha caído en manos de los infieles, y el Papa Urbano II convoca a los guerreros de la Cristiandad para que emprendan una campaña que la libere del yugo musulmán y reclamen Tierra Santa en nombre del Cristianismo.

Cientos de caballeros acuden a esta llamada, como Hugo de Payens y su amigo Godofredo de Saint-Omer que se convertirán en los fundadores de la orden de los Templarios, o la hermana menor de Hugo, Eleanor, y abandonan la seguridad de sus hogares para unirse al ejército del conde Raimundo de Tolosa, en un viaje épico a través de Europa, el Imperio Bizantino y Siria hasta la ciudad de Jerusalén.

Las intrigas y los intereses políticos van de la mano en una historia de sangre y mentiras que daría lugar a la orden sagrada de los Templarios.

Lectulandia

Paul Doherty

El Templario

El Templario-1

ePub r1.0

Titivillus 17.03.18

Paul Doherty, 2007
Traducción: Juan Miguel Lobo Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Angela Francescotti dedica
este libro a su querida nieta
Lucia Maria Francescotti.

PERSONAJES HISTÓRICOS PRINCIPALES

PAPAS

Urbano II (1098-99): Empezó la primera Cruzada en Clermont, en 1095.

PRINCIPALES FRANCOS

Ademar de Le Puy: Obispo de Le Puy, en el sur de Francia y legado papal en la Cruzada.

Raimundo de Toulouse: Conde de Toulouse y señor de San Gil. Líder de los cruzados franceses del sur (provenzales).

Bohemundo de Tarento: Líder de los cruzados normandos del sur de Italia.

Godofredo de Bouillon: Líder de un contingente de cruzados de Lotaringia y Alemania.

Roberto de Normandía: Hijo de Guillermo el Conquistador y duque de Normandía; figura principal entre los cruzados del norte de Francia.

Roberto de Flandes: Conde de Flandes; figura principal entre los cruzados del norte de Francia.

Esteban de Blois: Conde de Blois; figura principal entre los cruzados del norte de Francia.

Hugo de Vermandois: (Hugo de París) Conde de Vermandois, en el norte de Francia, y hermano del rey Felipe I de Francia.

Tancredo de Hauteville: Sobrino de Bohemundo de Tarento.

Balduino de Bolonia: Conde de Bolonia; ambicioso hermano de Godofredo de Bouillon.

Pedro el Eremita: Predicador carismático y cabecilla de la Cruzada Popular.

Pedro Bartolomé: Visionario provenzal que «descubrió» la Lanza Sagrada de Antioquía.

Hugo de Payens y Geofredo de San Omer: Caballeros franceses, amigos de la Primera Cruzada, que más tarde fundaron la Orden de los Templarios.

Raimundo Pilet: Capitán provenzal del ejército de Raimundo de Toulouse.

Gualterio de Sans-Avoir: Señor de Boissy.

Guillermo el Carpintero: Capitán francés, famoso por su crueldad.

BIZANTINOS Y ARMENIOS

Alejo I Comneno: Emperador de Constantinopla (1081-1118); fundador de la gran dinastía Comneni.

Manuel Boutoumites: Enviado griego que acabó con el Sitio de Nicea.

Tacticio: General griego que acompañó a los francos a Antioquía.

Thoros: Gobernante armenio de la ciudad de Edessa; padre adoptivo de Balduino de Bolonia, quien le dio muerte.

Firuz: Oficial armenio de Antioquía, que traicionó a la ciudad.

MUSULMANES

Kilij Arslan: («La Espada del espíritu») Turco Seljuk. Sultán de Rum de Asia Menor.

Yaghi Siyan: Gobernador de la ciudad de Antioquía.

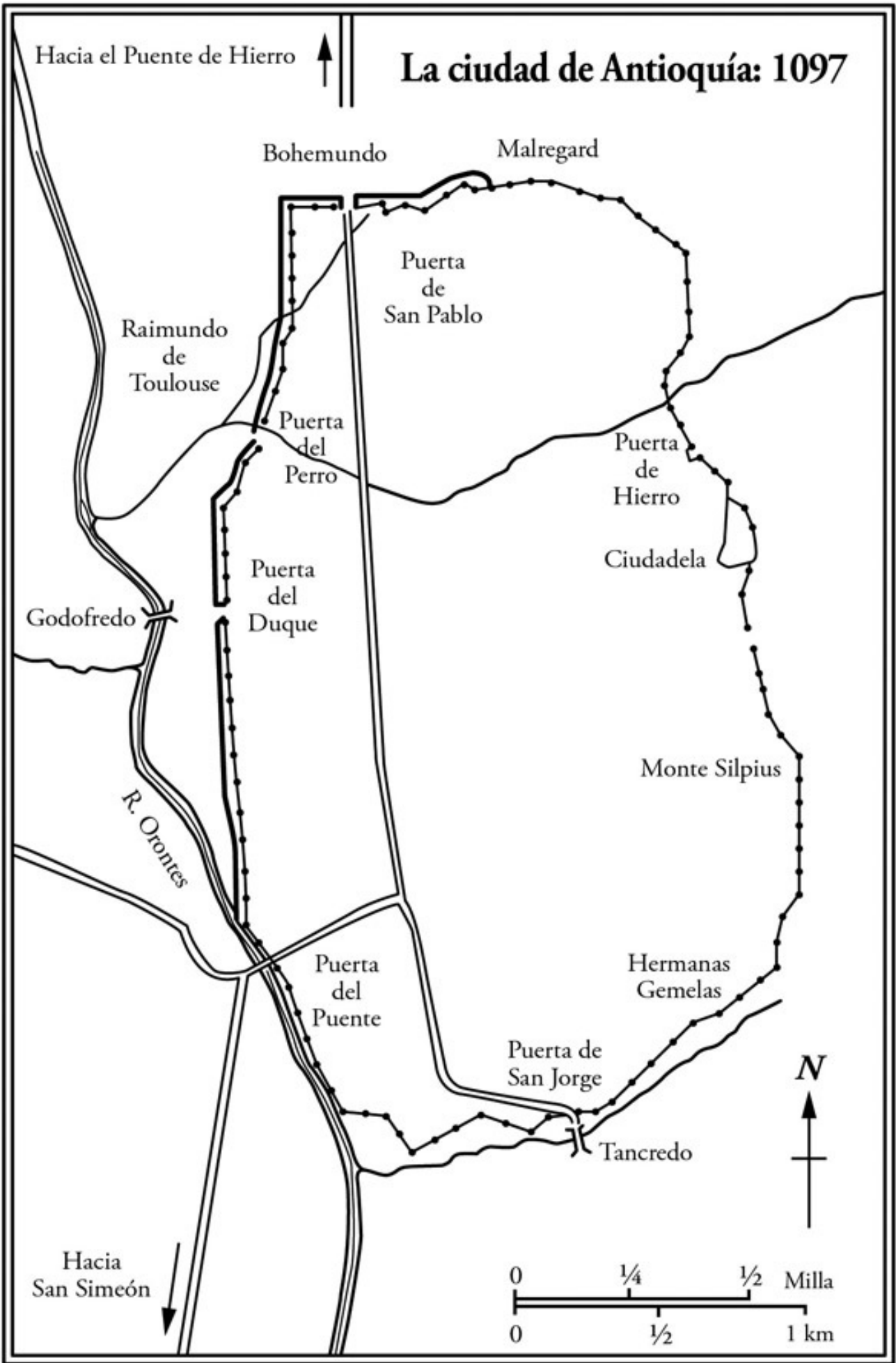
Ridwan de Alepo: Gobernador Seljuk de la ciudad siria de Alepo; condujo el ejército de refuerzo musulmán hasta Antioquía.

Atabeg Kerboga: Emir de Mosul y general reconocido; líder de una enorme fuerza musulmana, enviada a liberar Antioquía.

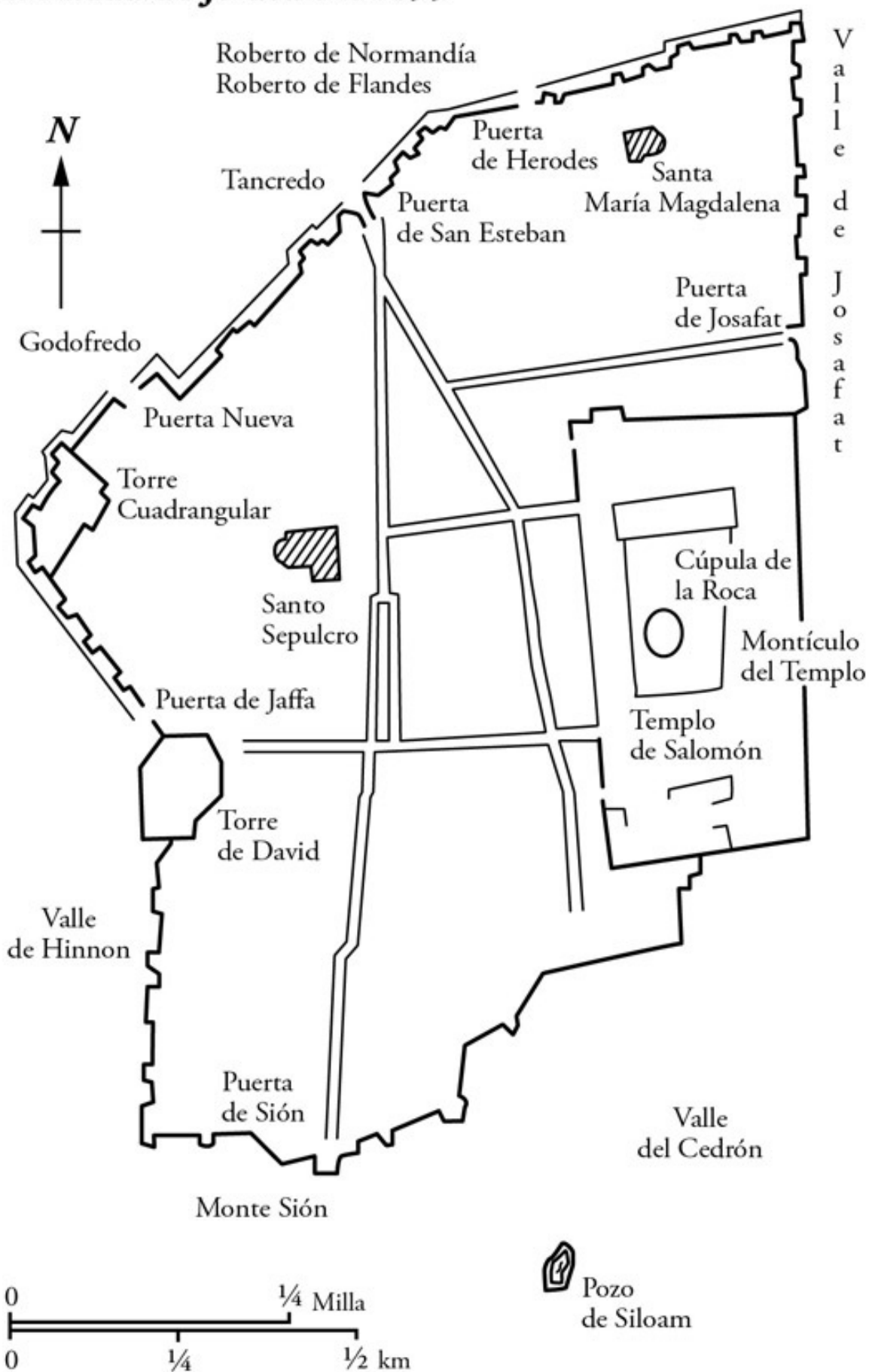
Iftikhar: Gobernador fatimí de Jerusalén.

NOTA DEL AUTOR

El templario está basado no solo en documentos originales, sino en los numerosos testimonios de la gente que viajó desde Europa para tomar Jerusalén, en julio de 1099. En todo momento, he procurado mantener el tono de esos relatos, así como el lenguaje que emplearon sus protagonistas. Se incluye también una nota al final, en la que se comentan diversos aspectos de esta extraordinaria aventura que marcó la historia del mundo y ocasionó efectos a tan largo plazo. Los numerosos ejércitos cruzados partieron desde Francia, Italia y Alemania hacia Constantinopla; después, cruzaron el territorio que ocupa actualmente Turquía y se dirigieron al sur, hacia Siria y Palestina. La ruta del ejército principal, comandado por Raimundo de Toulouse, fue bastante simple: cruzó el norte de Italia, siguió la Vía Egnatia, a lo largo del Adriático y se introdujo en suelo Griego. Me he permitido incluir dos mapas para facilitar la explicación de los puntos fundamentales de la primera Cruzada: el sitio de Antioquía de 1098 y el de Jerusalén, en 1099. Aparece también un listado de los principales personajes históricos, y sus acciones se basan en los relatos de los testigos. He decidido mantener la división simple que existía entre las dos culturas rivales en la Edad Media. En el mundo del islam, el término «franco» se utilizaba para describir a cualquier occidental. Del mismo modo, la mayoría de los europeos eran completamente ignorantes de las diferentes sectas del islam, y solían usar los términos «turco», o «sarraceno» para describir a sus oponentes.



La ciudad de Jerusalén: 1099



PRÓLOGO



Abadía de Melrose, Escocia:
Fiesta de San Jaime, 25 de julio de 1314

Regís Regum rectissimi prope est dies domini.
(El día del Señor, del más poderoso Rey, está cerca).

Dies Irae de San Columba

El monje alzó la cabeza, escondida tras la capucha y miró, a través de la ventana, hacia los vastos páramos salvajes de Melrose. Se aproximaba la época de la cosecha, pero su tarea acababa de empezar aquí, en la torre escalonada de esta antigua casa solariega fortificada. Su mirada paseaba por la sala y se tropezaba con libros de contabilidad, contratos, crónicas, cartas y escrituras, minuciosamente clasificados: todo este material se había recopilado de las bibliotecas de la Orden de los Templarios, para trasladarlo hasta aquí en el verano del año de Nuestro Señor de 1314.

—Todo lo que pudimos robar o comprar —murmuró la anciana mientras descansaba sobre su bastón, sin dejar de observar a través del pequeño mirador. Ni siquiera se molestó en darse la vuelta.

—*Consummatum est*, se acabó. Hermano Anselmo, ¿has oído las noticias?

El joven monje cisterciense tosió y asintió con la cabeza. Sabía por qué estaba allí. Había hecho un juramento de secreto sobre el gran *Libro del Evangelio* que, encadenado a su atril en el centro de la habitación, revelaba su encuadernado en piel con relieves de oro.

—El pasado diecinueve de marzo —susurró la anciana—. Jacques de Molay, Gran Maestre del Templo; y Geofredo de Charney, preceptor de Normandía, quemados vivos por la noche, atados a una estaca en la Île-de-France. Inocentes como eran... —se acercó renqueando al hermano Anselmo, y le dedicó una sonrisa burlona.

—El padre Abbot —dijo, inclinándose sobre el monje y acariciándole las suaves mejillas con gesto infantil— te ha librado de todas tus obligaciones —seguía agitando las manos—, para que recompongas todo esto en una obra sin fisuras. Una crónica de la Orden del Templo, desde sus orígenes hasta su final —la anciana asió la muñeca de Anselmo con sorprendente fuerza, a pesar de su aparente debilidad, clavando sus grises pupilas en las del monje.

—Eres mi pariente Benedicto; llevas la sangre sagrada de los Payens, los fundadores de esa Orden.

—*Domina*, ¿cómo debería escribirlo?

—Como una crónica —replicó la anciana. Se dio la vuelta y caminó hacia los manuscritos—. Como si hubieras estado allí, hermano. Actúa como el profeta Ezequiel en el valle de la muerte: insufla vida, sangre y carne a esos huesos secos.

PRIMERA PARTE



Iglesia parroquial de San Nectario, en la Auvernia.
Víspera de la festividad de san Ignacio de Antioquía,
16 de octubre de 1096

Dies trae et vindicatae tenebrarum et nebulae.
(Un día de ira y de venganza, de oscuridad y densos nubarrones).

Dies Irae de San Columba

Unas águilas se batían en duelo sobre la negra cortina de la arboleda mientras, en el cielo de la noche, las lanzas desfilaban bajo espadas cruzadas. Las brillantes antorchas nupciales se habían tornado en teas funerarias. Los vientos expulsaban relámpagos de las nubes, aterrorizando a las gentes que luchaban por mantener vivo el fuego. Los cometas rayaban el cielo. Los veranos se hicieron abrasadores. El invierno llegaba cubierto de un manto de hielo. Satán se aparecía por doquier. En aquel remoto y desconocido lugar del gran océano, conocido como el Mar de la Oscuridad, rebosante de monstruos, los demonios surgían de entre las aguas, la feroz manada oscura del Príncipe de los Demonios, una sobrecogedora advertencia de lo que iba a suceder. El tiempo de la confrontación había llegado.

Las palabras del padre santo, el papa Urbano II, habían salido de su boca como dardos certeros, el pasado mes de noviembre. Jerusalén debía ser liberada de los turcos. Era esa la voluntad de Dios. Los hombres, las mujeres y los niños comenzaron a armarse para la guerra. Se hicieron con escudos despintados y ajados, jabalinas con la punta doblada hacia atrás, espadas, dagas y lanzas, todo visiblemente ennegrecido u oxidado. Se encendieron las fraguas en pueblos y aldeas. El sonido insistente del martillo no cesaba hasta bien entrada la noche. Las llamas crepitaban contra las paredes chamuscadas, mientras las armas se templaban y afilaban para recolectar una sangrienta cosecha. Se reunieron todos los caballos y se comprobaron herrajes y dentaduras. Los ponis de Sumpter se condujeron al trote por helados prados y se inspeccionaron escrupulosamente. El mundo de los francos estaba a punto de movilizarse para desplazarse hasta Jerusalén y liberar los Sagrados Lugares de Nuestro Señor de las manos turcas. La gente del oeste se apresuraba a cumplir las profecías y presagios, mientras los cielos se cubrían de plomo durante el día y se hendían de noche, entre el choque de míticas armas. Se alentaban las masas, se encendían cirios y velas ante estatuas fantasmagóricas de una miríada de santos protectores. Se recitaban con avidez Avemarias, Padrenuestros y Glorias. Los pecados se confesaban, las penitencias se aceptaban. Hombres, mujeres y niños se aferraban a la cruz, postrados cabeza abajo, en miles de naves heladas; con la niebla del invierno abriéndose paso sobre las losas enmohecidas bajo sus pies mientras la cara esculpida de su salvador torturado les contemplaba desde la mampara ornamentada.

Los grandes señores hipotecaron sus posesiones, brindaron sus ganancias a la cruz, pidieron perdón por sus pecados y tomaron el dinero ofrecido por los buenos hermanos de San Benedicto para cambiar arados por espadas y hoces por lanzas. Los maridos juraban fidelidad a sus esposas y lealtad a su parentela mientras redactaban su última voluntad y sus testamentos. ¡Jerusalén les llamaba! ¡El feudo de Cristo les enviaba una señal! Los guerreros de Dios iban a liberarla de las manos de los turcos. ¡*Deus vult!* ¡Es la voluntad de Dios! El grito resonaba como el sonido de trompetas a través de las tierras de los francos. ¡La voluntad de Dios será cumplida! Sin embargo, los portadores de la cruz también soñaban con mares de jade, con extensos patios

como campos estivales, con caballos de crines blancas como el más puro trigo, con pórticos de mármol, preciosas telas de camelote, damasco y brocados de joyas tan grandes como carbúnculos, con días dorados y cálidos, tan alejados de los sombríos bosques nublados del oeste. El fuego de la expectación resplandecía a lo largo de las tierras de los francos; las llamas de la fe, la esperanza y la caridad relucían al lado de las de la ambición, la codicia y la lujuria. La voluntad de Dios debía cumplirse en estos días finales. Los hombres afirmaban la inminencia del Apocalipsis, la repentina llegada del Día del Juicio Final, que se cerniría sobre cada hombre como una trampa. ¡Nadie debía estar desprevenido!

Nada había sido igual desde el último otoño, en el que un halo de niebla se extendió sobre los campos negros y yermos tras la cosecha. Las paredes grises de Clermont se habían convertido en un sepulcro para clérigos envueltos en capas y portadores de brillantes cruces; y para los señores, con sus estandartes y blasones de tonos rojo, oro y blanco níveo, ondeando en la brisa. Sobre un estrado púrpura, un clérigo de barba revuelta y hombros vencidos por el peso de un palio bordado en oro blanco puro, revelaba el mensaje de Dios. El papa Urbano II añadía sus propias llamadas. «Hablo a todos los presentes», comenzó con voz rotunda. «Anuncio a todos los ausentes que Cristo lo ordena. Desde los límites de Jerusalén hasta la ciudad de Constantinopla se extienden terribles nuevas. Una cierta raza ha emergido del reino de los persas, unas hordas bárbaras que han invadido las tierras de los cristianos del este y los han expulsado de allí a fuerza de fuego, acero y saña. Tales invasores, turcos y árabes, han avanzado a través del imperio de Constantinopla hasta el mar Medio y hasta el estrecho conocido como Brazo de San Jorge. Ahora, el imperio de Constantinopla está mutilado. Hasta el presente año, el imperio había sido nuestra defensa; ahora se encuentra en una situación desesperada. Esos turcos han liberado y conducido a sus propias tierras a muchos cautivos de los cristianos. Han derribado iglesias de Dios, o las han utilizado para sus propios ritos. ¿Qué más os puedo decir? Escuchad ahora, esos saqueadores contaminan los altares con la inmundicia de sus cuerpos. Circuncidan a los cristianos y derraman la sangre de la circuncisión sobre nuestros altares, o en baños y fuentes. Usan nuestras iglesias, ahora retiradas del servicio de Dios, como establos para sus caballos. Sí, estas iglesias ya no se administran por hombres consagrados; solo los turcos pueden utilizarlas. En estos momentos, los turcos están torturando a cristianos, atándolos y acribillándolos con flechas, haciéndoles doblar la cabeza para que sus espadachines puedan segarles el cuello con un único golpe de una espada desnuda. ¿Qué puedo decir de la violación de mujeres? Hablar de ello es peor que permanecer en silencio. ¡Desde Francia habéis oído el murmullo de la agonía que proviene de más allá de las fronteras de Iberia! Puede llegar el tiempo en que veáis a vuestras propias mujeres violadas, o a vuestros hijos raptados para trabajar como esclavos en lejanas tierras.

»Reflexionad también acerca de esos compañeros cristianos que han cruzado los mares como peregrinos. Si llevan dinero, se les fuerza a pagar tasas y tributos cada

día en las puertas de las ciudades y en las entradas de las iglesias. Si se les acusa de algo, se les obliga de nuevo a comprar su libertad; y en cuanto a aquellos que no llevan dinero y se encomiendan a doña Pobreza, ¿qué es de ellos? Se les persigue. Incluso se les extirpan las callosidades de sus talones descalzos para comprobar que no se han cosido dinero ahí. Se les obliga a beber veneno hasta que vomitan y revientan sus entrañas, para mostrar si se han tragado alguna moneda. A menudo les abren el estómago para inspeccionarlo; les sacan los intestinos y los abren con un cuchillo para ver qué esconden. ¿Quién es capaz de relatar esto sin sentir congoja? Son vuestros hermanos de sangre, criaturas de Cristo e hijos de la Iglesia. ¿En quién recaerá la tarea de la venganza y la justicia sino en vosotros, que habéis ganado tal gloria en las armas? Contáis con coraje y la disciplina para doblegar la mano que se ha alzado contra vosotros».

Urbano, cuya voz resonaba con pasión, derramó ahora su ira sobre su audiencia. «¡Sois rectos caballeros, aunque el orgullo os hace arrogantes! Atacáis a vuestros hermanos con furia, sembrando la muerte entre ellos. ¿Es este el servicio de Cristo? ¡Ciñámonos a la verdad! Para nuestra vergüenza: ¡esta no es nuestra forma de vida! ¡Ejecutores de padres, saqueadores de esposas, asesinos de hombres! ¡Hedéis a sacrilegio! Sois asesinos que aguardan el pago del precio de la sangre. Acudís en tropel a la batalla como los buitres que distinguen un cadáver desde la lejanía. ¡Es espantoso! Si queréis salvar vuestra alma, purgad la culpa por esas prácticas de caballería y acudid a la defensa de Cristo. Aquellos de vosotros que mantienen contiendas, ¡marchad a la guerra contra los turcos! Los que os habéis transformado en ladrones, ¡volved a ser soldados, luchad en una guerra justa, trabajad por la recompensa eterna! No dejéis que ningún obstáculo os detenga; arreglad vuestros asuntos, haced acopio de víveres, incorporaos a esta misión al acabar el invierno. Dios os guiará...».

Urbano hizo una pausa y se inclinó sobre la tarima. Observó a la muchedumbre allí congregada. Los hombres rompían a llorar, con la cara escondida entre las manos, las mujeres se apartaban y, de pronto, emergió el grito vehemente de la multitud. ¡*Deus vult!* El clamor aumentó de intensidad mientras los hombres desenvainaban espadas y dagas, que chocaban entre sí en el aire, elevando el grito de guerra a los cielos. Urbano alzó las manos y pidió silencio.

«Siempre que dos o tres se reúnan en mi nombre, allí me encontraré entre ellos», recitó. «A menos que Dios, Nuestro Señor, haya estado en vuestras mentes, no habríais gritado “¡*Deus vult!*”. Así que os lo digo, el mismo Dios ha hecho emerger este clamor de vosotros. Que ese sea vuestro grito de batalla cuando marchéis contra el enemigo. Que se extienda esta consigna de guerra: ¡es la voluntad de Dios! Por otra parte, aquellos que se aventuren a participar en esta misión deben hacer votos y llevar la señal de la cruz en la cabeza, o en su pecho. Absténganse viejos y enfermos, y aquellos incapaces de blandir armas. Las mujeres no deberían aprestarse a esta peregrinación sin la protección de maridos, hermanos o guardianes, pues serían un

estorbo, en vez de una ayuda. Que los ricos apoyen a los pobres. No permitáis que vuestras posesiones os detengan, ni el amor que profesáis por niños, parientes o casas. Recordad lo que dice el Evangelio: “Debéis renunciar a todo para seguir a Cristo”. ¡Poneos en camino hacia el Santo Sepulcro, arrebatad esa tierra a los invasores y mantenedla en vuestro poder, una tierra de donde mana leche y miel! Jerusalén, más fértil que ninguna otra tierra, donde el Señor vivió y murió por nosotros. Postraos ante su Santo Sepulcro y dad gracias por vuestra fe. Id y no temáis nada. vuestras posesiones estarán a salvo mientras desposeáis a vuestros enemigos de tesoros mucho mayores. ¿Por qué temer a la muerte en una tierra donde Cristo entregó su vida por vosotros? Si alguien perdiese la vida, incluso durante su viaje por tierra y mar hacia esta batalla contra los turcos, sus pecados serán perdonados. Os garantizo esto a todos los que partáis, por el poder que me otorga Dios. No temáis a la tortura ni al dolor, pues son la corona del martirio. El camino será corto, la recompensa eterna. Sí, os hablo con la voz del profeta. Alzad vuestros brazos; es mejor sucumbir en la batalla que ver la desesperación de vuestra gente y la profanación de los lugares sagrados...».

Y así, partieron los citados. Ademar, obispo del cercano Le Puy, enviado de Urbano, recibió el encargo de llevar la palabra de Dios y transformarla en la voz de las gentes. Urbano era de Cluny y sus hermanos benedictinos, con sus negras túnicas, llevaron también el mensaje a campos, pueblos y ciudades. Presentaron un cuadro de infinita delicia celestial que aguardaba a todo aquel que tomase la cruz: Jerusalén, la ciudad eterna, guardada por majestuosas torres engalanadas en su base por piedras preciosas, protegidas por puertas más brillantes que las estrellas; incluso sus almenas brillaban como el cristal puro. En el interior, las calles estaban pavimentadas con oro y plata, sus palacios eran de mármol brillante, lapislázuli y gemas preciosas. El agua límpida brotaba de fuentes de oro y caños de plata para irrigar frondosos árboles, flores aromáticas y hierbas medicinales. Durante el cruel invierno, entre carne rancia, frutas y verduras ennegrecidas y pan duro como la piedra, y con la percepción de que lo peor estaba por llegar, la visión de una ciudad celestial de esta magnitud era más poderosa que cualquier salmo o himno. Los jóvenes abandonaban el caballo y el arado para postrarse ante el retablo de su iglesia. Allí se les cosían en la ropa dos tiras de tela roja sobre los hombros. Algunos días más tarde, se les citaba en las mismas naves de piedra para recibir una bolsa y un bastón, símbolos que les identificaban como peregrinos y como portadores de la cruz.

El invierno pasó, duro y deprimente. Las moras y las raíces se convirtieron en la base de la vida, mientras los suaves panes, las carnes frescas y las frutas de verano se perdían en una memoria distante. Muchos empezaron a envidiar a los *crucesignati*, o portadores de la cruz. La perspectiva de bañarse en las cálidas aguas del Jordán, de caminar entre un paraíso de árboles frutales y de degustar carnes suaves y frescas y el más exquisito maná, era casi tan tentadora como la vida eterna. Tales sueños aportaban calidez al frío helado del invierno que, mezclándose con el humo

serpenteante de la turba que saturaba las habitaciones, ayudaba a curar trozos de carne añeja colgados de las vigas del techo. «Es la voluntad de Dios». El mensaje seguía extendiéndose por aldeas empapadas de lluvia y poblados aislados por el hielo, con sus maltrechos arados, apestosos establos y lúgubres casas. La cruz, dos tiras de tela roja, lo transformaría todo.

«Es la voluntad de Dios». El lema se aceptó en salones y solares donde se agitaban tapices ennegrecidos por el humo y golpeaban las paredes calizas en un vano intento de frenar el avance del escurridizo hielo. *Deus vult*. Se había abierto un camino glorioso hacia la salvación en este mundo y la redención en el siguiente. ¿Por qué esperar a que la primavera rompa el duro suelo, mirando a las nubes y rezando desesperadas plegarias para que llegue el buen tiempo?, se preguntaban los hombres. ¿Por qué no dirigirse al este, hacia las maravillas de Jerusalén, destrozar a los enemigos de Dios, recuperar los sagrados lugares y ganarse la amistad del Señor para toda la eternidad? No más penurias, no más guerras entre vecinos, no más quebrarse la espalda labrando la tierra, ni más desplazamientos peligrosos de un sitio a otro, entre la envolvente oscuridad y la densa niebla. Otras glorias aguardaban: el oro, la plata y las piedras preciosas que adornaban las fabulosas ciudades de los bizantinos. La conversión ante la llamada fue rápida. Incluso los guerreros profesionales se apresuraron a tomar el juramento. También se postraron ante los altares de miles de iglesias. Entregaron en prenda sus posesiones donde pudieron, compensaron deudas, hicieron la paz con sus enemigos, unieron voluntades y se emplearon en los deberes más perentorios. ¿Cuántas lanzas, cuántas flechas se necesitaban? ¿Qué tipo de armadura? ¿Cuántos caballos de carga? Trabajaron junto a antiguos oponentes, invocando la Tregua de Dios, lo que significaba que un guerrero dedicado a la cruz era sagrado, y eso incluía a sus propiedades y a su familia.

Los grandes señores también acudieron al reclamo. Entre ellos, Raimundo, el sexagenario conde de Toulouse, señor de San Gil, o de San Egidio, a quien profesaba una devoción especial. Raimundo se convirtió en un ferviente portador de la cruz. Enjuto y nervudo, su cabeza se mostraba casi tan rasurada como su grisácea barba. Tenía el rostro de un guerrero. Algunos decían que había perdido un ojo guerreando contra los infieles en Iberia. Otros aseguraban que había estado de peregrinación en Jerusalén y que le habían sacado el ojo por negarse a pagar el tributo que los turcos exigían a todo aquel que pretendiera rezar en el Santo Sepulcro. Esas mismas personas susurraban que llevaba el ojo en una bolsa especial y que había jurado venganza por él. Raimundo de Toulouse hipotecó sus pertenencias, satisfizo sus deudas, tomó el juramento y envió a sus mensajeros. Los provenzales, los súbditos del conde, escuchaban maravillados los portentos que acompañaban sus proclamas. Una noche, la luna se tornó roja como la sangre. Un pastor distinguió una poderosa ciudad en el cielo. Una estrella apareció en el espacio, avanzando a pasos agigantados hacia el este. Las antorchas barrían el cielo. Una espada descomunal apareció suspendida en el firmamento, mientras multitud de estrellas caían, representando las

muertes de los infieles. Los manantiales cesaron de dar agua y la sangre comenzó a brotar, indicando que la sangre de sus enemigos iba a ser derramada. Los gemelos nacían unidos entre sí; ¿significaría eso que el este y el oeste iban a unirse? La cruz aparecía por todos lados. Las mismas estrellas se congregaban formando una cruz majestuosa. Un sacerdote afirmó que los cielos se abrieron ante él y que apareció de la nada una cruz enorme. Otro sacerdote mantenía que había tenido una visión de un caballero y un turco combatiendo en el cielo. Después de una desesperada batalla, el infiel fue descabalgado y recibió la muerte de manos del caballero, que asestó el golpe fatal con una cruz. Una señal inequívoca de que el cielo estaba con ellos. ¡Es la voluntad de Dios!

Mejor aún, aseguraban en tabernas y bodegas que la vida iba a mejorar. Se verían librados de la eterna y agotadora monotonía de labrar las duras tierras. El viaje a Jerusalén era una escapada no solo de los fétidos y oscuros callejones y de las húmedas casuchas, sino de las restricciones de la vida. Mujeres vestidas con prendas de hombre, blandiendo lanzas y profiriendo amenazas de guerra. Los sacerdotes, atrapados en la vorágine, tomaban la cruz sin consultar a sus obispos. Los monjes emergían de los monasterios; algunos no habían visto la vida exterior desde su infancia y sus abades no podían contenerlos. Todos los que se embarcaban en la sagrada causa estaban, por decreto papal, exentos de cualquier carga fiscal y relevados de sus obligaciones, si su señor no tomaba la cruz. Los deudores no podían pedir cuentas a los morosos, si estos eran portadores de la cruz. Ninguna causa legal podía elevarse contra alguien que llevara el signo sagrado, pues la cruz daba protección contra casi cualquier acción criminal. Los prisioneros encontraban la libertad si juraban enrolarse en la lucha contra los turcos. Los ladrones que habían aterrorizado a sus vecinos durante años, eran recibidos con los brazos abiertos. No había ningún pecador que no pudiese redimir sus culpas solo con abrazar la cruz y hacer su voto. Las mujeres insistían vehementemente a sus maridos, amantes e hijos para que se alistaran en la causa sagrada. El hombre que se echaba atrás era acusado de traición a Cristo y de cobardía hacia su comunidad. Se le vestía con ropas de mujer. Los hombres y las mujeres se marcaban a fuego el signo de la cruz en sus cuerpos, e incluso en el de sus hijos, incluyendo a los niños de pecho. Apareció un sacerdote con una cruz quemada en la frente y confirmó que ese gesto había sido un designio del cielo. En ninguna otra parte caló tan profundamente la palabra de Dios como en el pueblo de San Nectario, cercano a Clermont, donde había predicado Urbano. Era una tierra salvaje, plagada de volcanes extintos, cubiertos ahora por cráteres repletos de flores y denso matorral, y cuyos acantilados surcaban turbulentos arroyos. Un paisaje de colores que contrastaban entre sí como los diferentes tonos oscuros en el ala de una paloma. El himno de la Cruzada resonaba aquí fuerte y claro. Las tensiones cotidianas se relajarían, disueltas en el glorioso viaje a Jerusalén que, según algunos, estaba solo a quinientos kilómetros de allí, ¿o eran quizá cinco mil?

En la víspera de la festividad de San Ignacio de Antioquía, en el año de Nuestro

Señor de 1096, las gentes del feudo de San Nectario se congregaron entre los gélidos muros de su iglesia parroquial. Todos reunidos. La memoria popular, junto con las crónicas de la época, dan fe de ello, tal como hacen las crónicas de Leonor de Payens. Todos tomaron el juramento. Se postraron en el frío suelo de esa sombría nave, cuyo santuario había sido recientemente violado y manchado de sangre cuando sacaron de allí a rastras a la bruja Anstritha, entre gritos, para abrasarla viva. Aquellos que presenciaron aquello, y que incluso participaron en un acto de tal violencia, intentaban olvidarlo ahora mientras se concentraban en sus propios pecados secretos que apestaban a maldad; sus almas sentían un hambre insaciable de absolución. Los habitantes de San Nectario tomaron la cruz, el bastón y la bolsa. Jerusalén les convocaba. Se regocijarían cuando sus pies caminasen sobre las calles sagradas, tras sus paredes benditas y sus puertas celestiales. Satán se iría para siempre. El Señor de los Ejércitos pernoctaría con ellos. Coreaban los renglones del salmo:

*Una cosa he pedido al Señor,
Pues es ese mi anhelo.
Vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida.
Para saborear la dulzura del Señor.
Y contemplar su Templo Sagrado...*

Tras acabar con un atronador «Amén», el padre Alberico pidió a los congregados ante el altar que contemplasen el rostro demacrado de su Cristo crucificado, que reflexionaran sobre sus pecados y buscaran la absolución. Uno a uno fueron desfilando ante el confesionario, donde el padre Alberico, vestido con su túnica negra, permanecía sentado en su silla de la misericordia para escuchar, exhortar y otorgar la absolución.

El lugar de la penitencia se encontraba en un sombrío crucero del templo, ocultado tras un pilar achaparrado en forma de tambor. Una vela de cera pura de abeja, ofrenda de Hugo de Payens, brillaba de manera incitante; su llama irregular iluminaba los frescos de una pared cercana: una escena del Apocalipsis, la persecución de Satán sobre los elegidos, un torrente de tormento que el señor del infierno vomitaba contra la iglesia. La viuda Leonor de Payens fue la primera en cruzar por este sombrío lugar de arrepentimiento y absolución. Había seguido a su hermano desde los verdes prados de Compiègne, en la bancada izquierda del Sena, en las afueras de París. Al igual que él, había abrazado la cruz y debía confesarse. El recio y bello rostro de Leonor se ocultaba bajo un velo, sin maquillaje, sus brillantes ojos grises inquietos, sus labios ligeramente entreabiertos, la mandíbula firme. Le resultaba difícil confesarse; siempre le había sucedido. Se arrodilló ante el confesionario, susurró su lista de pequeños pecados y se detuvo, cabizbaja.

—¿Y? —susurró el padre Alberico. Siempre había un «y».

—Padre, soy viuda. Mi marido Odo... —Leonor hizo una pausa—, se cayó una

noche y se mató.

—He oído hablar de eso.

—Pero no es la completa verdad, padre. Había bebido mucho. Yo le animé a hacerlo.

—¿Por qué?

—Para apartarlo de mí, pero vino en mi busca. Hasta Compiègne —Leonor continuó apresuradamente—, en nuestro castillo, una torre hecha en piedra junto a una amplia habitación de madera, mis aposentos se encuentran en lo alto de la torre —suspiró profundamente—. Subió a por mí, padre. Yo estaba sola. Su boca se llenaba de sucios juramentos, su corazón hervía de malicia, su estómago estaba repleto de vino barato. Me lo encontré en la escalera. Forcejamos. Le empujé, padre, se cayó, golpeándose la cabeza contra las paredes, contra los salientes de los escalones de piedra...

—¿Te defendías de él?

—Padre, me alegré de verle caer —Leonor no pudo decir nada más. No pudo confesar sus últimos pecados, como su placer secreto por la muerte de Odo, las largas horas que permaneció en sus aposentos, ajena a lo que pudiera haberle sucedido.

Sin embargo, el padre Alberico asentía con gesto de comprensión, con la mano ya elevándose y sus labios pronunciando el «*Absolvo te*».

Leonor abandonó el confesionario. Había estado tan tensa durante la confesión que le dolían las manos y las muñecas. Alberico le había dicho que su penitencia sería su peregrinación. Cruzó la nave y se arrodilló ante la capilla de la Señora, mirando fijamente la cara de la Virgen. Leonor cerró los ojos y, una vez más, susurró el «Yo confieso».

—Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho...

¿Conseguiría, se preguntaba Leonor, la paz y la absolución en Ultramar? ¿Se arrodillaría ante el Santo Sepulcro para suplicar perdón? ¿O aparecería el rostro airado de Odo, lleno de odio y de furia ante su propia impotencia, como una sombra en la noche, para perseguirla? Nadie sabía toda la verdad, ni siquiera su querido hermano Hugo, o su compañero de armas, Geofredo de San Omer, por quien se sentía tan atraída. ¿Era eso también pecado, sus secretos pensamientos y deseos? No resultaba extraño pues, que quisiera viajar a Jerusalén. Había conseguido disipar las objeciones de su hermano, mientras que la idea de encontrarse con Geofredo de San Omer no hacía sino acentuar su deseo de tomar la cruz. Además, permanecer en esa mansión de Compiègne, bañada por la lluvia, sola y vulnerable, esperando a que retornaran los fantasmas... Leonor se rehizo y suspiró. Su peregrinación no respondía a razones egoístas. Se mordió el labio y se preguntó por las de su hermano...

En el confesionario, Hugo de Payens también buscaba la absolución, por la borrachera que siguió a la muerte de su esposa en el parto, su consuelo con la prostituta ocasional, y sobre todo, su constante obsesión por los torneos y combates.

Su necesidad, casi avidez, de una vida de lucha. Si pudiera borrar todo eso, depurarlo y poner su espada a los pies del Señor y de la Santa Madre Iglesia...

El padre Alberico le escuchó también. El sacerdote estaba contento de que Hugo fuese su líder. Era un experto caballero, hábil en la guerra y en el manejo de la espada, que se había purificado durante el servicio en Iberia contra los infieles. ¿Un fanático? Se preguntaba Alberico. El rostro de Hugo era enjuto; sus ojos oscuros, delgados labios y nariz aguileña le daban un aspecto de cruel rapaz predadora. Era alto y delgado, con los largos y poderosos brazos de un espadachín y con el alma en busca de una canción, concluyó Alberico cuando alzó su brazo para dar la absolución. En efecto, el sacerdote estaba satisfecho de que Hugo de Payens fuera el cabecilla de su compañía, además de un aliado en la lucha secreta de Alberico por la verdad.

Lo mismo podía aplicarse a Geofredo de San Omer, que fue el siguiente. Al contrario que Hugo, Geofredo era un hombre no muy alto y bastante robusto, con una cara suave y sonriente bajo una maraña de cabellos rubios. Sus ojos azul claro miraban al mundo como los de un chiquillo confundido. Geofredo de San Omer, el amado hijo único de sus padres, daba la impresión de que nada en la vida era demasiado serio. Cuando empezó a enumerar sus pecados, Alberico se percató de que Geofredo, el señor feudal con derecho de advocación sobre su iglesia, era como un estanque en la selva: una superficie plácida que escondía el peligro en su interior. A pesar de su aspecto y su trato afable, Geofredo había tomado parte también en las *chevauchées* en Iberia. Enardecido por la *Chanson de Roland* y las hazañas épicas de Carlomagno y sus paladines, había combatido a los infieles en las gargantas rocosas de los pasos de montaña. Sin embargo, se había convertido en un hombre profundamente atribulado, en un caballero que ahora comprendía que la guerra no era la gloria. Hablaba de días lúgubres y desesperanzados, entre el frío cortante de las montañas. De la lluvia y el granizo golpeando con fuerza, destrozando tiendas, extendiendo infecciones entre los caballos y pudriendo la carne de cerdo, ya mohosa, y de las galletas plagadas de gorgojos. De cómo la lluvia había transformado sus cotas de malla en herrajes oxidados. También describía masacres sobre llanuras polvorientas, pozos y riberas atestadas de cadáveres. Geofredo había vuelto de tales guerras preguntándose qué tenían que ver con el amor de Cristo. Formulaba ahora de nuevo la misma pregunta y recibía la respuesta de siempre: ¡es la voluntad de Dios! Urbano lo había pregonado y la iglesia lo mantenía. Después de todo, ¿no había levantado Dios a David el guerrero, en el Antiguo Testamento, para defender a su gente? Además, en el Nuevo Testamento, Cristo le había dicho a Pedro que alzara su espada y que no la tirase. El padre Alberico se congratulaba en secreto por su ingeniosa casuística, aprendida de un experto en derecho canónico de Avranches. Se disponía a administrar la absolución cuando Geofredo alzó la cabeza y miró a los ojos al sacerdote.

—Y está también Anstritha, padre. Participaba en nuestra búsqueda secreta. Su muerte nos atormenta.

—Nuestra búsqueda continúa. Dicen que era una bruja.

—Que buscó refugio en nuestra iglesia.

—No podía ayudarla —susurró Alberico—, ni ninguno de vosotros. *Lady* Leonor y *Lord* Hugo visitaban Clermont. Vos estabais con ellos. Ocurrió tan deprisa que su sangre no mancha nuestras manos.

Geofredo asintió con la cabeza, se levantó y se marchó. Alberico hundió la cara en sus manos, como si estuviera orando, señalando así al siguiente penitente de la fila que aguardase unos instantes.

¿Y a quién puedo yo confesar? Se preguntaba el sacerdote. Las memorias giraban en espiral como profecías de la fatalidad. Viejos enemigos que soportaban viejos pecados. El frente de batalla en Senlac. Los jinetes, embutidos en cotas de malla, se agrupaban, con sus caras escondidas bajo cascos cónicos y amplios protectores nasales. El guerrero, el estandarte de batalla de Wessex, caía como un ave herida en el aire. Los gritos de los hombres manchados de sangre, su propio corazón que comienza a ceder. El anillo de fe alrededor de Harold Godwinson, resquebrajándose y haciéndose añicos, como un árbol golpeado por un rayo; su propio coraje derramándose como el vino de una copa rota.

«¡Cobarde!».

La palabra todavía laceraba el alma de Alberico, como lo hacía cuando recorría los caminos junto al hermano Norberto. Anstritha era simplemente un corte reciente en una antigua herida. Una mujer inteligente, habilidosa en algunas menudencias y con el manejo de las hierbas del bosque, era una mujer de secretos que había seguido el mismo camino que Alberico, Norberto, Hugo y Geofredo, en busca de la verdad. ¿Quizá podía haber estado mejor protegida? Sin embargo, se la había marcado con la señal de la muerte. Los aldeanos, encapuchados y ocultos, aprovechándose de la ausencia de su señor feudal, la habían atacado en su precaria casa en las afueras del pueblo. ¡Dios sabe por qué razón! Había muerto un niño. La comida era escasa. Habían aparecido las señales. Se necesitaba una víctima, y Anstritha se convirtió en el chivo expiatorio. Escapó hacia su iglesia, suplicando la ayuda de Alberico. Iba a prestársela, ¡Dios sabe que iba a hacerlo! Estaba aterrorizado. Anstritha podría nombrarle como cómplice de sus tramas secretas. Había retrocedido hasta la sacristía, pero forzaron la puerta y la multitud se abrió paso al interior. Alberico se escondió entre el denso humo del incienso, mientras la muchedumbre sacó a rastras a Anstritha y la colgó de una improvisada horca sobre la hoguera. Al poco tiempo dejó de gritar. El señor Geofredo regresó a la semana siguiente pero, a pesar de su enfado y del de Hugo, los culpables escaparon indemnes.

Un sonoro carraspeo hizo al padre Alberico separar sus manos. Roberto el Alguacil, la encarnación de la ira, esperaba su turno, con el gesto torcido por la impaciencia. El sacerdote se preguntaba en secreto si Roberto había tomado parte en la muerte de la pobre Anstritha, aunque dudaba que jamás llegara a confesarlo. Después de todo, a los ojos de muchos aldeanos, Anstritha era una bruja, merecía la

muerte, era un acto justo que agradaba a Dios. Tras Roberto aguardaba el resto: Imogenia, la bella viuda de cabellos negros, a la que Leonor había elegido como su asistente y compañera durante la peregrinación; Fulcher, el herrero; Pedro Bartolomé, el joven jorobado que veía visiones en los oscuros y húmedos bosques; y tras él muchos más, incluyendo a Norberto, el monje benedictino, buen amigo de Alberico. Norberto no se arrodilló ante el confesionario. Se agachó el pie de un pilar mientras se movían los demás. Estaban impacientes por que acabara el sacerdote para que pudieran dar cuenta del pan, el vino y las jugosas carnes que se habían preparado sobre mesas de caballete, cuidadosamente adornadas con guirnaldas de flores, ceñidas alrededor de las jarras y vasos. Esta noche lo celebrarían, y en una semana se unirían a Raimundo de Toulouse, conde de San Gil, en su marcha hacia Jerusalén. De momento, continuaban las confesiones, aunque los ásperos susurros se ahogaban en el emergente murmullo de la conversación. Multitud de ojos hambrientos recorrían los manjares, y la gente se preguntaba si sus caballos y sus ponis de carga, amarrados en el cementerio exterior, se encontraban a salvo. Finalmente concluyó el padre Alberico. Se subió a un austero púlpito de madera y todos se congregaron a su alrededor.

—El Señor es un guerrero —comenzó a parafrasear del *Libro del Éxodo*—, y así debéis...

La lengua del padre Alberico alternaba palabras y frases del *langue d'oc*, el habla del sur, con las de la *langue d'oïl* del norte, mientras describía las proezas de los grandes guerreros de Dios del Antiguo Testamento. Leonor, apoyada contra el pilar, se sobresaltó cuando el discurso del sacerdote se vio bruscamente interrumpido por un portazo de la puerta de la iglesia. Se giró y contempló a un hombre que vestía un jubón negro que colgaba sobre unas medias del mismo color, rematadas con unas recias botas con espuelas. Llevaba una túnica blanca debajo de la negra, que asomaba entre los pliegues de su vestido. El cinto de la espada, que rodeaba su espalda, llevaba una vaina, un cuchillo y una espada corta. La primera impresión de Leonor fue que el extraño era el demonio, que había venido a reñir con ellos: su gesto taciturno bajo el pelo corto y esos ojos penetrantes que, a pesar de la pobre luz, reflejaban la burla socarrona en su alma.

—Soy Beltrán —dijo, en *langue d'oc*, con la entonación de un trovador. Miró a Leonor con picardía—. Soy poeta y soldado, pero, por encima de todo, el emisario de su excelencia Raimundo, conde de Toulouse, *fidelis miles Christi et Papae*, fiel guerrero de Cristo, Nuestro Señor, y del Papa —blandía en su mano un pequeño pergamino, atado con un lazo rojo—. Estoy aquí a instancias del conde Raimundo para guiaros.

—Ya tenemos un guía —dijo Leonor, señalando a su hermano.

—Entonces, seré su consejero —Beltrán esbozó una sonrisa—. Además, os traigo una copia del estandarte personal del conde.

—Hemos hecho un juramento a Dios —declaró fervientemente Geofredo—. No

juraremos vasallaje ni servicios de caballero de ningún señor.

—No, no —replicó alegremente Beltrán—. El conde os ofrece protección bajo su estandarte —se desabrochó su jubón y extrajo el penacho azul y dorado de los señores de San Gil—. Debo también supervisar vuestros suministros y provisiones. Entonces... —dijo alzando su mano— ¿por qué nombre debo llamaros?

—La Pobre Hermandad del Templo —replicó Hugo, avanzando unos pasos—. Sacamos la idea de un salmo que habla de vivir en la casa del Señor durante todos los días de nuestras vidas.

—Sí, lo conozco —Beltrán le cedió el estandarte a Hugo, que lo tomó y lo desenrolló. La nave se inundó de gritos de alegría. Se elevaron al aire espadas, dagas, lanzas y hachas, al grito de «*¡Deus vult, Jerusalén!*» y «Toulouse, Toulouse». El padre Alberico se encogió de hombros y bajó de su púlpito, y Hugo ordenó que comenzara el festín.

A la mañana siguiente, la Pobre Hermandad del Templo partió algo más tarde de lo que se había decidido, con el sol bastante alto sobre las colinas inundadas de hierba y las negras rocas volcánicas. La causa del retraso fue la repentina muerte de Roberto el Alguacil que, aparentemente, había caído al agua al intentar vadear un arroyo y, empapado en alcohol, no había conseguido salir de él, ahogándose en pocos segundos. Un desgraciado contratiempo. Sabe Dios, había un pequeño puente muy cerca, y nadie podía explicarse qué podía haber llevado a Roberto hasta el cementerio, en la oscuridad. Curiosamente, le encontraron flotando boca abajo, muerto como un tronco. El padre Alberico murmuró unas palabras de absolución, mientras enterraban apresuradamente a Roberto bajo los antiguos tejos. Imogenia la viuda resaltó que el alguacil se encontraba ya en la nueva Jerusalén. El padre Alberico escuchó estas palabras y siguió orando en silencio, pues, si algún hombre en la tierra necesitaba la misericordia de Dios, este era sin duda Roberto el Alguacil.

SEGUNDA PARTE



Esclavonia: festividad de santa Lucía, 13 de diciembre de 1096

Diesque mirabilium tonitruorum fortium.
(Un día de milagros, de poderosos truenos).

Dies Irae de San Columba

«Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé tu altar, oh Dios. He amado, oh Dios, la belleza de tu casa y el lugar donde reside tu gloria».

Leonor de Payens murmuraba el verso del salmo a la entrada de su tienda de piel de cabra. Contempló el banco de niebla que les rodeaba, amortiguando los sonidos y emborronando la visión de candiles y farolas y del fuego del campamento. En algún lugar del campamento lloraba un niño. Leonor se estremeció; sonaba como el eco del primer y único llanto de su niño, cuando lo sacaron de su vientre, cubierto de sangre. Aún podía sentir su calidez, su pequeña carita arrugada como una ciruela, los ojos que parpadeaban tenazmente, la punta de esa lengua que buscaba hambrienta su pecho.

—El Señor lo da y el Señor se lo lleva —murmuró Leonor. Se persignó; la dura madera del crucifijo de su rosario le golpeó en la punta de la nariz, que se encontraba ya dolorida por el frío—. Y lo mismo vale para las narices —sonrió para sí misma, siempre contraria a la autocompasión, y volvió a sentarse sobre el pequeño arcón que hacía las veces de banco. Extendió las manos enfundadas en guantes sobre el hornillo, una mezcla de carbón vegetal y ramitas secas, y miró a Imogenia, que descansaba sentada sobre una alforja de cuero. La viuda vestía como una monja, con un velo negro y una túnica, ocultando su piel aceitunada y su cabello negro como el azabache bajo un mugriento griñón. Permanecía con las manos elevadas sobre la fuente de calor, revelando unas uñas mordidas hasta las cutículas. Mantenía los ojos cerrados y, de sus labios, se desprendía un murmullo casi imperceptible. Junto a ella, como siempre, se encontraba la caja de madera tallada, con su tapa sellada y con el grabado en relieve de tres cruces con el monograma IHS, que representaba la pasión de Jesús, sobre las palabras «*Deus vult*». Imogenia, que compartía la tienda de Leonor, le había asegurado que aquella caja portaba el corazón de su marido, que esperaba poder enterrar en algún lugar sagrado de Jerusalén. Leonor no estaba demasiado convencida. Imogenia tenía muchas cosas que ocultar, aunque Leonor reconocía que lo mismo ocurría con muchos de sus compañeros de peregrinación, incluyendo a su propio hermano.

—¿Cuánto tiempo, hermana? —Imogenia la miraba fijamente, con ojos vigilantes. ¿Se había percatado, reflexionaba Leonor, de que compartía la tienda con una persona de sueño ligero? Como decía el poeta: «La verdad siempre acude en los sueños».

—¿Cuánto tiempo qué? —sonrió Leonor.

Imogenia se estremeció. Leonor se levantó, cruzó la tienda y aseguró la portezuela de la tienda.

—Hemos estado en camino durante semanas —Imogenia se recolocaba el raído mantón sobre los hombros—. Esas montañas... —su voz brotaba temblorosa.

Leonor asintió con gesto comprensivo. Tal como había registrado en su diario, habían dejado atrás los abiertos prados de la Auvernia y se habían dirigido al norte antes de torcer hacia el este. Por delante de ellos se agitaba el estandarte azul y

dorado de San Gil, sobre la cabeza de Raimundo de Toulouse. Tras él, vestido con una túnica de monje, cabalgaba Ademar, obispo de Le Puy, el legado del Papa en todos los asuntos relacionados con la misión de la cruz. Al principio, cualquiera habría pensado que habían alcanzado Jerusalén, pues marchaban alegremente a través de los valles bañados por el sol. Los árboles aún proclamaban las glorias del verano, aunque la plata y el oro del otoño comenzaban a vislumbrarse. El conde montaba su rápido corcel ornamentado con arreos dorados de Córdoba, decorados con un rico bordado y pequeños discos de oro y plata. La multitud se congregaba a su paso para aclamar tal magnificencia, dispersando a su paso hojas verdes y pétalos perfumados sobre el polvoriento camino. Coronaban con guirnaldas de flores las armas y arreos de los guerreros de Cristo, obsequiándoles con frutas frescas y con jarras llenas de los ricos vinos del sur, o con miel que se fundía dulcemente en la boca. Las torres de las iglesias temblaban con el tañer de campanas. La gente se ofrecía a unirse a la partida, incluyendo a los nervudos montañeros, que querían servir de guías a través de los pasos alpinos. Granjeros, vasallos, gitanos y comerciantes, hombres procaces y farsantes, formaban una multitud que contaba entre quince y veinte mil almas. El conde Raimundo los aceptó a todos y formó nuevas compañías. Leonor pronto observó que el conde recordaba la participación de Hugo y Geofredo en las *chevauchées* en Iberia: su compañía, ahora conocida públicamente como la Pobre Hermandad del Templo, se distinguía de manera especial, mientras que sus capitanes se sentaban en lugares predominantes en los consejos de Raimundo.

—Dicen que deberíamos haber marchado hacia el sur, a través de Italia —murmuró Imogenia.

Leonor despertó de su letargo. Los ecos del campamento se hacían más evidentes: el sonido de cuernos, los gritos de los cazadores que volvían con carne fresca.

—Mi hermano dice que no. El conde Raimundo piensa que los pasos montañosos que conducen hacia las llanuras lombardas no estarán accesibles; además, un viaje por mar desde el sur de Italia hasta Grecia siempre entraña peligro.

Imogenia asintió vehementemente, aunque Leonor sospechaba que tenía un pobre conocimiento de los mapas. A decir verdad, la misma Leonor se había dado cuenta enseguida de lo poco que conocía del mundo más allá de Compiègne, o de la Auvernia. Todo y todos le parecían extraños y hostiles hasta que se probara lo contrario. El viaje no había hecho sino reforzar esta convicción. Los francos se habían llevado consigo su peculiar forma de ser; eran muy suspicaces y desconfiaban ante todo lo nuevo. Si un extraño los bendecía, o entonaba el Avemaría, aquello era más efectivo que cualquier carta o salvoconducto. Si no lo hacían, sus dedos se aferraban a la empuñadura de sus espadas y dagas. Las distancias y los nuevos reinos eran solo millas que viajar en su camino a Jerusalén, que se situaba en el centro del mundo, independientemente de lo que indicaban los mapas. Hugo y Geofredo tenían copias de dichos mapas. Mostraron a Leonor cómo había dispuesto el conde su marcha hacia el este, cruzando Italia; bordearían la línea costera del norte del

Adriático, procediendo seguidamente hacia el sur, a través de Esclavonia, hasta Dirraquio, en el reino de los griegos. El viaje evidenciaba ser ya suficientemente duro, así que Leonor decidió romper el frío hielo que la distanciaba de Imogenia.

—Anoche hablaste en sueños de Roberto el Alguacil.

—¿Y qué más? —se apresuró a añadir.

Se escuchó el sonido de un cuerno. Leonor escuchó a Beltrán convocando a la Pobre Hermandad del Templo a un *colloquium* ante su estandarte. Se alegró de poder evadir la pregunta de Imogenia, y tomó su capa encapuchada. Imogenia la imitó y ambas salieron de la tienda. Leonor llamó a un chico, uno de los montañeros asignados a su compañía, y le encargó que vigilase sus posesiones. Seguidamente, se internaron velozmente en la niebla densa, a través del suelo helado, intentando esquivar los charcos de orina de los caballos y los desechos de hombres, caballos y perros. A la entrada de una tienda, un enorme halcón se estremecía y gritaba apoyado en su percha, moviendo nerviosamente las garras y haciendo sonar los cascabeles atados a sus patas. Leonor se preguntaba cuánto tiempo aguantaría este gélido frío una criatura como esa. La escarcha se formaba en sus ojos, nariz y boca. La neblina las envolvía con su manto blanco vaporoso, robándoles la luz y oscureciéndolo todo a su alrededor.

Finalmente, alcanzaron el lugar de reunión, un claro de hierba helada situado entre las tiendas y los caballos, calentado e iluminado ahora por poderosas hogueras, cuyas llamas crepitaban entre zarzas y helechos. En el centro de este anillo de fuego habían dispuesto un carro con un mástil sobre el que ondeaba el estandarte de la Pobre Hermandad. Tras este se encontraban Beltrán, Hugo y Geofredo, que hacían señas a los allí reunidos para que se acercasen. Así lo hicieron, aunque Leonor, al igual que los demás, procuró situarse cerca del calor del fuego. Beltrán sopló fuertemente su cuerno de caza, acallando el murmullo. Tenía una poderosa voz y pronto asumió el papel de heraldo y portador de noticias. Permaneció en silencio unos instantes y, seguidamente, reveló su mensaje como un actor en una obra de teatro, o un trovador recitando un poema. Hugo y Geofredo tenían el gesto grave; Leonor miró a los ojos a su hermano, pero este simplemente sacudió la cabeza y desvió la mirada. Al principio, las noticias eran buenas.

—Otros ejércitos de portadores de la cruz —declaró Beltrán— se están desplazando hacia el este. De hecho, algunos están ya aproximándose a Constantinopla. Los francos del oeste siguen moviéndose, acompañados de maravillosas señales —añadió—. Misteriosas bandadas de pájaros se han avistado en el cielo, señalando hacia el este, mientras algunos hablan de un ganso sagrado que los guiará hasta Jerusalén.

Beltrán se detuvo mientras la multitud reía, sacudiendo la cabeza. Entonces, decidió continuar con las otras noticias. Describió el entusiasmo con que los hombres del norte de Francia y Alemania tomaban los estandartes y se unían a la marcha. Algunos de los grandes príncipes europeos se habían presentado para conducirlos.

Uno de ellos era Godofredo de Bouillon, un auténtico guerrero. Él, junto con sus dos hermanos, Balduino y Eustaquio de Bolonia, que poseían franjas de tierras a lo largo del norte de Francia y Renania, se unirían a ellos en Constantinopla. Felipe I de Francia se había mostrado dispuesto a ir, pero finalmente no pudo unirse a la partida al haber sido excomulgado por su obstinación con la esposa de otro hombre. Felipe envió en su lugar a su hermano, Hugo de París, con otros dos guerreros, Balduino de Hainault y Esteban de Blois. A estos se les unió un pelirrojo de ojos verdes, Roberto de Normandía, apodado «bombachos cortos», hermano de Rufus, el Rey rojo de Inglaterra, ambos hijos del Gran Conquistador. Estos señores habían reunido cuantos hombres pudieron y los habían puesto en camino, escoltados por sus familias, sus galgos, perros de caza y halcones, formando una gloriosa cabalgata rumbo a Jerusalén. Pero seguían fluyendo las noticias. Bohemundo de Tarento, el aventurero normando del sur de Italia, también pretendía marchar con su belicoso sobrino Tancredo. ¡Dios estaba con ellos, sin duda!

—Y no solo los señores —explicó Beltrán tras una breve pausa—. El Ejército del Pueblo, bajo el mando de Pedro el Eremita y su lugarteniente Gualterio, señor de Boissy Sans-Avoir, apodado «Gualterio Sans-Avoir». Gualterio, en solitario, ha tenido ya encuentros con los turcos, aunque con desastrosos resultados. El mensaje de Pedro es simple —explicó apresuradamente Beltrán—. Debemos tomar el camino hacia el Santo Sepulcro, recuperar el feudo de Cristo y tomar el mando. Esa tierra, rebosante de leche y miel, fue entregada por Dios a los hijos de Israel. Ahora la hemos heredado nosotros, debemos rescatarla de nuestros enemigos. Debemos tomar posesión de sus tesoros y volver a casa victoriosos, o conseguir la gloria eterna, bendecidos y bañados en nuestra propia sangre... Beltrán hizo una pausa. La gente comenzó a gritar preguntas acerca de Pedro. Beltrán replicó que era muy poco lo que se sabía de Pedro el Eremita. Posiblemente, había nacido cerca de Amiens. Era muy pobre, se vestía tan solo con una túnica y una capucha que le cubría la cabeza. Cabalgaba a lomos de una mula, con los pies colgando a los lados, mientras incitaba a la multitud a tomar la cruz. El ermitaño tenía la tez aceitunada, quemada por el intenso sol; no comía ni bebía nada, excepto un poco de pescado, pan y algo de vino. Según las palabras de Beltrán, era un orador apasionado, cuya lengua había sido tocada por el Espíritu Santo. Un predicador brillante que, a pesar de su apariencia desaliñada, podía persuadir a las damas más nobles y bellas a que pusieran sus tesoros a sus pies. Incluso cortaban mechones de las crines de su burro para conservarlos como reliquias sagradas, y tomaban el agua del baño de Pedro por un elixir sagrado. Beltrán se detuvo un instante para sorber ruidosamente un trago de vino de una copa. Leonor se preguntaba si su heraldo se estaba mofando en silencio de ese predicador que había persuadido a tantos a tomar la cruz. Miró a Hugo, que permanecía inmóvil, cruzado de brazos, con la mirada perdida en las tablas de madera del carro.

Beltrán continuó hablando. Según refería una historia, Pedro había visitado el

Santo Sepulcro para ser testigo de primera mano de la violencia de sus enemigos. Mientras permanecía en Jerusalén, cayó en trance y experimentó una visión de Jesús, que le dijo: «Recibirás una carta de los cielos con tu misión, sellada con la señal de la cruz». Pedro decía portar esa carta celestial, que fue como consiguió barrer a todos los reinos francos hacia la causa de la cruz; no solo a los señores, sino también a los olvidados y a los desposeídos. Según Beltrán, prostitutas de pelucas naranjas, proxenetas enojados, catamitas, falsificadores, tullidos, vagabundos, adúlteros, asesinos, fornicadores, perjuros y bandidos, surgían de los húmedos tugurios de las ciudades para fundirse con su ejército de artesanos, jornaleros, caballeros de Picardy, leñadores de Suabia y espadachines de Colonia. Beltrán hizo de nuevo una pausa para beber, relamiéndose los labios de gusto. El estómago de Leonor se encogió. Beltrán era un espíritu cínico. Se estaba burlando abiertamente de esos pobres portadores de la cruz, y sospechaba que la historia que relataba no terminaría triunfalmente, sino en desastre. De cualquier forma, Beltrán había conseguido embelesarlos a todos, que se aglutinaban a su alrededor. El heraldo describió que el gran Ejército del Pueblo, de casi dieciséis mil almas, había entrado a tropel en Alemania, amenazando a los judíos, extorsionando a esos infelices antes de reunirse a escuchar misa en latín y cantar sus himnos populares. Las hordas de Pedro habían abandonado Alemania, siguiendo el Danubio a través del reino de Hungría, vigilados de lejos por los exploradores de los reyes húngaros, envueltos en pellizas de piel de oveja y cabalgando sobre sus pequeños y rápidos ponis. Los húngaros, según declaraba Beltrán, desconfiaban de esta larga columna de carros y caballos y de la multitud que cruzaba descontroladamente su territorio, siguiendo a una hueste de cruces y de estandartes brillantes y harapientos.

El Ejército del Pueblo había esperado hacer un viaje tranquilo y seguro, pero al cruzar el Danubio, recibieron los ataques de pastores *patzinack*, mercenarios turcos, arqueros a caballo de las estepas, contratados por Alejo Comneno, Emperador de Constantinopla, para guardar las fronteras de sus dominios. Se entabló una cruel batalla durante la cual, unos caballeros germanos en una flota de balsas atacaron una flotilla de *patzinacks* y los derrotaron. Capturaron a algunos mercenarios y los llevaron ante Pedro, que inmediatamente ordenó que los decapitasen a lo largo de las bancadas del Danubio y que colgaran sus cabezas de las ramas de los árboles, para que sirvieran de aviso al resto.

Según continuó explicando Beltrán, Pedro y su ejército siguió cruzando el Danubio, internándose en los dominios de Alejo hasta alcanzar la ciudad de Nish. Una vez allí, el gobernador imperial les prometió víveres y vía libre hasta Constantinopla. Sin embargo, cuando algunos de los lugartenientes más feroces de Pedro descubrieron que su avanzadilla, al mando de Gualterio Sans-Avoir, había sido diezmada en una escaramuza en el bosque, volvieron para saquear y quemar los suburbios de Nish. La policía imperial que vigilaba al Ejército del Pueblo perdió la paciencia, comenzando una sanguinaria batalla en los bosques. Durante esta *mêlée*

salvaje, miles de seguidores de Pedro simplemente desaparecieron. Poco después, los portadores de la cruz siguieron su marcha escoltados por aguerridos arqueros a caballo, que los controlaban al igual que perros a sus rebaños. Pero si alguno de los caminantes se aventuraba fuera del límite permitido, estos perros se convertían en lobos, cortando cabezas y colgando sus macabros trofeos de las sillas de sus monturas.

Finalmente, Beltrán declaró triunfalmente que el Ejército del Pueblo había alcanzado Constantinopla. El astuto emperador Alejo les ofreció el lado este de la ciudad, cerca de la Puerta Dorada, para que instalasen su campamento, y envió carros repletos de víveres para agasajarlos. Las huestes de Pedro, aliviadas y refrescadas, desviaron inmediatamente su atención hacia las riquezas de la ciudad de Alejo. La ingente cantidad de ladrones y vagabundos entre sus filas no podía resistirse a la tentación del saqueo; incluso subieron a los tejados de las iglesias para arrancar las planchas de plomo y vendérselas a los mercaderes de la ciudad. El Emperador decidió desplazarlos a lo largo del estrecho conocido como «El brazo de san Jorge» hacia Anatolia, el reino del sultán de Rum, Kilij Arslan, que se llamaba a sí mismo «La espada del espíritu». En este lugar, la avanzadilla del Ejército del Pueblo se reunificó bajo el mando de Gualterio Sans-Avoir, que había fijado su residencia en una fortaleza desierta, junto a Civetot.

El verano culminaba con un fulgor dorado, prosiguió Beltrán como un auténtico trovador; las cosechas maduraban, el rollizo ganado pastaba en los prados. El Ejército del Pueblo, despojado de Pedro, que se había quedado en Constantinopla, comenzó a estar ligero de pies y mucho más ligero de dedos. Las incursiones se tornaron saqueos y las cosechas rapiña, mientras exploraban los caminos que cruzaban los fértiles valles y los bien provistos prados. Aunque no lo sabían —Beltrán levantó una mano— estaban siendo vigilados de cerca por las patrullas de Seljuk, que enseguida comprobaron lo desorganizado y mal capitaneado que se había vuelto el Ejército del Pueblo. Los Seljuks aguardaban. Los portadores de la cruz, sedientos de pillaje, planearon una *chevauchée* de hostigamiento, una incursión hasta las murallas de Nicea. Eligieron como capitán a un mercenario, Rainaldo de Bruges, y se internaron en las llanuras, sin advertir que estaban siendo vigilados por los Seljuks, a lomos de sus ágiles ponis. Eran estos unos fieros guerreros de larga cabellera trenzada, que lucían collares y zarcillos, y armaduras cromadas que le cruzaban el pecho; de sus monturas colgaban aljabas repletas de flechas y recios arcos de cuerno. Siguieron acechando en silencio a los portadores de la cruz, esperando el momento apropiado. Rainaldo los condujo hasta Xerigardon, una fortaleza desierta. Una vez instalados allí, aquella chusma comenzó el pillaje despiadado de las poblaciones circundantes, ignorantes del círculo que habían cerrado los Seljuks en torno a ellos.

En una oleada de feroces ataques, los Seljuks forzaron el retroceso del Ejército del Pueblo hasta el fuerte, para seguidamente, cortar el suministro de agua; un pozo junto a la puerta y una fuente cercana. Según el relato de Beltrán, el Ejército del

Pueblo sufrió tremendas pérdidas. Se encontraba ahora sitiado, perseguido, hostigado y herido, sin agua ni víveres, y expuesto al calor del final del otoño. Estaban tan atormentados por la sed que llegaron incluso a sacar sangre de las venas de sus caballos y burros para beber. Algunos orinaban en las manos de otros, y después sorbían el líquido. Muchos cavaban sobre el suelo húmedo y se tumbaban en el hueco, echándose la tierra encima para combatir el intenso calor. Esta agonía continuó durante ocho días. Finalmente, Rainaldo entabló una comunicación traicionera con los turcos y, a cambio de su vida, ofreció la de los demás. Los turcos dispusieron a buena parte de sus prisioneros en una larga fila, e hicieron con ellos prácticas de tiro con arco. Los pocos que salvaron la vida terminaron en el mercado de esclavos.

Beltrán retenía ahora la atención de los presentes. Mientras tanto, continuó, en Civetot, Gualterio Sans-Avoir y los otros capitanes habían recibido noticias de este desastre, y se apresuraron a ayudar. La multitud atestaba sin orden los caminos rumbo a la fortificación desierta, aunque Gualterio y un puñado de caballeros habían conseguido mantener una fuerza de quinientos jinetes. Los turcos los observaron atónitos, para seguidamente acorralar al ejército entero en el valle. Gualterio fue abatido en la primera escaramuza, abatido por siete flechas. Los turcos habían conseguido una gran victoria. Los restos del Ejército del Pueblo se dispersaron por el camino. Los turcos los persiguieron y capturaron su campamento, asesinando a los cristianos enfermos y esclavizando a las mujeres. Los ecos del desastre alcanzaron Constantinopla, pero todo lo que podía hacer el Emperador era enviar tropas para ayudar a los que habían huido, que permanecían ocultos en barrancos rocosos o cuevas...

La Pobre Hermandad recibió estas noticias entre gemidos, gritos y lamentos. Leonor, que se calentaba las manos al fuego, escuchaba sonidos similares en otras partes del campamento, y comprendió que los heraldos estaban también transmitiendo las descorazonadoras noticias. Beltrán no había terminado aún; su letanía de males continuaba. Habían emergido otros ejércitos cruzados bajo el mando de los partidarios de Gottschalk, un sacerdote alemán tan cruel y depredador que el rey húngaro había ordenado su destrucción y la de su ejército al completo...

Leonor escuchaba atentamente. Había leído vagos rumores de tales espantos en las cartas, memorias y otras misivas despachadas en el tribunal de Raimundo de Toulouse. Hugo y ella habían sido bien educados por su madre viuda, una mujer de tiránicas maneras que había llorado a su marido en todo momento; recordaba constantemente a Hugo y a Leonor que Dios se había llevado a su santo varón en la flor de su juventud. Estaba también decidida a que sus dos hijos abrazaran vigorosamente los libros. Se graduaron en sintaxis y gramática del latín, además de francés culto y conocimientos de griego. ¡Una implacable disciplina! Leonor lo reflejaba a menudo en sus amoratados nudillos. Aún sabía recitar el alfabeto griego, además de las declinaciones más complejas del latín. Esta educación tan rigurosa

había conseguido mantener unidos a los hermanos, hasta hacerse inseparables. Aquello no lograron alterarlo ni siquiera un hermano alcohólico, el nacimiento de un niño, que murió poco después, las complicaciones de su mundo, o los sermones de Urbano.

Al concluir Beltrán, Leonor atosigó a Hugo para que le confirmase si esas terribles noticias eran ciertas.

—Son peores —confesó, y se la llevó al pabellón de audiencias de Raimundo, donde Leonor, como más tarde confesaría en sus crónicas, pronto comprendió que Dios no siempre estaba con los portadores de la cruz. Los oficiales de Raimundo de Toulouse habían recibido también horribles noticias de Emicho, conde de Leiningen, que había utilizado la llamada de Jerusalén para desatar una tormenta de odio contra los judíos de Renania. Emicho estaba en realidad convencido de que su trabajo sería recompensado con una diadema en Constantinopla. Primero intentó acometer su maldad en Speyer, pero después se centró en Mainz y en los judíos que se escondían en las sombras de la gran ciudad, encerrados en su propio mundo, vestidos con sus túnicas grises y rojas, atesorando sus tradiciones, estudiando la Torá y celebrando las festividades de su calendario. Una vez en Mainz, Emicho, que creía que le había aparecido milagrosamente una cruz roja en la carne —probablemente la picadura de una pulga—, junto con Guillermo el Carpintero, vizconde de Melun, iniciaron allí un ataque salvaje contra los judíos. El vizconde, un completo asesino, había adquirido su siniestro sobrenombre en Iberia por su pasión por clavar remaches y tornillos en la frente de sus enemigos. Estos dos asesinos y sus cohortes cogieron el cadáver aplastado de un miembro de su compañía, enterrado treinta días antes, y lo pasearon por la ciudad gritando: «Contemplad lo que los judíos han hecho a nuestro camarada. Han apresado a un gentil y lo han hervido vivo. Después, han vertido el agua en vuestros pozos para envenenaros». La violencia se desató. Muchos judíos corrieron para salvarse hacia el palacio del obispo, pero fueron traicionados más tarde. Emicho y Guillermo apresaron a un judío influyente, de nombre Isaac. Le pusieron una soga al cuello y lo llevaron a rastras por las calles embarradas hasta el lugar de ejecución, donde le gritaron que se convirtiera para salvar su vida. Isaac hizo señas con el dedo de que no podía pronunciar palabra, pues la cuerda le aprisionaba el cuello. Cuando le liberaron el cuello dijo simplemente: «Cortadme la cabeza». Eso hicieron, y animaron a sus seguidores a que participaran en una orgía de sangre. Mataron a unos setecientos judíos, que no pudieron hacer nada frente al ataque de tantos miles. Otras cartas repetían horrores similares, una letanía de actos espantosos. Llegó un momento en que Leonor se sentía incapaz de seguir leyendo. Volvió a dejar los documentos sobre el escritorio y abandonó el pabellón de audiencias, seguida de cerca por Hugo y Geofredo.

Más tarde, Leonor, Hugo, Geofredo, Alberico e Imogenia se reunieron con gesto sombrío para el almuerzo de la tarde, que consistía en carne de conejo asada y hogazas de pan. Se encontraron en el gran pabellón desaliñado que compartían Hugo

y Geofredo; apestaba a óxido chamuscado, piel, sudor y carbón. El padre Alberico dio las gracias mientras Beltrán hacía su entrada y se unía al círculo, justo en la entrada del pabellón. Tras él resonaba el eco de los ruidos del campamento por la noche. Todos se quedaron inmóviles por el aullido de un lobo ante la luna llena.

—Un día duro —dijo Geofredo, y dio una dentellada al pan medio cocinado, hizo un gesto de desagrado y se apresuró a acercar la copa de vino a sus labios.

—Unas noticias terribles —murmuró Alberico—. Tantos portadores de la cruz masacrados. Pedro el Eremita caído en desgracia.

—Una chusma —añadió Hugo—. ¡Ellos junto a muchos otros asesinaron a los judíos, masacrando a mujeres y niños! ¿Qué tiene eso que ver con el trabajo de Dios?

—Pagaremos por ello —dijo Alberico—. La sangre de los inocentes nunca se derrama en vano.

—Es culpa de nuestros cabecillas —declaró Hugo—. Obispos, condes y nobles. Deberían imponer el orden; debe reinar una disciplina más estricta en el Ejército de Dios.

—Pero son enemigos de Dios —replicó Imogenia.

—¿Quiénes?

—Los judíos. Ellos crucificaron al Señor. Dijeron que su sangre se derramaría sobre ellos y sobre sus hijos.

—Pero la sangre de Cristo debe limpiar y santificar —declaró Hugo.

—O castigar —añadió Alberico con una voz que denotaba escasa convicción—. En realidad —dijo con un suspiro— ¿tan diferentes son de nosotros?

—¿Los judíos? —preguntó Leonor—, ¿o los turcos?

—¡Ambos! —susurró Alberico—. ¿Los judíos? ¿Qué son sino hijos de Dios? ¿Qué somos nosotros? Hijos de Dios. ¿Qué son los turcos? Hijos de Dios. Aun así, nos matamos entre nosotros por las mejores razones posibles —miró alrededor y siguió hablando—. ¿Pero somos en verdad hijos de Dios? ¿O no hay Dios y somos lo que somos, unos simples asesinos desalmados?

Sus compañeros le miraron perplejos.

—Padre —preguntó Geofredo—. ¿Se arrepiente de haber venido?

—No —respondió Alberico, encogiéndose de hombros—. No me arrepiento; simplemente me cuestiono cosas.

—Pero los turcos han robado el feudo de Cristo, su ciudad sagrada —dijo Beltrán con el cuerpo inclinado hacia delante, reflejando la luz del fuego en su rostro frío y sin rasurar—. Su Santidad el Papa dice que es nuestro deber sagrado recuperar ese feudo, los dominios de Dios, ahora en manos enemigas, y devolvérselo a sus legítimos propietarios. Tenga por seguro, padre, que si alguien viniese a arrebatarme mi casa, o su iglesia, sería nuestro deber rescatar esas posesiones.

—El demonio cabalga en un corcel negro —recitó Pedro Bartolomé, mientras penetraba en la tienda y tomaba asiento sin ser invitado. Mantuvo la mirada ante los ojos temerosos de la concurrencia—. He oído las noticias —continuó—. Los últimos

días se nos echan encima. Pronto presenciaremos señales aún más maravillosas y escucharemos noticias que harán temblar los cielos.

—¿Pero cómo nos afectarán a nosotros, hermano? —preguntó gentilmente Leonor.

—El señor Satán siembra la disensión donde no debería existir —declaró Pedro—. Hemos jurado hacer el trabajo de Dios. ¿No es cierto, hermanos y hermanas? —nadie respondió.

Leonor observaba detenidamente a Hugo. Él había insistido en que entre la Pobre Hermandad solo deberían usarse los títulos «hermano» y «hermana», y que cada miembro debería recitar cada día siete Padrenuestros, tres Avemarias, dos Glorias, un salmo y el Salve Regina. Había también obligado a la Pobre Hermandad del Templo a aceptar que el dinero, el pillaje y los botines de guerra debían ser repartidos por igual. La disciplina debía reforzarse, y cualquier acto de violencia contra los inocentes, castigado sin piedad. Leonor se preguntaba por los judíos; los que había conocido eran bastante pacíficos, agradables, tímidos y asustados. Es cierto, no le habían traído nada bueno; aunque, definitivamente, tampoco nada malo.

—Ya conoces nuestras normas —dijo Hugo, dando un sorbo a su copa de vino—. Nosotros les apoyamos. ¡Una cosa más! Después de haber escuchado lo que le ocurrió a Rainaldo. Si nos capturan —elevó su copa— que no nos inunde la cobardía y que nos dirijamos hacia Dios con el corazón puro, ¿de acuerdo?

Sus palabras se recibieron con un murmullo de aprobación. Hugo hizo una pausa mientras Norberto se unía al círculo y se sentaba en cuclillas.

—Os he oído —dijo el monje mientras dejaba caer la capucha—. Estaba afuera —tosió y se acarició el estómago—, esperando a que se me asentara el estómago. Os he escuchado mencionar a los judíos, a los turcos. ¿Sabéis lo que pienso? —dijo, gesticulando—. Todos somos asesinos. No... —levantó una mano ante las protestas—. Decidme, cada uno de vosotros, ¿no habéis perdido nunca la paciencia con un hermano o hermana hasta el punto de pensar que podríais quitarle la vida? ¿Ninguno de vosotros? —una sonrisa emergió del rostro arrugado del benedictino, dejando entrever sus dientes ennegrecidos—. Recordad —susurró—, el pensamiento es el padre de la palabra, que, a su vez, es la madre de la acción.

—¿Pero su respuesta —preguntó Hugo— es simplemente esa? ¿Que todos somos unos asesinos?

—No es una respuesta —dijo Norberto—. Es solo algo que he aprendido. El asesinato tiene que ver con la voluntad, eso es lo que dijo el gran Agustín. Me explico... —los legañosos ojos de Norberto se posaron sobre Leonor, y sus largos dedos se extendieron como si quisieran atrapar sus rizos de pelo negro—. Si planease perpetrar un ataque sobre tu hermana, violarla... —inclinó la cabeza juguetonamente hacia ella; en respuesta, el rostro de Leonor se contrajo con un gesto de miedo fingido — y después matarla, ¿no tendrías todo el derecho, Hugo, de defenderla?

—¡Os mataría!

—No —el monje soltó una carcajada—. He dicho defenderla. Las dos cosas son bastante distintas. Matar tiene que ver con la voluntad, con lo que quieres hacer.

—Eres un estudioso de Agustín —dijo Alberico en tono de broma—, te aferras a la tesis de la guerra justa.

—¡Tonterías! —rio socarronamente Norberto—. He escuchado los argumentos de Bonizo de Sutri acerca de eso, y de cómo el Papa otorga títulos a guerreros, como a nuestro glorioso conde Raimundo, para justificar sus guerras.

Leonor percibió el sarcasmo en las palabras de Norberto.

—Títulos como el de *Fidelis filius sancti Petri*, Fiel hijo de san Pedro. ¡Tonterías! ¡La expresión «guerra justa» es una contradicción en sí misma! ¿Cómo puede pensarse que una guerra sea justa?

—Entonces —preguntó Geofredo—. ¿Cuál es vuestra respuesta? ¿Por qué está aquí?

—¿Y por qué no? —replicó Norberto—. Hermanos, no pretendo burlarme de vosotros. Ninguno de nosotros conoce en realidad la razón de nuestros hechos. ¿Que por qué soy monje? ¿Es porque tengo la vocación de seguir los preceptos de san Benedicto? ¿Para servir a Cristo? ¿Para prosperar en posición y conocimiento? ¿O quizá porque me cansé de escuchar a mi madre jactarse con todos sus amantes y deseaba seguir una vida más casta? ¿Por qué hemos venido hasta aquí? Os diré una cosa —la voz de Norberto se suavizó hasta convertirse en un tenue susurro—. Hay tantas razones para nuestra peregrinación como peregrinos en los caminos. Debemos ser *crucesignati*, señalados por la cruz, pero todos somos diferentes. Preguntáoslo, pero no os juzguéis. Recordad, ¡nuestras vidas no se entregan por lo que deseamos hacer, sino por lo que debemos hacer!

Leonor cavilaba sobre las palabras de Norberto mientras cruzaba el campamento junto a Hugo y Geofredo, envueltos en un silencio roto ocasionalmente por el relinchar de caballos, el ladrido de perros y los llantos de los niños. Las antorchas llameaban ante las puertas de las tiendas de los grandes señores. Las hogueras crepitaban y crujían cuando se apagaban para pasar la noche. Una nube de olores los recibió: aceite quemado, comida cocinada, paja fresca y sudor, todo mezclado con el hedor insoportable que provenía de las letrinas.

—¿Por qué estás aquí, Leonor? —preguntó bruscamente Geofredo cuando se detuvieron ante su tienda.

—Por ti —dijo, bromeando— ¿y tú por mí?

Geofredo rio con timidez y arrastró sus botas repletas de barro.

—Nuestra vida, como comentó el hermano Norberto —irrumpió bruscamente Hugo, dispuesto a salvar cualquier situación embarazosa—, se centra en lo que debemos o no hacer —se puso en pie, con las manos en las caderas, y elevó la mirada al cielo—. Yo sé para lo que no estoy aquí —continuó tranquilamente—. No estoy aquí para matar a hombres, mujeres y niños inocentes. No estoy aquí para asaltar, desvalijar, saquear y violar —dijo con un profundo suspiro—. Estoy aquí por lo que

estoy aquí. Cierto, quiero contemplar las maravillas de la otra parte del mundo. Quiero caminar por las calles de Jerusalén, como hizo nuestro amado Señor, aunque hay algo más... —se encogió de hombros, sujetó a Leonor por los brazos y la besó suavemente en las mejillas. Geofredo le imitó, aunque más torpemente, y después se separaron, intercambiándose despedidas en la oscuridad.

Leonor soltó la portezuela de su tienda. El muchacho que guardaba la tienda estaba profundamente dormido ante el brasero improvisado. Leonor lo despertó y le dio varias porciones de queso envueltas en un paño de hilo. Cuando se marchó, reorganizó el brasero, limpió la tienda y aguardó a que llegara Imogenia. Había visto a la viuda en profunda conversación con Norberto, tras la reunión. Leonor recordó las palabras de Imogenia sobre los judíos. Se sentó sobre un cofre y, mientras observaba una voluta de humo que serpenteaba hacia el techo, se puso a pensar en la pregunta de Geofredo. ¿Para qué estaba allí? ¿Para suplicar el perdón por la muerte de su marido borracho? ¿Para sacudirse la culpa de su muerte y de la de su hijo, esa gloriosa chispa de vida, esa llama que ardió tan intensa, aunque tan fugaz, en su alma? ¿Por Hugo, el hermano adorado, padre y madre a la vez? ¿Era por alguna de estas razones, o por todas a la vez? ¿Iría a formar parte de algo de lo que iba a arrepentirse? Las historias del conde Emicho, Guillermo el Carpintero y otros, revelaban un tremendo salvajismo. Se estremecía ante la fatalidad de esos pobres judíos, pero ¿era ella distinta de los asesinos que los habían masacrado? ¡Desde luego que sí! Sin embargo, Hugo y Geofredo le habían asegurado que una vez que llegasen a los valles de Esclavonia, la lucha sería inevitable, y ellos también tendrían que matar.

Leonor miraba fijamente la portezuela de la tienda. Se sentía tremendamente preocupada por las razones que habían llevado a Hugo y a Geofredo a tomar la cruz. Cierto, habían sido *crucesignati* en Iberia. Se deleitaban con las leyendas de Rolando. Buscaban la absolución por sus pecados del pasado, y estaban cansados de las justas y los torneos entre vecinos, pero ¿había algo más? El viaje a Jerusalén podía llegar a entenderse pero, desde que abandonaron la Auvernia, habían aumentado sus sospechas de que ambos caballeros albergaban secretos. ¿A qué fecha estaban? Mediados de diciembre del año de Nuestro Señor de 1096. Urbano había pronunciado su sermón en Clermont un año atrás. ¡Sí, así era! Hugo y ella habían estado en Compiègne cuando los polvorientos mensajeros trajeron las noticias. Recordaba a uno en particular, con la capucha recogida sobre la espalda, de pie en su habitación llena de humo y hablando de un malvado príncipe turco, Al-Hakin, que había arrasado la iglesia del Santo Sepulcro, infligiendo indignidades sobre su propia gente, además de sobre los cristianos. Hugo había acudido a la llamada fervientemente, pero tras la aparición de Norberto el monje comenzó a cambiar, volviéndose más sombrío y reflexivo.

Leonor se mordió el labio y poco a poco se reprendió a sí misma. Debió haber pensado antes en esto. La semilla de su sospecha se había sembrado diez meses atrás,

pero la había ignorado, dejándose llevar por la excitación, los preparativos frenéticos y el viaje al sur hacia Auvernia. La cálida amistad de Geofredo había sido muy bien recibida; pero, de nuevo, los eventos se habían visto eclipsados por una *mêlée* de preparaciones. Sí, y algo más. Alberico había sido una visita constante, reuniéndose a menudo con Hugo y Geofredo. Leonor hizo examen mental de lo que sabía del párroco. Era, sin duda, un hombre misterioso, mucho mejor educado que los sacerdotes que solían servir en las iglesias de los pueblos. Norberto y él parecían ser viejos amigos. El benedictino parecía haber viajado mucho. ¿Se trataría de un monje excomulgado? ¿Alguien expulsado de su monasterio por causar problemas? Jerusalén los unía a todos, pero ¿qué unía tan íntimamente a Hugo, Geofredo, Norberto y Alberico? Se había quedado absorta en los preparativos, aunque siempre había percibido que algo no iba bien. Hugo se había tornado más austero, más dedicado a la oración y menos receptivo a las miradas sonrientes de las damas y las aldeanas. Además, desde que habían abandonado la Auvernia, había estrechado la disciplina de la Pobre Hermandad, publicando un oficio divino en el que decretaba normas que regulaban las reuniones, la vestimenta y hasta la dieta. Pero, ¿por qué?

La marcha hacia los límites de Esclavonia se había convertido en una penosa caminata a lo largo de caminos embarrados, a pesar de la impresionante belleza de las montañas. Leonor había tenido mucho tiempo para reflexionar, para tomar consciencia del creciente secretismo que envolvía a su hermano. En cierta forma, Hugo le recordaba a aquellos caballeros de los grandes romances, que perseguían alguna gloriosa visión mística. Una cosa que le había llamado poderosamente la atención era la pasión que había despertado en Hugo y Geofredo el poema de caballerías: «*La chanson de voyage de Charlemagne à Jerusalem*». Hugo lo leía a todas horas. En algunas ocasiones, Leonor se lo había pedido prestado, y Hugo prometía que se lo dejaría, pero siempre encontraba alguna excusa para no hacerlo. Este poema, junto a una lista de reliquias, parecían absorberle cuando no estaba ocupado con la Pobre Hermandad, o conferenciando con el conde Raimundo. Leonor había descubierto la lista de reliquias accidentalmente. Un informe escrito de puño y letra de Raimundo se entregó por accidente en su tienda, en vez de en la de Hugo. Le preguntó a su hermano por la importancia del documento, pero él la negó, aduciendo que se trataba simplemente de una lista de artículos sagrados que le gustaría contemplar. ¡Demasiado misterio!

Leonor temblaba de frío y apretaba el mantón sobre sus hombros. Estaba cansada, impaciente por ocupar su estrecho catre, en el extremo opuesto de la tienda, aunque estaba decidida a esperar a que llegase la viuda para despejar al menos un misterio. Recogió algunas pertenencias para la partida de la mañana siguiente. Se arrepentía ahora de los pocos lujos que había traído consigo. Vestía los mismos ropajes cada día: una enagua de hilo bajo una sarga marrón, con una cinta de cuero alrededor de la cintura; una profunda capucha que le protegía la cabeza del frío, y mantenía cálidas las piernas y los pies con unas medias de lana y unas botas de piel de buey. También

llevaba una pequeña espada envainada, resultado de la tenaz insistencia de Hugo. Casi había terminado con los preparativos cuando Imogenia llegó a la entrada de la tienda, escoltada por Beltrán. Se susurraron las despedidas e Imogenia hizo su aparición a través de la portezuela. Como siempre, llevaba su gastada bolsa de cuero con su preciosa caja. Leonor sonrió; Imogenia hizo un gesto con la cabeza y se arqueó sobre el brasero. Leonor se sacudió el cansancio.

—Has sido muy dura con los judíos.

Imogenia simplemente se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta —continuó Leonor— que profesas, o profesaste, la fe judía.

Imogenia elevó la cabeza bruscamente; su boca se abrió y volvió a cerrarse.

—No te preocupes —sonrió Leonor—, no pretendo amenazarte; ¡simplemente, hablas en sueños! La mayoría de las veces solo farfullas palabras, pero te he escuchado rezar el Shema. Mencionas el nombre de Raquel, y a veces hablas en un dialecto que no reconozco —se acercó y se arrodilló junto a Imogenia—. Por favor —suplicó—, no finjas más, ahora no. Ya no estás con los demás; no hay necesidad de que entones el himno común. No estoy aquí para amenazarte. ¿Lo sabe Norberto?

Imogenia asintió con la cabeza, sin dejar de fijar sus ojos oscuros en la cara de Leonor.

—Sabe tantas cosas, nuestro monje errante.

—Ha estado en Constantinopla —replicó Imogenia—. Alberico y él son más de lo que parecen; están buscando algo.

—Sí, ya me he dado cuenta de eso, pero tú...

Imogenia se sentó de cuclillas sobre el suelo y se echó la capucha sobre la espalda, quitándose el áspero velo que llevaba debajo.

—Mi nombre de nacimiento es Raquel. Soy de Iberia, de las fronteras de Al-Ándalus. La historia habitual —continuó en tono cansino—. Portentos y señales, una mala cosecha, préstamos que no podían devolverse. Desde luego, los judíos tenían la culpa, los chivos expiatorios de siempre. Mi padre era mercader. Mi madre y él se quedaron atrapados en su propia casa. Los quemaron vivos, junto a mis hermanos y mis dos hermanas. Yo tenía seis años —dijo, con sonrisa nerviosa—, era muy pequeña para mi edad y conseguí escabullirme por una ventana. Había caído la noche. Me colé en la casa de un vecino; eran buena gente. Mi padre me había dicho siempre que confiase en ellos. Me acogieron y me dieron cobijo. Más tarde, descubrí que eran judíos conversos. Me hice uno de ellos y tomé un nuevo nombre y una nueva vida. La pareja seguía siendo judía y ambos continuaban practicando nuestra fe clandestinamente. Conservaban ocultos sus recipientes sagrados y su copia de la Torá. Celebraban en secreto el Yom Kippur, la Pascua, la Fiesta de los Tabernáculos y las demás festividades. También volvieron a la casa de mis padres y recogieron lo que pensaron que eran sus cenizas.

—¿Es eso lo que contiene la caja?

—Sí. Esperaba llevarlas a Jerusalén, un acto de justicia para mis padres. Las señales cristianas en la tapa son parte de la farsa.

—¿Y quién eres... qué eres ahora?

—Hermana, no lo sé.

En la tímida luz, el rostro de Imogenia parecía más joven, más pálido.

—En realidad, no creo en nada. Sí, es correcto —sonrió bruscamente—. ¿Cómo puedo ser judía si no creo en nada?

—¿Y por qué has decidido ser honesta ahora?

—Como dice Norberto, ¿por qué no? —Imogenia torció el gesto—. Tras el encuentro de esta noche con la Pobre Hermandad, me he reunido con Norberto y Alberico, y ambos me han asegurado que estaría a salvo. Tenemos tantas cosas en común. Están buscando algo, alguna verdad entre todo este horror.

—¿Conocías de antes a Alberico y Norberto?

—Desde luego, son viajeros incansables. Llegaron hasta Al-Ándalus y visitaron la casa de mis padres de acogida. Son estudiosos aplicados de todo lo relacionado con los judíos, ya sea la Kabbalah, las leyendas del Templo de la Montaña, o la Cúpula de la Roca en Jerusalén.

—¿Y cuál es el objeto de su búsqueda?

—¡Dios sabe! ¿Leyendas, reliquias, pruebas? —Imogenia sacudió la cabeza—. Se internaron en la comunidad judía, haciendo preguntas, recopilando información. Les conocí, y a través de ellos conocí a mi anterior marido, Tomás, un mercader de vino de San Nectario —se encogió de hombros—. El resto ya lo sabes. Fui una buena esposa, muy respetada. Me asenté bien en la zona. Mi marido murió. Urbano pronunció su sermón en Clermont. Para entonces, Alberico había tomado la dirección de la iglesia local. Ya llevaba allí cuatro años, ejerciendo una gran influencia sobre el señor Geofredo. Norberto parecía haber desaparecido, pero reapareció cuando se proclamó la Cruzada. Y entonces —su voz se quebró repentinamente—, llegó Anstritha, la mujer sabia, la que fue asesinada por la plebe.

—¿Qué ocurre con ella?

—Nada, señora —la voz de Imogenia se volvió cansada—. Te he contado la verdad sobre mí. No sería correcto que te contase la verdad sobre otras personas —dijo con sonrisa lacónica—. No me da miedo la verdad. Sospecho que tu hermano y Geofredo ya barruntan quién soy —se puso en pie—. Pero, ¿qué amenaza puedo representar, hermana? Como tú, deseo viajar a Jerusalén, pero mis razones, como las de todos los demás, se guardan en mi corazón. Quizá encuentre desahogo al llevar a casa las cenizas de mis padres; indulgencia, por seguir viviendo después de que ellos perecieran; absolución, por mi engaño —comenzó a quitarse la túnica—. Quizá pueda despojarme de mis cargas y encontrar algo de paz.

TERCERA PARTE



Radosto: festividad de san Isidro, 4 de abril de 1096

Dies quoque angustiae moeroris ac tristiae.
(Un día también de amargo duelo y tristeza).

Dies Irae de San Columba

—¡La derecha! —advirtió Hugo de Payens con voz seca y cascada.

Leonor, que se encontraba entre los dos carros de enormes ruedas, se secó el sudor y el polvo de la cara. Alzó la ballesta y volvió a bajarla. La niebla matutina le jugaba malas pasadas, y Leonor, como el resto de sus compañeros, estaba exhausta. Contempló la línea de carros y barricadas que habían improvisado los capitanes provenzales. La ausencia de su comandante, Raimundo de Toulouse, se sentía enormemente. Quizá debían haber adoptado una posición de defensa más efectiva. La línea provenzal, arqueada como una flecha, se extendía entre dos bosquecillos de árboles. Tras ellos, el páramo se abría hasta un arroyo, donde habían fijado las líneas de caballería. Leonor cogió un pellejo de agua y bebió con avidez, empapándose la cara antes de pasársela a Imogenia, que permanecía en cuclillas, tratando de organizar las flechas de las saetas sobre una harapienta sábana. La viuda, que ahora se sujetaba el pelo con un pedazo de cuerda, le sonrió y tosió, atenazada como estaba por el reuma, y por los dolores de garganta y oídos. Refunfuñó cuando Leonor le acarició suavemente la cabeza. En las últimas semanas, durante su viaje de pesadilla entre Istria hasta la costa de Dalmacia, Imogenia y Leonor se habían hecho muy buenas amigas. Como indicaba Leonor en su diario, no les quedaba otra opción que unirse contra las adversidades que las acechaban. Imogenia soltó un improperio al cortarse el dedo con el filo de una flecha. Se restregó la cara con su propia sangre.

—Por si los griegos... —dijo, mientras inclinaba la cabeza hacia la nube de polvo en la distancia— nos vencen. ¡No violarán a las feas!

Leonor miraba desesperadamente el cielo limpio de nubes. Un águila ratonera flotaba en el aire, y se preguntaba si la perspectiva de la sangre, de su propia sangre, la había atraído hasta allí. El clima se estaba volviendo templado y agradable con las primeras trazas del verano. Habían recorrido la vía Egetia, hasta la ciudad griega de Dirraquio, atravesando el norte de Grecia y llegando a las afueras de Radosto, a apenas unas millas de Constantinopla, pero su pesadilla aún no había terminado. Alberico recalca que estaban cruzando Macedonia, el país salvaje que una vez albergó al gran Alejandro. A Leonor no le importaba demasiado dicha historia. Oscuros bosques, caudalosos ríos, empinados precipicios y solitarias praderas, de donde habían expulsado al ganado, configuraban un panorama hostil, fantasmagórico. Sin embargo, a pesar de todo esto, Macedonia se mostraba como un deseado alivio tras el camino de pesadilla a lo largo de la costa dálmata, a través de Esclavonia. Una horrible pesadilla, envuelta en una espesa niebla, a lo largo de un camino resbaladizo por el hielo y plagado de enormes rocas y árboles caídos. A ambos lados de este camino se elevaban densos bosques, agitados por gélidas corrientes de aire que cortaban como cuchillas. No se veía nada por delante ni por detrás, solo esa densa niebla que los envolvía como a un ejército de espectros.

Imogenia dijo algo. Leonor estaba demasiado cansada para responder y se sentó de espaldas al carro, mirando al riachuelo que cruzaba el prado con un intenso borboteo, acrecentado por las últimas lluvias.

¡Esclavonia! Una tierra inhóspita, reflexionaba Leonor; nada más que árboles y montañas, y esa niebla como vapor de los infiernos, que engulle luz y sonidos. Apenas escuchaban pájaros o animales. Un silencio sobrecogedor roto únicamente por las pisadas de una hilera de mil ochocientas almas, con sus caballos y carros. La Pobre Hermandad del Templo caminaba junto a los demás, portando su renqueante estandarte. De vez en cuando, este monótono silencio se veía alterado por rápidos y violentos ataques. Los esclavones, que habían huido de sus aldeas llevándose su ganado y sus preciados víveres, volvían ahora a acechar a los portadores de la cruz. Seguían a la columna, a poca distancia de sus flancos o de su retaguardia, listos para atacar a los extranjeros. Cortaban cabezas y las clavaban en los extremos de sus estandartes, y si los perseguían, se retiraban a la seguridad de sus montañas. En un determinado momento, el conde Raimundo, sintiéndose tenso y furioso, trasladó a un grupo de caballeros acorazados a la parte trasera de la columna. También pidió a Hugo, Geofredo y a la Pobre Hermandad que barriesen a los guerreros que les hostigaban. ¡Una tarea desalentadora! Una vigilia que dominaba los largos y helados días en los que las nubes parecían descender, de manera que, cuando atacaban, los esclavones caían sobre ellos sin que nadie supiera lo que ocurría. Leonor y los demás se defendían con ballestas, lanzas, jabalinas y dagas. Consiguió repeler un ataque. Un esclavón, con la cara barbuda ensangrentada, se encaramó en el carro, reptando hacia ella. Leonor le abrió la cabeza con un hacha y empujó su cuerpo hasta sacarlo del camino.

Día tras día se sucedía la misma abrumadora rutina, fría, silenciosa y hambrienta, hasta que esas huidizas figuras emergían entre la niebla. Finalmente, el conde Raimundo decidió adoptar medidas más punitivas. No podían perseguir a sus torturadores, que se ocultaban en sus refugios en las montañas, así que decidió utilizar a los prisioneros. Se extirparon ojos, se cortaron narices, se amputaron pies y manos. Los cautivos se dejaban abandonados; pedazos de carne ensangrentados, ciegos, desfigurados, como señales de advertencia para que el resto de la tribu los dejasen en paz: Leonor nunca olvidaría los gritos de esos hombres y mujeres, arrastrándose sin rumbo por los caminos helados.

Pasado un tiempo alcanzaron Scodra. El conde Raimundo intentó negociar una tregua con el rey de los esclavones, pero la agresión continuó hasta que cruzaron la frontera imperial y entraron en el territorio de Alejo Comneno, en las proximidades de la ciudad de Durazzo. Todos respiraron aliviados, especialmente cuando el Emperador envió cartas de paz y ofreció víveres y noticias de otros líderes francos que se aproximaban rápidamente a Constantinopla. Las patrullas imperiales les escoltaban de cerca: cumanos con sus armaduras guateadas, jinetes turcopolos, búlgaros, *patzinacks* y otras cohortes mercenarias. La Pobre Hermandad pensaba que estaban a salvo. Hugo y Geofredo se mostraban satisfechos de poder quitarse las cotas de malla y los pesados cascos. Norberto y Alberico celebraron una misa de acción de gracias en un altar construido en una de las dos grandes carretas de dos

ruedas. Pedro Bartolomé anunció que había experimentado una visión de las lágrimas de san Juan que, como en el Apocalipsis, lloraba ante la visión del sufrimiento de la Pobre Hermandad y los demás en Esclavonia. El respiro resultó ser ilusorio. Los mercenarios del Emperador comenzaron a saquear y a hostigar al ejército del conde Raimundo. Tuvieron lugar enconadas luchas en las que resultaron muertos dos líderes provenzales, junto con varios caballeros, mujeres y niños. Incluso el obispo Ademar de Le Puy recibió un golpe en la cabeza, y tuvo que ser desplazado con un salvoconducto hasta la ciudad de Tesalónica.

Para cuando el ejército del conde Raimundo alcanzó la ciudad de Roussa, su paciencia se había agotado por completo; los lugareños eran incapaces o no querían negociar y surgieron numerosas escaramuzas, durante las cuales, se saquearon tiendas y almacenes. Las luchas se multiplicaron entre los locales y los seguidores del conde Raimundo. Aparecieron las tropas griegas; jinetes armados con sus escudos ovalados, apoyados por mercenarios, arqueros montados y, lo que era mucho más peligroso, los catafractos, jinetes fuertemente armados que, según Hugo aseguró a Leonor, preocupaban tremendamente al conde Raimundo. Se consiguió establecer una tregua. Los enviados griegos entraron en el campamento para suplicar al conde Raimundo que les acompañara hasta Constantinopla para reunirse con el Emperador, que se encontraba a su vez negociando con otros líderes francos. El conde aceptó la invitación y partió apresuradamente, dejando a su potente contingente de mil ochocientos efectivos bajo el mandato compartido del vizconde de Béarn y del conde de Orange; dos hombres jóvenes que, según la opinión de Geofredo, eran incapaces de distinguir entre el norte y el sur.

Habían pasado tres días desde que el conde abandonara el campamento. El ejército se había movido lentamente, acercándose a la ciudad de Radosto, aún custodiado por fuerzas imperiales. Se habían sucedido nuevos enconados y algunos actos de pillaje de los portadores de la cruz, pues, a pesar de todas las proclamaciones y ordenanzas, no todas las compañías seguían la estricta disciplina de la Pobre Hermandad. Entre estos, los peores eran una banda de Montpellier, conocidos como la Compañía de los Vagabundos, conducidos por Jehan el Lobo. Jehan era un personaje de dudosa reputación, cuyos servicios habían sido contratados por los padres de la ciudad para drenar los fosos y las zanjas de Montpellier. Eso hicieron, pero también desarrollaron una singular destreza en atrapar furtivamente gansos y patos de las mismas fosas y zanjas; aves que pertenecían a los granjeros locales, o a los gremios de la ciudad. Seguidamente, se convirtió en un exitoso criador de aves de corral, surtiendo de carne fresca de ave a todos sin excepción. Cuando llegó la llamada de Clermont, Jehan se dio cuenta de que habría que seguir haciendo fortuna en otra parte. Utilizó inmediatamente su riqueza e influencia para organizar su propia compañía, formada en su mayor parte por moradores de los tugurios de la ciudad. La Compañía de los Vagabundos estaba atestada de ancianos, falsificadores, bufones, vividores, amigos de la noche y saltimbanquis. Estos hombres

y mujeres pensaban que Jerusalén estaba tan solo calle abajo, o algo más allá de la línea del horizonte. La dura marcha por la Vía Egneta los había conmocionado y amargado. Como comentó el padre Alberico, la Compañía de los Vagabundos no tenía conocimiento alguno de la escritura, exceptuando un verso: «Vive para hoy, no te preocupes del mañana, ni por lo que comerás, beberás o vestirás». Jehan y su legión de pillos creían realmente que el Señor proveería; y si no, estaban más que dispuestos a echarle una mano al cielo.

Jehan se dejaba aconsejar por dos lugartenientes, unos horribles matones orgullosos de hacerse llamar Gárgola y Babuino. Se encargaron de organizar a su horda de bribones y, al acercarse a Radosto, la Compañía de los Vagabundos simplemente desapareció. Tras una ausencia de cuatro días, regresaron, trayendo consigo reses, ovejas, pollos y carne fresca para la cazuela; además de valiosos tapices, telas y artículos preciosos, regalos que atribuían a los agradecidos habitantes locales. Nadie los cuestionaba, aunque Hugo susurraba con voz ronca que pronto pagarían por la fiesta que había preparado Jehan. Ninguno de los capitanes de las compañías ni los grandes señores tenían la autoridad o el estatus suficiente como para pedir cuentas a Jehan. Y lo que era más importante, ninguno de ellos se podía resistir al olor de la carne fresca cocinada y aderezada con especias y finas hierbas que se extendía por todo el campamento.

Como una especie de rey del desgobierno, Jehan invitaba a todos los cabecillas a un gran banquete. Leonor, Hugo y Geofredo asistieron, atormentados por sus estómagos hinchados por el hambre y por sus gargantas ávidas de probar los suntuosos vinos y las frutas frescas. El banquete fue una maniobra muy inteligente. El conde Raimundo estaba ausente. Jehan jugaba con el hambre y la desolación de los portadores de la cruz, convirtiéndoles en sus cómplices. Bandejas de carne fresca, pato, cisne, cerdo y ternera se sirvieron a la luz de poderosas hogueras y crepitantes antorchas de brea. Jehan los entretenía con acróbatas y actores, contándoles además una y otra vez la historia de cómo estafó a un orondo mercader de vinos y a un canónigo pomposo de Montpellier.

—Encargué algo de vino —gritó desde su enorme sillón—. Le dije al aprendiz del mercader que le pagaría cuando me lo entregara. Me siguió a la catedral. Le dije que me esperase fuera, mientras yo entraba y abordaba al canónigo. Le dije que le traería a mi sobrino para que se confesara, pues sentía una lujuria insaciable por el dinero, era un tremendo avaro. Le pedí al canónigo que hablara con él y que aceptase como obsequio de agradecimiento los barriles de vino que traía en el carro. Desde luego, el canónigo accedió. Me siguió hasta el exterior y vio al aprendiz vigilando el vino. Le dije que esperase, me aproximé al aprendiz y le dije que ese sacerdote gordo y rico que le hacía señas pagaría la cuenta.

La historia de Jehan acababa en tremendas carcajadas y en el mutuo asombro de confesor y penitente: el último demandando su dinero, mientras el primero le reprendía por su avaricia. La verdad se descubría finalmente, pero para entonces,

tanto Jehan como el vino habían desaparecido.

Leonor tenía a Jehan por un fanfarrón mentiroso, aunque le maravillaba su astucia. Por otra parte, Hugo y Geofredo, tras inspeccionar todo lo que se había servido en la mesa y el botín que había reunido Jehan en su denominada incursión, procuraron asegurarse de que lo que había traído era legítimo. Después de todo, si el Emperador no les proporcionaba víveres, ¿qué otra opción les quedaba a los portadores de la cruz que aprovisionarse por su cuenta? Cuando Hugo y Geofredo observaron a Gárgola, Babuino y otros, mostrando las regias vestiduras y las preciosas joyas que habían traído al campamento, aumentó su preocupación. Recibieron la confirmación a su desasosiego de boca de Teodoro, un mercenario griego errante, que se había unido al ejército del conde Raimundo y se había sentido muy atraído por la Pobre Hermandad. Teodoro aseguraba haber nacido cerca de Smyrna, de ascendencia griega y normanda. Se trataba de un experto espadachín, que poseía su propio corcel de combate y caballo de carga. Era un hombre de mediana estatura, de rostro aceituno barbiespeso. Poseía un carácter cortés y afable y pronto impresionó a Hugo y a Geofredo con su vasto conocimiento de los turcos, el ejército griego y el país que estaban atravesando. También demostró ser un capacitado luchador, permitiendo a Hugo y a Geofredo examinar la armadura especial que portaba: una cota de malla sobre un corsé de cuero laminado, con un collarín del mismo material y un pesado casco de acero. Era también habilidoso con el arco y empuñando una lanza. Un soldado nato que había luchado contra alanos, búlgaros y turcos. Dejaba fascinados a los francos con su descripción de los turcos, cuyo territorio se disponían a invadir, como luchadores muy rápidos, letales y feroces, y habilidosos arqueros a caballo, lo que con frecuencia confundía a sus enemigos. También describía la rígida disciplina de los ejércitos del Emperador, su caballería pesada y ligera y su bien organizada infantería, comandada por la guardia imperial. Les narró que Alejo organizó a su ejército en *turmas* de tres mil hombres, que a su vez se subdividían en ocho *numeri*, de unos trescientos cincuenta efectivos cada una, alineando a varios oficiales y portadores de estandartes, además de revelarles sus códigos militares. El ejército bizantino también estaba bastante bien surtido en el campo de batalla, fortalecido por potente maquinaria de guerra y apoyado por personal médico. Hugo se quedó profundamente impresionado por tal grado de organización, y comenzó a imponer una disciplina similar entre los poco más de cien miembros de la Pobre Hermandad. Los organizó en unidades de diez, que denominó *conrois*, dividiendo a los caballeros de los mandos, y asignando tareas como cocina o asistencia médica a varios individuos, incluyendo incluso mujeres y niños.

Teodoro llegó tarde para el banquete de los vagabundos pero, inmediatamente, entabló una silenciosa conversación con Hugo, hablando deprisa en la lengua franca del mar Medio. Hugo escuchó atentamente, después se volvió hacia Leonor y le susurró que Teodoro creía que los hombres de Jehan no se habían limitado a recoger víveres, sino que también habían atacado y saqueado la aldea y las posesiones de un

influyente señor local, un crimen que los griegos no iban a ignorar. A la mañana siguiente, la predicción de Teodoro resultó ser correcta. Apenas había despuntado el sol cuando algunos patrulleros entraron a galope en el campamento, gritando que una columna armada se acercaba dispuesta a presentar batalla. Al principio, los comandantes francos pensaron que se trataba simplemente de una estratagema y se desplazaron hacia las afueras de Radosto, para encontrar el camino bloqueado por tropas imperiales. Hugo y Geofredo recibieron la llamada del vizconde de Béarn, para que se unieran a él enseguida, cerca de un bosquecillo de árboles. Se enviaron emisarios, pero las tropas imperiales los expulsaron bajo un manto de flechas. Aparentemente, los griegos se disponían para la batalla, y todo lo que podían hacer los francos era sentarse y esperar. Leonor cerró los ojos y se quedó dormitando. Después del festín de la noche anterior ya no estaba hambrienta, pero se sentía cansada y sedienta y ligeramente enferma, aquejada de un persistente dolor en las articulaciones. Durante unos instantes se preguntó si los rumores que recorrían el campamento representaban la verdad. ¿Habían cometido un error? ¿Hicieron bien al venir? ¿Era esto realmente el trabajo de Dios?

—¡Leonor! ¡Leonor! —se despertó sobresaltada al escuchar su nombre. Un grupo de jinetes se aproximaban a galope: Hugo, Geofredo, Beltrán y Teodoro. Hugo saltó de la silla de montar.

—Qué ocurre —dijo Leonor, que estaba tan embebida en sus pensamientos que había ignorado el creciente bullicio en el campamento. Se dio la vuelta y miró a través de los carros. En la lejanía pudo distinguir el brillo de las armaduras y el ondear de estandartes de colores, mientras la brisa polvorienta transportaba el fatídico sonido de trompetas y tambores.

—Teodoro cree que los griegos se están agrupando para lanzar un ataque. Ocurrirá pronto —Hugo sujetaba a Leonor por los hombros, apretando fuertemente los dedos. Ella pudo leer el miedo en sus ojos—. Leonor —susurró—, te quiero, pero en el nombre de Dios, ¿todo va a acabar aquí? Por el amor del cielo, el conde Raimundo se ha marchado a reunirse con el Emperador, ¿por qué nos atacan los griegos?

—¡Venganza! —respondió Leonor con la mirada fija en la nube de polvo distante.

—Estoy de acuerdo —dijo Beltrán, que también había descabalgado y que, al igual que Teodoro, se acercaba con el rostro desencajado y empapado de sudor.

—¡Negociad! —bramó Leonor, señalando a la nube de polvo.

—Demasiado tarde —declaró Teodoro—, mi señor Hugo, debemos prepararnos.

Los capitanes intentaban imponer el orden a lo largo de las líneas de los francos. El vizconde de Béarn y otros comandantes galopaban, enfundados en cotas de malla, cascos cónicos sobre sus tocas y grandes escudos ovalados enganchados a las sillas de montar. Cabalgaban desesperados, tratando de cerrar cualquier hueco entre los carros y de desplegar una masa de arqueros tras ellos. El vizconde se detuvo frente a Hugo.

—¿Qué más podemos hacer? —gritó.

—Cerrad la línea aún más —gritó Hugo—. Cerradla deprisa. Situdad vuestros caballos aquí —dijo, señalando cada extremo de la línea— y aquí —señaló ahora al centro—. Mantenedlos en reserva. Haced lo mismo con algunos de los que están a pie. Pase lo que pase, nuestra línea no debe romperse. Señor —Hugo sujetó las riendas del vizconde— si podemos, debemos tratar con los griegos.

—¿Sobre qué? —gritó el vizconde sobre la creciente barahúnda.

—¿Por qué nos atacan? —gritó Hugo.

—¡Porque son griegos cismáticos! —gritó uno de los compañeros del vizconde—. ¡Merecedores del fuego del infierno, celosos de nuestro trabajo!

—Es absurdo, mi señor —Hugo posó la mano sobre la rodilla acorazada del vizconde—. Mi señor, si es posible, debemos negociar.

El vizconde asintió con la cabeza.

—Antes habrá derramamiento de sangre —murmuró—. Ojalá el conde estuviera aquí. Hugo, —el vizconde volvió a tomar las riendas— quédate en el centro —y se retiró.

Hugo comenzó a agrupar a su propia compañía antes de desplazar a los vagabundos más al fondo de la línea.

Los estandartes y los banderines se desplegaron y los crucifijos se ataron a los extremos de varas y se fijaron en los carros. Los niños, ancianos y enfermos se enviaron tras las líneas de caballería, junto a un riachuelo, bajo la protección de un grupo de mujeres armadas con lanzas, pesadas ballestas y cajas de flechas. Oxidadas armaduras volvieron a salir de cestas y sacas. Las cotas de malla de mangas cortas volvieron a enfundarse con rapidez; la armadura, bucarán relleno de lana, bien asegurada al cuerpo. Cascos de latón, *chapeaux de fer* o yelmos se abrochaban apresuradamente. Grandes escudos se colgaron de las espaldas de los soldados, o se emplazaron en los huecos que quedaban entre los carros. Los cuernos y las trompetas bramaban. A Leonor le entregaron un arco y un tubo de flechas. Se asomó entre los carros y lanzó un gemido. Los griegos se movían ahora lenta, pero inexorablemente hacia ellos. Toda una larga línea de soldados a pie, con los escudos al frente y la punta de sus lanzas asomando entre ellos, como una pared móvil de hierro con púas. Las líneas griegas se abrían por todos lados para permitir el paso a los escuadrones a caballo. Los jinetes se afanaban por controlar a sus corceles y mantenerlos en la formación. Los estandartes se elevaron hacia el cielo, resplandeciendo entre el polvo. El aire vibraba con el eco metálico de los crótalos, el estruendo de las trompetas y los sonidos graves de los cuernos de batalla. Geofredo se acercó al galope. Leonor se acercó apresuradamente hacia él y tomó las riendas de su caballo. Se inclinó sobre ella, con el rostro y la cabeza casi totalmente oculta bajo la toca de la cota de malla, y se soltó la correa que le aprisionaba la boca.

—Leonor, juro que si sobrevivo hoy, le haré un gran servicio a Dios, tomaré el hábito, me convertiré en un monje del Señor —y se alejó deprisa entre un aluvión de

pezuñas.

Leonor sonrió, tosiendo entre la nube de polvo mientras volvía a su posición entre los carros.

—¿Una despedida de amantes? —bromeó Imogenia.

—Un auténtico trovador —replicó secamente Leonor—. Romanticismo de altura. ¡Si sobrevive, mi señor Geofredo se hará monje!

La respuesta sarcástica de Imogenia de que se haría monja se ahogó entre un estridente toque de trompetas. La primera línea de los griegos aumentó el ritmo de avance. La tierra temblaba con el sonido de las pisadas, el entrecocar del acero, los gritos de los hombres y los agudos relinchos de los caballos. En toda la línea de los francos se repetía el gesto de acomodar las flechas en los arcos y de cargar los dardos en las ballestas. Hugo reapareció junto a Leonor, con la toca echada sobre sus espaldas, y se subió a la carreta. Leonor observó entre los listones de madera cómo se detenía abruptamente la línea griega. La pared de escudos se abrió y comenzaron a aparecer hombres con las cabezas afeitadas, vestidos con chaquetas sin mangas y pantalones bombachos. Se movían rápidamente hacia los francos, haciendo girar letales hondas de cuero sobre sus cabezas.

—¡Hondas! —gritó Hugo—. ¡A cubierto! ¡Esconded las cabezas, escudos arriba!

Leonor e Imogenia se escondieron tras el carro. El aire cantaba con el discordante siseo de los feroces avispones. Las piedras pulidas impactaban contra el carro, seguido por espeluznantes gritos que procedían de ambos lados. Hugo se levantó, manteniendo el escudo sobre la cabeza.

—Arqueros —gritó— ¡apuntad... soltad!

El estruendo de las piedras encontró respuesta en el tañido de los arcos y el chasquido de los pasadores, seguido de un sonido que asemejaba el furioso batir de alas de una descomunal ave. Leonor alzó la mirada hacia el extremo opuesto de la carreta, donde unas figuras difusas danzaban entre nubes de polvo. Colocó la flecha en el arco, tensando fuertemente la cuerda, mientras Imogenia soltaba el pasador de su ballesta; flecha y dardo se perdieron entre la polvareda. Se escucharon gritos de «¡Toulouse, Toulouse!». Leonor se detuvo un segundo a contemplar la línea de los francos; algunos cuerpos despedazados y ensangrentados comenzaban ya a retirarse a rastras. De pie, sobre el carro que había junto a ella, Hugo les rugía de nuevo para que apuntasen y disparasen a discreción. Leonor le obedeció, con las manos y los dedos empapados de sudor. Junto a ella, Imogenia no dejaba de maldecir mientras disparaba. ¿Iban a morir? Era un trabajo agotador. Apuntaban y disparaban, lanzando flechas y dardos hacia la línea en movimiento de figuras que danzaban como demonios. El clamor de los infiernos les rodeaba. Leonor comenzó a revivir breves recuerdos entrecortados de su infancia: su padre, una figura distante, cabalgando en un patio, cubierta por una capa henchida por el viento; su madre, que se apresuraba a recibirla... Hugo la despertó de su letargo desde su posición, sobre la carreta. Le escuchó gritar.

—¡Hacheros!

La pared de escudos volvió a abrirse. Unos mercenarios barbudos de larga cabellera y pesadas armaduras de cuero corrían hacia ellos, con un escudo en una mano y un hacha de dos filos en la otra; una horda de hombres que gritaban atronadoramente. Algunos se derrumbaron entre el polvo, alcanzados por flechas que se clavaban en sus caras y en su pecho. Otros alcanzaban los carros y se subían a ellos de un salto, para encontrarse con espadas, mazos, lanzas y jabalinas. Uno de ellos se abrió paso por el hueco existente entre los carros. Leonor le hizo tropezar con una lanza, mientras Imogenia, gritando histéricamente, le golpeaba fuertemente la cabeza con un garrote, hasta convertirla en una masa sanguinolenta. En el carro, Hugo y otros caballeros ataviados con cotas de malla contenían a los atacantes, mientras que aquellos que conseguían pasar esta primera línea eran recibidos por la infantería. Era aquel un panorama aterrador de aceros siseantes, sangre vertida, caras furiosas, gritos desgarradores y el sobrecogedor sonido del metal y la madera arrebatando vidas. De vez en cuando les concedían un breve respiro, sucediéndose a continuación un asalto con ferocidad renovada. Leonor se sentía enloquecida. Los cuerpos se apilaban a su lado. De pronto se escuchó un rugido y el ataque comenzó a decaer; los hacheros se retiraban. Hugo bajó del carro cubierto de sangre. Algunos trozos de carne humana se habían quedado enredados en las anillas de su cota de malla, su cara estaba salpicada de sangre. Leonor se retiró a un lado y vomitó, sintiendo el brazo de Imogenia sobre su hombro.

—¿Leonor? —Hugo le apartó a un lado las manos—. Geofredo y los otros caballeros han atacado a los griegos por los flancos; se retiran.

Leonor asintió con la cabeza. No le interesaba. Se quedó apoyada en la rueda de la carreta; había descendido a los infiernos. Los niños lloraban, sollozando furiosamente, mientras los hombres se movían entre los heridos. Al enemigo se le dieron pocas alternativas: un piadoso corte en el cuello, lo mismo que a los francos por los que los sanitarios no podían hacer nada. Los remolinos de polvo recorrían el campo de batalla. Aguadores con cubos y cucharones se movían entre la línea de hombres, tostándose al sol. La Compañía de los Vagabundos estaba amontonando los cuerpos a ambos lados de sus carros. El vizconde de Béarn y sus oficiales se acercaron a galope. Leonor seguía apoyada contra la rueda, e Imogenia le puso en la mano un cucharón de agua. La lamió sin dejar de mirar el campo de batalla. Casi todos los muertos amontonados yacían contraídos, pero había entre ellos algunas cabezas descansando sobre los brazos que parecían dormidas. El calor del verano, tórrido y bochornoso, intensificaba la agonía. Los gritos de los heridos mantenían alejadas a las rapaces, pero no a las moscas, que se amontonaban en nubes negras sobre las heridas abiertas. Un niño lloraba desconsolado. Una mujer gemía. Se elevaban voces solicitando médicos o la asistencia de un sacerdote. Rahomer, miembro de la Pobre Hermandad, tenía un enorme corte de hacha en el hombro y sollozaba de dolor. Un sanitario trataba de curtir la herida. Leonor desvió la mirada.

Hugo hablaba con el vizconde. Leonor se levantó y se retiró, mientras el vizconde asentía con la cabeza.

Hugo llamó a gritos a Teodoro, Beltrán y Alberico para que se reunieran con él.

—Debemos hacer un trato —les dijo, casi sin resuello—. Esto es una locura. Debemos descubrir por qué han atacado los griegos tan ferozmente.

Un poco más tarde, el sacerdote caminaba sujetando en una mano una rama frondosa, arrancada de un árbol, y en la otra, una vara que llevaba amarrada en su extremo una cruz. Hugo galopaba entre la nube polvorienta, seguido de cerca por Beltrán. Los francos arrastraban los muertos, ahora desnudos, a las piras que se habían encendido apresuradamente junto al riachuelo; cuerpos espectrales con heridas de un brillante color púrpura. El cúmulo de cadáveres se impregnó de aceite. El sacerdote entonaba el réquiem. Se lanzó una antorcha para envolver a ese monumento a los muertos en sábanas de fuego, seguidas de lenguas de humo negro. El hedor acre de la carne quemada se extendía sobre la línea de batalla. Geofredo se acercó a medio galope, conservando aún en su rostro la furia de la batalla. Miraba absorto a Leonor mientras continuaba su camino hacia el lugar entre los carros donde el vizconde y los otros comandantes habían aclarado un hueco. Allí se congregaron, con la mirada fija en el campo de batalla, en donde se divisaba una enorme masa de griegos. Entre las tinieblas se acercaron algunos emisarios del enemigo, portando señales de paz. Los francos los aceptaron, permitiendo que los griegos recorriesen el campo, en busca de sus propios muertos y heridos. Leonor se derrumbó. Imogenia se puso en cuclillas junto a ella y compartieron una hogaza de pan duro, unos sorbos de vino amargo y algunos higos secos.

—Se supone que deberíamos marchar hacia Jerusalén, la ciudad celestial —murmuró Leonor— y estamos aquí, ¡en los prados del infierno!

—¿Hermana?

Leonor alzó la mirada. Norberto permanecía inclinado sobre ella. La cara descarnada del benedictino, despellejada por el sol, estaba manchada de sangre.

—Es Fulcher, el herrero —dijo Norberto, haciendo gestos con la cabeza—. Está herido de muerte. Dice que debe hablar contigo antes de confesarse.

Leonor se puso en pie. Se sentía tan aturdida que Norberto tuvo que sujetarla por el brazo mientras la conducía a través de la línea de carretas. Pasaron junto a grupos que se concentraban alrededor de mujeres y hombres que gritaban y se lamentaban. Otros se esforzaban en reparar las armas. Algunos se arrodillaban y rezaban alrededor de alguna pequeña estatua de la Virgen, o de su santo patrón. Un humo denso y rancio lo envolvía todo. Se disipó, para revelar la figura de Fulcher, envuelto en vendajes. Se agitaba entre escalofríos, sacudiendo las vendas empapadas en sangre, que le cubrían el cuello y el pecho.

—No puedo parar la hemorragia —murmuró el médico—, tiene heridas en todo el cuerpo.

Leonor se arrodilló. Los párpados de Fulcher oscilaban sin control. Trataba de

cogerla de la mano, pero estaba demasiado débil. Leonor, ocultando su propio cansancio y luchando por controlar su estómago, ignoró el olor fétido que le envolvía.

—Un flechazo y una pedrada de una honda —dijo entrecortadamente—. Me abatieron casi inmediatamente —pestañeó varias veces—. Una herida en la espalda. Bueno, es la voluntad de Dios. Escuchad —el herrero giró la cabeza y Norberto se retiró—. Escuchad, acercaos más —Leonor obedeció—. Os he observado —balbuceó—. Confío en vos, mi señora Leonor. Debo hablaros. Yo estaba entre la multitud que mató a Anstritha. ¡No, escuchadme! No sois de la Auvernia, hermana, donde vivimos en un mundo de brujas y hechiceros. Anstritha era una mujer errante, experta en el uso de hierbas, que llegó a nuestra aldea y decidió quedarse. Era una extraña. Sospechábamos de ella. Se encerraba en sí misma, aunque Dios sabe que era bastante generosa. Era joven y hermosa. Muchas mujeres la envidiaban, y los hombres la deseaban. Tenía dinero y, a efectos prácticos, llevaba una buena vida. Eso no la salvó. Se multiplicaban las historias, y las tragedias y las desgracias se amontonaban en su puerta. Una semana después de la fiesta de san Miguel, yo, en compañía de otros pecadores que bebían en la Viña del Señor... —Fulcher respiraba entrecortadamente, dejando ver una espuma rosa entre los labios mientras pestañeaba. Suspiró profundamente—. Nos confiaron un mensaje secreto. Nadie conocía su fuente. Un cierto día debíamos reunimos en el monte mientras el padre Alberico tañía las campanas. Eso hicimos, acudiendo uno a uno a una hondonada cubierta de densa hierba, y cuyos bordes tenían la suficiente altura como para ocultar el resplandor de la hoguera que crepitaba entre ellos. Pensamos que se trataba de una broma, pero el mensaje mencionaba a Anstritha; así que, empapados de alcohol como estábamos, decidimos aceptar. Debíamos venir enmascarados y con una capucha sobre nuestras cabezas, y eso hicimos todos, aunque les reconocí, a Roberto el Alguacil y a los otros pecadores —hizo una pausa, esforzándose por tomar aire.

—¿Quiénes? —preguntó Leonor.

—No puedo decirlo, hermana, comprometí mi palabra en juramento ante Dios. No deseo condenar a otros. Mi alma ya está lo suficientemente oscura y pesada —un acceso de tos le obligó a detenerse.

Leonor cogió un desaliñado pellejo de agua y se lo acercó a los labios. La cara de Fulcher había tomado una palidez mortecina. Leonor miró a su alrededor. La historia del herrero la había hecho menos consciente de la orgía de sangre que se desplegaba alrededor de ella. De pronto la asaltó el pensamiento de Hugo, cargando al galope contra los griegos, y rezó en silencio para que estuviese a salvo.

—Hermana, por el amor de Dios, seré breve —los dedos de Fulcher se cerraron sobre su cintura—. Apareció un jinete, enmascarado y encapuchado. Nos contó una historia horrible que demostraba que Anstritha era realmente una bruja que merecía morir. Nos dijo que hundía los dedos en las órbitas de los ojos de los muertos y que mordía las amarillentas uñas de manos inertes cuando cosechaba los cuerpos de los hombres colgados en la horca. Nos aseguró que hacía sacrificios oscuros en la noche

y que ofrecía cuencos de sangre a los demonios del aire. Tonterías —susurró Fulcher—, pero le creímos. Insistió que debíamos limpiar nuestra aldea de tal inmundicia. Nos entregó un pellejo de vino y una pieza de plata a cada uno. Nos compró —dijo entre toses—, nuestro cuerpo y nuestra alma. Nos dijo que debíamos esperar una señal para entrar en acción. La noche de su muerte, nos reunimos encapuchados y enmascarados en la taberna de la Viña del Señor. El tabernero nos acompañaba. Mi señor Hugo, Geofredo y vos estabais ausentes. Roberto el Alguacil, estoy seguro de que se trataba de él, nos condujo hasta la casa de Anstritha. ¡Hermana, fue una blasfemia! Anstritha estaba en su pequeña bodega, fabricando cerveza. Entramos bruscamente y fuimos a por ella; pero, incluso en ese momento, supe que algo iba muy mal. Anstritha huyó hacia la iglesia. Yo ya me estaba arrepintiéndome de mi participación. Regresé a su casa, no para saquearla, sino para buscar pruebas. No encontré nada que no pudiese hallar en los aposentos de una monja, pero lo que era más importante... —se esforzó por incorporarse— el jinete estaba allí. Nuevamente, con la cara y la cabeza cubiertas. Ya había registrado la casa. Yo llevaba mi martillo, pero él estaba armado con una espada y una daga. Me dijo que me centrara en mis asuntos. Caí en la cuenta de que nos habían utilizado. Salí corriendo de allí; estaba asustado. Para cuando encontré al resto, habían capturado ya a Anstritha. Estaba atada como si fuera un criminal que hubieran sorprendido en acción. Intenté hablar con ella, para consolarla. Me preguntó si podía escucharla en confesión. Le dije que yo no era sacerdote, pero ella insistió. Hermana, mi culpa se hace aún más honda. Anstritha tenía un corazón puro. Los otros se acercaron para burlarse de ella. Susurró una oración y dijo que debía tomar su sandalia izquierda y darle lo que encontrase en ella a alguien en quien confiara, «una nueva Verónica...».

—¿Cómo decís? —interrumpió Leonor.

—Hermana, os cuento lo que sé. Buscad entre mis pertenencias —golpeó la cabeza contra las cestas y las alforjas apiladas debajo de él—. Coged la pequeña, ahora —se inclinó hacia delante, permitiendo a Leonor que liberase las alforjas, dos bolsas unidas por una cuerda—. Guardadlas —dijo entrecortadamente— y todo lo que contienen. Dios sabe que no hay nadie más. Ahora, hermana, debo confesarme...

—¿Quién era ese jinete, ese extraño?

—No lo sé. Anstritha me aseguró que había viajado a ultramar. Me dijo que ella albergaba sus propios secretos. Justo antes de que me fuese, admitió que sus problemas actuales provenían de las intrigas de un medio hermano que le había arruinado la vida —Fulcher tosió, atragantado por su propia sangre—. Hermana, era de noche, ella estaba aterrorizada, al igual que yo. No dijo nada más. El fuego rugía y la colgaron sobre él. La sangre de Anstritha está ahora en mis manos y en las de otros. Hemos de pagar por ello. Lo sé.

Leonor le besó en la frente, buscando reconfortarle, más que otra cosa, susurró el *Jesu miserere*, cogió la bolsa y dejó a Fulcher a cargo del hermano Norberto. Acababa de volver hacia el lugar donde dormitaba Imogenia, bajo el carro, cuando

unos gritos la impulsaron a asomarse por uno de los huecos. Hugo y sus compañeros venían de vuelta. Apartaron a un lado un carro para que pudieran entrar los jinetes, acompañados de un oficial griego de alto rango vestido con el traje de la corte, un faldón largo y ornamentado que caía hasta la altura de las botas, brillantemente bordadas con hilo de oro. Tras él cabalgaba un joven sirviente vestido de verde. Inmediatamente se vieron rodeados por el vizconde y sus comandantes y surgió una acalorada discusión. Leonor se apresuró a unirse a la multitud que se congregaba rápidamente. Hicieron llamar a Jehan, el cabecilla de la Compañía de los Vagabundos, y la discusión continuó. Por la gente que le rodeaba, Leonor supo que los griegos habían atacado porque habían saqueado la villa de un noble: la mujer y dos de las hijas del propietario habían sido salvajemente violadas y, posteriormente, colgadas de las vigas de su propia casa. El sirviente había conseguido escapar, pero podía reconocer a los atacantes, y su dedo acusador señalaba ya a la compañía de Jehan. Los griegos le habían planteado un ultimátum: los culpables debían ser identificados y castigados según justicia, en otro caso, se lanzaría un nuevo ataque con furia renovada. Jehan intentó defender a su compañía, pero el vizconde le ordenó que cooperase, o sería expulsado.

Convocaron a la Compañía de los Vagabundos al completo y los alinearon ante los carros. Se oyeron gritos desafiantes de «¡Toulouse, Toulouse!», pero fueron rápidamente acallados por los comandantes del vizconde, espada en mano, mientras Hugo, ahora su delegado, se alzó sobre sus estribos y proclamó que la violación y el asesinato no tenían nada que ver con su búsqueda.

—Además —continuó—, si se hace justicia, los griegos nos ofrecerán provisiones y nos escoltarán a salvo hasta la gran ciudad.

Se escucharon gritos e insultos, seguidos de más gritos de «¡Toulouse, Toulouse!». Sin embargo, el clima fue cambiando según se unía más gente a la multitud. El sirviente descabalgó y, flanqueado por Hugo y Beltrán, recorrió a pie la línea de los Vagabundos. Cuatro hombres resultaron identificados. Gritaron su inocencia mientras Hugo ordenaba que los sacaran de la fila. El chico tomó el crucifijo de Alberico en su mano y gritó un juramento de que había dicho la verdad. El destino de esos hombres estaba sellado. Se sucedió otra discrepancia entre el vizconde y los griegos. El vizconde señaló hacia Hugo. El oficial asintió con la cabeza, hizo una reverencia y, girando su caballo, salió al galope, seguido de cerca por su sirviente.

Los cuatro prisioneros fueron llevados a rastras hasta la parte trasera de la línea de carros y se les obligó a permanecer de rodillas sobre un suelo aún repleto de cadáveres y armas destrozadas. Alberico avanzó hacia los penados, inclinándose junto a cada uno de ellos y alzando la mano para dar la absolución. Acababa de llegar al tercero cuando apareció un grupo de jinetes griegos, cabalgando lentamente para observar lo que ocurría. Alberico terminó su trabajo. Hugo se acercó con un gran cesto en sus manos. Sacó su espada y, al igual que un segador recolectando el trigo,

fue cortando limpiamente las cabezas de los condenados. Un corte certero que hacía rodar como pelotas las cabezas de aquellos infelices. La sangre brotaba a borbotones de los cuerpos inertes. Leonor desvió la mirada. Cuando Hugo acabó, recogió las cabezas, las introdujo en el cesto y, dirigiéndose hacia la hilera de jinetes, lo depositó en el suelo ante ellos. Se dio la vuelta, limpió su espada con las ropas de uno de los cadáveres, la envainó y se volvió hacia el grupo de francos.

Pan, carne, vino y frutas maduras comenzaron a llegar abundantemente al campamento antes de la puesta de sol. Unos carros cargados de víveres entraron en el campamento escoltados por mercenarios turcopolos, vestidos con túnicas azul cielo, tocados con turbantes blancos y con cuernos negros colgados de la silla de montar. Los recién llegados fueron recibidos con miradas sombrías, pero Hugo, imperturbado por las brutales ejecuciones, salió a hablar con el oficial turco, que aceptó sonriente su petición de situar un pequeño destacamento de arqueros a caballo en campo abierto. Hugo, tomando de la mano a Leonor, observó al jinete rodeando un enorme tocón con tal destreza que jinete y montura parecían uno solo. Le siguieron los turcopolos, que fueron apoyando sus saetas sobre el tronco.

—A esto nos enfrentaremos, Leonor —murmuró Hugo levantando la mano hacia el oficial en gesto de agradecimiento—. Estos son el enemigo, no las mujeres y los niños griegos. ¿Sabes que torturaron, violaron y ahorcaron a meros niños y que obligaron a sus madres a presenciarlo todo? Si dependiese de mí implantaría una disciplina estricta entre toda esta chusma. Cualquiera que levante la mano contra un inocente debería ser ejecutado; es la única forma. Los griegos no quieren luchar contra nosotros. Nos ven como una defensa contra los turcos. Aunque hay más malas noticias —dijo, agriando el gesto—. Nuestros cabecillas están discutiendo en Constantinopla; no se ponen de acuerdo acerca de quién debería liderar el ejército.

—Hugo, mírame.

Obedeció.

—Dímelo —Leonor se acercó más a él—, ¿para qué estás aquí? ¿Para imponer el orden, para crear una hermandad, o para algo más?

Hugo se limpió lentamente el sudor de su cara impregnada de polvo.

—Te he hecho una pregunta, hermano, una pregunta directa que merece una respuesta honesta. Estamos cruzando el mundo para llegar hasta Jerusalén, pero hay algo más que la liberación del Santo Sepulcro, que el rescate de los Sagrados Lugares, ¿no es cierto? Alberico, Norberto, Geofredo y tú; hay algo más, algo secreto.

Su hermano abrió la boca para responder.

—Hugo, te conozco mejor que nadie. Tú nunca mientes. ¡A veces, simplemente no dices la verdad! Te he pedido varias veces que me prestes ese poema, «*La chanson de voyage de Charlemagne*». ¿Qué es lo que encierra, Hugo?

Arrastró las botas contra el suelo y se inclinó para quitarse las espuelas, haciéndolas tintinear entre sus manos.

—Quiero prometerte algo, hermana —dijo sonriendo—. Te lo contaré todo, pero no ahora. Ya tenemos suficientes problemas que resolver. Mi ejecución sobre esos hombres no ha sido muy popular.

—Tampoco lo fue su crimen —respondió Leonor, mirando a su hermano. Su rostro sin afeitar parecía endurecido, más resolutivo. Se sintió tentada a hablarle de Fulcher, pero decidió esperar. Se dirigían a Jerusalén, pero Hugo y, en cierta medida, Geofredo, Alberto y Norberto, aparentemente tenían su propia Cruzada privada. Estaba segura de que no era fruto de su imaginación, pero decidió aceptar la reticencia de Hugo, de momento.

Volvieron al campamento, donde la tristeza y la agitación tras el ataque de los griegos y las posteriores ejecuciones habían decrecido sensiblemente, en cuanto se distribuyó el vino y la comida. Tras un breve refrigerio, Leonor, Hugo, Geofredo, Alberico y Norberto se unieron a los cabecillas de otras compañías bajo la lona de una tienda, iluminados por antorchas amarradas a los extremos de postes clavados en la tierra. El vizconde y sus cantaradas permanecían sobre un estrado, debatiendo abiertamente sobre el siguiente paso que se debería tomar. Se sucedieron discusiones y réplicas, avivados por el vino y los estómagos llenos. Muchos sostenían que el conde Raimundo no debía haberlos abandonado. Unos pocos declararon a voces su deseo de volver a casa. Leonor se sentía cansada y enferma. Se excusó y volvió al carro, donde Imogenia, ayudada por una familia cercana, había montado la tienda. Por delante del anillo de carros, las antorchas de carroñeros y oportunistas se movían por el campo de batalla. Los guardias también patrullaban a pie, entre el tintineo metálico de la armadura y el crujir del cuero. Leonor iba a instalarse cuando recordó a Fulcher. Encontró la alforja donde la había escondido y extrajo su mísero contenido: una daga, varios clavos, una medalla, algunas piezas de plata y una sandalia con una gruesa suela y el enganche del empeine descosido. Leonor metió los dedos en su interior y extrajo una pieza de vitela cuidadosamente doblada. La desenvolvió; era más grande de lo que había pensado. La vitela estaba impregnada ligeramente de óleo, de la mejor calidad que podría encontrarse en un tribunal o un juzgado. Bajo la tenue luz pudo distinguir el dibujo de lo que parecía un mapa, con algunas palabras escritas claramente sobre él.

—Bajo la roca —tradujo—, contempla los tesoros de Dios y el rostro del Señor —acercó la linterna un poco más. El dibujo no tenía ningún sentido para ella, ni tampoco las palabras. Se sentó, plegó el pedazo de vitela y lo introdujo en el dobladillo de su puño. Era evidente que Fulcher había pensado que esto era importante, al igual que Anstritha. ¿Sería este el manuscrito que estaba buscando el misterioso jinete? Anstritha había estado en ultramar, al igual que Norberto y Alberico. ¿Habrían descubierto algo precioso allí? Leonor cerró los ojos. Recordó la lista de reliquias que tenía su hermano; y sí, algo más: a Hugo y a Geofredo recitando ese poema que leían con tanto celo. Aquellas palabras del manuscrito de Anstritha evocaron la memoria de versos de la «*Chanson*» acerca del rostro de Cristo. ¿Habría

algo más tras la Pobre Hermandad del Templo? Anstritha y Fulcher habían muerto violentamente, al igual que Roberto el Alguacil. ¿Sería la muerte de este último un accidente? ¿Y sería el extraño jinete un miembro de su compañía? Nunca llegaron a discutir realmente la muerte de Roberto. Sin duda, el alguacil era un borrachín, pero ¿cómo se había ahogado en aquel riachuelo? ¿Sabría algo peligroso? ¿Le habrían convencido para salir al exterior, para asesinarle después?

Leonor escuchó su nombre en la distancia, la estaban llamando. Se desplazó a gatas hasta la boca de la tienda y retiró la portezuela. Hugo se encontraba ahí fuera, en cuclillas.

—Hermana —sonrió—, se ha tomado una decisión. Nosotros, los líderes de la Pobre Hermandad, abandonaremos el campamento inmediatamente con las primeras luces de la mañana. Vamos a Constantinopla a reunirnos en consejo urgente con nuestro señor Raimundo.

CUARTA PARTE



Constantinopla: mañana de la festividad de san Atanasio,
3 de mayo de 1096

In quo cessabit mulierum amor et desiderium.
(Un día en el que el amor y el deseo de las mujeres cesará).

Dies Irae de San Columba

Leonor de Payens, de Compiègne, en el condado de Champagne, *crucesignati*, portadora de la cruz, hermana de Hugo, viuda de Odo de Furneval, siempre juraría que la ciudad de Constantinopla, la antigua Bizancio, era la cosa más parecida a su imagen mental de la divina Jerusalén, a pesar de las traiciones, asesinatos e intrigas que se forjaban en esa gran ciudad junto a su mar interior. Leonor y sus compañeros alcanzaron Constantinopla alrededor de la festividad de san Marcos el Evangelista. Teodoro, su guía, describió la ciudad como un triángulo desigual, limitado en dos de sus lados por el mar y encerrado entre dos enormes murallas gemelas. Entraron a la ciudad dorada a través de tres pares de impresionantes puertas de bronce, encastradas en paredes de ladrillo blanco y losa roja y flanqueadas por dos enormes estatuas de oro, que representaban la victoria, y cuatro elefantes tallados en ese preciado metal.

La Pobre Hermandad se unió al conde Raimundo en la lujosa villa que el Emperador, Alejo Comneno, había dispuesto para el líder provenzal, al pie de la gran vía que conducía a la puerta dorada. El conde los recibió bien. Se puso bastante furioso ante las nuevas del ataque de los griegos, aunque se deshizo en elogios ante las acciones de Hugo. Seguía aún embarcado en una agitada negociación con los otros líderes y con la corte del Emperador. Insistió en que procuraran relajarse mientras aguardaban. Se bañaron, se envolvieron en túnicas frescas, comieron pan de frutas y cordero fresco asado a la menta y especias, y bebieron unos vinos que, según les aseguró Teodoro, hicieron las delicias de Alejandro el grande y sus generales.

En los días que se sucedieron, Teodoro demostró ser un guía instruido, cortés y muy inteligente. Les mostró las glorias de la ciudad. Les condujo por escaleras de mármol hacia la entrada de los grandes palacios, donde los guerreros varangianos, guerreros del norte, montaban guardia vestidos con sus capas escarlatas bordadas en oro. Sobre sus cabezas llevaban cascos emplumados de plata y, en sus manos, las hachas de doble filo que les distinguían como los Inmortales, la guardia personal de Alejo. Tras estos imponentes soldados correteaban los sirvientes, calzados con sus babuchas de plata, apresurándose a cumplir la voluntad del *basileus*, el elegido de Dios, su Emperador adorador de Cristo. Leonor y sus compañeros recorrieron también las grandes murallas de la ciudad, de diez metros de altura y veintisiete kilómetros de extensión; y, desde la cima de la puerta dorada, observaron las caravanas de carros, camellos, burros y caballos, que traían a la ciudad los productos del Imperio.

Visitaron los puertos y los embarcaderos del Cuerno Dorado, donde multitud de embarcaciones de pesca con velas triangulares contrastaban con las azules aguas bañadas de sol, pasando junto a galeras imperiales, con sus hileras de remos y las enormes cabezas de dragón talladas en las proas que, según les confió Teodoro, escupían lenguas de un misterioso fuego griego. Con el frescor de la tarde recorrieron las calles, escoltados en todo momento por mercenarios que se aseguraban de que estos francos estuvieran a salvo y que no husmearan donde no debían. Después de los caminos polvorientos, los páramos rocosos y los densos bosques de su reciente

marcha, Leonor estaba encandilada con este contraste. En los abarrotados bazares, unos hombres de mirada afilada y densas barbas les chillaban en una variedad de lenguajes desconcertantes y les ofrecían aceites de alcanfor, sésamo, sedas de Catay, sándalo y pesada pedrería. Desde los frontales abiertos de sus puestos los comerciantes servían bandejas de pastel de miel, nueces, cerezas frescas y copas de atemperados vinos. Algo después, siguieron caminando por los jardines imperiales, donde florecían los árboles de judas y las colosales parras rebosaban de frutos. A lo largo de los canales que cruzaban estos paraísos navegaban lujosas gabarras de placer, junto a galeras imperiales con resplandecientes gallardetes. Leonor recordaría tanto lujo y opulencia durante la tormenta de la guerra, la enfermedad y el hambre que más adelante se cerniría sobre ellos. También mantuvo su promesa de descubrir los deseos secretos que impulsaban los corazones de sus acompañantes. Comenzó a lanzar indirectas cada vez que se quedaba a solas con Hugo, aunque esto era un caso bastante extraño. El conde Raimundo dependía de Hugo, especialmente en sus discusiones con los otros señores sobre la formación de un consejo de cabecillas, el establecimiento de un fondo común y el reparto equitativo de las provisiones.

Todos los grandes señores estaban llegando a Constantinopla, trayendo con ellos a hombres de diversas nacionalidades y lenguas. Leonor había contemplado a esos líderes mientras visitaban la lujosa villa para reunirse con el conde Raimundo. Hugo de París, hermano del rey de Francia, fue el primer franco en llegar a Constantinopla. La pequeña flota del príncipe había sufrido un naufragio y una buena parte de su tropa se había ahogado, llenando islas y litorales de cuerpos inflados. Sin embargo, se rumoreaba que todos esos cuerpos llevaban cruces rojas; un milagro, una señal inequívoca de que habían cumplido su voto y de que recibirían la recompensa de Dios. Llegó Godofredo de Bouillon, de adusta melena y rostro severo, acompañado por su ambicioso y astuto hermano, Balduino, mientras Ademar de Le Puy, el intrigante y beligerante obispo, que aún mostraba en su cabeza dolorida las señales del ataque sufrido en Esclavonia, encabezaba el resto de las tropas del conde Raimundo y las instalaba cómodamente en los campos y prados que rodeaban la ciudad. Roberto «Bombachos cortos», duque de Normandía, de cabello rojo y rostro más rojo aún, jovial y sonriente, perezoso e irresponsable, pero soberbio jinete y guerrero experimentado, se acercó con aire arrogante. Finalmente, Bohemundo, el príncipe normando de Tarento, de pelo rubio y con el rostro de un águila cazadora, de imponente estatura y unos poderosos brazos de espadachín. Bohemundo, normando acostumbrado a la lucha como el pájaro al vuelo, no tenía en mucha estima a los griegos. Había luchado con escasa fortuna para tratar de construir su propio imperio en el sur de Italia y Grecia. Albergaba bajo su estandarte escarlata a quinientos caballeros, dispuesto a recuperar Jerusalén, pero manteniendo un ojo vigilante ante cualquier territorio o feudo que pudiese reclamar como propio. Bohemundo venía acompañado por su sobrino, Tancredo de Hauteville, el más hábil espadachín entre los normandos, una rama de la misma cepa que Bohemundo, aunque más preocupado

por su alma y por la sangre en sus manos que por hacerse con algún rico feudo.

Todos estos señores se reunieron como una bandada de halcones en Constantinopla. El Emperador, astuto como una serpiente, los recibió con exquisitos presentes: oro y plata, telas preciosas, alforjas y arreos con incrustaciones de pedrería, delicadas vestiduras, cestas repletas de frutas frescas y vinos enfriados en la nieve del Olimpo, urnas y cofres de zafiros, pequeños lingotes de marfil, mantas de Damasco y armas forjadas con maestría. Alejo agasajó y distrajo a los líderes, mientras sus seguidores, una fuerza de setenta mil hombres, aguardaban en el exterior de la ciudad, alimentados y bien atendidos, pero vigilados de cerca por escuadrones de turcopolos, con sus cascos puntiagudos de acero gris y sus turbantes de paño blanco envuelto sobre sus hombros. Los turcopolos vestían armaduras de cuero sobre jubones sueltos y pantalones bombachos, y calzaban botas de montar de tacón alto. Todos estaban bien armados, provistos de lanzas, arcos y espadas.

Hugo los observaba con recelo y deseaba que los demás señores hicieran lo mismo: su futuro enemigo, los turcos Seljuk, llevaban armas muy similares, y adoptaban las mismas tácticas de batalla, con el mismo efecto devastador.

Alejo, con toda su generosidad y buen juicio, veía a los francos como un granjero que hubiera introducido una jauría de perros salvajes para mantener a raya a los lobos: debían ser cuidadosamente controlados. Es posible que los francos se dedicasen a realizar el trabajo de Dios, pero Alejo estaba determinado a que también realizaran el suyo propio. Demandó juramentos de fidelidad por parte de los señores y, usando todo tipo de argucias, los consiguió, recibiendo además la promesa de que le entregarían cualquier ciudad que se tomara, a cambio de víveres y asistencia militar. Alejo, por su parte, juró poner a su disposición una fuerza de veinte mil hombres, comandados por el jefe turcopolo Tacticio, un astuto comandante veterano de padres griegos y turcos, que había perdido la nariz en una batalla y la reemplazó por otra de acero brillante. Tacticio también agasajó a aquellos grandes señores con una serie de espléndidos banquetes. Los francos, acostumbrados a salones atestados de humo y corrientes de aire, adornados con polvorientos bordados en cañamazo y sucias esteras sobre el suelo, se quedaron maravillados por los brillantes tapices, las paredes de mármol, las lujosas telas y los baños que desprendían fragancias de sándalo y agua de rosas. Los francos se relacionaron con mujeres de ojos de azabache, vestidas con trajes de seda de color azafrán y lino rosa y azul, ceñidos a sus delgadas cinturas por cordeles púrpura adornados con borlas de oro. Alejo abrió sus tesoros y repartió monedas de oro entre los capitanes y tetarterones de cobre entre sus seguidores. Sin embargo, recorría un camino peligroso. Cuando los nobles se reunieron para tomar juramento, uno de ellos se sentó sin miramientos en el trono vacante del Emperador y sus propios colegas lo levantaron bruscamente de allí. Se sucedieron nuevos altercados cuando algunos de los cabecillas expresaban abiertamente su desconfianza hacia Alejo. Sin embargo, al poco tiempo, se alcanzó un acuerdo, la suerte estaba echada; una avanzadilla cruzaría el Brazo de San Jorge

hacia Anatolia, donde el sultán Kilij Arslan esperaba aniquilarlos, como había hecho con las hordas de Pedro el Eremita. Ese antiguo líder carismático del Ejército del Pueblo era ahora un hombre descontento y roto, que había conseguido recomponer los maltrechos restos de su otrora poderosa horda en lo que ahora todos conocían como el Ejército de Dios. Todo lo que Pedro podía hacer era lamentarse de que el Espíritu Santo le hubiera abandonado, y aceptar que él y sus seguidores habían sido castigados en justicia por los delitos que habían cometido.

Por su parte, Leonor estaba decidida a tener unas palabras con Hugo y Geofredo. Una vez en Anatolia, se enfrentarían a peligros tan duros como los de Esclavonia. Por consiguiente, siempre que le era posible preguntaba a Hugo, que permaneció taciturno hasta la víspera de la festividad de san Anastasio. Se había organizado un banquete para la tarde siguiente, en la que Hugo esperaba capitanear a los cabecillas de su hermandad y, una vez más, reforzar las leyes que había ido haciendo cada vez más rigurosas. Un poco antes, esa misma tarde, Hugo y Geofredo, acompañados por Teodoro, llevaron a Leonor a la ciudad por caminos y angostos callejones y pasaron mercados y bazares, canales y embarcaderos malolientes, hacia la gran plaza Augusteon: un enorme espacio abrasado por la luz del sol, que incidía sobre los pórticos y paredes de madera de color marfil, con impresiones de oro, plata y bronce. La plaza estaba presidida por una monumental estatua de Constantino, junto a la cavernosa entrada a la catedral de Hagia Sophia, la iglesia de la Divina Sabiduría, con su cúpula dorada, donde sacerdotes de largas barbas oraban y cantaban entre nubes de incienso.

Dentro de la catedral, Teodoro les enseñó la imagen de la Virgen, cuyas lágrimas se derramaban sin cesar, las tablas de piedra que Moisés se había traído desde el Monte Sinaí, las trompetas de bronce de Joshua, que derrumbaron las murallas de Jericó, y el báculo de Aarón. Todas estas reliquias se mostraban entre el susurró constante de «*Kyrie Eleison, Christe Eleison*». Finalmente, le mostraron a Leonor varias imágenes de la cara del Salvador; la fueron acompañando de uno a otro altar para que estudiase las pinturas e iconos enmarcados en plata, oro y piedras preciosas.

—Mira, Leonor —murmuró Hugo—, observa cómo son todos iguales, o casi.

Las diferentes versiones presentaban diversas interpretaciones del Rostro Divino, aunque compartían marcadas similitudes. Una cara alargada, con ojos muy expresivos, nariz delgada y labios carnosos sobre una barbilla prominente. Tenía barba y bigote y una larga cabellera, de un tono castaño rojizo, recogida a los lados de forma similar a como aún la llevaban algunos judíos. Seguidamente, abandonaron los recintos sagrados y pasearon por la plaza Augusteon, donde se detuvieron a admirar las doce figuras de bronce que se movían para mostrar la dirección del viento. Teodoro les condujo entonces por un entramado de callejuelas hacia el muelle, una auténtica Torre de Babel, donde multitud de voces gritaban en diferentes lenguas. El mercenario griego reservó un aposento desaliñado sobre unas escaleras, en una taberna, pidió vino, pan y un plato de pescado intensamente aromatizado con

especias, que distribuyó diligentemente en distintos cuencos.

Aparentemente, Hugo y Geofredo habían otorgado su confianza a Teodoro. Esto agradaba a Leonor. Teodoro tenía una manera de pensar similar a la suya; la admiración por este hombre afable, resolutivo y paciente había aumentado en las últimas semanas. Sonrió y le hizo un guiño cómplice a Leonor mientras Geofredo daba las gracias por los alimentos que se disponían a saborear. Durante unos instantes permanecieron en silencio mientras comían. Hugo limpió los restos de su pescado con una pieza de pan, se la llevó a la boca y permaneció sentado, contemplando a su hermana.

—¿Vas a contarme el gran secreto? —dijo en tono de broma—. Quiero decir, uno de estos días.

—Teníamos que estar seguros. Teodoro, como el hermano Norberto y Alberico, ha viajado a Jerusalén; también está al corriente de los rumores.

—Hugo, ¿qué rumores?

—Nos dirigimos a Jerusalén —dijo Geofredo— para liberar el feudo de Cristo de los turcos que ocupan los Sagrados Lugares...

—Geofredo —interrumpió sonriendo Leonor—, sé adónde vamos y para qué.

—¿Seguro? —preguntó Hugo—. Leonor, existen tantas razones para unirse a la Cruzada como portadores de la cruz. Bohemundo de Tarento quiere hacerse con un principado. Fracaso en su intento en Italia, Sicilia y Grecia. Lo mismo ocurre con nuestros otros cabecillas. Roberto de Normandía poseía un ducado, pero se aburrió de él, prefiriendo la excitación del viaje y el rugir de la batalla para hacerse con nuevas tierras. Lo mismo se aplica a nosotros. ¿Aspirabas a permanecer en Compiègne hasta que algún caballero te ofreciera su mano, mientras nosotros dejábamos pasar los días en torneos y *chevauchées* contra nuestros enemigos, aguardando la llamada del conde Raimundo para hacer otra incursión en Iberia, o del rey Felipe, para aplacar una disputa fronteriza en Flandes?

—Leonor —añadió Teodoro—, tú y toda la gente debe aceptar esto: la liberación de Jerusalén y la recuperación del Santo Sepulcro es una visión tan sagrada como el deseo de cualquier hombre o mujer de abandonar esta vida para servir a Dios como sacerdote o monja. Luchar para hacernos camino hacia el cielo —dijo sonriendo— es un ideal digno de cualquier caballero.

—¿Pero hay algo más?

—Siempre lo hay, hermana.

—¿Has tomado el juramento? —preguntó Leonor.

—Soy uno de vosotros —respondió Teodoro—, por la misma razón que tú, pero sí, hay algo más. Soy hijo de un caballero normando y de madre griega, que murió poco después de alumbrarme a mí. Mi padre volvió a casarse.

Hizo constar de forma explícita en cartas y proclamaciones que el vástago de su mujer normanda no heredaría —puso una mueca de desagrado—, así que comencé a viajar. Créeme, *adelphá* —dijo, usando el término griego de «hermana»—, fue

estupendo viajar, ser libre, contemplar las maravillas de Constantinopla, visitar las ruinas de Atenas y conocer la bóveda de San Marcos, en Venecia, o las grandes catedrales de Roma. Pero había algo más —dijo Teodoro, extendiendo las manos—. Tú y yo tenemos mucho en común. También yo emprendí la búsqueda de algo substancial a mi fe, algo real...

—Igual que Anstritha —interrumpió Leonor—. Ella también tenía sus secretos —dijo, y describió resumidamente su conversación con Fulcher—. ¿Sabías algo de esto? —dijo, volviéndose hacia su hermano.

—Sí, sí —Hugo rehusó mantenerle la mirada—. Leonor, déjame que te explique por qué te hemos llevado a Hagia Sophia, la Divina Sabiduría —dijo, soltando una brusca carcajada—. De eso se trata, ¡la Divina Sabiduría o el Divino Dinero! Cada portador de la cruz de nuestra compañía tiene su propia razón para hacer este viaje. Algunas de ellas, ya las conocemos —Hugo hizo una pausa, como si escuchara los sonidos que provenían de la taberna, bajo ellos, o del maloliente callejón. Unió sus manos—. Una razón quizá pudiera comprenderlas a todas: reliquias.

—¿Reliquias? —preguntó Leonor.

—Están muy demandadas —explicó Teodoro—, por ángeles y demonios, y es por eso —dijo, martilleando la copa de vino con sus gruesos dedos— por lo que estoy aquí, junto con tu hermano, Geofredo, Alberico y Norberto.

Leonor desvió la mirada hacia la ventana ojival. La pieza de tela de lino se había recogido hacia un lado para dejar entrar la luz. Enseguida recordó la historia sobre algunas iglesias y su ansia de recopilar reliquias.

—Pedazos de huesos —murmuró—, trozos de tela, carne seca, lascas de piel.

—Cierto —replicó Hugo—, pero escucha, Leonor, Norberto ha viajado a ultramar. Ha estado en Constantinopla y ha visitado Jerusalén.

—Al igual que Anstritha.

—Entiendo, pero permíteme que te explique. Norberto fue expulsado de su monasterio porque se burló de ciertas reliquias que conserva su comunidad. No fue privado de sus órdenes, simplemente se le dio licencia para marcharse. Al principio, consideró dedicarse a predicar en contra de la veneración de lo que denominas piezas de hueso y trozos de tela; entonces, se encontró con Alberico y ambos vinieron a Constantinopla.

—¿Qué?! —exclamó Leonor.

—Alberico dejó su parroquia por esta Cruzada. Asegura estar en su trigésimo año de penitencia por haber traicionado a su señor. Nació de una familia noble sajona y se hizo miembro de la milicia personal de Harold Godwinson, el rey sajón derrotado por Guillermo, el normando, en la batalla de Senlac, treinta años antes. Alberico describió cómo en los momentos finales de la batalla, cuando se puso el sol aquel día de octubre, el frente sajón terminó por ceder. Piensa que debería haber permanecido con su señor y haber encontrado la muerte con él. En vez de huir. Durante un tiempo, se ocultó en las vastas llanuras y los grandes bosques que bordean la costa sur de

Inglaterra. Se convirtió en ermitaño, atenazado por la culpa, en su deseo de buscar una reparación, de buscar el perdón por lo que aún considera una traición. Por un tiempo, se llamó a sí mismo Judas. Más adelante, se percató de que vivir en su propia tierra, aunque estuviese recluso en ella, solo servía para ahondar más en su herida. Por eso, decidió zarpar hacia Francia, y recorrió los caminos. Allí encontró a Norberto, que lo consideró un hombre educado. Después de una prolongada estancia en Soissons, Norberto hizo los preparativos para que Alberico fuese ordenado...

—¿Sabes Alberico y Norberto que me estás contando esto?

—Desde luego —dijo Hugo, sonriendo—. Norberto te pidió que hablastes con Fulcher; después, le escuchó en confesión.

—¿Y hasta ahora no has soltado palabra? —acusó Leonor.

—Así es —insistió Hugo—, pero como quiero explicarte, existe un gran peligro en todo esto. Alberico y Norberto se dedicaron a recorrer los caminos. Fueron testigos de todo tipo de crueldades y comenzaron a dudar de la verdad de la religión, de la idea de un Dios misericordioso, o de la encarnación de Cristo —Hugo tomó un sorbo de vino—. No me extraña —añadió—, yo he recorrido el mismo camino. Finalmente, visitaron Jerusalén, donde se refugiaron durante dos años cerca del Santo Sepulcro.

—¿Y no les persiguieron?

—Contrariamente a lo que podría creerse —dijo Teodoro—, los turcos consideran a Cristo como un gran profeta. La auténtica persecución se llevó a cabo bajo el mandato del demente califa Al-Hakim, que trataba a sus propios súbditos tan salvajemente como a los demás, antes de volverse completamente loco y proclamarse a sí mismo Dios. No, no molestaron a Alberico y a Norberto. Durante su estancia escucharon rumores de grandes tesoros en Jerusalén, reliquias de la Pasión que probarían no solo que Cristo murió, sino que posteriormente se alzó de su tumba. Yo también he escuchado historias similares.

—Según relatan Alberico y Norberto —continuó Hugo—, que han estudiado manuscritos tales como *La vida de san Nino*, bajo la Cúpula de la Roca donde una vez se erigió el templo de Salomón, existen cámaras selladas que albergaron las caballerizas del gran rey judío. En ellas se conservan maravillosas reliquias íntimamente relacionadas con la Pasión y Resurrección del Señor. Ambos recopilaron estas historias, y eso les devolvió la fe. Como dijo Norberto, ¿para qué debatir sobre lógica o filosofía? En vez de ello, recordaba las palabras de san Pablo: «Si Cristo no ha resucitado, entonces todo lo que hacemos es en vano». Se concentraron en esto: sea cual fuere la crueldad que asolara la tierra, o los horrores que la acechasen, si el Señor emergió de su tumba glorificado y resucitado, entonces había mayores verdades ocultas. ¡Piensa en ello, Leonor! Si alguien pudiese probar que Jesús de Nazaret sigue siendo un cadáver, ¿qué sentido tiene que estemos aquí? ¿Para qué la Eucaristía, los Sacramentos, los Evangelios? Nos marcharíamos todos a casa. En cambio, si, en efecto, Cristo resucitó de entre los muertos, dejando a un lado otras

cuestiones, nuestra fe sería sólida. Si tales reliquias existen, el Santo Sepulcro debe ser liberado. Debe convertirse en el centro de la Iglesia, y si bajo la Cúpula de la Roca se hallan auténticas reliquias, evidencias de la Pasión y Resurrección de Cristo, entonces... —Hugo levantó las manos—, ¿por qué no íbamos a ir a Jerusalén?

—¿Y quién está de acuerdo con esto?

—Todos los que estamos aquí, junto con Alberico y Norberto, en quienes confiamos plenamente.

—¿Y Anstritha? —dijo Leonor mientras abría la bolsa que ocultaba en su cinturón y sacaba la pieza de pergamino que Fulcher le había confiado. La desdobló y la depositó frente a Hugo: este la cogió, la estudió y se la pasó a los demás.

—Nuevas pruebas —murmuró Hugo—. No sé lo que encontró Anstritha. Norberto y Alberico solo me dijeron tras su muerte que ella también había estado buscando ciertas reliquias. Alberico se escondió cuando ella llegó a su iglesia en busca de protección; le aterrizzaba que pudieran acusarle de cómplice —respiró profundamente—. Anstritha era la viuda de un médico. Viajó a Jerusalén, donde se encontró con Alberico y Norberto. Se hicieron miembros de la Hermandad del Templo, una comunidad secreta consagrada a descubrir reliquias de la Pasión del Señor. Anstritha jamás mencionó a ningún hermanastro amenazas ocultas o enemigos secretos, pero sí recopiló información de la Cúpula de la Roca, de ahí este mapa. Más tarde, Alberico la persuadió para que volviese a Francia, y se instaló en San Nectario. Cuando se proclamó la cruzada, Norberto, recordando mis vínculos familiares con la orden benedictina, se puso en camino para pedir mi ayuda —Hugo se inclinó hacia delante, con el rostro encendido—. Cuando caiga Jerusalén, buscaremos estos tesoros de Dios. Contemplaremos el rostro de Cristo, ¡se lo revelaremos al resto de la cristiandad! La prueba de que Nuestro Señor vivió, murió y resucitó, dejando tras de sí marcas sagradas en ciertas telas.

—¿Y Verónica? —preguntó Leonor—. Fulcher me dio ese nombre.

—La mujer que limpió el rostro de Cristo mientras le conducían hacia su crucifixión. Según algunas leyendas, Verónica proporcionó el Mandylion, que cubrió la santa faz en el sepulcro, además de la mortaja en la que se envolvió su cuerpo. La leyenda cuenta que una mujer conservó estas sagradas prendas y se le dio el nombre de «Verónica». En cuanto a los iconos que has visto en Hagia Sophia, ¿te has percatado de la similitud entre distintas pinturas de diferentes eras? Mi opinión, compartida por la Pobre Hermandad, es que se basan en la imagen real de nuestro Salvador, que está ahora desaparecida, aunque conseguiremos encontrarla —Leonor levantó una mano y Hugo se detuvo.

—¿Has mencionado la resurrección? ¿Esto es más que una reliquia sagrada? ¿Las reliquias que estudiamos en Hagia Sophia, están basadas en el aspecto real de Cristo?

—Una semejanza milagrosa —respondió Hugo—, transferida a la tela por medios divinos. Prueba de que Cristo sufrió, pero que volvió a levantarse. Estas no son simples reliquias, sino la prueba viviente de nuestra fe.

—¿Y Norberto y Alberico han descubierto pruebas de esto?

—Norberto consiguió permiso para entrar en muchos monasterios y estudiar en sus archivos y bibliotecas, con el propósito de localizar los rastros de estas imágenes sagradas. Hace unos cien años, un grupo de monjes griegos refugiados profesaron un culto en Roma, cerca de la iglesia abandonada de San Bonifacio. Adoraban un icono que un manuscrito describe como la imagen de Nuestro Señor Jesús, no realizado por la mano del hombre, impreso en una mortaja. Según otro documento, las Actas de Tadeo, Jesús se limpió el rostro en una tela doblada en cuatro pliegues y dejó impresa su imagen en él. Lo que es más importante aún, el papa Esteban II pronunció un sermón, unos trescientos años después, y mencionó la famosa tela —Hugo cerró los ojos mientras recordaba su contenido—. «Maravilloso es en verdad ver o escuchar tal cosa, el glorioso rostro de Jesús, y la majestuosa forma de su cuerpo completo ha sido transferida milagrosamente. Para aquellos que jamás tuvieron la oportunidad de contemplar su apariencia terrenal, pueden ahora hacerlo, pues está impresa en la prenda» —abrió los ojos—. ¿Lo entiendes, Leonor, una imagen de Cristo como era en realidad?

Leonor se volvió hacia Teodoro.

—¿Y tú crees en esto?

—Apasionadamente, hermana. También albergo el deseo de asegurar mi fe en algo.

—¿Has mencionado peligros?

—Y son innumerables —replicó Geofredo, inclinándose sobre la mesa—. Leonor, hemos presenciado lo que está ocurriendo en nuestras propias pequeñas comunidades. Se han fundado iglesias, monasterios y abadías, y todas están ávidas de encontrar sus propias reliquias. ¿Te imaginas lo que podría suceder si las reliquias que hemos descrito salieran al mercado al mejor postor? Se haría una auténtica fortuna. Como el rescate de un rey. Sabemos poco de Anstritha. Tenía miedo de contar toda la verdad a Alberico y Norberto, pero su hermanastro puede haber sido un hombre llamado Magus, conocido como Simón Magus, el mago que intentó comprar los poderes espirituales de san Pedro, y que fue castigado por sus pecados. Este tal Magus merodeaba en las sombras. Vendía reliquias sagradas tal como haría un carnicero con trozos de carne. Muchas comunidades y consejos contrataron sus servicios para que les aseguraran reliquias por procedimientos legítimos o viles, generalmente estos últimos. Pensamos, aunque tenemos pocas pruebas de ello, que este Magus puede ser el jinete enmascarado que lanzó a los aldeanos contra Anstritha, silenciando su voz para siempre; y después, registró sus pertenencias, probablemente buscando el mapa que nos has entregado. El Mago intentó robar el cuerpo de san Modaldo de la iglesia de San Sempronio, en Trier, pero fracasó cuando su cuerpo comenzó a sangrar. Tuvo mejor fortuna en otras empresas: el cuerpo de san Sanctus de una iglesia de Meaux, y el de san Nicolás, de Myra, que vendió a la ciudad de Bari.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—No lo sabemos. Puede ser uno de nosotros, pero —Hugo señaló el trozo de pergamino— puede estar profundamente interesado en esto. Quizá —dijo, encogiéndose de hombros— sea un miembro de la Compañía de los Vagabundos. Si es así, habrá más problemas con ese aquelarre.

—Ya han invocado el feudo de la sangre contra nosotros —se apresuró a decir Teodoro—, por la muerte de sus camaradas.

—Violadores y asesinos —añadió Leonor—, el conde Raimundo aprobó abiertamente lo que hizo Hugo.

—Espero que Dios también lo haga —replicó lacónicamente Hugo—. Los Vagabundos deberán ser vigilados de cerca; pero, en el fondo, son las reliquias de la Pasión del Señor lo que buscamos. Leonor, hemos esperado hasta ahora para contarte toda la verdad, porque haberlo hecho antes podría haber sido peligroso. El Magus puede atacar a cualquiera que tenga conocimiento de esto, y eso ahora te incluye a ti. Los peligros, como ha dicho Geofredo, son muchos. Alberico y Norberto son devotos sirvientes de la Pobre Hermandad, pero han traído consigo una legión de problemas —Hugo caminó hacia la ventana, cruzando después la habitación hacia la puerta. La abrió, la cerró y volvió a la mesa—. Todos conocemos el sermón del santo padre en Clermont, pero esa no es la auténtica verdad de nuestra situación. Alberico y Norberto son nuestros instructores en esto. Ambos pasaron también algunos años con los profesores del Islam, que profesan una fe tan cierta y sólida como la nuestra. Ellos tienen también sus propios códigos y leyes. También consideran a Jerusalén una ciudad sagrada. Denominan la Cúpula de la Roca «el Noble Santuario, el Haram», un lugar reverenciado. Según su fe, el gran profeta Mahoma, tras quedarse dormido mientras oraba en su ciudad natal de La Meca, fue despertado por el ángel Gabriel. Cabalgó a lomos de un caballo alado llamado Al-Buraq, que le condujo «al lugar más lejano», la Cúpula de la Roca. Una vez allí, el gran profeta ascendió a los cielos para rezar junto a Abraham, Moisés, Jesús y los otros grandes profetas, además de para recibir la instrucción final para su enseñanza.

—La Cúpula de la Roca es un lugar sagrado para todas las confesiones —dijo Teodoro, retomando la historia— y es, por lo tanto, una poderosa atracción para los fanáticos, ya sean francos, musulmanes o judíos. Un grupo musulmán, una secta herética conocida como los Fedawi, los devotos, han consagrado sus esfuerzos a preservar la Cúpula de la Roca y todos sus secretos. Son asesinos vestidos de blanco, con fajas de color rojo como la sangre y babuchas. Cada uno porta dos largas dagas curvadas. Responden tan solo a su líder, Sheik Al Jehal. El resto de seguidores del Islam les teme y les odia, considerándoles herejes porque, saciados de vino mezclado con opio, abatirán a cualquiera que se oponga a ellos, o que consideren su enemigo.

Hugo rebuscó en su bolsa y sacó un rollo de pergamino.

—Alberico y Norberto tuvieron que abandonar Jerusalén. Su exploración de las cámaras secretas había levantado las sospechas entre los Fedawi. Una mañana, al despertar, encontraron una daga clavada en el cabezal de una cama, con un pergamino

que contenía una advertencia —Hugo desenrolló el pergamino y leyó su contenido:

Lo que poseéis escapará de vuestras manos y volverá a nosotros.

Que sepáis que os tenemos, y que os mantendremos bajo nuestro control hasta que la cuenta se realice.

Que sepáis que vamos y venimos a nuestro antojo.

Que sepáis que por ningún medio podréis esconderos de nosotros, ni escapar.

Hugo dejó el pergamino sobre la mesa. Leonor lo recogió y estudió sus líneas. Las palabras, en francés normando, estaban perfectamente construidas.

—¿Esto se lo entregaron a ellos? —preguntó—. ¿Estaban señalados para morir?

—Algo parecido —respondió Teodoro—, pero eso —dijo señalando el pergamino— nos lo entregaron a nosotros —se inclinó bajo la mesa, soltó las correas de la alforja que solía llevar sobre su hombro y sacó dos largas dagas curvadas, atadas entre sí con una cuerda de color carmesí.

—Somos —comenzó Hugo, entonando como si estuviera recitando una oración— la Pobre Hermandad del Templo; conseguiremos, con la ayuda de Dios, tomar Jerusalén y los tesoros que esconde. Nuestra comunidad pondrá gran celo en nuestro servicio al Señor y nos centraremos en preservar su nombre y la gloria de su Pasión. No buscamos la sangre de judíos ni musulmanes, pero seguiremos nuestra visión, pues como asegura el *Libro de los proverbios*: «Cuando no hay visión en la tierra, el pueblo perece».

—¿Y la advertencia? —preguntó Leonor, refrenando su miedo.

—Es la misma que recibieron el hermano Norberto y el padre Alberico —replicó suavemente Hugo—. Clavada en un cabezal hace dos noches. ¡Los Fedawi saben lo que nos proponemos, y están esperando!

QUINTA PARTE



Dorileo: festividad de san Jaime el Apóstol,
25 de julio de 1097

Hominumque contentio mundi hujus et cupido.
(Un día en que las luchas entre los hombres y la lujuria de este
mundo habrán cesado).

Dies Irae de San Columba.

Deus Vult! ¡Es la voluntad de Dios! El áspero grito de batalla resonaba a lo largo del valle, repicando en las escarpadas cimas repletas de pinos, espantando a los pájaros que descansaban en las altas ramas de los cipreses. Sí, *Deus vult*, reflexionaba Leonor mientras descansaba sentada sobre un montón de cojines, en el interior de una tienda repleta de trofeos, cercana al campo de batalla de Dorileo. Los remolinos de polvo giraban entre las portezuelas de la impresionante tienda de recia lona con flecos bordados en oro, aunque chamuscada por el fuego. A la derecha de la entrada se observaba una gran mancha de sangre seca; Leonor intentó ignorarla mientras dictaba a Simeón, el escriba, el hombre de las mil confesiones, como solía describirse a sí mismo. Se trataba de un copto, un prisionero a quien Leonor había rescatado del mazo sanguinario de Babuino. Simeón aguardaba pacientemente a que su «señora-hermana» pusiera en orden sus pensamientos. Lo tenía todo dispuesto: la bandeja, las plumas afiladas, los recipientes de tinta, la piedra pómez, un poco de arena y unos rollos de pergamino. Simeón, cuyo nombre copto encontró Leonor particularmente difícil de pronunciar, miraba con gesto agradecido a su salvadora, mientras se felicitaba en silencio por su habilidad innata para la supervivencia. Era Simeón un amanuense bien instruido, buen conocedor del griego y del franco, además del latín y la lengua franca de los puertos. Había servido a fatimidias, selyúcidas, griegos y francos; además de a señores armenios, sirios y judíos. Era un estudioso aventajado, y podía preparar manuscritos, escribir textos cifrados y adorar a Dios de cualquier manera que le pidieran sus señores. La mañana del 19 de julio de 1097, Simeón se despertó como un devoto musulmán; pero tras sucumbir a un sueño irregular y castigado por las pesadillas, ese mismo día, según la sutil historia que contó a Leonor, se convirtió en un devoto cristiano capturado por el sultán de Rum, en las afueras de Nicomedeia. Sin embargo, a Simeón, como gustaba ahora llamarse a sí mismo, por Simeón Stylites, el ermitaño que vivió durante años en lo alto de una columna, realmente le gustaba Leonor. Admiraba su pálido y solemne rostro, envuelto en un velo de pelo negro, y sus alegres ojos. Si deseaba recordar los eventos formidables, como ella gustaba de describirlos, que acontecieron a los francos en su insensato viaje a Jerusalén, entonces él era su hombre, aunque no pensaba compartir su destino. Si los turcos atacasen y resultaran victoriosos, Simeón se prometió en silencio, se ocultaría tal como hizo la última vez, sobreviviría al hacha, la espada o la lanza y se declararía el más devoto de los musulmanes.

Por su parte, Leonor estudiaba a Simeón con el rabillo del ojo: su rostro aceituno, el bigote y la barba perfectamente recortada y aceitada, su cuerpo enjuto, largas manos y delgados dedos. Un hombre bastante elegante, con sus brazaletes, su zarcillo en el lóbulo izquierdo y la holgada túnica verde oscura que llevaba ceñida por la cintura con un cordel blanco. Simeón era un contador de historias nato, según pudo comprobar Leonor, y eso era lo que ella necesitaba. Otros escribían crónicas, relatos y cartas sobre lo que ocurría, así que ¿por qué no podía ella elaborar las suyas con un poco de ayuda especializada?

—Escribe según te lo voy describiendo —dijo a Simeón.

El escribiente unió sus manos e hizo una reverencia.

—¡Cómo gustéis, señora-hermana, así se hará! —sus líquidos ojos oscuros brillaban divertidos, su cara componía una máscara de servidumbre fingida.

Ah sí, *Deus vult*, y así era, reflexionaba Leonor. Habían abandonado Constantinopla, atravesaron el Brazo de San Jorge en barcazas para comenzar su viaje hacia Anatolia, el sultanato de Rum. Desde el principio habían sido observados por patrullas turcas. El Ejército de Dios seguía el mismo camino que las huestes de Pedro el Eremita y los turcos habían abandonado deliberadamente en el camino los cuerpos de los miles de soldados que habían masacrado en Civetot y otros lugares, para que sirvieran de macabra advertencia. Trozos de esqueletos podridos, cabezas decapitadas, calaveras ensartadas en hileras de estacas, sobre arbustos espinosos, en afloramientos rocosos, o alrededor de pozos y abrevaderos, brillaban inquietantemente ante ellos. Las señales de tan descomunal masacre ahogaban el ardor de algunos, aunque despertaban las ansias de venganza de otros. El Ejército de Dios se movía lentamente en falanges, largas líneas de carros, caballos, burros y camellos. Junto a estas caminaban columnas de hombres, mujeres y niños, tostándose bajo el despiadado sol. Su destino era la ciudad de Nicea, en manos turcas, con sus imponentes torres, enormes puertas y murallas amarillas. Una fortaleza inexpugnable, con tres flancos defendidos por impresionantes fortificaciones y con el lago de Ascania cerrando el cuarto. Sin embargo, el Ejército de Dios estaba de buen ánimo. Habían sido bien surtidos de maíz, vino, harina y cebada; además, la ruta a Nicea era frecuentada por numerosas patrullas que enarbolaban cruces de madera o metal.

En general, fue una marcha agradable. Leonor había permanecido en uno de los carros, reflexionando más acerca de lo que había aprendido en Constantinopla que sobre lo que les aguardaba en Nicea. Norberto y Alberico se habían vuelto más amables, aceptándola como una auténtica hermana, como si alguna barrera invisible se hubiese derribado milagrosamente; incluso Imogenia, que solía guardarse para sí sus emociones, comentó esta circunstancia. Por lo demás, Leonor no dejaba de preocuparse por los Fedawi y sus amenazas. ¿Cómo podían estar tan cerca de Constantinopla? ¿Se habrían disfrazado, fundiéndose entre la multitud de comerciantes y mercenarios turcopolos que vagaban por doquier? Teodoro, en reconocimiento por lo que le habían desvelado, le había entregado tímidamente a Leonor un pequeño icono pintado en madera, muy similar a esas imágenes que habían visto en Hagia Sophia, como recordatorio del vínculo que se había formado entre ellos.

Leonor comprendía ahora el entusiasmo de Hugo, además de la estricta disciplina impuesta en la Pobre Hermandad del Templo. Marchaban hacia Jerusalén no solo para recuperar el Santo Sepulcro, sino además, para descubrir pruebas de la Pasión y la Resurrección de Cristo. Según las palabras de Hugo, debían salir victoriosos y purificarse, para ser dignos de recibir tales reliquias. Tampoco le sorprendía el

secretismo. Los cazadores de reliquias, como Magus, dondequiera que se encontrasen, no dudarían en asesinar por tales objetos religiosos, mientras los Fedawi jamás permitirían la entrada a un lugar que consideraban propio.

Leonor, en el interior del carro, zarandeada por los baches, se preguntaba si la Compañía de los Vagabundos, que marchaba ligeramente por delante de ellos, podía servir de refugio para tales forajidos. Beltrán desconfiaba abiertamente de Jehan y le había aconsejado que se cuidara de ese rufián y de su cuadrilla. En realidad, desde que abandonaron Constantinopla, Beltrán había permanecido junto a Leonor e Imogenia, prestando particular atención a la bella viuda. Al igual que Teodoro, demostró ser un compañero genial que, según sus propias palabras, apenas había abandonado antes la Provenza, maravillado por sus prodigios, particularmente, la poesía y las canciones del sur. No era un caballero, sino un sargento, un *nuncio* o enviado, bien situado para escuchar las habladurías que circulaban por el campamento y las discusiones que se sucedían entre los cabecillas.

Tras una larga marcha alcanzaron Nicea. Los turcos se habían retirado hacia el interior de la ciudad, preparándose para cualquier ataque. Hugo acompañó a Leonor a contemplar las inmensas fortificaciones y las murallas de ladrillo amarillo, con más de cien torres protegidas por diques dobles. Leonor acababa de regresar a su tienda cuando escuchó el grito «*¡Au secours! ¡Au secours!*». Sonaron con fuerza los cuernos y las trompetas de aviso. Imogenia y ella corrieron aprisa hacia los estrechos canales, entre los pabellones que conducían al centro del campamento. Había allí un gran carro, con pértigas a cada lado, sobre las que ondeaban los estandartes de guerra, que contenía un gran altar de madera presidido por una sencilla gran cruz. Dos hombres ataviados con largas túnicas de monje hacían guardia de espaldas a las dos grandes ruedas, con la espada y la daga en las manos. Hacían frente a una amenazante hilera de soldados francos, armados con lanzas y picas.

—¡Espías! ¡Espías! —acusaba una voz—. Los hemos sorprendido intentando abandonar el campamento con dibujos y números. Uno de los hombres atrapados corrió hacia ellos, alzando espada y cuchillo, para detenerse en seco ensartado por varias picas que casi le levantan del suelo. Siguió luchando como pez sacado del agua, pataleando al viento, emitiendo sonidos guturales provocados por la sangre que manaba de la boca. El otro se arrojó inmediatamente de rodillas al suelo y extendió las manos en señal de rendición. Se lanzaron rápidamente sobre él, le ataron y se lo llevaron de allí. Algo más tarde volvió apresuradamente Hugo, mientras los sonidos de alarma volvían a escucharse: el ruido entrecruzado de trompetas y cuernos, los gritos de guerra de los hombres, el alboroto de los caballos de guerra preparándose para actuar. Cogió a Leonor del brazo y la llevó hasta el interior de la tienda.

—Eran espías —anunció, casi sin respiración, haciendo una pausa mientras Beltrán, Teodoro y Geofredo entraban en la tienda tras él—. El prisionero ha confesado. ¡Kilij Arslan, el sultán de Rum, marcha hacia aquí seguido de miles de jinetes!

—¿Dónde, cuándo atacarán?

—Bohemundo tiene sitiada la zona norte de Nicea, Godofredo de Bouillon la este, y nosotros la zona sur, la misma dirección por la que viene Arslan. Tendremos que soportar la presión de la primera embestida.

No había apenas terminado cuando se escucharon de nuevo los inquietantes ruidos del exterior; un renovado toque de trompetas, seguido de gritos y alaridos. Se apresuraron a salir y vieron un mar de brazos en alto, señalando hacia algún punto. Leonor miró horrorizada a las colinas que se elevaban tras del campamento, donde la densa arboleda de pinos se cerraba, como si se tratase de una sólida pared verde oscura. Todos los miraban: niños y mujeres, que recogían el agua en jarras; un grupo de monjes que, con sus rosarios entre las manos, se disponían a reunirse para la oración del mediodía; un cocinero, salpicado de sangre hasta las cejas, sujetando un pollo muerto con la mano izquierda; un chico joven con un cachorro entre sus brazos; decenas de caballeros en ropa interior de lino, observando el horror que descendía de las colinas. Leonor sintió la garganta seca y estrecha. Pestañeó varias veces y volvió a mirar. Cientos, si no miles de hombres a caballo, con túnicas blancas y el reflejo del sol sobre sus cascos, surgían entre los árboles como una oleada de hormigas, dirigiéndose hacia ellos. Una nube de polvo se elevaba entre ellos. Algunos niños que jugaban entre las piedras de un cementerio se reían y gritaban, señalando con el dedo.

—Dicen que han traído cuerdas —murmuró Beltrán—. Para atarnos y llevarnos cautivos.

La muchedumbre no podía dejar de observarlos. Un monje comentó a recitar un salmo: «*Domine libera nos. Que el Señor nos libre*».

—Sigue rezando —chilló Hugo—. El resto a las armas, ¡a las armas!

Se rompió el peligroso hechizo. Las jarras cayeron al suelo, las capas se desabrocharon, las cestas se depositaron en el suelo y sacaron de ellas los equipamientos. Los caballeros, los sargentos, los monjes y sacerdotes, todos los hombres capaces se apresuraron a tomar las armas contra ese río de hombres que les acechaban, amenazando con engullirles. Durante un corto espacio de tiempo, el enemigo desapareció entre las pendientes cubiertas de árboles, para volver a aparecer de nuevo pocos segundos después. El grito de guerra turco, un desgarrador alarido ululante, resaltaba sobre el estruendo de los cascos de sus monturas. Los coloridos estandartes del enemigo se podían distinguir claramente ahora. Los turcos alcanzaron el pie de la loma en el momento en que la línea de contención de los francos, formada por caballeros con armaduras a medio abrochar y alforjas torpemente aparejadas, se colocaba apresuradamente en formación. Las monturas francas estaban frescas, eran más pesadas y se movían hábilmente a plena carga. Los turcos, cubiertos de la sangre de las huestes patéticamente armadas de Pedro el Eremita, se vieron completamente sorprendidos por la furia despiadada del ataque de los francos. Esta sensación se acrecentó cuando la falange de armaduras y pesados caballos se estrelló contra ellos con la fuerza de un torrente caudaloso embistiendo un puente de troncos. Los turcos,

organizados en grupos menores y más ligeros, fueron superados completamente y se disgregaron en grupos aún más pequeños, que tuvieron que hacer frente a nuevos ataques de los francos. El aire tronaba con el horrible eco de la batalla, los gritos y los quejidos. Los estandartes flotaban entre los guerreros. El suelo comenzó a poblarse de cadáveres vestidos de blanco. Los turcos, que no estaban acostumbrados a combates cuerpo a cuerpo de tal virulencia, simplemente se fragmentaron, y huyeron hacia las lomas, perseguidos por los exultantes francos. Las noticias de esta primera escaramuza se propagaban ya entre el Ejército de Dios. Normandos, hombres de la zona del Rin, flamencos, franceses y griegos entraron en masa en el campamento del conde Raimundo. Leonor los observaba mientras se preparaban, ajustándose las armaduras al cuerpo, asegurándose los cascos. Los caballeros se fueron reuniendo, dejando tras de sí una pantalla de polvo creada deliberadamente para cegar a los turcos, que volvían a organizarse sobre las colinas arboladas.

Hugo, Geofredo, Beltrán y Teodoro, ahora con la armadura debidamente colocada, recogían sus escudos ovalados y sus mazas. Norberto y Alberico, con la agitación en sus rostros, se unieron a la formación, tras los caballos. Se encendieron fuegos deliberadamente, avivados para que desprendieran más humo negro y ocultaran lo que ocurría en el Ejército de Dios. La caballería turca se reorganizó para volver a cargar. Su estrategia era simple: atacar, aplastar a los francos contra las murallas de Nicea, destrozarlos y liberar la ciudad. Como escribiría Leonor más adelante en sus crónicas, los turcos cometieron dos errores. Creyeron que las huestes del conde Raimundo constituían el ejército franco al completo y, además, pensaron que su potencia y calidad de combate no sería superior a la de los desaliñados seguidores de Pedro el Eremita. Pronto descubrieron su error. A primera hora de la tarde, los jinetes de blanco volvieron a descender en masa por las colinas arboladas. Los francos, tras su pantalla de humo negro, observaron, esperaron y, finalmente, cargaron. La rápida y pesada muralla de caballeros y caballos destrozó a los enemigos, y la línea turca se deshizo. Los francos los barrieron, cortando y despedazando, regando la tierra con tanta sangre que manaba en riachuelos ladera abajo, se retiraron y volvieron a cargar de nuevo. Los turcos quedaron divididos y huyeron. Los francos se dedicaron a perseguirles durante un corto espacio de tiempo, y finalmente, decidieron volver triunfalmente al campamento, mostrando sus macabros trofeos en las puntas de lanzas y jabalinas; conduciendo largas filas de prisioneros, que portaban las cabezas decapitadas de sus camaradas atadas alrededor del cuello.

Los cautivos fueron exhibidos, vejados y humillados. Una de las catapultas que Alejo les había proporcionado se posicionó al borde del gran foso que rodeaba Nicea. Con la puesta de sol, las cabezas cortadas, entrelazadas en redes de pesca, se catapultaron al interior de la ciudad. Algunas reventaron contra los parapetos. Otras superaron las almenas e, incluso desde su posición, Leonor pudo escuchar los lamentos de la población aprisionada tras las murallas. «¡Kilij Arslan ha fracasado!».

El Ejército de Dios se volvió ahora hacia sus prisioneros. Los condujeron al centro del campamento y les forzaron a arrodillarse para que pudieran ser decapitados. Simeón el escriba estaba entre los capturados. Imploró desesperadamente por su vida. Los verdugos le ignoraron. Consiguió liberarse y escapó corriendo, perseguido por Gárgola y Babuino, los tenientes de Jehan el lobo. Corrió gritando por las estrechas zanjás, entre las burlas y los insultos de multitud de espectadores bebidos. Leonor, que se había retirado a su tienda, escuchó el tumulto y salió al exterior. Simeón estuvo a punto de chocar con ella y se derrumbó a sus pies. Babuino y Gárgola le atraparon.

—No supliqué, señora —dijo Simeón, haciendo una pausa en su escritura.

—No, Simeón, no lo hiciste. Simplemente dijiste que no querías morir. Dijiste ser un católico capturado por los turcos, si no recuerdo mal —añadió secamente Leonor—. Incluso recitaste artículos de derecho canónico, aunque eso de poco te valió con esos dos seres grotescos.

—Excrementos de camello —susurró Simeón—. Pero gracias a vos, señora-hermana... —se inclinó hacia delante—. A propósito, ¿puedo tomar juramento como miembro de la Pobre Hermandad del Templo? Sé algunas cosas.

—¿Ah sí, Simeón? —dijo Leonor, con ojos suspicaces.

—Conozco secretos sobre objetos escondidos. He oído los rumores.

Leonor miró rápidamente a Imogenia, que dormía sobre un montón de cojines.

—Simeón, siempre me sorprendes con tu habilidad para escuchar cosas —sonrió—. Pero volvamos a nuestra crónica.

—Desde luego, señora-hermana, aunque debo añadir mi agradecimiento a vos y a vuestro noble hermano, por haber salvado mi vida. Estoy muy agradecido...

—La crónica, Simeón...

—Sí, señora-hermana...

Babuino agarró a Simeón por la garganta, tratando de ponerle en posición para que Gárgola pudiera emplear su mazo. Leonor les gritó que se detuvieran, pero solo la llegada de Hugo y Geofredo, con las espadas desenvainadas, forzó la retirada de los dos asesinos. Borrachos y mascullando sucios insultos se perdieron entre la multitud. Leonor tomó a Simeón bajo su protección, mientras el Ejército de Dios cambiaba las celebraciones victoriosas por la ardua tarea de sitiar Nicea. La ciudad les desconcertaba. Los francos no se habían encontrado con tales fortificaciones en el oeste. Tampoco tenían barcos, así que atacar desde el lago era imposible. El foso que rodeaba las murallas tenía unos dos metros de ancho y otros tantos de profundidad. La primera muralla defensiva que se encontraba tras el foso tenía al menos dos metros de anchura y nueve de altura, y de ella sobresalían unas torres imponentes, para defenderse de los enemigos que trataran de aproximarse. Incluso si se superaba esta primera defensa, había tras ella un muro de cerramiento de seis metros de espesor, protegido por una serie de torres donde se apostaban arqueros y honderos, además de diversas máquinas de guerra, que aseguraban a los atacantes una auténtica

lluvia de proyectiles. La frustración se extendió entre el Ejército de Dios. El júbilo por la derrota de Arslan pronto desapareció, mientras trataban desesperadamente de tomar la ciudad. Consiguieron tapar el foso en algunos puntos, y consiguieron situar catapultas y mangoneles. Las máquinas y los soldados que las dirigían se vieron pronto envueltos en una nube de flechas, piedras, jabalinas y lenguas de fuego. Se confeccionaron planchas y pantallas de álamos y sauces para proteger a los arqueros, pero estos también se abrasaron bajo el aceite hirviendo que caía desde las almenas.

Una mañana, el conde Raimundo, escoltado por Hugo, Geofredo, Leonor y otros miembros de la Pobre Hermandad, cabalgaron a lo largo del foso para inspeccionarlo, en busca de algún punto débil. Desde la fortaleza llovieron insultos y multitud de flechas que no conseguían alcanzar su objetivo. Era un día claro y cálido, soplaban una dulce brisa que inundaba el aire de aroma de pinos, cipreses y de frutas que maduraban en las cercanas huertas. El conde se detuvo súbitamente.

—Tenemos toda la madera que queramos —el ojo sano de Raimundo miró intensamente a Hugo y Geofredo mientras señalaba hacia los árboles—, pero ¿qué podemos hacer con ella?

Hugo tomó las riendas del corcel del conde.

—Venid, mi señor, os mostraré algo —cabalgaron siguiendo el maloliente foso, alejándose un poco más.

Leonor encontró el palafrén que le habían facilitado lento y reticente a realizar cualquier movimiento, así que Teodoro se detuvo, interponiéndose entre ella y los turcos que se alineaban en las almenas, y tomó las riendas del palafrén, dedicándole un guiño de complicidad.

—Por si acaso —murmuró—. Los turcos podrían descubrir tu belleza e intentar salir a por ti.

Leonor se ruborizó, y Teodoro comenzó a entonar una canción de trovador sobre una dama encerrada en una torre. Hugo les guio hasta el extremo oriental de la muralla.

—Mirad, mi señor.

Leonor siguió a su hermano.

—Teodoro me había hablado de esto —continuó Hugo—. Mirad detenidamente a la base de la torre: la masa de ladrillos se está desmenuzando, son los restos de un asedio anterior.

El conde Raimundo observó atentamente y entrecrocó las manos en señal de júbilo. Dos días después, un enorme testudo, fabricado de madera de ciprés, sauce y álamo, con un techo de encina cubierto de arena húmeda, cruzaba el puente improvisado sobre el foso para embestir lo que Leonor había bautizado como «la torre inclinada». Los arqueros se apostaban bajo los aleros del amplio tejado del testudo y disparaban sobre el enemigo por encima de las almenas. Los ingenieros consiguieron pronto atravesar la muralla, apuntalando la brecha abierta con vigas, mientras picaban con fuerza la capa de mampostería que seguía a la dura piedra.

Leonor observaba la escena, a cubierto tras la línea de carros. La torre se derrumbó por completo con las últimas luces del día, pero la siguiente mañana el campamento se levantó con el sonido de trompetas. Leonor se despertó sobresaltada y se apresuró a salir de la tienda para unirse a la muchedumbre que se dirigía entre la neblina hacia el lado oriental del foso. Se detuvieron y observaron con descrédito a la torre inclinada. Durante la noche, los defensores habían trabajado incansablemente para reparar la brecha. La ira del conde Raimundo no conocía límites y, al igual que Aquiles, se retiró a su tienda malhumorado, mientras los demás continuaban con el asedio. A pesar de la derrota de Kilij Arslan, los Niceanos seguían defendiendo con furia su ciudad. Habían profanado a sus muertos y ellos respondieron subiendo los cadáveres de los francos con ganchos amarrados a poleas; los desnudaron y los colgaron de las almenas para que se pudrieran al sol. Si el Ejército de Dios atacaba, una lluvia de piedras y flechas despedazaba cuellos y cráneos; si los francos conseguían entrar, eran rápidamente cubiertos por una manta de proyectiles llameantes.

Durante una interminable semana, el asedio se fue convirtiendo en una apática contienda entre dos enemigos que se observaban el uno al otro, como perros de pelea; súbitamente, la atmósfera cambió. El conde Raimundo apareció acompañado de Tacticio, el comandante griego. Aparecieron en el campo balistas y catapultas, procedentes de los arsenales de Constantinopla. Se condujeron hasta las inmediaciones de la torre inclinada para lanzar un brutal ataque con proyectiles y rocas, que expulsó a los soldados de las murallas. Se abrió una nueva brecha, y a la caída del sol, la noche se iluminó con potentes hogueras y con el resplandor de los misiles candentes que se estrellaban contra la torre. Esta vez, los turcos no tuvieron oportunidad de reparar el daño. Lenguas naranjas atravesaban el cielo estrellado; el silencio de la noche se rompía con el rugido de los proyectiles, el crujir de la madera y de las piedras y los gritos de defensores y atacantes. Tan pronto como despuntó el amanecer la Pobre Hermandad del Templo se preparó a encabezar las fuerzas del conde Raimundo a través del puente sobre el foso, al grito de «¡*Deus vult!*» y «¡*Toulouse!*». Hugo y Geofredo besaron a Leonor antes de tensar las bandas de cota de malla sobre sus rostros, lo que únicamente dejaba expuestos sus ojos. Se ciñeron los cascos, se encajaron los escudos al brazo y desenvainaron sus armas.

Hugo y Geofredo guiaron a su compañía por el puente, mientras arqueros, ballesteros e ingenieros disparaban incansablemente hacia las murallas. Las catapultas se acercaron aún más, para intensificar la presión. Leonor observaba, con el corazón en un puño, a Hugo y Geofredo, mientras cruzaban el raquítico puente. El denso humo lo envolvía todo, el eco de los gritos y alaridos inundaba el ambiente. Los caballeros de Toulouse se reunieron alrededor de ella. Se desplegaron los estandartes, un contingente de hombres fuertemente armados esperaba para reforzar el primer asalto sobre esas formidables defensas. El horror y el fragor de la batalla tensaban los nervios de Leonor, como si algún demonio hubiese capturado su alma,

su mente y su imaginación. Elevó la mirada hacia el limpio cielo azul, que contrastaba con aquellas enormes fortificaciones de piedra amarilla. Flechas, lanzas y otros proyectiles cruzaban ese espacio azul. Del otro lado de las almenas se proyectaban masas informes de roble envueltas en llamas, que despedían un fuerte olor. Leonor volvió a fijar la mirada. Hugo y Geofredo, escudos en alto, se encontraban a la mitad del puente cuando se escuchó un rugido desgarrador entre el tremendo ruido de la batalla. Los hombres señalaron a las almenas, donde se ondeaban unos estandartes rojos y dorados con el águila de Alejo Comneno en el centro. ¡La ciudad había caído! Las fuerzas griegas estaban dentro. ¡Los turcos se habían rendido! Las trompetas tocaron a retirada. Hugo y su compañía retrocedieron mientras más estandartes imperiales se desplegaban sobre las murallas. Se escuchó un tremendo chirrido. Las grandes puertas de Nicea se abrieron ante ellos y de ella surgió una formación de catafractos, con la insignia azul y blanca ondeando sobre la punta de sus lanzas. Imogenia soltó una maldición y se retiró en busca de Beltrán. Leonor, sintiéndose débil y dispuesta a escapar de la confusa tormenta de la guerra, volvió a su tienda. Se echó sobre un jergón, pero se levantó horrorizada ante la visión de dos dagas curvadas, con puños de brillante hueso blanco, clavadas profundamente en el cabezal. Sus cuchillas estaban unidas por una cinta de color rojo sangre...

—Te conozco —susurró una voz detrás de ella—. Lo que posees se escapará de tus manos y volverá con nosotros.

Leonor se volvió lentamente. Al principio no consiguió ver nada, después distinguió entre las sombras la hendidura en la pared de la tienda por la que debía haberse colado el intruso. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, vestido con una túnica blanca, con la cabeza y la cara envueltos en un turbante blanco que únicamente dejaba expuestos sus ojos.

—El mapa de la mujer bruja —tartamudeó la voz en francés normando—. Sé que Fulcher te la dio —extendió la mano, cubierta por un guante; la otra golpeaba levemente la empuñadura de la daga que colgaba de su pretina roja.

Leonor trató de hablar, pero no pudo.

—¡El mapa! —insistió el hombre.

—Mi hermano —tartamudeó Leonor. Los sonidos del exterior se hicieron más audibles, seguidos de gritos de alguien que se aproximaba a la tienda. Leonor miró hacia la entrada y hacia atrás, pero su visitante misterioso se había esfumado.

Simeón el escriba, hablando como siempre (Dios le había dado una lengua tan diestra como su pluma), entró en la tienda farfullando las noticias. Relató que el Emperador había cargado barcos sobre enormes carros tirados por bueyes y los había llevado hasta el lago Ascania, poniendo rumbo hacia Nicea. Estos barcos capturaron a la mujer y a la familia del gobernador de Nicea, cuando intentaban escapar. Los turcos se dieron cuenta enseguida de que si el Ejército de Dios ocupaba esos barcos, su ciudad caería enseguida, y sería devastada por fuego y espada. Entablaron inmediatamente una negociación secreta con Alejo, prometiéndole su rendición si sus

posesiones se protegían del Ejército de Dios. Alejo accedió, enviando a un oficial de alto rango, de nombre Boutoumites, para aceptar la rendición. Los cabecillas del Ejército de Dios habían sospechado algo de esto, pero cuando las noticias se hicieron públicas, los francos acusaron inmediatamente a Alejo de practicar doble juego y traición.

Según los rumores, Boutoumites había animado a Tacticio a que persuadiera al conde Raimundo para que atacase, escribiéndole una nota: «Tenemos la partida en nuestras manos, arremete contra las murallas. No permitas que los francos conozcan la situación real, pero déjales atacar la ciudad después del amanecer». Los líderes del Ejército de Dios eran conscientes de la presencia de los barcos y de la presión que estos harían sobre los turcos, pero no esperaban una rendición tan rápida. El Emperador los había mantenido en la sombra, y para la puesta de sol, su engaño era un clamor popular. El temperamento se agrió, especialmente entre los normandos del sur de Italia, dirigidos por Bohemundo y Tancredo, así que Alejo hizo un rápido movimiento para apaciguarles. Envío al campamento hileras de carros cargados de provisiones frescas y vino, cestas, cofres y arcas llenas de piedras preciosas, oro y plata, montones de armas, pilas de telas con pedrería y elegantes vestidos y multitud de caballos de carga. La Pobre Hermandad del Templo cogió su parte, diez besantes de oro, que fueron a parar al cofre común, bajo la custodia de Geofredo. Más tarde, esa noche, se reunieron Leonor, Hugo, Geofredo, Alberico, Norberto, Teodoro y Simeón. El escriba fue aceptado en la reunión por sus conocimientos clericales, además de por sus nociones sobre los sepulcros de Jerusalén, particularmente de la Cúpula de la Roca. Teodoro dirigió la reunión, dando la bienvenida al nuevo asistente, y puntualizando que la única protección de Simeón contra los rencores del campamento eran Hugo y Leonor, así que no era de sorprender que el escriba hubiese tomado su juramento secreto con tanto entusiasmo. Esa misma noche, mientras las puertas de Nicea permanecían abiertas y los heraldos proclamaban que el Ejército de Dios marcharía pronto sobre Antioquía, Leonor les habló acerca de su visitante misterioso.

—¿Pero cómo puede ser? —preguntó Alberico—. Todos los miembros de la Pobre Hermandad estaban reunidos ante la torre inclinada.

—Debe de ser alguien del Ejército de Dios —insistió Leonor—. Ocurrió lo mismo en Constantinopla.

—Los Fedawi —explicó Teodoro—. Quizá sus asesinos se oculten entre nosotros. Es de necios especular, pero al menos sabemos la importancia que tiene el mapa de Anstritha. Mi señor Hugo, lo mantienes a salvo, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Hugo con la mente distraída—, todos lo habéis visto, pero venid...

Recibieron noticias frescas. La falange de Bohemundo se disponía a partir inmediatamente a la mañana siguiente. El conde Raimundo quería que la Pobre Hermandad se uniera a ellos y que actuasen de enlace con el resto del ejército. Nadie

se mostró disconforme, dispuestos a comenzar realmente lo que Hugo denominaría «la auténtica peregrinación».

Leonor jamás olvidaría su partida. Abandonaron Nicea justo antes de que despuntase el día, bajo el resplandor rojo y dorado del incipiente sol sobre el celeste del cielo. Un comienzo apropiado para lo que demostró ser una época de cólera, de ira, el comienzo de los horrores. Aun así, como describió Leonor en su crónica, comenzó de una manera bastante común. Permanecía sentada sobre uno de los carros, con Imogenia de cuclillas junto a ella, mientras la columna de Bohemundo recorría la antigua calzada romana por los valles y mesetas polvorrientas que conducían hasta Antioquía. Cruzaron puentes de piedra sobre arroyos y riachuelos, construidos hace siglos y pasaron junto a la decadente torre de vigilancia bizantina. A cada lado se extendían prados salpicados de resistentes flores estivales. De vez en cuando, aparecían largas franjas de tierras de labranza tintadas de tonos ocre. Aquí y allá aparecían granjas construidas alrededor de los restos de una antigua villa en ruinas. Grupos de sicomoros, encinas, fresnos, sauces y cipreses salpicaban el ondulante paisaje. Pasaron por aldeas solitarias, con sus caminos polvorientos, sus cabras, sus pozos abovedados, silenciosos viñedos y prensas de vino. El aire de la mañana reflejaba el eco del rumor de los carros, el tintineo de los arreos, el sonido metálico de las armas y los gritos y llamadas de los guerreros. Se elevaban remolinos de polvo, manchando las togas negras de los monjes. Las puntas de lanzas y jabalinas atraían la luz del sol y despedían brillantes destellos. Los rostros, blancos, rojos y marrones se empapaban con pegajosas gotas de sudor. Los niños jugaban o luchaban entre sí. Se cantaban himnos. Un grupo de nobles, ataviados con túnicas de preciosos colores, abandonaron la columna escoltados por sus mozos de cuadra vestidos de verde y marrón; portando altaneros halcones sobre el brazo, o sobre perchas apoyadas sobre la montura. Algunos jóvenes se remangaban los leotardos y se metían en los riachuelos, tratando de sacar pescado fresco con la ayuda de sus redes o anzuelos. Leonor consideraba que aquello se parecía más a pasar un día en el campo, visitando amigos, o disfrutando del buen tiempo, que a una marcha de guerra. Las guardias volvían al galope: habían divisado algunas patrullas turcas, pero no ocurrió nada importante ese día.

Al caer la tarde llegaron a un cruce de caminos, cerca de las fauces abiertas de dos valles solitarios, aparentemente desiertos, a excepción de peñascos y rocas y salpicados por algunos arbustos y árboles. Entre la entrada de ambos valles se extendía una gran zona pantanosa plagada de juncos. Bohemundo, alarmado por el incesante avistamiento de patrullas turcas y por el rumor de que los valles que les flanqueaban podrían albergar más, decidió utilizar las marismas para proteger la retaguardia de su campamento. No ocurrió nada esa noche; pasó tranquila y pacíficamente bajo las estrellas. Al amanecer, los sacerdotes reunieron a la gente alrededor de los carros que portaban altares. Mientras la neblina de la mañana se iba cargando con el humo de las antorchas y los vapores del incienso incandescente,

Tancredo encabezaba un *comitatus* de caballeros para explorar el valle que se abría hacia el este.

Cuando acabó la misa, Tancredo volvió apresuradamente con noticias alarmantes: cuadrillas de jinetes turcos emergían entre la niebla valle abajo. Los francos, aún jubilosos por lo que consideraban su victoria sobre Nicea, y aletargados por el sosiego de la mañana, se sintieron presas de la curiosidad y la excitación. Algunos jinetes cabalgaron hacia los extremos del campamento para tratar de divisar al enemigo. Las mujeres y los niños se mezclaban con los cabecillas en la parte delantera de la columna; enseguida les obligaron a retroceder, formándose un tumulto descontrolado. Leonor vio a Bohemundo ataviado con su cota de malla, una figura majestuosa sobre su poderoso corcel negro de guerra. Varios jinetes cabalgaban hacia él, cubiertos por una nube de polvo, volviéndose sobre su silla de montar y gesticulando. Leonor reconoció a Hugo, Geofredo y Teodoro. Lo que anunciaban debía de ser realmente alarmante. Bohemundo se volvió hacia la gente, ordenándoles que retrocedieran. Hugo, Geofredo y el resto se abrieron paso entre la muchedumbre, saltaron del caballo y pidieron a gritos sus armas y armaduras.

—¡Leonor, Leonor! —Teodoro la empujó hacia la tienda. Cogió un trapo húmedo del interior y se limpió el polvo de la cara—. Armaos —dijo jadeando—. No son patrullas turcas. Es el ejército completo de Kiliç Arslan lo que baja por ese valle, miles y miles de hombres a caballo. ¡Nos van a barrer! —dijo, gesticulando hacia Imogenia, que le miraba presa del pánico—. ¡Armaos! —gritó, y sujetó apresuradamente las riendas de su caballo, subiendo de un salto—. Lord Bohemundo me envía en busca del resto del ejército, para alertarles. Leonor... —quería decir algo más, pero se encogió de hombros, hizo girar su caballo y partió al galope.

El terror y el pánico se extendieron por el campamento mientras seguían llegando otras patrullas. El frente de batalla turco se aproximaba rápidamente. Bohemundo se abrió camino entre sus tropas, imponiendo orden. Los carros se colocaron en posición defensiva. Los bueyes y los burros se desengancharon rápidamente y se usaron sus aparejos y sus cargas para rellenar los huecos. Bohemundo ordenó a todos los jinetes que se desplazaran al frente. La retaguardia del campamento permanecería protegida por los pantanos, y se formó un semicírculo de soldados a pie y arqueros dispuestos a defender sus flancos. Las instrucciones de guerra se transmitían a gritos, las armaduras y los arreos se colocaron y aseguraron con rapidez, las espadas y las dagas abandonaron sus fundas. Los nervios se apoderaban de la tropa, la aprensión crecía entre ellos. Algunos hombres se arrodillaron para rezar, suplicando ayuda entre sollozos.

—¡Aquí vienen! —gritó una voz.

Leonor observaba desde un carro el remolino de polvo que se cernía sobre ellos desde la boca del valle. Se deshacía de vez en cuando para revelar detalles de color y destellos metálicos de armaduras. Un rugido atronador sacudió la tierra. La nube de polvo se deshizo. Leonor se quedó sin respiración ante la fortaleza del enemigo.

Hordas de hombres a caballo con escudos circulares, manteniendo en alto sus arcos tensados, dispuestos a disparar. Se acercaban entre el tronar de los cascos, el redoble de tambores y el tintineo de platillos. Comenzaron a avanzar al trote sobre las ahora silenciosas líneas de los francos. Los gritos desgarraban el aire. Multitud de estandartes verdes ondeaban, zarandeados por la brisa de la mañana. Los francos, con sus estandartes desplegados, respondieron entonces con sus propios gritos de guerra, como perros de presa en una cacería, comenzando una furiosa carga al galope. Deberían haber golpeado al enemigo como un ariete, pero los turcos se dividieron súbitamente hacia izquierda y derecha. Al hacer esto, sus arqueros comenzaron a descargar incansablemente sobre las líneas francas antes de cerrarse sobre sus flancos, blandiendo hachas y cimitarras y arrojando ganchos para tratar de descabalar a los caballeros embutidos en cotas de malla. Acero, piedras y rocas se hincaban en cabezas y estómagos, los brutales golpes cortaban manos, brazos y piernas. Una segunda falange de caballeros francos se preparaba para cargar, pero los caballos turcos, más ligeros y rápidos, rodearon la primera línea y sobrepasaron la fila que esperaba, descargando sobre ellos una lluvia mortal de flechas. Los caballos se derrumbaban: algunos huían al galope horrorizados, para verse rodeados por los turcos, que se cerraban sobre ellos arrojando a jinete y montura violentamente al suelo. Bohemundo no estaba dispuesto a soportar más provocaciones. Los estandartes de guerra de Normandía se desplegaron y el aire se llenó con su grito de guerra, que lanzó a sus caballeros en feroz carga contra sus verdugos. Leonor, cubierta de polvo y sudor bajo la inclemente fuerza del sol, podía distinguir la táctica turca de ataque y falsa retirada. Aparecieron más fuerzas enemigas. Leonor miró a su alrededor. El campamento era un caos. Los hombres, mujeres y niños se dieron cuenta de que si cedían los hombres de Bohemundo, los turcos entrarían a tropel y los masacrarían. El aire bullía en una diabólica sinfonía de cuernos, tambores, platillos y trompetas, mezclados con los gritos y alaridos de la batalla. Los buitres aparecieron en los azules cielos, sombras negras que planeaban sobre aquella lujuria de sangre. Los heridos eran retirados para recibir la atención de los médicos, o de los sacerdotes. Un caballero, herido y maltrecho, se acercó con una mano en el costado y se derrumbó junto al carro. Leonor despertó de su conmoción y saltó del carro y le quitó la cota de malla y el jubón. Bajo estas ropas, su camisa estaba llena de pegajosa sangre. Se dispuso a taponar la herida, que mostraba ya un color rojo ennegrecido y sobre la que comenzaban a revolotear las moscas.

—No, déjame con el médico —jadeó el hombre. Agarró el brazo de Leonor y señaló hacia el frente—. Necesitan agua.

Leonor llamó a un médico que permanecía arrodillado junto a otro hombre, cuyos miembros se estremecían en violentas sacudidas, dejando escapar por su garganta los temblorosos gemidos de la muerte. El médico se encogió de hombros, puso una venda empapada de vino sobre la boca del soldado moribundo y se acercó hacia ellos. Leonor se levantó, convocando a Imogenia y a un grupo de mujeres y niños para que

trajesen pellejos de agua, jarras, y cualquier otro recipiente que pudiera contener el preciado líquido. Algunos de los sacerdotes, vestidos en túnicas blancas, corrieron hacia la línea de batalla para ofrecer la absolución y la Eucaristía. Leonor alcanzó la última línea de jinetes, un grupo de caballeros heridos y malolientes, con la sangre colándose entre sus cotas de malla y el rostro de color rojo encendido. Se pusieron a cubierto, agazapados tras los cuerpos de sus caballos, cuyas tripas comenzaban a hincharse. Algunos caballeros parecían haber nadado en sangre, con sus espadas empapadas en sangre hasta la empuñadura y sus mazas y hachas salpicadas de restos de vísceras. Sus ojos airados y encendidos con la furia de la batalla la miraban. Ella ofrecía agua, que era bebida con avidez. Las moscas zumbaban en densas nubes oscuras. Frente a ella retumbaba el sonido de la batalla. Bohemundo había cambiado su táctica. El ejército estaba perdiendo demasiados caballos, así que los francos se situaron ahora formando un arco de acero contra los turcos, que atacaban y se retiraban mientras enviaban oleada tras oleada de flechas. Los hombres maldecían y rezaban mientras se levantaban para reincorporarse a la batalla. Algunos bromeaban diciendo que cuando ganasen el campamento turco se bañarían en agua cristalina, llevarían guirnaldas de flores y se rociarían el cabello con canela. Otros se dolían de tremendas heridas, cortes, tajos y contusiones.

Leonor distinguió a Hugo sentado exhausto sobre su caballo, y a Geofredo junto a él. Gritó sus nombres, pero el suelo temblaba con el sonido atronador de una nueva carga y el desgarrador grito de guerra turco. Las flechas volvieron a llenar el aire; un caballo relinchaba en su agonía. Los hombres gritaban extenuados. Leonor quería llegar hasta donde estaba Hugo, pero un grito que le heló la sangre la hizo volver corriendo hacia el campamento. Se detuvo junto a un carro y observó con descrédito. Un contingente de jinetes turcos se había abierto camino a través de la ciénaga y entraba por la parte más alejada del campamento. Por todas partes, los soldados y arqueros trataban de contenerlos, pero los turcos avanzaban como avispones hambrientos, disparando flechas antes de desenvainar sus alfanjes y lanzar mandobles a diestro y siniestro. Mujeres, niños y sacerdotes caían abatidos con enormes cortes en sus cuerpos. Los turcos comenzaron a desmontar en grupos de dos o tres, atrapando a las mujeres que trataban de huir, desnudándolas y lanzándolas al suelo. Leonor se sentía como si se hubiera convertido en piedra, como si no quedase vida en sus piernas. Se sentía aprisionada por lo que veía, como si fuera un sueño, una pesadilla que debía soportar. Se formó una línea de soldados a pie para proteger el resto del campamento, pero tras estos se reproducían escenas del mismo infierno. Un sacerdote vestido aún de blanco que corría por su vida, recibió un certero corte en el cuello que le rebanó la cabeza. Un monje retrocedía tambaleándose frente al jinete que le perseguía, este se detuvo y se inclinó ligeramente hacia un lado para cortar le limpiamente la cabeza con su espada. Un soldado permanecía en pie, tratando de arrancarse un dardo de saeta que se había clavado profundamente en su pecho. Un turco se levantaba tras violar a una mujer y le hundía la daga desde la entrepierna

hasta el cuello. Otros saqueaban una tienda, saliendo de ella con jarras, vasijas y lo que parecía ser un racimo de cabezas cortadas.

La línea de soldados francos a pie, entre Leonor y los turcos, avanzó. Por detrás, los arqueros disparaban flechas, que herían igualmente a amigos y enemigos. Más gritos. La línea de los francos avanzó con más rapidez cuando un grupo de jinetes encabezados por Bohemundo cargó contra el campamento, atacando a los turcos atrapados entre las tiendas y los carros. Leonor sentía cómo fluía la tensión, aunque su estómago palpitaba y unos espasmos de dolor le recorrían las piernas y la espalda. No podía abrir la boca. Los caballeros francos despedazaban ahora a los jinetes de blanco entre crecientes gritos de «¡Toulouse, Toulouse! ¡*Deus vult!* ¡*Deus vult!*». ¡Teodoro lo había conseguido! El resto del ejército franco desembocó en el campo de batalla, atacando los flancos turcos, mientras la compañía de Ademar, armada con mazos para despedazar huesos, en vez de espadas para cortar miembros, embistió a los turcos desde la retaguardia. Se oían voces roncadas que gritaban las últimas noticias, Bohemundo estaba impulsando su línea hacia delante; la batalla había concluido.

Leonor se unió a Imogenia tras el carro, para beber agua mezclada con vino y mascar algo de pan duro antes de salir a ayudar a los heridos, consolar a los supervivientes y retirar a los muertos. Esa misma tarde se aproximó un grupo de caballos francos. Sus jinetes portaban sus macabros trofeos de la gran victoria en el extremo de sus lanzas, o atadas por los cabellos a sus sillas de montar. Traían espléndidas noticias: ¡la cercana derrota se había convertido en una gran victoria! Ángeles ataviados con brillantes armaduras habían estado luchando de lado del Ejército de Dios. Los turcos habían huido en desbandada, su campamento invadido y saqueado. Los jinetes trajeron órdenes: el resto del ejército debía ponerse en movimiento para ocupar el campamento turco. Jubilosos, entonando himnos, el ejército al completo peinó completamente el valle para hacerse con «las tiendas y las posesiones de sus enemigos», como proclamaba Pedro Bartolomé.

Esa noche se celebró un gran banquete entre cientos de antorchas y hogueras que alumbraban la oscuridad. Se asó carne fresca en parrillas improvisadas. Resonó en las colinas de alrededor el eco de canciones, himnos y gritos de borrachos. «¡*Deus vult!* ¡*Deus vult!*», se escuchaba una y otra vez. El Ejército de Dios se regocijaba bajo el aterciopelado cielo azul oscuro, las estrellas brillaban como angelicales figuras que les observaban. El jolgorio se vio interrumpido por el débil sonido de llantos y lamentos. Leonor había visto a los muertos apilados en hileras. Hombres, mujeres y niños, madres y sacerdotes, además de guerreros como el hermano de Tancredo: una larga fila de cuerpos manchados de sangre. Se extendieron las historias sobre las violaciones y los asesinatos perpetrados por los turcos en el campamento. La Pobre Hermandad del Templo había perdido a varios de sus efectivos: Ricardo el Molinero, Osberto y Ana, Matilda de Aix con cuatro de sus hijos, Guillermo el Cervejero, su mujer y tres hijos, todos envueltos en desaliñadas mortajas. Multitud de tumbas fueron excavadas en el polvoriento suelo. Los cadáveres, con una pequeña cruz de

madera sobre el pecho, fueron entrando en la tierra, encomendándose sus almas a Dios con la jubilosa esperanza de la resurrección final. Los parientes de los fallecidos recibieron recompensas especiales en la distribución del botín. Se expusieron los tesoros apilados, hileras de caballos y montones de armas. Cofres y arcas colmados de finas vajillas, copas de marfil, ónix y jaspe, cálices de oro, brillantes armaduras, vestidos bordados con pedrerías, elaborados arreos de cuero rojo como la sangre, capas, túnicas, zapatos y cinturones, medallones y monedas de una calidad como jamás habían visto en sus vidas.

Mientras la oscuridad se extendía y las celebraciones elevaban su eco a los cielos, la Pobre Hermandad permanecía acampada alrededor de su fuego. Estaban llenos de júbilo y exultantes. Alberico y Norberto habían recibido heridas leves antes de escapar de la masacre, al igual que Hugo y Geofredo, aunque ambos perdieron a sus monturas, atravesadas por flechas enemigas. El objeto de todas las conversaciones era la ferocidad de los turcos.

—El conde Raimundo —declaró Hugo mientras masticaba un trozo de carne ennegrecida— dice que la guerra está cambiando. *Bellum in extremis*, guerra hasta el fin.

—Es la única guerra que existe —replicó Norberto—. Como he dicho, ninguna guerra puede ser justa, ninguna guerra puede ser santa.

Leonor, medio dormida sobre los restos de una copa de vino hecha añicos, trataba de liberar su alma de las horripilantes imágenes del día. Beltrán estaba de acuerdo con Hugo en que se debía mostrar o esperar poca piedad. Teodoro, exhausto tras su furiosa cabalgada en busca de ayuda, sonreía a Leonor entre el resplandor luminoso del fuego.

—¡Nuestra causa es justa!

Leonor se sobresaltó ante la voz penetrante de Pedro Bartolomé.

—Satán se mueve —continuó el profeta—. Satán cabalga como un gran señor. Debemos armarnos contra él, tomar las armas de la salvación.

Hugo miró a Leonor a los ojos e inclinó la cabeza, indicándole que debían retirarse. Pedro Bartolomé continuó con sus vaticinios mientras ambos se desplazaban a una zona amparada por la sombra. Hugo cogió sus manos.

—Leonor, el conde Raimundo nos ha pedido que nos unamos a Bohemundo, para que pueda vigilar.

—¿A quién? ¿Al propio Bohemundo?

—No —respondió acercándose aún más—. Geofredo también está al corriente de esto. ¿Recuerdas en Radosto que los griegos atacaron en cuanto se fue el conde Raimundo?, ¿que parecía que conocían nuestros movimientos?, ¿que se desplegaron con tanta rapidez?

Leonor asintió con la cabeza.

—Bien —dijo encogiéndose de hombros—, esta mañana, Kilij Arslan se enteró enseguida de que Bohemundo se había separado del resto del ejército —suspiró

profundamente—. Leonor, podemos albergar a un traidor entre nuestras filas. El conde Raimundo ve ahora un enemigo acechando detrás de cada arbusto; quizá se encuentre entre la Pobre Hermandad del Templo.

—¿Por qué nosotros? —replicó encendidamente Leonor—. ¿Por qué no la Compañía de los Vagabundos? Ellos provocaron a los griegos en Radosto.

—Sí —replicó—, pero la Pobre Hermandad fue la primera en saber que Raimundo partía hacia Constantinopla. Los demás lo supieron mucho más tarde, mientras los griegos se preparaban, buscando algún motivo...

—¿Y?

—Sabemos que los turcos tienen espías en nuestro campamento —continuó Hugo—, al igual que nosotros en el suyo. El conde Raimundo recibió un mensaje anónimo, en el que le advertían de que debería volverse hacia la Pobre Hermandad del Templo si buscaba algún traidor.

—¡Eso es una mentira! —respondió Leonor—. Alguien que pretende crear problemas.

—El conde Raimundo confía en nosotros —replicó Hugo—, en mí, en ti, en Geofredo y los demás, pero como él mismo dijo, Alberico, Norberto y Teodoro han viajado por las tierras de Dios, ¿para quién trabajan realmente? ¿Estamos escondiendo a un traidor, hermana?

Leonor reflexionó acerca de la pregunta de Hugo, sentada en aquel pabellón arrebatado a los turcos, observando el vuelo de las moscas alrededor del haz de luz que penetraba a través de una raja en la lona del techo.

—¿Señora-hermana? —Simeón el escriba miraba a su alrededor. El pabellón se encontraba ahora vacío. Imogenia se había ido diciendo que quería compartir una copa de vino con la hermandad—. Señora, ¿un espía?

—Ya sabes, Simeón... —dijo Leonor sonriendo— confío en ti, mientras que tú tan solo puedes confiar en mí —dijo tocándole la punta de la nariz—. Además, no estabas en Radosto.

Leonor miró a su alrededor. Echaba de menos su antigua tienda, pobre y desaliñada. Esta le recordaba la sangrienta y terrible masacre que había presenciado. El ejército planeaba partir hacia Antioquía en tres días. Le gustaría abandonar este lugar. Había demasiados demonios, malvados y salpicados de sangre, acechando a su alrededor.

SEXTA PARTE



Antioquía: festividad de san Godrico,
21 de mayo de 1098

Vexilla Regis prodeunt.

Venantius Fortunatus, «Himno en honor de la cruz».

—¡Oh llave de David! ¡Oh, Raíz de Jesé! ¡Oh, lucero de la mañana!

Leonor de Payens se estremecía mientras Norberto y Alberico entonaban las antífonas de la «Oh» del Advenimiento. Fuera de la tienda de Hugo, el aire era frío y oscuro. Dentro, un exiguo fuego y dos malolientes candiles proporcionaban una tenue luz y algo de calidez contra el hedor y el frío gélido. El año del hierro y la sangre, 1097, se acercaba a su final. Cuando abandonó Dorileo, el Ejército de Dios pensaba que pronto celebrarían una gran fiesta en el establo real de Belén, entre sus estandartes de guerra, desplegados sobre las murallas de Jerusalén. Sin embargo, tuvieron que marchar penosamente por las llanuras del infierno, y se encontraron con Antioquía, una ciudad de hierro y acero, una enorme y peligrosa roca que les bloqueaba el paso. ¡Antioquía! El Ejército de Dios no se atrevía a rodearla, pues la ciudad controlaba el norte de Siria. Podrían romper sus líneas y cortar cualquier intento de ayuda del Emperador y del oeste.

«¿Pero qué ayuda?», se preguntaba Leonor con la mirada perdida en sus uñas roídas.

Trató de dominar el sentimiento de autocompasión y desvió la vista hacia el interior de la tienda. Cuando abandonaron Constantinopla eran una fuerza de setenta mil hombres; ahora no llegaban a los cincuenta mil. Una larga hilera de cruces funerales y montículos funerarios se extendía por Asia. Un ejército de fantasmas marchaba junto a ellos. Cerró levemente los ojos y dio gracias de que, al menos, sus seres queridos habían conseguido sobrevivir. Hugo y Geofredo, Alberico y Norberto, Teodoro, Beltrán e Imogenia; aunque ahora, todos ellos se habían convertido en gente gris: pelo cano, tez grisácea, alma gris, llevando una gris existencia bajo esa siniestra lóbreguez del año anterior a la perturbadora masa de Antioquía. De nuevo, Leonor trató de examinarse a sí misma. Atrás quedaban esas otras formas grises, abandonadas en calzadas y caminos polvorientos. Los leones, que habían olfateado el hedor de la carne putrefacta, se iban acercando. Los osos abandonaban sus guaridas, y los perros, los tugurios en que vivían, para unirse al festín. Multitud de sucias bestias se unieron también a ellos, acompañadas de cualquier criatura que pudiese olfatear carne corrupta desde la lejanía. Los buitres, una multitud de ellos que ensombrecían el cielo, se convirtieron en sus compañeros constantes. Estas inmundas aves llenaron tanto sus tripas que estaban demasiado pesadas para levantar el vuelo. Las ramas de los árboles se manchaban con los restos de vísceras de sus plumas, mientras pequeños trozos de carne pútrida y gotas de sangre caían sobre la columna en marcha. ¿Estarían malditos? Leonor recordaba haber pasado junto a un cementerio destruido. Se olvidó en qué aldea, de qué provincia, todos le parecían iguales ahora, ¡pero desde luego que lo recordaba! Una hechicera, una vieja bruja, se arrastraba entre los restos del cementerio; estaba esquelética y escuálida y su cabello estaba sucio y completamente enmarañado. Bailaba en lo alto de una tumba, gritando maldiciones con voz aguda, hasta que un arquero anónimo disparó una flecha que le atravesó la garganta. La dejaron allí, tumbada entre un charco de sangre. A nadie le

importaba, ¿pero habían matado realmente a una bruja?

—¿Leonor? ¿Leonor?

Elevó la mirada. Hugo la observaba con ojos rojizos. Asintió con la cabeza y se puso en pie. Su hermano le cogió de las manos.

¡Leonor, tienes buen aspecto!

—Hermano —bromeó—, no tanto como tú.

—¡Este asedio debe evitarse!

—¿Cómo? —replicó—. ¿Nos saldrán alas para salir volando?

Hugo liberó sus manos, murmuró algo acerca de Bohemundo y se alejó. Leonor cerró los ojos y susurró una rápida oración. Había sido demasiado dura con él. Todos tenían hambre y frío y estaban exhaustos. Durante unos instantes pensó en otras navidades, en su casa solariega en Compiègne: el crujir de la leña, el dulce olor de la carne fresca, las copas repletas de vino.

—¡Debo acabar con esto!

—¿Acabar con qué, señora-hermana?

Leonor abrió los ojos. Simeón el escriba la miraba fijamente.

—Tengo que comer algo de carne —respondió.

—¿No será carne humana? —bromeó—. Señora, deberíamos retirarnos.

Siguió a Simeón al exterior de la tienda y a través del silencioso y frío campamento. Las pequeñas hogueras para preparar la comida salpicaban el terreno. Hombres, mujeres y niños formaban grupos, en busca de calor y algo de comida. Los estandartes, sucios y harapientos, ondeaban sobre sus mástiles. Leonor desvió la mirada. La visión de sus compañeros acentuaba su depresión, ennegreciendo aún más su alma. Cuando alcanzó su propia tienda, preguntó dónde estaba Imogenia.

Simeón se encogió de hombros.

—¡Donde siempre! Beltrán sabe donde está la comida. Así que, donde estén Beltrán y la comida, allá le seguirá siempre Imogenia.

Leonor se sentó sobre los cojines. Simeón cortó un poco de su carne asada en pequeñas porciones, depositó algunas sobre un trozo de pergamino y se la ofreció.

—Comed, señora, y mirad —abrió su jubón de cuero, arrebatado a un soldado muerto, y extrajo un pequeño pellejo de vino. Durante un rato permanecieron sentados, compartiendo los alimentos. Simeón se encargó de encender una pequeña hoguera, reuniendo varios palos y algunos desperdicios. El humo apestaba, pero las débiles llamas les proporcionaron algo de calor.

—Señora, ¿por qué no volvemos a la crónica? Será mejor que quedarse aquí sentados, mirando al fuego. Muchas almas se han perdido mirando al fuego...

Leonor asintió, sintiéndose mejor tras la ingesta de carne y vino, aunque el estómago comenzaba a dolerle.

—Será lo mejor —susurró—. Sí, será lo mejor...

Se acomodaron lo mejor posible. Simeón —reflexionaba Leonor— se ha vuelto bastante útil. De nuevo maldijo su dureza. Simeón era un amigo. Le había contado

cosas de su vida. Que había perdido a una esposa, presa de la fiebre, y que su segunda esposa y su hijo habían sido capturados por los bandidos turcos.

—Dios sabe dónde estarán ahora, señora —comentaba—. Quizá algún día...

Se dio cuenta de que Simeón también soportaba su propia carga de penas, su lastre de sufrimiento. El escriba se había vuelto un experto en hurtar comida, incluso algunos productos de lujo. Había respondido a su protección con una profunda lealtad. También la había persuadido para que hablara, para que describiese todo lo que habían pasado, insistiéndole para que continuase escribiendo sus memorias.

—Otros lo están haciendo —puntualizó—. Esteban de Blois escribe misivas detalladas a su esposa.

Los estragos de la marcha y este largo y penoso asedio habían socavado el entusiasmo de Leonor por la reflexión, por sus memorias. Simeón intentaba animarla, trasladándole noticias, escándalos, rumores y habladurías. Recordó la advertencia de Hugo acerca de un traidor, un espía; pero como había apuntado Simeón, los turcos tenían una legión de espías dispersados por el campamento. Estarían muy ocupados, recopilando una información sobre el penoso estado de los francos que traería el júbilo a Antioquía. Se extendían también terribles rumores. Se hablaba de que se estaba reuniendo un poderoso ejército en Egipto, con el objeto de empujar al Ejército de Dios contra las murallas de Antioquía y destrozarlo por completo. Lo que era más importante, las observaciones de Simeón sobre la religión comenzaban a tener influencia en la actitud de Leonor, aunque no en su fe. Aún creía en el poder de la misa, de la eucaristía y de la oración, y en la necesidad de confesar los pecados. Sin embargo, durante el viaje había comenzado a cuestionarse la realidad del Ejército de Dios y la gran visión de Urbano. *¡Deus vult!* ¿Quería esto Dios realmente? Se preguntaba. ¿Muerte, crueldad, violación y rapiña? ¿La bárbara codicia de sus líderes, que luchaban constantemente entre ellos, disputándose el derecho sobre los pueblos y ciudades que se iban conquistando?

—Señora —intervino Simeón—. Dorileo, hemos abandonado Dorileo, ¿recordáis? El verano estaba en su cénit...

Emprendieron la marcha entonando el *Veni Creator Spiritus*, lo cual era bastante apropiado, reflexionó Leonor, pues necesitarían toda la ayuda que Dios pudiera prestarles. Los cabecillas habían decidido mantener unido al Ejército de Dios, aunque esto intensificase aún más la búsqueda diaria de comida y agua. El sabor de la victoria pronto se tornó amargo, al intuir la recuperación del ejército turco, que había ya arrasado la comarca a fuego y espada. El único consuelo fue que no se encontraron con oposición alguna. Los francos habían reabastecido sus armerías con lanzas, hachas, cuchillos y mazas; todo ello, junto con los grandes escudos ovalados, se arrojó al fondo de los carros, donde mujeres y niños, ahora en silencio, contemplaban apenados la sucesión de villas arrasadas y de campos de trigo, cebada y mijo quemados. El hambre y la sed pronto hicieron presa en el Ejército de Dios. Los buitres entraron de nuevo en acción, con sus blancas cabezas manchadas de sangre.

Seguían de cerca al ejército, como una hueste de demonios. Sobre ellos planeaban halcones, milanos, águilas y cuervos, que también acudían al festín de carne. Los pozos y cisternas se habían contaminado deliberadamente. Leonor se acercó a uno, se inclinó sobre el maltrecho muro de su base y contempló horrorizada la cabeza cortada de un camello, flotando entre una mancha viscosa, con las encías descarnadas y el pelo gris infestado de moscas. Otros horrores les afectaron de igual forma. Hordas de moscas y reptiles, que surgían de las ondulantes colinas amarillas y las depresiones polvorientas que hallaban a cada lado del camino. Libélulas negras y rojas, avispones amarillos y negros y extrañas lagartijas, que cambiaban continuamente de un tono gris a otro rojizo, como si algún misterioso fuego ardiera en sus entrañas. Tales criaturas eran sus constantes compañeras de viaje, junto a miríadas de grandes moscas negras, que se arremolinaban en sus bocas, narices y oídos, y se introducían en las ropas para torturar sus cuerpos empapados de sudor. Ante ellos se extendía un paisaje yermo. Los agricultores y granjeros se habían retirado. Solo podían divisarse algunas patrullas en la lejanía de hombres barbudos vestidos con malolientes pieles de cabra, cabalgando sobre desaliñados ponis de montaña y armados con largas lanzas con penachos. Nadie podía distinguir si eran turcos o simples habitantes locales, pues se dispersaban como codornices bajo la silueta de un halcón en cuanto los caballeros cabalgaban en su busca.

El ejército cruzaba áridas extensiones de matorral, donde el tamarisco y la acacia brotaban de las masas de piedra, erosionadas por el viento y la lluvia. Una pesadilla de precipicios y oscuros valles, tan calurosos e inhóspitos, que Simeón afirmó que estaban atravesando los labios del infierno. Leonor estaba de acuerdo. A veces se protegían del calor nocturno en cuevas, pero incluso allí habitaba el peligro: unos lagartos de colores azul y verde salían de entre las oquedades de la piedra, y eran tan peligrosos como las temidas víboras cornudas, decoradas con macabros colores, que atacaban rápida y furiosamente a los incautos. Negros escorpiones y escurridizas arañas, tan grandes como una mano humana, tan solo acrecentaban sus temores.

Leonor meditaba acerca de la descripción de Simeón: si el día era un labio de las fauces del infierno, la noche era definitivamente el otro. Montaron sus tiendas como mejor pudieron y se reunieron sobre débiles fuegos avivados por excrementos secos, madera carcomida y cualquier arbusto que pudieran encontrar. ¡La oscuridad era un auténtico período de terror! Leonor jamás entendió cómo ese lugar desierto podía esconder a tantas criaturas. Los chacales aullaban ante el olor de la carne fresca de sus inquietos caballos y burros. Las luciérnagas centelleaban en la oscuridad. Las polillas blancas revoloteaban alrededor de las hogueras, mientras los exhaustos peregrinos ahuyentaban a gritos a los murciélagos, con sus rostros mitad gato, mitad mono, canturreando y siseando en busca de las legiones de insectos. Los búhos, de grandes y fieros ojos, se unían a los demás predadores: chacales, serpientes, grandes ratas, además de algún linco que se colaba ocasionalmente en el campamento en busca de perros, pájaros, mascotas y, en una ocasión, de una niña que dormía en su

improvisada cuna. Leonor pronto experimentó en su persona los peligros de abandonar el campo. Una noche, alarmada por extraños sonidos, se aventuró más allá de la línea de carros. Escuchó un suave gruñido y, al volverse hacia su izquierda, vio lo que parecían dos bolas de fuego verde que la miraban. Una silueta oscura emergió entre las tinieblas, una cabeza gacha, con una boca sonriente que mostraba agudos colmillos y unos flecos de espuma burbujeante que manaban de su curvado labio superior. Leonor gritó y la hiena rayada desapareció rápidamente en la negrura.

El efecto de tales penurias sobre el Ejército de Dios se hizo pronto evidente entre el calor sofocante. El hambre se había generalizado. Se recolectaban hojas, cortezas, flores y bayas, y se comían con avidez. Algunas eran venenosas, y más cadáveres y tumbas siguieron salpicando su ruta. Caballos, burros y perros morían por decenas. Los animales de carga se convirtieron en una rareza y las cabras, ovejas, vacas e, incluso perros se usaron para transportar la carga, hasta que su piel quedó seca y ajada. Los caballeros cabalgaban sobre bueyes, o caminaban pesadamente tras los carros. Del mismo modo, el agua se convirtió en un bien preciado: los pozos, abrevaderos y manantiales que no habían podido corromper los turcos se convirtieron pronto en ciénagas embarradas. La gente abandonaba la columna para desenterrar raíces, en busca de algo de humedad. Rezaban por que lloviera, aunque las violentas tormentas repentinas solo traían nuevas dificultades. Simeón les enseñó a construir pantallas con pértigas, entretejidas con hojas de palmera, chumbera y acacia; estas se estropeaban con frecuencia, pero podían ser reparadas rápidamente con piel de cabra. Las abruptas y procelosas tormentas de arena se convirtieron en su pesadilla, especialmente por la noche, cuando las densas nubes se revolvían ocultando las estrellas, envolviéndoles en una oscuridad impenetrable. El resplandor amarillento de los rayos silenciaba los gruñidos, aullidos y sonidos roncós de los moradores de la noche. El aire se hacía pesado y cálido. La arena en suspensión les acribillaba, y todo lo que podían hacer era refugiarse y rezar para que aquello pasara pronto. Se abrían agujeros irregulares entre las nubes, y volvían a cerrarse; entonces, la lluvia comenzaba a caer con fuerza, ríos de agua helada que convertían la tierra en un viscoso lodazal amarillo que lo envolvía todo. La noche pasaba. La tormenta se disipaba y daba paso a un inclemente sol, que quebraba las rocas y abrasaba la tierra. Al mediodía volvía el polvo, que cegaba los ojos, secaba la boca y bloqueaba la nariz.

Algunos peregrinos simplemente desaparecieron; otros decidieron volverse. Incluso sus cabecillas comenzaron a titubear. Tancredo de Hauteville y Balduino de Bolonia decidieron tomar una ruta diferente, a través de las montañas de Cilicia. Alcanzaron Tarsus, batieron en retirada a la guarnición turca y, después, lucharon entre ellos por el control de la ciudad. Tancredo, furioso, tuvo que retirarse y volver con el ejército principal. Balduino le siguió, pues su mujer agonizaba; sin embargo, a la muerte de esta, marchó con un grupo de caballeros hacia Edessa, en la tierra de los armenios. Aquí se convirtió en el hijo adoptado de Tholos, el soberano de la ciudad. Más traicionero que nunca, Balduino conspiró contra él, junto a algunos hombres

influyentes de la ciudad, y Tholos terminó literalmente arrojado a los perros.

Pedro Bartolomé, autoproclamado profeta, entró ahora en escena. Durante la mayor parte del camino había permanecido en silencio, aparte de algún exabrupto ocasional. Mientras se sufrían los horrores de la marcha desde Dorileo, él parecía sobrevivir únicamente a base de agua salobre, y comenzó a predicar y a proclamar sus visiones. Contaba que, en la negrura de la noche, tenía sueños en los que las trompetas del Apocalipsis le citaban para que fuese testigo de lo que iba a ocurrir, que el fuego caería desde los cielos para destruir al impío, aunque este fuego era solo el presagio de mayores calamidades. Los rayos y centellas le trajeron nuevas visiones. Se sucederían las plagas sobre el tintineo de címbalos. Tierra, aire, agua y fuego se contaminarían con los horrores que Dios pretendía liberar sobre el mundo. El Ángel de la Ira planearía sobre las ciudades en ruinas, mientras un demonio denominado Carcoma acechaba en las sombras, dispuesto a atacar. Muy pocos le entendían; a menos, incluso, le importaba. Sin embargo, después de la misa de la mañana, o en la tarde, cuando se recitaba el Ave María, Pedro subía a algún carro y predicaba acerca del caballo pálido, montado por la Muerte, que cabalgaba por su flanco derecho, mientras que los caballos negros que llevaban a la Hambruna y al Apetito cabalgaban por la izquierda. Desde luego, los curiosos preguntaban si Dios les castigaba a ellos, en vez de a los turcos. Pedro solía parpadear, se quedaba con la mirada perdida, e inmediatamente narraba otra visión que acababa de recibir.

Leonor se preguntaba si Pedro había perdido realmente la consciencia. Beltrán e Imogenia insistían en que deberían prohibirle predicar y mantenerlo bajo custodia, pero Hugo pensaba diferente. De vez en cuando, se llevaba a Pedro hacia las sombras y permanecían allí sentados, lejos del fuego del campamento y hablando tranquilamente. En una ocasión, Leonor le preguntó a Hugo acerca del objeto de sus conversaciones. Hugo le respondió con una sonrisa sesgada, sin mirarla directamente a los ojos. En realidad, los hermanos hablaban raramente durante la marcha. Hugo solía emplearse en alguna tarea encomendada por el conde Raimundo, y los compañeros más asiduos de Leonor eran Beltrán o, más aún, Teodoro. En esa ocasión, cuando le preguntó acerca de Pedro, Hugo se mordió el labio y se disponía a retirarse, pero Leonor le cogió por la manga de su camisa.

—Hugo, ya nos enfrentamos con suficientes horrores sin los pregones de Pedro. ¿Por qué lo permites?

—Es muy simple, hermana —dijo acercándose a ella—. Pedro nos recuerda que esto es una misión de Dios. Es cierto, nos denominamos el Ejército de Dios; pero la verdad, Leonor, es que no lo somos. Tenemos las manos manchadas de sangre. Somos tan despiadados y crueles como nuestros enemigos. Sin embargo, Dios nos utiliza para sus propósitos secretos. Alcanzaremos Jerusalén. Descubriremos los secretos que allí se esconden. Pedro es importante en esta causa. Si su voz resuena como los ecos de una trompeta, debo decir que se trata de la trompeta de Dios, que nos recuerda por qué estamos aquí.

Teodoro pensaba de otra forma, y se aproximó a Leonor para transmitirle la intención de hablar tranquilamente con Pedro, para tratar de calmarle. Leonor repitió las palabras de Hugo. Teodoro sacudió la cabeza.

—Hermana —replicó—, los peregrinos pensaron que iban a marchar a través de Asia hasta Siria, para tomar Jerusalén. Hemos perdido alrededor de veinte mil almas por el hambre, la sed, la deserción, la guerra y la extenuación. Si no tenemos cuidado, el Ejército de Dios pensará que ha caído sobre él una maldición, ¿y entonces, qué?

Leonor cayó en la cuenta de que Hugo y Teodoro estaban en lo cierto: caminaban sobre un estrecho puente. El Ejército de Dios debe ser virtuoso, pero si pierde la esperanza, ¿qué futuro le queda?, ¿qué visión existiría? Hugo también sentía lo mismo, e hizo todo lo que pudo por su propia compañía. Reuniría a la Pobre Hermandad del Templo para dirigir el breviario, o la primera oración de la tarde; o, simplemente, permanecería sobre un carro, recitando su Avemaría, e invitando a los demás a que se unieran a él.

El Ejército de Dios continuó su marcha, comenzando a subir las montañas que conducían hasta las mesetas de Siria y la ciudad de Antioquía. Como Pedro había proclamado de manera tan elocuente: su ascensión se asemejaba más a un descenso hacia un cruel infierno de tortuosos caminos de pizarra, flanqueados por densos y oscuros bosques, sobre salientes que cedían traicioneramente bajo los pies, especialmente con las lluvias del otoño. No es de extrañar que Hugo y Geofredo las denominaran «las Montañas del Demonio», o «las Montañas del Infierno». De vez en cuando encontraban algún respiro en alguna de las dispersas aldeas de piedra, con sus iglesias rematadas con bóvedas marrones y casitas de adobe de techos planos, y pequeños corrales de vacas y cabras, en la parte trasera. Al menos, sus habitantes no habían huido. Unos hombres rechonchos de rostro cetrino, ataviados con antiguas corazas, que apestaban a ganado, leche seca y estiércol, les salieron al paso para darles la bienvenida. Portaban cruces y les ofrecieron vino y pan duro, mientras explicaban que eran cristianos armenios, hostiles a los turcos. Cuando Leonor, Hugo y otros líderes de la Pobre Hermandad se reunieron con ellos en las entradas de sus iglesias circulares, descubrieron que los armenios eran igualmente recelosos de los francos. En realidad, ofrecieron poca ayuda y robaron cuanto pudieron. También revelaron información falsa, asegurándoles que Antioquía era una ciudad abierta, de donde los turcos se disponían a huir. El conde Raimundo, que se recuperaba de una dolencia que casi le arrebatara la vida, decidió creerles, e inmediatamente envió una avanzadilla de quinientos caballeros, pero la noticia resultó ser falsa. Los armenios se mantenían firmes en una cuestión: el camino que tenían por delante era inhóspito y traicionero. Y así demostró ser.

El Ejército de Dios ascendió a través de un paisaje de profundos precipicios, estrechos desfiladeros, senderos sinuosos, aire gélido, vientos lacerantes y niebla tan densa como el vapor de un caldero en ebullición. Hombres, caballos y mulas perdían pie, o estaban demasiado cansados para ser precavidos, y resbalaban hacia la

oscuridad del fondo de los precipicios. Muchos caballeros consideraron sus armaduras y arreos una gran carga, y las ofrecieron en venta por unas monedas; al no encontrar compradores, tiraron su pesada carga al abismo. Las noches eran largas y frías. A veces era imposible encender hogueras, al encontrarse en cornisas y salientes que colgaban sobre inquietantes acantilados. El obispo Ademar mantenía el ánimo insistiéndoles para que entonasen el Avemaría, mientras Hugo continuaba liderando a la Pobre Hermandad en sus propias actividades religiosas. A Leonor le resultaba difícil reflexionar. Solo conseguía concentrarse en el transcurrir de cada día, recorriendo pesadamente ese sombrío y horrible lugar, escuchando a Simeón susurrar que pronto abandonarían las montañas del infierno. Finalmente, así ocurrió. Una mañana coronaron las cimas y comenzaron su descenso hacia los verdes valles, atravesando prados y campos en los que la cebada, el trigo y el mijo se habían cosechado recientemente. Simeón señaló algunos árboles: sicomoro y roble, laurel, terebinto y palmera. Se dieron un festín con el suave fruto de olivos de recios troncos, corteza verde brillante y hojas lanceadas. Recolectaron la fruta de higueras, almendros, manzanos, damascos y perales. Se maravillaron ante los morados granados y cosecharon algarrobos por sus usos medicinales, mientras miraban con avidez a las ovejas que recorrían los pastos y a las gacelas de hocico negro que se cruzaban ocasionalmente en su camino.

Leonor se sentía como si hubiera vuelto a nacer, mientras Simeón le describía la gran variedad de pájaros: alcaudones, jilgueros de pecho rosado, grullas y cigüeñas blancas. Saciaron su sed en pozas donde cantaban las currucas de río, mientras, en los bordes cubiertos de hierba, los grillos y los saltamontes cantaban su himno monótono al sol. La comida y otras necesidades se vieron cubiertas, ya fuera por medio de trueques o robados. No aparecieron soldados turcos; las noticias de la derrota en Dorileo se habían esparcido con el viento. Las únicas amenazas eran las guarniciones refugiadas en algunas fortalezas diseminadas por las cumbres que salpicaban el paisaje. Según informaban las patrullas, el camino hacia Antioquía estaba despejado. La Pobre Hermandad se relajó, al igual que el resto del Ejército de Dios. Acamparon en los prados y disfrutaron del sol, llenando sus tripas y, como declaró Pedro Bartolomeo, sacudiéndose el polvo de las Montañas del Demonio. Se hizo un censo. Los heridos se trasladaron para ser atendidos por sanitarios y sacerdotes. Los animales se dejaron sueltos para que paciesen libremente. Los ropajes se zurcieron y lavaron, y se dejaron secar al sol. Las armaduras se lavaron con arena, las armas se afilaron; se repararon arreos, carros, cestas y alforjas. Leonor se bañó, lavó y reparó lo que pudo y aprovechó cada momento libre para dormir. El viaje desde Constantinopla la había cambiado. Ahora estaba menos segura de todo; más preocupada por los que le rodeaban que por llegar a Jerusalén. Esto lo atribuía al cansancio extremo, aunque había algo más. Era como si todas sus antiguas certezas se hubieran convulsionado. Esta quieta reflexión pronto llegó a su fin. Leonor comenzó a alarmarse ante los turbadores rumores acerca de Antioquía. Decían que la ciudad

estaba fuertemente fortificada, que era tan inexpugnable que sus habitantes aseguraban que solo podría doblegarse por medio de la traición, la sorpresa o el hambre.

—Lo último está fuera de toda consideración —anunció Hugo, en una de sus reuniones. Permanecían sentados bajo las enormes ramas de un viejo roble, compartiendo un pellejo de vino y una fuente repleta de fruta. Se deleitaban con el calor del sol de otoño, embelesados por el suave aroma de las huertas cercanas mezclado con la fragancia de las flores silvestres.

—No tenemos armas de asedio —replicó Hugo—, y nos llevaría semanas recoger madera, preparar tablas y construir ingenios de guerra. Hemos perdido a ingenieros y mamposteros. El emperador Alejo está a más de cien kilómetros de aquí, incapaz de ayudarnos. Dejadme que os explique —chasqueó los dedos. Simeón le acercó un rollo de pergamino y lo desplegó. Todos se acercaron para estudiar este plano de Antioquía, de finísimo trazado.

—La primera línea de defensa —explicó Hugo— es el río Orontes, que atraviesa la llanura de Antioquía. Tras él, se levanta la gran muralla de la ciudad hasta unos diez metros de altura. Esta muralla es tan ancha que si una de nuestras grandes carretas tratara de cruzarla, podría ser rodeada por jinetes a ambos lados —Hugo acalló el murmullo que comenzó a elevarse—. Recorre unos tres kilómetros a lo largo del Orontes; seguidamente, se eleva para envolver a la ciudad, albergando tres colinas en su interior. En el mayor de estos promontorios hay una ciudadela desde donde se domina todo. Cuando partamos hacia allí abandonaremos las estribaciones y ocuparemos la llanura del norte. A través de ella podremos divisar el río, un estrecho de tierra, el gran dique y, más allá, la inmensidad de Antioquía. Tendremos que acampar enfrente de la ciudad. Los flancos y la retaguardia de Antioquía no solo están protegidos por esa muralla, sino que cuentan también con la gran altura de esas tres colinas. En los flancos y la retaguardia no hay puertas; solo pequeñas portezuelas de servicio, a las que se llega por estrechos senderos. Sería imposible acampar allí. La ascensión sería muy complicada y los guardias de la ciudadela nos descubrirían enseguida —Hugo hizo una pausa—. Pensad en la posibilidad de escalar unos acantilados como los que hemos cruzado recientemente; después, habría que escalar una muralla, y tendríamos que acampar en una zona tan estrecha que solo podrían subir unos pocos soldados cada vez.

—¿Entonces, nuestro ataque —preguntó Imogenia, llena de temor— debe venir del frente?

—Sí, y de nuevo nos encontramos con grandes dificultades —Teodoro señaló al pergamino que Simeón seguía sujetando entre sus manos—. La muralla es muy ancha. La ciudad tiene muchos jardines y huertos de frutales, y una corriente de agua fluye entre esas tres colinas a través de una compuerta que da paso a la llanura —hizo un gesto admonitorio con el dedo—. ¡Recordadlo! Antioquía posee suficiente agua y víveres para soportar un largo asedio.

Además, esa muralla es tan extensa y tan robusta que no tenemos el equipamiento de guerra necesario para destruirla o debilitarla.

—¿Y qué ocurre con las puertas? —preguntó Beltrán.

—Hay cinco en total —declaró Teodoro—, a lo largo de la gran muralla, frente a la llanura. Todas ellas están flanqueadas y protegidas por majestuosas torres cuadradas, que se elevan veinte metros del suelo. Desde estas torres, las puertas y todo el que se aproxime a ella, pueden ser defendidas fácilmente —Teodoro se detuvo, ante los lamentos de sus compañeros.

—Les hemos dado nombre a las puertas —declaró Hugo—. La que hay más al este, en dirección a Alepo, se llamará San Pablo. La segunda, orientada de este a oeste, es la puerta del Perro, que abre hacia el río. La tercera, por donde el Orontes bordea las murallas de la ciudad, es la puerta del Duque. No —Hugo se anticipó a la pregunta—, no es tan vulnerable como pensáis, y está protegida por una amplia extensión de ciénagas. Mas adelante, hay un puente que cruza el Orontes; al final de este se encuentra la puerta del Puente. La puerta más occidental, que conduce al puerto de San Simeón y al mar, es la puerta de San Jorge. Debéis saber que para atacar cualquiera de estas puertas tenemos que cruzar el Orontes. Y, como no tenemos suficientes hombres para atacar las cinco puertas a la vez, los turcos pueden salir por otra puerta que dejemos libre y atraparnos contra las murallas.

—Hugo dice la verdad —confirmó Teodoro—. No podemos asediar las cinco puertas a la vez.

—Así que los turcos pueden moverse a sus anchas —declaró Imogenia—, a través de una de esas puertas principales, o por las pequeñas puertas de servicio de las colinas, que no podemos vigilar.

—¿No podemos cruzar el Orontes?

—No —replicó Teodoro—. Los turcos nos arrojarían proyectiles, saldrían por alguna puerta y nos atraparían contra el río, o contra la muralla. Además, ese riachuelo, al igual que el Orontes, deja la tierra muy embarrada, lo cual es poco apropiado para acampar, especialmente con el invierno tan cercano. Las lluvias y la nieve harán pronto subir el caudal.

—¡Pensad! —dijo Hugo, arrancando el pergamino de las manos de Simeón—. Antioquía es como un extenso jardín al que solo se puede acceder desde el norte, mientras que sus ocupantes pueden salir por distintas vías.

—¿Para qué asediarla, entonces? —preguntó Beltrán—. ¿Por qué no nos marchamos a casa?

—Dios nos ayudará —declaró Pedro Bartolomé.

—¿Con qué? —dijo burlonamente Beltrán.

—¡Con su ayuda! —el grito de Pedro Bartolomé espantó a todos los pájaros que revoloteaban cerca de ellos—. ¡Nos ayudará! ¡Enviará a sus ángeles!

—Sinceramente, eso espero —susurró Beltrán, aunque lo suficientemente alto para que se enterasen los demás.

Leonor se dio cuenta de que el futuro asedio sería una grave crisis. Tenía un hondo sentimiento de opresión y se sorprendió acudiendo más a menudo a ver a Alberico y Norberto, para confesarse. Estos hombres de Dios, sin embargo, estaban convencidos de que el ejército terminaría siendo victorioso. Ambos instigaron la creciente urgencia de Pedro Bartolomé por describir las visiones de la noche.

El Ejército de Dios se preparó y marchó hacia Antioquía. Se lanzó una incursión, breve pero brutal, para capturar el llamado puente de Hierro, que vadeaba el Orontes hacia el noreste de la ciudad y controlaba la calzada hacia Alepo y Damasco. Se formó una terrible *mêlée*, encabezada por los francos, que construyeron testudos para tomar la fortaleza que defendía el puente. Cayó al poco tiempo, y el Ejército de Dios avanzó por las estribaciones que bajaban hacia las llanuras de Antioquía. Se desplegaron ante la ciudad la última semana de octubre, justo antes de la festividad de todos los santos. Se montó el campamento y Leonor cabalgó junto a otros comandantes de la Pobre Hermandad para observar las defensas de la ciudad. Parecían absolutamente formidables: una serie de torretas y torres que resplandecían con el verde lustre de las orquídeas. La descripción de Hugo y Teodoro era perfectamente acertada. El Orontes centelleaba bajo el sol; a su lado opuesto se encontraba una zona de tierras pantanosas, y aquella muralla, con sus enormes torres a cada lado de sus cinco puertas. Por encima de esas defensas frontales destacaba el pico de la colina más alta que, según supo Leonor, se llamaba Silpius; allí se elevaba la inexpugnable ciudadela, con una vista privilegiada de la campiña desde todas las direcciones.

El Ejército de Dios se puso en marcha inmediatamente para sitiar algunas de las puertas. Bohemundo, apoyado por Roberto de Flandes, acampó frente a la puerta de San Pablo, en el extremo más oriental de la ciudad. Raimundo de Toulouse acampó frente a la puerta del Perro, y Godofredo de Bouillon, ante la puerta del Duque. La puerta del Puente y la de San Jorge, además de la puerta de Hierro, la fuertemente fortificada puerta de servicio, a la espalda de la ciudad, se dejaron sin vigilancia; simplemente, los francos no tenían hombres suficientes para asediarlas. El Ejército de Dios observaba el imponente obstáculo que se elevaba ante ellos, mientras los turcos les devolvían la mirada tras las murallas. La discusión estalló enseguida con gran furor. ¿Qué debían hacer? Se convocó un gran consejo. Se erigió un enorme pabellón, arrebatado al enemigo, y se usaron multitud de alfombras de oración para cubrir el suelo. Godofredo de Bouillon ocupó el sillón principal, y junto a él se situó Ademar de Le Puy, ataviado con sus túnicas episcopales. Se dispusieron banquetas especiales para el resto: Hugo de París; Bohemundo, el gigante rubio; Roberto de Flandes, mesándose la barba pensativamente; Roberto «bombachos cortos», duque de Normandía, más enrojecido que nunca, sujetando con una mano su cinturón de guerra y con la otra una copa de vino. Junto a ellos se sentaba su consejero griego, Tacticio, con su brillante nariz de metal brillando a la luz del sol. El conde Raimundo, pálido y empapado de sudor tras recuperarse de su maligno contagio, abrió la sesión. Tras él,

Hugo y Leonor ocupaban lugares destacados, para ser testigos de todo lo que allí ocurriese. Al final, nada ocurrió en realidad. El conde Raimundo aconsejó un asalto rápido y brutal sobre la ciudad, pero el resto declaró que deberían esperar. El círculo se rompió y cada cual se marchó a perseguir sus propios objetivos.

Un periodo extraño, como describió Leonor en sus crónicas, como si se tratara de un día sagrado durante un periodo festivo. Los turcos permanecían encerrados en Antioquía, de manera que el Ejército de Dios podía dedicarse libremente a la rapiña y el pillaje, saqueando las aldeas cercanas en busca de comida, vino, mujeres y ganado. Durante dos semanas engulleron los ricos manjares de la tierra. Todo el campamento se entregó al jolgorio y la bebida. Casi se olvidaron de Antioquía, hasta que golpearon los turcos, lanzando incursiones rápidas y salvajes. Salieron por la puerta de Hierro, en la parte posterior de la ciudad, ocuparon una zona que se elevaba sobre el campamento de Bohemundo, próxima a la puerta de San Pablo, y descargaron una pesada lluvia de flechas y otros proyectiles. Para presentar batalla al enemigo, Bohemundo respondió construyendo una torre, a la que llamó Malregard, o Mirada Furibunda, que debía proteger su posición, mientras el duque Geofredo construía un puente de barcas sobre el Orontes, para acceder a la puerta del Duque. Por su parte, Tancredo se situó en la colina que dominaba la puerta de San Jorge y aguardó el momento oportuno.

El asedio comenzó en firme. Atrás quedaron los días de libertinaje. El Ejército de Dios había saqueado viñedos, almacenes de cereales y huertas pobladas de árboles, cuyas ramas se arqueaban bajo el peso de sus frutas. Ahora, con la llegada de las primeras lluvias del invierno, el paisaje se tornaba desnudo y estéril. Los turcos distribuyeron a algunos armenios por el campamento, para que actuaran como espías, pero mantenían cautivos a sus esposas e hijos como rehenes. Si algunos de esos espías eran capturados, Bohemundo los hacía formar ante las murallas para ser decapitados. Los turcos respondían con la misma crueldad. El patriarca armenio, que se había ocultado en la ciudad, fue conducido hasta la parte superior de la muralla y colgado cabeza abajo de las almenas, desde donde le azotaban en las plantas de los pies con varas. También exhibían a los prisioneros francos antes de decapitarlos, catapultando posteriormente sus cabezas hacia el campamento. Leonor era una de las personas que se dedicaban a recoger tan macabros objetos para envolverlos en tela y dispensarles un entierro decente. Mientras hacía esto, se preguntaba acerca del grito de *¡Deus vult!* y de la voluntad de Dios. Un entierro la horrorizó particularmente; el de Adelbaro, archidiácono de Metz. Se había internado en el bosque, junto a la puerta del Puente, para jugar a los dados con una joven del campamento. Se lo habían tomado como un día de fiesta, llevándose consigo vino, frutas y pan. Una patrulla turca salió repentinamente de la ciudad e irrumpió en la huerta, capturando a todo aquel que se encontraba allí, incluyendo a Adelbaro y a su dulce acompañante. Ambos fueron conducidos a la ciudad. Justo antes de la puesta de sol, llevaron a Adelbaro a las murallas y le decapitaron. Seguidamente, desnudaron a la joven en

público y la violaron repetidamente, mientras sus gritos atravesaban la oscuridad de la noche. La apuñalaron al amanecer y le cortaron la cabeza. En el momento en que el padre Alberico terminaba la misa, el siseo de la catapulta interrumpió su bendición, y las cabezas de los dos fueron lanzadas hacia el campamento. Botaron varias veces en el suelo antes de detenerse, permaneciendo allí como inmóviles objetos de horror, con sus bocas abiertas y ojos desencajados. Teodoro, Leonor y Simeón las recogieron en sacos de tela y las enterraron juntas, bajo una pila de rocas, mientras Alberico esparcía agua bendita con su vara. Más tarde, Leonor se sentó y lloró en su tienda, mientras Simeón el escriba, preocupado por su señora-hermana, ocupaba su tiempo con esta y otra tarea. Desde el exterior se colaba el sonido de más catapultas que enviaban su horripilante carga. Se escuchaban gritos y alaridos. En algún lugar, un monje comenzó a entonar el himno *In Cruce Christus Dominus Vincit Mundum*: «En la cruz, Cristo, Nuestro Señor, conquistó el mundo».

Leonor escuchó las palabras y comenzó a reírse. «¿Qué conquista?», reflexionó para sí. «¿Qué mundo?». Se echó en el catre, se cruzó de brazos y permaneció inmóvil, mirando la luz que se colaba por la portezuela de la tienda. Recordó las profecías sobre el Apocalipsis de Pedro Bartolomé. ¿Sería todo aquello parte del Apocalipsis? ¿Estaría en realidad muerta en el infierno? ¿Qué tenía que ver toda esta crueldad con la cruz de Cristo? Hugo, Geofredo, ella y el resto no eran mejor que niños de teta; no deseaban el coste en sangre de esta empresa. Como burlándose de ella, Leonor escuchaba el siseo de las catapultas, los gritos de los sitiadores seguidos por los alaridos de los arqueros, situados junto a las murallas; sobre todo esto, se elevaba una voz turca que cantaba una oración. Leonor sabía lo que estaba sucediendo. En venganza por la ejecución del archidiácono y su dama, más prisioneros desfilaban hacia las bancadas del río para ser ejecutados. Leonor comenzó a temblar y rompió a llorar. Imogenia entró en las dependencias y se agachó junto a ella. Leonor simplemente le devolvió la mirada. No estaba enferma, se aseguraba a sí misma, de hecho, se sentía como si pudiera percibir todo con mayor claridad. Observó a aquella judía, tan decidida a enterrar las cenizas de sus padres en el recinto de la ciudad sagrada. Leonor podía entenderlo. Aunque incluso Imogenia había cambiado. Ahora ya no le preocupaba Jerusalén, sino solo Beltrán. Se había convertido en el centro de su existencia; su segunda, si no su principal razón para estar allí. En los últimos meses se había distanciado mucho. A veces, Leonor la sorprendía mirándola con curiosidad, pero raramente hablaba de Beltrán, aunque a menudo inquiría a Leonor acerca de lo que podría ocurrir una vez que tomaran Jerusalén. Leonor solía ignorar sus preguntas, mostrándose más preocupada por el presente que por cualquier plan futuro.

Leonor continuó echada en el camastro, con la mirada perdida. Imogenia le ofreció algo de vino. Leonor lo rechazó, e Imogenia decidió retirarse. Simeón el escriba, que permanecía arrodillado en una esquina, salió en busca de Hugo, que llegó a la tienda poco después y se sentó junto a su hermana. Le insistió para que se

bebiese el vino que le había servido Imogenia y, finalmente, accedió, sintiendo el calor del alcohol en su cuerpo. Suspiró profundamente, se sentó y trató de incorporarse, pero Hugo le pidió que se quedase tumbada.

—No me ocurre nada —murmuró Leonor—. Hundió la cabeza entre sus manos y observó sus raídas botas de piel, impregnadas de barro amarillo.

—Algo debe ocurrir —insistió Hugo.

—Es cierto —dijo forzando una sonrisa. Hizo un gesto hacia la portezuela de la tienda—. Hermano, las muertes, la sangre, la venganza, la agonía, el dolor. ¿Es este realmente el trabajo de Dios? ¿Estamos aquí para que Bohemundo pueda procurarse un reino? Has oído los rumores. Bohemundo quiere Antioquía para él.

—Es necesario —la voz de Hugo sonó implacable y decidida—. Hermana, lo que hacemos ahora es en verdad sucio. Lo sé. Geofredo y yo hemos estado hablando de ello. Hemos hecho un gran juramento. Si el Señor pone Jerusalén en nuestras manos, si salvamos nuestra vida en el empeño, si podemos contemplar la Sagrada Faz, entonces fundaremos una orden sagrada de caballeros pobres, que tomarán el juramento como monjes, para dedicar sus vidas a proteger a las gentes de Dios.

Leonor escondió su sonrisa. El fuego que manaba del corazón de Hugo se hacía más intenso; ya no le hablaba a ella, sino que se limitaba a predicar su propia Cruzada privada.

—Lo que ves aquí, Leonor, es la verdad —continuó—. Este denominado Ejército de Dios cuenta con hombres y mujeres con una gran visión, aunque haya muchos que se entreguen a sus pasiones más vulgares —pestañeó y se detuvo para tomar aliento—. No te hablo solo de las acciones de Jehan el Lobo y de sus lugartenientes, Gárgola y Babuino, sino también de nuestros líderes. Sin embargo, aquí, ante la ciudad de Antioquía, Dios los purgará a todos —aún absorto en su propio sueño, Hugo le acarició la mano y abandonó la tienda.

Leonor se rio calmadamente para sus adentros.

—De tal niño —murmuró—, tal hombre; de tal palo, tal astilla.

—¿Perdonad, señora-hermana? —Simeón se puso en pie, con gesto de preocupación.

—Hugo —dijo Leonor por encima del hombro—. Desde que alcanza mi memoria, ha sido el predicador y yo su congregación —se dirigió hacia la entrada de la tienda, mientras se aseguraba al cuello la capa. Al levantar la portezuela se encontró de bruces con Teodoro, que sonrió y retrocedió.

—He oído que estabas enferma —le sonrió mientras le ofrecía la mano—, ¿quieres hablar?

Leonor accedió y se internaron en el bullicio frenético del campamento. Las tiendas y las barracas se erguían bajo el cielo gris ceniza. Los carros se arrastraban hasta los caminos, para bloquear cualquier ataque a caballo. Las hogueras crepitaban por doquier, los calderos bullían. Las personas caminaban sin rumbo aparente, vestidas de tonos marrones y grises, ahora tan comunes. Un herrero trataba de avivar

el fuego de su fragua. Un grupo de mercenarios sajones afilaban sus espadas con piedras. Un caballero, vestido con una cota de malla oxidada, conducía su flaco corcel por el campamento, sorteando cuerdas, estacas y montones de desechos. El humo se elevaba, formando remolinos. La fría brisa mezclaba los olores: el hedor de las letrinas y las cuerdas, mezclado con el tufo a sudor, piel, madera quemada y carne asada. La Compañía de los Vagabundos se había reunido en torno a un carromato, dispuesta a compartir el producto de su pillaje.

Leonor y Teodoro caminaron en silencio por los límites del campamento, donde ondeaban penachos y estandartes. Leonor contempló la estrecha franja de tierra que se elevaba antes de precipitarse hacia el Orontes. En una bancada del río se acumulaba un gran número de cadáveres, bañados por la sangre que manaba de sus cuellos cercenados. En una cercana elevación del terreno había una larga hilera de estacas, todas rematadas con la cabeza de un turco, y dispuestas de manera que pudieran verlas claramente los defensores de la ciudad. Leonor sintió un escalofrío. Teodoro le pasó el brazo sobre los hombros. Ella no se resistió.

—Esto es solo el principio —susurró—. Hemos saciado nuestra hambre con pan tierno, higos, fruta y vino. La gente piensa que esta es la tierra prometida, donde fluye la leche y la miel. Leonor, nuevos horrores están por venir. Hemos arrasado el país. Constantinopla está a una eternidad de aquí. Nos hemos bañado en piscinas, ocupado casas saqueadas, ¿y ahora qué?

—¡*Deus vult!* —susurró. Se giró hacia él, liberándose de su abrazo y le miró fijamente—. ¿Realmente crees en eso, Teodoro? ¿Qué Dios deseaba esto, la locura, el salvajismo, la lucha, la sangre, las cabezas cortadas, las catapultas? Mira al pobre Adelbaro y a su dama, jugando a los dados en una huerta. ¿Es eso lo que deseaba Dios?

—No lo sé —los ojos habitualmente alegres del griego aparecían ahora oscuros y tristes—. Leonor, creo en las verdades de nuestra fe, que Cristo, Nuestro Señor, es la encarnación de Dios; pero también, que la auténtica religión habita en el alma individual, en la mente —dijo, tocándose la cabeza con la punta de los dedos—, nada más. Aquí, en nuestras mentes, en nuestras almas, tenemos a Jerusalén, el Santo Sepulcro y el Calvario. Aquí tenemos la Santa Faz. Si no podemos adorarlo primero desde nuestro propio santuario interior, ¿qué sentido tiene seguir buscando? —dijo encogiéndose de hombros—. Ya he aprendido eso.

Leonor recordaba sus palabras cuando el cerco se estrechó y el Ejército de Dios aullaba, como una jauría de lobos hambrientos, ante las murallas de Antioquía. Noviembre se abrió paso entre una oleada de aguanieve y lluvia. El suelo se volvió inestable bajo sus pies. Un miedo escalofriante se apoderó del campamento. El conde Raimundo había estado en lo cierto: deberían haber asaltado la ciudad inmediatamente. Ahora todo había cambiado. Yaghi Siyan, el gobernador de Antioquía, de tez blanca y orejas protuberantes, percibió la debilidad en los sitiadores y mandó mensajes apresurados a Alepo y Damasco, en busca de ayuda. También

envió a sus jinetes a realizar ataques brutales desde las distintas puertas, para saquear las exiguas pertenencias del Ejército de Dios. Los arqueros turcos, portando brillantes escudos y coloridas túnicas, cabalgaban sobre rápidos ponis, tensando sus arcos para descargar su lluvia mortal sobre el campamento enemigo. Las calamidades continuaban por la noche: los turcos catapultaban proyectiles hacia el interior de las tiendas. El dolor se tornó agonía. Las lluvias aumentaron el caudal del Orontes. El aguanieve aporreaba las desgastadas tiendas, pudriendo las cuerdas de los arcos, estropeando tapices y alfombras, emponzoñando los depósitos de alimentos. Leonor hizo cuanto pudo para ayudar. Suplicó, robó y registró el campamento, para cocinar al fuego todo lo que podía conseguir, hasta transformarlo en una masa de sabor incierto.

Leonor se lamentaba de lo que denominaba su miasma de miedo. Sacaba fuerzas especialmente de Teodoro. En lugar de hablar del asedio, este charlaba constantemente de sus propios sueños en una villa encalada, entre viñedos y huertos cubiertos de peras, manzanas y almendras, rodeados de campos en los que el mijo y el trigo brillaban bajo el sol. El griego se ganó a Leonor con su visión de la vida, plagada de cosas ordinarias, de paz y tranquilidad. Leonor reflexionaba y juraba que conseguiría escapar de esta pesadilla para encontrar su propia salvación. ¿Qué podía conseguirse a través de la miseria y la desesperación? El mañana siempre traía una nueva esperanza. Así que luchó junto a los demás, incluso hirviendo tiras de cuero, para preparar una débil sopa. Salía junto a las otras mujeres, buscando raíces y cualquier cosa que pudiera cocerse en agua hirviendo.

Llegó la fecha del Advenimiento. Bohemundo planeó una gran incursión en busca de víveres. Terminó en desastre. Su compañía sufrió una emboscada, mientras el resto del ejército recibía el ataque de jinetes turcos; se deslizaron hasta el campamento, golpeando, amputando y despedazando, arrojando flechas incandescentes hacia el interior de las tiendas. Leonor, ahora más decidida, agarró una pica y luchó junto a las otras mujeres. ¿Qué le importaba si había pasado la Navidad? Aquí estaba su vida, revolcándose en el barro, pica en mano, hiriendo a jinetes que pasaban aprisa junto a ella. Sin embargo, cuando acabó el ataque, algunas cabezas pensantes comenzaron a discurrir. Bohemundo había partido a realizar una incursión, y había caído en una emboscada. En el preciso instante en que Yaghi Siyan supo que Bohemundo estaba ausente envió a sus tropas al ataque, causando enormes daños en el campamento.

—Es extraño —murmuraba la gente— que los infieles estuvieran tan bien informados de lo que ocurría.

El nuevo año de 1098 trajo pocas alegrías, como Leonor indicó en sus crónicas. Los augurios del futuro parecían sombríos. La amenaza de fracaso total y absoluto atenazaba al campamento. Leonor se dio cuenta de que todo llegaría a su fin, pero le reconfortaba la creencia de que había hecho cuanto había podido. No podía hacer más, así que, con la ayuda de Simeón, se ocupó de recoger las memorias del pasado y de ignorar el futuro. Deseaba la visita de Hugo y Geofredo, pero se habían convertido

en auténticos extraños, hasta que una noche de enero, Hugo se coló en su hedionda tienda de piel de cabra, y les pidió a ella y a Simeón que acudieran a una reunión secreta, convocada por el conde Bohemundo. Al principio, Leonor se excusó, pero Hugo la agarró por los hombros.

—Leonor —susurró—, los tiempos han cambiado. ¡No más espada! ¡Más ingenio, más sabiduría! Ven con nosotros.

Condujo a ambos a través del devastado y maloliente campamento hasta la tienda de Bohemundo. En el interior, el normando permanecía sentado sobre unos cojines, vestido con una sucia túnica y con la cara medio oculta entre sus mechones rubios. Hablaba sosegadamente con Teodoro y Geofredo. Hizo una pausa cuando entró Leonor, y recordó sus refinados modales; se puso en pie y le dedicó una elaborada reverencia, antes de señalar en la dirección de unos cojines que habían preparado para ella. Leonor tomó asiento. Se quedó mirando al gran normando; sus penetrantes ojos azules le devolvieron la mirada. Bohemundo jamás conseguía estarse quieto; se dio la vuelta y comenzó a moverse nerviosamente sobre su asiento. En ocasiones, la miraba con lascivia, apartaba la mirada y volvía a mirarla con ojos tristes, como si suplicase ayuda. Se sirvió vino y carnes tiernas. Bohemundo aguardó a que sus sirvientes abandonasen la tienda antes de ponerse en pie. Salió al exterior, respirando ruidosamente mientras miraba en todas direcciones, asegurándose de que nadie escuchaba a escondidas. Cuando regresó, se echó sobre los cojines y la señaló con el dedo.

—Tú eres nuestro caballo de Troya.

Leonor le devolvió la mirada con determinación.

—El caballo de Troya: ¿conoces la historia? —preguntó.

Leonor asintió con la cabeza.

—No podemos tomar Antioquía —dijo Bohemundo sacudiendo la cabeza—. Ni por la fuerza, ni furtivamente. Recuerda el dicho Antioquiano de que su ciudad solo caerá abatida por el hambre, la sorpresa o la traición. Nos hemos decidido por la traición —sus poderosas facciones se suavizaron con una sonrisa y se golpeó el pecho, como si estuviera confesando sus pecados—. Bueno, en realidad, solo lo he hecho yo.

—Mi señor —dijo Leonor—, ¿por qué yo? Habláis de engaño y traición, ¿cómo puedo ayudaros en eso?

—Muy fácilmente —Bohemundo se incorporó y se puso en pie, y Leonor comprendió por qué era un personaje tan temido entre los francos. Era un hombre de hombros rectos, cintura delgada y un poderoso y musculoso pecho; un largo rostro, semioculto entre la cabellera rubia, y unos ojos azules como el hielo, siempre en movimiento, siempre escrutando su alrededor. Recorrió la tienda con su mirada, observando varios pedazos de armadura y estribos, y algunas armas amontonadas en una esquina, junto a unos manuscritos apilados unos sobre otros. Leonor pensó que, ante ella, tenía a un hombre que buscaba desesperadamente alguna oportunidad, la

que fuese. Al principio, Bohemundo actuó como un soldado bravucón, deleitándose con sus propias hazañas, simulando estar borracho, maldiciendo a los otros líderes, describiendo cómo lo habría arreglado todo. Mientras Leonor observaba sentada se dio cuenta de que Bohemundo era un hombre muy peligroso. Actuaba como si estuviera embriagado, aunque estaba sobrio y era frío como una roca. Abrazaba a Geofredo y Hugo, como si fueran compañeros de armas, y de pronto comenzó a relatar historias acerca de su padre o sus hermanos, sus guerras en Sicilia y su odio manifiesto hacia los griegos, antes de volver a hablar del asedio. Leonor se percató de que trataba de prepararla, al igual que un hombre que intenta seducir a una mujer, ofreciendo señales de su franqueza y su honestidad, de su deseo de hacer el bien. También emergió su profundo deseo de poseer Antioquía. Había visto la ciudad y la quería para él. Se había convencido de que no podría tomarla por la fuerza, y pretendía intentarlo por otros medios. Se detuvo abruptamente a la mitad de una diatriba contra Godofredo de Bouillon y la miró a los ojos.

—Leonor, ¿quieres salvar tu alma?

—Ya está salvada, mi señor —respondió—. La sangre de Cristo la ha comprado.

Aquello le confundió. Pestañeó, tomó un sorbo de su copa y la arrojó al suelo. Miró a Hugo y Geofredo, y después, a Teodoro, Simeón y Leonor. Finalmente, como si estuviera cansado por la farsa, se llevó las manos a la cara, cerró fuertemente los ojos y se acarició las cejas.

—Si no tomamos Antioquía —dijo serenamente—, deberíamos irnos a casa.

Leonor, desesperada y cansada de esta reunión, que parecía no conducir a ninguna parte, perdió la paciencia.

—Mi señor, ¿por qué estamos aquí?

Bohemundo agachó la cabeza y seguidamente elevó la mirada.

—Te estoy pidiendo que te sacrifiques —dijo. Extendió los brazos hacia ella, con las manos abiertas en señal de paz—. He vociferado, he fanfarroneado, he amenazado, he hecho promesas, pero al final de la jornada, Leonor de Payens, te necesito. Ahora puedo sentarme aquí y dedicarte dulces tonadas de los trovadores, versos de los poetas...

—Mi señor, ¿por qué estamos aquí? —insistió Leonor—, ¿qué queréis de mí? —se volvió hacia Hugo, que desvió la mirada. Geofredo, avergonzado, se limitaba a mirar al suelo y agitar su copa. Simeón pellizcaba nerviosamente su jubón. Teodoro permanecía sentado, con la cara apoyada en la mano, como si presagiara lo que estaba por venir.

—Muy bien —dijo Bohemundo, respirando profundamente—. Jamás tomaremos Antioquía por la fuerza. Podemos construir torres, lanzar incursiones, hacer esto o lo otro. Los turcos conocen exactamente lo que hacemos. Tienen espías entre nosotros. Si descubriese quiénes son, yo mismo los arrastraría hasta la bancada del río y les cortarían la cabeza, como un granjero corta una flor, ¿pero qué conseguiría con eso? —dijo, sonriendo a Leonor—. El terror sin razón es diabólico; el terror con una

justificación es comprensible, es lógico. Ahora, Leonor, te diré lo que quiero. Quiero introducir espías en Antioquía, y así es como podemos hacerlo. Teodoro es un mercenario griego. Entrará en la ciudad con su esposa, tú. Dirá que ya se ha cansado del ejército franco y que desea vender su espada al ejército victorioso. Si trae consigo a la hermana de un caballero franco de alto rango, junto con su escribano y su doncella, la gente creerá que dice la verdad. En una palabra, Leonor, Teodoro, Simeón e Imogenia entrarán en Antioquía como nuestros espías. Una vez allí, buscaréis a alguien, quien sea, que esté dispuesto a entregarnos parte de esa muralla.

Leonor miró a Teodoro. Estaba poniendo su vida en manos de este hombre. Confiaba en él, aunque realmente no lo conocía. Miró a Hugo, que le devolvió la mirada con decisión.

—Es un sacrificio —dijo suavemente Bohemundo—, que tú y tus compañeros haréis por todos nosotros. Debemos tener a alguien tras las murallas de Antioquía. Alguien con el ingenio despierto, que aproveche cualquier oportunidad que se presente para ayudar al Ejército de Dios —se acercó aún más a Leonor, que podía distinguir su rostro a la luz de la pequeña vela: fuerte y brutal, con su barba y bigote dorados, salpicados de manchas grises, su piel abrasada por el sol y el brillo apasionado de sus ojos. Reconoció esa mirada; la había visto antes en los ojos de su hermano. Miró a Geofredo, que seguía mirando a su copa. Simeón se estiraba nervioso.

—No es necesario que vengas —susurró Leonor.

—No, señora-hermana, estaré más seguro con vos.

El labio de Bohemundo se curvó en una sonrisa.

—Bien dicho, Simeón —declaró—. Leonor de Payens es tu única defensa. Si te dejara aquí, aquellos que no desean tu presencia en el campamento actuarían. Además, te necesitamos en Antioquía. Conoces las costumbres y el proceder del enemigo, su lengua. Podrías ser de gran ayuda.

—¿Y si —preguntó Leonor— nos arrestan nada más cruzar las puertas de Antioquía, nos llevan a las almenas, ejecutan a Teodoro y Simeón; y a mí me violan, me apuñalan y decapitan, y catapultan nuestras cabezas de vuelta al campamento? Corremos ese riesgo.

—Desde luego —dijo Bohemundo—, aunque existe igual riesgo de que un jinete turco veloz se interne esta noche en el campamento y corras igual suerte —añadió, y aporreó la mesita que tenía enfrente con sus dedos musculosos—. ¡Piensa, Leonor! Los turcos no te harán ningún daño. ¿Por qué iban a hacértelo? Si ejecutaran brutalmente a los desertores de este ejército, eso desanimaría a otros. Ya hay hombres que nos están abandonando, mercenarios que venden su espada al mejor postor. ¿Por qué iban a ejecutaros a ti y a Teodoro? ¡No! ¡No! Se jactarán de vuestra presencia. Quién sabe —bromeó—, la fortuna podría sonreiros. Podrían trataros como huéspedes de honor y agasajaros con habitaciones amuebladas, buena comida y bebida, un plácido baño, lejos de este apestoso campamento helado —hizo una pausa.

La portezuela de la tienda se abrió ligeramente, dejando entrar una ráfaga de aire frío.

—Hay algo más —dijo Hugo.

—Mi señor, aguardad —interrumpió Leonor, levantando el brazo—, esta es la comitiva de Raimundo de Toulouse. ¿Está él enterado de todo esto?

—Sí, y está de acuerdo —declaró Hugo. Se inclinó sobre la mesa y cogió la mano de su hermana—. Si no quieres ir, no estás obligada a hacerlo, no pensaremos peor de ti por ello. El conde Raimundo también cree que Antioquía solo caerá por medio de la traición. Por ello, necesitamos a alguien en quien podamos confiar.

—¿Has dicho que había algo más?

Hugo le soltó la mano y se dio la vuelta, fijando la mirada en la portezuela de la tienda.

—¡Escucha, Leonor!

Y así hizo. Sonidos en la lejanía: los chillidos de una mujer, un hombre maldiciendo a voz en grito.

—El obispo Ademar piensa —comenzó suavemente Hugo— que una de las razones por las que estamos encarando tales obstáculos es que el Ejército de Dios necesita expiar sus culpas, una purga, expresar tristeza por sus pecados. Ha persuadido a nuestros líderes de que todas las mujeres deberían abandonar el campamento. La gente como Imogenia y tú serán escoltadas hasta el puerto de San Simeón, para aguardar acontecimientos. Las putas, prostitutas y merodeadoras del campamento serán expulsadas sumariamente.

Leonor dio un grito ahogado de asombro.

—Es duro —dijo Bohemundo—, pero necesario. Por el amor de Dios, mujer, se supone que somos el Ejército de Dios, y arrastramos una caterva de inútiles, chalados, trovadores, prostitutas y calamitosos. ¡El obispo Ademar está en lo cierto! Nuestro campamento debe purgarse, el ejército debe limpiarse, expresar su pesar y recibir la absolución. No hablamos de mujeres como tú, sino de las otras. No aportan nada, no ofrecen nada, tan solo comen y beben, y ralentizan nuestro progreso. En una semana serán expulsadas del campamento.

—¿E Imogenia? —preguntó Leonor—. La has llamado mi doncella.

Hugo miró a Bohemundo, que asintió ligeramente con la cabeza.

—Imogenia debe ir contigo.

—¿Lo sabe ella?

—No. Tan solo le dirás que debe acompañarte. No se le dará oportunidad de discutir esto, ni de hablar con nadie de lo que sucede —Hugo hizo una pausa—. Es lógico que lleves a un sirviente contigo. Además, Imogenia no puede quedarse aquí para que hable de su sorpresa y, quizá, su incredulidad ante tu deserción.

—¿Y Beltrán?

—No lo sabe, ni lo sabrá. Solo el conde Raimundo y las personas en esta tienda conocen la verdad. Es la mejor manera.

—Escucha —dijo Bohemundo, retomando el tema principal—, no solo queremos

que entres en Antioquía y que descubras las formas de traicionarla; si es posible, debes también desenmascarar a los espías turcos que hay entre nuestras filas. Desde luego, sabemos que hay comerciantes armenios —dijo, levantando una mano en señal de débil disculpa hacia Simeón—, pero ¿hay alguien más que pega el oído a las puertas de nuestras reuniones para informar a Yaghi Siyan de nuestros planes? Salí a hacer una incursión y caí en una emboscada. Simultáneamente, el enemigo atacó el campamento, consciente de que yo estaba ausente. ¿Es pura coincidencia, o existe una conspiración? ¿Hay un traidor entre nosotros?

—¿Y qué ocurrirá —preguntó Simeón— si fracasamos, si nos capturan o nos traicionan?

Bohemundo se mordió el labio, evitando la mirada de Leonor.

—Si eso ocurre, y lo descubrimos, trataremos de negociar para salvar vuestras vidas. Si eso no diera resultado, haré que se canten misas por vuestras almas.

—¿Y qué ocurrirá si vos fracasáis? —preguntó Leonor—. ¿Y si el ejército se retira a las costas para embarcarse?

Bohemundo señaló a Teodoro.

—Él tiene oro, plata y salvoconductos ocultos en cierta parte del campamento. Si el Ejército de Dios se retira, Teodoro aprovechará la menor oportunidad para escapar tan rápido como sea posible. Después de todo, ¿qué sentido tiene permanecer en Antioquía si jamás será nuestra?

Leonor se percató del cambio de su voz. Bohemundo había estado a punto de decir «mía». Se rio para sus adentros, como si se hubiera dado cuenta del error que había estado a punto de cometer.

—Antioquía debe caer —continuó—. En cuanto la tengamos, marcharemos sobre Jerusalén.

—¿Y cuándo nos marcharemos?

—¡Ahora! —dijo Hugo—. Esta noche, hermana. La luna está en cuarto creciente, el cielo está plagado de nubes; seguirá lloviendo. Os conducirán hasta la puerta del puente y os abandonarán allí a vuestra suerte. El auténtico peligro está en que no os reconozcan nuestros propios soldados y os ataquen como a traidores, o que lo hagan los centinelas turcos, pensando que escondéis algún plan. Si entráis a salvo en Antioquía y os aceptan, Teodoro ya sabe qué señal debe darnos. Hasta entonces, hermana, no cesaré de rezar, al igual que harán los demás en esta tienda, para que estéis a salvo. ¿Irás?

Leonor miró a Teodoro. Quería negarse, pero entendía la lógica del plan de Bohemundo. Si el curso de los acontecimientos no cambiaba, el ejército simplemente terminaría por pudrirse. La gran causa se desmoronaría, y ¿qué otra cosa podría hacer sino esperar con los demás? Al final, su vida dependería del soldado de tez morena que permanecía sentado frente a ella, tan calmado y lleno de aplomo. A pesar de las inclemencias del tiempo, de las privaciones del asedio, Teodoro siempre se mantenía limpio y aseado, con su negra barba perfectamente recortada, e incluso aceitada. De

pronto le asaltó un pensamiento salvaje. ¿Y si Teodoro era un traidor? ¿Qué ocurriría si la condujese hasta Antioquía para traicionarla? El griego la miraba directamente a los ojos, con una mueca de diversión en sus oscuros ojos. Leonor confiaba en pocos hombres: Hugo y Geofredo, pero Teodoro era el tercero. La suerte estaba echada. Estaba comprometida. Apartó los cojines y se puso en pie.

—Iré, y como decís, será mejor que nos marchemos cuanto antes. Después de todo —dijo riendo nerviosamente—, ¿qué posesiones voy a llevarme? ¿Qué es lo que me queda?

Bohemundo se levantó y la abrazó, seguido por Hugo y Geofredo. Hugo se acercó de nuevo a ella y la rodeó entre sus brazos.

—Hermanita —dijo—, ten cuidado. Hay mucho en juego, mucho. Volvió a abrazarla, la besó en ambas mejillas y, girando sobre sus talones, abandonó la tienda.

Teodoro la acompañó a través del campamento. El griego iba bien armado, y llevaba una bolsa, dispuesto ya a partir. Tras ellos, Simeón rezaba en voz baja en una lengua que apenas entendía. Llegaron a su tienda. Leonor apartó la portezuela y entró. Afortunadamente, Imogenia se encontraba allí sola.

—Hemos de irnos —declaró Leonor—. Imogenia, debemos irnos ahora. Tienes que seguirme; tienes que confiar en mí. Llévate contigo lo que puedas. No vamos muy lejos.

Imogenia iba a objetar, pero Leonor le puso el dedo sobre los labios.

—Si no vienes, no te permitirán permanecer en el campamento. Debes confiar en mí y seguirme. ¿Te he traicionado alguna vez?

Imogenia sacudió la cabeza, con el rostro desencajado y los ojos llenos de miedo.

—¡Entonces, ven!

Imogenia entonces cogió su cajita de madera tallada y algunas exiguas posesiones. Leonor hizo lo mismo. Simeón recogió su bandeja de escritura y su alforja; seguidamente, se reunieron con Teodoro. Mientras caminaban a través del campamento, Leonor mantenía la mirada en el suelo, tratando de ocultar su nerviosismo. Llegaron hasta el cercado exterior y lo atravesaron. Aparentemente, los guardias se habían retirado y consiguieron seguir el embarrado y resbaloso camino hasta la puerta del Puente. La noche era oscura, el viento gélido y cortante. A través de la penumbra de las almenas se divisaban puntos de luz. Teodoro se detuvo de repente, apoyó en el suelo su bolsa y sacó una ballesta de su interior. Abrió la bolsa que llevaba colgada del cinto y sacó un dardo, lo colocó en el carril y tensó la cuerda. Al principio, Leonor no entendía lo que ocurría hasta que lo escuchó; un sonido que provenía de detrás de ellos. ¡Alguien les estaba siguiendo! Imogenia gimió. Simeón le tapó inmediatamente la boca con la mano. Teodoro retrocedió unos pasos y se detuvo.

—¿Quién va? —susurró suavemente a la oscuridad. Déjate ver. Emergieron tres sombras, encapuchadas y envueltas en túnicas. Leonor distinguió el brillo de sus ojos y sus barbas.

—Acercaos —exigió Teodoro—. Quitaos la capucha, revelad vuestro rostro.

Los tres extraños obedecieron, retirando los trozos de tela que cubrían sus bocas. Leonor cerró los ojos. ¡Jehan el Lobo y sus dos compañeros, Gárgola y Babuino! Les habían seguido desde el campamento.

—Bueno, amigos —dijo Teodoro relajadamente—, ¿qué ocurre?, ¿qué hacéis aquí?

—Podríamos preguntaros lo mismo —respondió Jehan con insolencia, mientras avanzaba hacia ellos—. Estáis desertando, ¿verdad? He visto a la mujer abandonar la tienda y entrar en la del conde Bohemundo. Os seguí hasta allí y después volvisteis. ¿Qué estás tramando, amigo? Sea lo que sea, lo haremos contigo. Ya estamos hartos de verduras podridas y pan duro. Dicen que nos moriremos de hambre antes de que acabe el mes. Iremos contigo. Tú responderás por nosotros.

—Desde luego que lo haré.

Teodoro levantó la ballesta y presionó el gatillo. La flecha se clavó en el centro del pecho de Jehan, lanzándolo al suelo. Los otros dos se quedaron tan sorprendidos que no pudieron reaccionar. De nuevo actuó Teodoro, espada y daga en mano. Atacó a uno, un rápido golpe en el estómago; después al otro, que trataba de huir. El puñal de Teodoro se clavó en su espalda y se desplomó en la oscuridad. Teodoro le siguió. Leonor escuchó un débil gemido, un grito ahogado. Teodoro regresó y limpió su espada en la capa de Jehan. El Lobo estaba muerto, pero Gárgola aún se estremecía en el suelo junto a él, tratando de levantarse. Teodoro se movió rápidamente, le echó la cabeza hacia atrás y le cortó el cuello. Leonor observó la escena inmóvil. Imogenia se desplomó sobre sus pies. Simeón vomitó en silencio. Teodoro envainó su puñal, tomó su espada y decapitó a Jehan y a Gárgola y, después, se internó en la oscuridad para hacer lo mismo con Babuino: un horrible sonido seco seguido por el gorgoteo de la sangre. Cogió una de las capas, envolvió en ella las tres cabezas, amarró el bulto con el cinturón de una de sus víctimas y regresó paseando, como si no le importara nada en el mundo. Simeón e Imogenia permanecían de rodillas, sujetándose el uno al otro, intentando controlar su temor ante el súbito ataque y el sangriento y silencioso trabajo de Teodoro en la oscuridad.

—¿Por qué? —preguntó Leonor, señalando a las cabezas envueltas en la capa empapada de sangre.

—¿Por qué no? —a pesar de la oscuridad, Leonor sintió que Teodoro se reía—. ¿Qué crees que habría pasado? Habríamos entrado en Antioquía y esos tres bellacos nos habrían tenido a su merced. ¡Dios sabe qué historias se habrían inventado! Eran traicioneros. Planeaban desertar, desertar de veras. Si Bohemundo o el conde Raimundo los hubiesen atrapado, los colgarían.

—¿Y ahora qué?

—Bueno, podemos atravesar las puertas de Antioquía y mostrar estas cabezas como garantía. Después de todo, Jehan comandaba una compañía aquí. Les diré que intentaron detenernos y que los maté. Hará nuestra historia mucho más convincente

—Teodoro hizo un gesto hacia las oscuras murallas de la ciudad—. Nos están esperando. No nos demoremos más.

Caminó junto a Imogenia y Simeón, que se incorporaron a su paso. Leonor le siguió y continuó su camino hacia el puente. Tras ellos, el ruido del campamento se iba convirtiendo en un rumor, aunque distinguió un grito de *¡Deus vult!* Cerró los ojos. Si Dios lo deseara, completaría a salvo su misión y volvería con su hermano; pero, por el momento, contemplaba aquellas imponentes murallas, y las luces que se colaban entre las almenas. En unas pocas horas, conocería su destino: o era aceptada, o esa misma noche, o la mañana siguiente, todo sufrimiento habría terminado. Teodoro se detuvo y se volvió hacia ella, cogiéndola por la cintura.

—Leonor —dijo, aumentando la presión—, antes de que todo esto comience, ¡recuerda! Confía en mí, porque te amo —y, sin esperar respuesta, se giró y volvió a la oscuridad.

Una flecha se clavó en la tierra, seguida de un grito de advertencia; la oscuridad se desvaneció entre el crepitar de las antorchas. Sí, así es como empezó, como reflejaría Leonor en su crónica, su peligrosa aventura en Antioquía. A la flecha clavada profundamente en la tierra le siguió una antorcha, arrojada desde las murallas, para que iluminase a los recién llegados. Todo había ocurrido tan deprisa que Leonor apenas tuvo tiempo de reaccionar, y se había quedado sola, reflexionando acerca de lo que Teodoro acababa de decirle. El griego les susurró que se detuvieran. Dejó su bolsa y su horripilante carga en el suelo, y se adelantó ligeramente, junto con Simeón. Ambos extendieron las manos en señal de paz y gritaron con voz ronca en la lengua franca. Se oyó una voz, y Teodoro respondió.

—*Deo gracias* —susurró y recogió sus cosas del suelo—. Al menos, nos dejarán entrar.

Cruzaron a trompicones el improvisado puente de barcas y se aproximaron lentamente a la puerta principal. Escucharon un crujido y una nueva antorcha cayó junto a sus pies. De nuevo, una voz volvió a escucharse. Teodoro les ordenó que se detuviesen. Entre la tenue luz, Leonor pudo distinguir las imponentes puertas blindadas. Los remaches de hierro brillaban a través del rastrillo de acero que se encontraba ante ellos. A izquierda y derecha se elevaban sendas torres fortificadas, que dejaban pasar la luz de las antorchas entre sus estrechas rendijas, ocupadas por arqueros. La brisa nocturna se cargaba con el olor que despedían los calderos repletos de aceite hirviendo, situados en las almenas. En la base de cada torre había una puerta, estrecha y delgada, cuyos escalones se habían arrancado de cuajo. La puerta de la derecha se abrió, y una voz lanzó una orden.

—Uno a uno —susurró Teodoro.

Se aproximaron a la puerta. Cada uno tuvo que entregar primero su carga, antes de ser empujados bruscamente al interior. Leonor, confusa, se tambaleó en la oscuridad y una mano la sujetó. Una antorcha brilló en la oscuridad, las sombras se agitaban, un caldero crepitaba. Leonor observó la lúgubre estancia, con sus ásperas

paredes y suelo sucio y desigual. Distinguió una cara barbuda, el brillo de un casco puntiagudo y el destello de tela blanca. Se escuchó el eco siniestro del tintineo metálico. Una mano acarició su pecho. Una voz ronca estalló en una risotada, seguida de un intercambio de palabras en una lengua extraña. Se les condujo hacia una habitación contigua. Leonor estaba preocupada por Imogenia, que parecía confusa y horrorizada. No le extrañaba: su apresurada salida de la tienda, el encuentro violento con Jehan y sus dos lugartenientes, y ahora esto.

La cámara en la que entraron estaba fría y poco iluminada. Un oficial, tocado con una cota de malla, se calentaba las manos en un hornillo; su casco reposaba sobre la mesa, cubría sus hombros con una capa azul oscuro, que caía sobre la armadura de su pecho. Alrededor de la habitación había hombres arrodillados o acostados, jugando a la taba, hablando entre susurros, o medio dormidos. Se levantaron al entrar la comitiva de Teodoro. Uno de ellos murmuró una burla; algunos rieron. Dos de los soldados desenvainaron sus curvadas espadas y dagas. El oficial se acercó a Teodoro y habló deprisa en lengua franca. Teodoro le respondió. De vez en cuando, los fríos ojos negros del oficial se desviaban hacia Leonor, que escuchó cómo su nombre se mencionaba en la conversación. Teodoro la señalaba constantemente, y con un gesto despectivo de su dedo describió a Imogenia y Simeón como dos acompañantes sin importancia. La conversación continuó. Los cuatro fueron registrados con dureza, y Teodoro se vio despojado de sus armas y de su macabra carga. Cuando las tres cabezas rodaron por el suelo, con ojos abiertos y labios sangrientos, el oficial esbozó una leve sonrisa. Levantó una a una las cabezas y se las arrojó a uno de sus soldados, que las recogió y las introdujo en una cesta de mimbre. El oficial volvió con ellos, se apoyó en la mesa y cruzó los brazos. Miró fijamente a Teodoro y las preguntas comenzaron de nuevo. De pronto, la tensión se relajó. El oficial reía, daba palmadas en el pecho a Teodoro; e incluso, se volvió hacia Leonor y le sonrió. Seguidamente, les hizo una indicación, señalando hacia la esquina opuesta. Se trasladaron hasta allí y se pusieron cómodos.

—No habléis —susurró Teodoro en latín—. Excepto acerca de lo que se supone que somos, desertores del Ejército de Dios.

—Yo... —Imogenia entornó los ojos mientras trataba de articular palabra.

—Confía en mí, Imogenia —susurró Leonor—. Por el amor de Dios, mantén la calma.

—Le conozco —Teodoro sonrió e hizo un gesto hacia el oficial, que permanecía sentado en la mesa, hablando con uno de sus hombres—. Luchamos en la misma tropa, hace algunos años. De hecho —dijo, haciendo un gesto con ambas manos a su alrededor—, estoy seguro de que todos me conocen —de nuevo, cambió al latín—. Manteneos tranquilos, haced exactamente lo que os diga. No habléis a menos que yo lo diga.

El oficial gritó una orden. Un hombre salió de la habitación y volvió con un recipiente, que contenía una mezcla de carne y salsa de pimienta picante, además de

una jarra de algo que olía a leche cuajada. Lo compartieron entre todos, y apenas habían terminado cuando regresó el oficial. Chasqueó los dedos, indicándoles que se pusieran en pie, y le siguieron fuera de la habitación y a través de un estrecho pasillo que conducía a un resbaladiza calzada de adoquín. Atravesaron una zona oscura, repleta de extrañas siluetas y extraños olores. A ambos lados de la calzada se elevaban al cielo las polvorientas murallas, tan cerca la una de la otra que parecían tocarse, dejando una estrecha abertura entre ellas. Con el incesante tintineo de armaduras, el oficial y su escolta les guiaron por este enrevesado sendero. De las puertas y las ventanas no salía el más mínimo atisbo de luz; nada, excepto las antorchas que portaba la escolta. Había un silencio sepulcral, como si estuvieran cruzando una ciudad fantasma. El camino descendió abruptamente. Bajaron algunos peldaños rotos y caminaron sobre ásperos adoquines. A cada lado había edificios con pequeñas ventanas, situadas a gran altura sobre las decadentes murallas, empapadas de un líquido de olor nauseabundo, musgo viscoso y mugre, que brillaban a la luz de las linternas. Había pequeñas puertas encastradas en la muralla, algunas entreabiertas, dejando entrever sombrías estancias atestadas de alimañas, que despedían un insoportable hedor a basura podrida y excrementos. El tufo a ratas muertas, un olor al que se había acostumbrado Leonor en el campamento, lo inundaba todo. Doblaron una esquina y bajaron a una estancia que parecía ser una posada o taberna. El oficial les condujo hacia una dependencia que había en la parte trasera. Le hizo un gesto a Teodoro y se retiró. La puerta no estaba cerrada. Había una cloaca en el exterior. Les trajeron más comida, fruta, pan duro y agua salobre. Teodoro, susurrando rápidamente en latín, les hizo saber que les estarían observando: probablemente, las paredes de la habitación tenían aberturas y rendijas para poder escuchar. Seguidamente, condujo la conversación, hablando en voz alta en lengua franca de lo satisfecho que estaba de encontrarse en Antioquía, impaciente de vender su espada a sus nuevos señores. Leonor, que se encontraba junto a Imogenia, le susurró al oído, en frases rápidas y cortas, los detalles de su abandono del Ejército de Dios. Ahora se encontraban a salvo, e Imogenia no debía hacer nada extraño que pudiera levantar sospechas. Desde luego, tenía muchas preguntas que hacer, pero Leonor se negó a contestarlas, dándose la vuelta para procurar dormir.

A la mañana siguiente volvió el oficial. Yaghi Siyan, el gobernador de Antioquía, reclamaba su presencia. Imogenia albergaba ahora un hondo resentimiento por lo que había ocurrido, aunque se dio cuenta enseguida de que debía colaborar, si quería sobrevivir. Sin embargo, sus duras miradas y los susurros entre dientes indicaron rápidamente a Leonor que había perdido a una amiga. El oficial les devolvió sus posesiones, incluyendo la valiosa cajita de Imogenia y las armas de Teodoro. El turco se mostraba mucho más amigable que la tarde anterior, aparentemente, tomando la deserción de Teodoro como un gesto digno de elogio. Los escoltó de nuevo hasta las calles. Tuvieron que acostumbrar la vista durante unos instantes; las nubes se habían esfumado y el sol brillaba con fuerza. Daba la impresión de que el oficial seguía

instrucciones estrictas de mostrar a estos importantes desertores el poder y la fortaleza de Antioquía. Las calles estrechas por las que le condujo bullían con hombres de diferentes nacionalidades, empleados en todo tipo de tareas dispares. Entraron en una gran plaza atestada de multitud de puestos donde se ofrecía pan, arroz, carnes cocinadas y asadas, junto con faisán y perdiz, además de frutas y vegetales, incluyendo pilas de sandías maduras. El oficial compró unas porciones de esta fruta y se las ofreció. Su dulce zumo estaba delicioso, y refrescó enseguida la boca y la garganta de Leonor. Más adelante, otros puestos mostraban sedas, rubíes, perlas, telas y un amplio surtido de especias. Internándose más en el corazón de la ciudad pasaron junto a parques y paraísos de hermosos nombres tales como «el Dulce Verde» y «el Oasis de la Fertilidad». Entre estos se hallaba el barrio de los artesanos de la ciudad: tejedores, trabajadores del metal, joyeros, ceramistas, alfareros, cacharrereros, y trabajadores de todo tipo y condición.

El aire de la mañana era aún fresco, pero el bullicio y la algarabía de la ciudad se sentían ya con fuerza. La gente tenía aspecto de estar contenta y bien alimentada. El corazón de Leonor se encogió. Aparentemente, el Ejército de Dios estaba causando muy poco efecto, una circunstancia que el oficial proclamó en voz alta, mientras señalaba los puestos abarrotados de género. Si querían conseguir algo, pensó Leonor, todas las puertas de Antioquía debían sufrir un asedio estricto. Entraron en el barrio rico, con sus calles y plazas bien pavimentadas. Los magníficos edificios, rematados con tejas azules y doradas, se elevaban junto a elegantes fuentes de agua potable, estanques suntuosamente decorados y lujosos balnearios. Sobre estos se erguían los minaretes, como atentos centinelas sobre las mezquitas de cúpulas azules, con sus resplandecientes enladrillados sobre los que lucían elegantes caracteres en color turquesa y azul marino.

Finalmente, alcanzaron la plaza que conducía hasta el palacio del gobernante, un edificio casi oculto entre la exuberante vegetación de sus numerosas huertas. Pero aquí, el bullicio de la ciudad se vio quebrado por una escena horripilante. Un espía, como supieron de boca del oficial, había sido capturado y estaba a punto de ser ejecutado. Habían atado de pies y manos al pobre desdichado, y un caballo lo arrastraba boca abajo por los duros adoquines de la plaza. La piel de su cuerpo y su cara estaba hecha jirones. En algunos sitios, su sangre había formado charcos, o se colaba por las rendijas que había entre los adoquines. Esta macabra representación continuó hasta que el prisionero quedó reducido a un pelele sangriento, que rebotaba tras los cascos del caballo. El oficial aguardó unos instantes, asegurándose de causar una impresión duradera entre sus invitados, antes de conducirles a través de la plaza, y bajo una puerta ornamental con paneles de mosaico de cerámica vidriada y cobre pulido. Una guardia de soldados, con brillantes y coloridas armaduras, botas blandas y turbantes, o cascos picudos sobre tocas de cota de malla, patrullaba cada acceso. En otras entradas, unos mamelucos embutidos en largas cotas de malla de lamellar y protecciones para el pecho, permanecían inmóviles, armados con escudos y lanzas de

temibles puntas afiladas.

Bajaron por blancos y frescos pasadizos, columnatas y pórticos decorados brillantemente con patrones florales de vistosas tonalidades de azul, amarillo, blanco y verde. Algunas paredes mostraban impresionantes murales, en los que se representaban hexágonos verdes, o grullas, los pájaros del paraíso, en pleno vuelo. La luz del sol se colaba a través de las ventanas de coloridos cristales. El agua de las fuentes caía sobre pilas, donde flotaban hermosas manzanas rojas. Aquí y allá, como más tarde explicaría Simeón a Leonor, se observaban delicadas inscripciones que hacían reflexionar al paseante; versos como: «La tumba es una puerta que todos deben cruzar», y «el profeta de Dios, que la paz sea con él, dijo: “Apresuraos a rezar antes de la tumba, y apresuraos a arrepentiros antes de la muerte”».

Leonor encontraba insoportable el contraste de todo aquello con la oscuridad, la humedad y el hedor del campamento franco. Las estancias se caldeaban con recipientes de cobre rellenos de carbón, y rociados de hierbas aromáticas que esparcían aromas de los jardines más exóticos. Se encontraba muy sorprendida. Antiguas imágenes, impresiones, creencias e ideas se quebraron rápidamente. Los turcos no eran bárbaros. En muchos aspectos, le recordaban a los bizantinos de Constantinopla: cultos, sofisticados y corteses. Desde luego, temibles y sanguinarios en batalla; aunque, reflexionó con un sentimiento de arrepentimiento, también lo eran Hugo, Geofredo y Teodoro. Sin duda, esas estancias y salones representaban el lujo de los grandes señores de Antioquía, pero marcaban un enorme contraste con los sucios y helados castillos y casas señoriales de los francos.

Al instante les condujeron a los salones de audiencia, de paredes decoradas con una técnica conocida como entramado de mil hojas, que escondía nombres sagrados en tejas de color turquesa con ribetes azul marino. En las salas de espera aguardaban mercaderes que portaban cestas repletas de obsequios para el gobernador: nuez moscada, clavo, macia, canela y jengibre. La dulce fragancia de esas costosas especias inundaba cada rincón. En otras dependencias, unos comerciantes aguardaban para ofrecer telas, cristal, piezas de metal, sedas, tafetán, pieles y armiño. En torno a varias puertas se agrupaba una horda de sirvientes, mensajeros, cantantes y músicos con cítaras.

Yaghi Siyan concedía audiencia en una cámara interior, con paredes y suelo de color marfil; de ahí su nombre, la «Cámara de la Perla». El gobernador permanecía medio tumbado sobre una pequeña colchoneta, rellena de plumas y cubierta con una tela bordada en azul y oro, que caía sobre la tarima. A cada lado le acompañaban sus oficiales de mayor rango, todos vestidos con capas negras sobre túnicas blancas. Algunos llevaban turbantes; otros, dejaban el cabello suelto. A primera vista, todos aparentaban ser poderosos y severos, con su tez oscura o aceitunada, ojos brillantes y barbas negras, grises y blancas. Tan solo Yaghi Siyan portaba un arma: una daga curvada, con un mango exquisitamente tallado, y sujeta por la banda de su cintura. Alrededor de la estancia se encontraba su guardia personal, unos soldados tocados

con turbantes granates, rematados con cascos de plata puntiagudos, que portaban brillantes cotas de malla bajo túnicas azules, con sus manos posadas sobre el pomo de sus sables desenvainados. Ofrecieron asiento a Teodoro, Simeón y Leonor sobre unos cojines dispuestos ante la tarima. Imogenia permaneció de rodillas, tras ellos.

Yaghi Siyan se recostó contra los cojines de color sangre. Tenía un aspecto extraño: una cabeza puntiaguda y despoblada, con orejas prominentes, bigote y una barba blanca que llegaba a la altura de la banda de su cintura. Estudió atentamente a Leonor, con ojos bien abiertos, y después se volvió hacia Teodoro, para empezar con el interrogatorio. De vez en cuando, se volvía y sonreía a Simeón. A Leonor le carcomía la duda de si el escribiente era realmente quien aseguraba ser o si, en realidad, se trataba de un espía turco, introducido deliberadamente en el Ejército de Dios. El interrogatorio fue rápido e intenso, interrumpido de vez en cuando por Yaghi Siyan, que elevaba la mano para que sirviesen copas de sorbete helado y platos de almendras dulces. Leonor descubrió más tarde que, una vez que se ofrecía y se tomaba comida, no debían temer ningún daño. Teodoro también le contó que la sesión con Yaghi Siyan fue fácil porque, simplemente, se limitó a decir la verdad. Dijo también que la benevolencia del gobernador hacia Simeón se debía a que la desertión del escribiente no era sino una nueva evidencia del empeoramiento de la situación en el campamento de los francos.

Yaghi mostraba gran interés en informarse sobre las grandes reuniones del Ejército de Dios. Teodoro enumeró una letanía de congojas: la desertión del conde Balduino a Edessa, la huida secreta de muchos hacia la costa, la división entre los líderes, la escasez de víveres, la disminución del ganado, especialmente de caballos y bestias de carga, la falta de un único comandante, la enfermedad del conde Raimundo y la insuficiencia de medios para mantener un bloqueo sobre todas las puertas de la ciudad. Estas noticias fueron recibidas con gran agrado por los turcos, Yaghi Siyan y su consejo, que asentían con la cabeza en señal de satisfacción.

Teodoro consiguió convencerles porque habló con pasión, describiendo las cosas tal como eran, no como deseaba secretamente que debieran ser. Además, lo que relataba el griego parecía concordar con lo que Yaghi Siyan ya sabía, o con lo que deseaba creer. Teodoro tuvo mucho cuidado de no forzar las cosas. No hizo intento alguno de conocer las fuentes de información del gobernador. Después de todo, aquello no habría sido demasiado difícil de explicar. Dos de las puertas principales de Antioquía permanecían sin vigilancia, de manera que los espías podían transitar por ellas a su antojo. En realidad, tal como Teodoro había confiado a Leonor, el mayor peligro al que se enfrentaban era que algún espía del Ejército de Dios hubiese albergado alguna sospecha acerca de su desertión y transmitiera tal información. En cualquier caso, finalmente, Yaghi Siyan quedó satisfecho.

—Los francos —declaró— serán derrotados, ahogados en un mar de destrucción, consumidos por el fuego de la perdición.

El gobernador cometió entonces su mayor error. Confió a Teodoro y a sus

acompañantes al cuidado de un noble armenio, de nombre Firuz, que se sentó a su derecha: un hombre alto y elegante de mirada profunda, nariz puntiaguda y labios prominentes. Firuz llevaba un turbante blanco y un chaquetón brocado sin mangas sobre una túnica de oscuro color crema. Se levantó tras un gesto de Yaghi Siyan e indicó a Teodoro y los demás que le siguieran. Sin embargo, Yaghi Siyan aún no había terminado. Puso la mano sobre un cojín y lanzó a Teodoro una pequeña bolsa con plata, que el mercenario atrapó con habilidad. Esto provocó risas en la sala. Los otros consejeros dedicaron una reverencia a Yaghi Siyan y se levantaron para dar la mano a Teodoro, ignorando a Leonor, Simeón, e Imogenia, aunque Yaghi Siyan hizo una referencia cortés a la «belleza» de la mujer de Teodoro.

Abandonaron el palacio, aún escoltados por el oficial, que les presentó a Baldur, un capitán de los turcopolos. Aparentemente, tenía una relación muy cordial con Firuz, que durante su posterior paseo por la ciudad, se presentó como armenio de nacimiento y comandante de dos torres conocidas como las Hermanas Gemelas, en el extremo sureste de Antioquía, en las faldas del Monte Silpius. Firuz les acompañó por mercados y bazares, por plazas donde los estudiosos se reunían, con la espalda apoyada en aljibes de mármol, mientras discutían sobre asuntos de filosofía. Caminaron por calles y callejones, apartándose ocasionalmente para dejar paso a soldados a caballo, con sus negras monturas empapadas de sudor y la espuma borboteando en sus bridas. Firuz, al igual que Baldur, estaba decidido a mostrar la magnificencia de Antioquía. Les condujo por mercados que apestaban a cuero y aceite, donde hombres de rostro cetrino y vestidos con oscuras túnicas de piel buscaban hacer negocio. El fuego crepitaba ante las puertas de casas desaliñadas; se asaban piezas de carnero, y los hijos de los comerciantes ofrecían platos de la carne preparada acompañada de abundante arroz y pasteles de cebada. Los clientes podían comprarlos y comer mientras se reunían alrededor de unas casetas de algodón, en las que la inquieta sombra de nerviosas marionetas se proyectaba contra unas telas brillantes.

Poco después llegaron a las afueras de la ciudad y remontaron el empinado camino que conducía al monte Silpius. A cada lado había oscuros álamos. Leonor se percató de que, aparte de los dos lugartenientes de Baldur, no tenían ninguna escolta militar. Las Hermanas Gemelas se alzaban ante ellos, con unas torretas en la parte superior desde las que se dominaba la muralla de cerramiento. La puerta que había entre ellas se encontraba sólidamente cerrada y protegida con barrotes. Firuz explicó que era de poca utilidad; Yaghi Siyan prefería mantener abierta la puerta de San Jorge, para lanzar ataques por sorpresa, y para recibir víveres.

Firuz y su mujer vivían en una de las torres, sus parientes, sirvientes y criados, en la otra, en el extremo opuesto de la puerta. El interior de la torre era muy similar a las de Compiègne: piedra desnuda y tosca, con una escalera de caracol que conducía a las habitaciones superiores. Sin embargo, estas dependencias eran espléndidas. De las paredes, enfoscadas y limpias de musgo, colgaban tapices de vistosos colores y telas

con finísimos bordados; el suelo estaba cubierto con alfombras de lana. Todas las ventanas del interior estaban acristaladas; las del exterior, que encaraban la muralla, estaban cubiertas con paneles de madera o de cuerno endurecido. Diversos candiles, espitas y linternas proporcionaban luz, mientras que unos braseros de cobre mantenían las estancias cálidas y perfumadas.

Asmaja, la mujer de Firuz, les dio la bienvenida, ofreciéndoles copas de hidromiel. Era una mujer realmente bella: un ajustado velo blanco cubría un rostro delicado y sensible, de piel pálida, ojos relucientes y labios como capullos de rosa. Era evidente que Firuz la adoraba. Se apresuró a invitarla, a ella y a sus nuevos huéspedes, a la tarima de la habitación principal. Se sentaron sobre unos cojines, alrededor de una mesita baja. Los sirvientes trajeron bandejas de pan de pita, frutas, carnes secas y vinos exquisitos. Firuz, que no era musulmán, disfrutaba abiertamente agasajando a sus invitados; Baldur era más circunspecto y frugal. Teodoro actuaba como un hombre liberado, feliz, tras haber sido recibido por Yaghi Siyan. Simeón e Imogenia permanecían en silencio; la última, aferrada a su preciada cajita, aún se mostraba huraña e irascible. Leonor se sentía exhausta y sucia tras la pasada noche en prisión. Sentía una necesidad desesperada de sueño, pero estaba decidida a mantenerse vigilante.

Firuz, bajo la influencia del vino, explicó que Teodoro se uniría a él en la defensa de la torre de las Hermanas Gemelas, y le aconsejaría sobre la máquina de guerra que podrían usar los francos contra ellos y sobre la mejor forma de contrarrestarla. Aparentemente, su casa sería también su prisión. A modo de disculpa explicó que, por el momento, se prohibía abandonar las proximidades de las Hermanas Gemelas más allá de los mercados y bazares, bajo pena de muerte inmediata y, desde luego, no debían acercarse a ninguna de las puertas principales bajo ningún concepto. Teodoro asintió con la cabeza con gesto comprensivo, sin dejar de comer de su bandeja de cordero laminado y vegetales, y la conversación continuó. Leonor, cansada como se encontraba, se distrajo unos instantes. Al principio, pensó que podía ser una ilusión de sus ojos cansados y adormilados, pero estaba segura de haber interceptado una mirada cariñosa entre Asmaja y Baldur. Agachó la cabeza y recitó mentalmente el *Confíteor*, un acto de constricción por sus pecados y malos pensamientos. Durante la comida pudo observar cruces de miradas similares entre la pareja. Firuz, exaltado por el vino, permanecía totalmente ajeno; aunque, para Leonor, su mujer parecía totalmente encandilada por el hermoso capitán de turcopolos.

Una vez acabada la comida, Firuz y Baldur deseaban discutir algunos asuntos en privado. Teodoro, Leonor y el resto fueron conducidos a las dependencias más altas de la torre, en cuyo exterior se encontraba una escalera que conducía, a través de una estrecha puerta, a la plataforma almenada de lucha. La cámara era bastante confortable, con percheros en las paredes para colgar sus cosas, y cofres y arcones para sus otras pertenencias. Los sirvientes hicieron diligentemente su trabajo, y en pocos instantes, colocaron cuatro jergones cubiertos de paja sobre el suelo de la

habitación. Hermosas telas bordadas colgaban de las paredes, mientras que las alfombras, cortinas y braseros de bronce mantenían a raya el frío. En un rincón había un lavadero de madera, con una palangana y una jarra de agua. Teodoro se llevó un dedo a los labios e indicó que debían permanecer en silencio, mientras, elogiaba en voz alta la comodidad de su nueva estancia y la seguridad que les proporcionaba alojarse en lo alto de la torre.

—¡Y puede vigilarse con mayor facilidad! —susurró Leonor.

Una vez hubieron terminado de deshacer sus bultos y de instalarse cómodamente, se desplazaron hasta el sótano de la otra torre para asearse y cambiarse de ropa. Después, se reunieron en círculo en su propia estancia. Teodoro lo había inspeccionado todo al detalle; no halló rendijas ni mirillas en las paredes, y la puerta era de sólida madera de roble. Estaban a salvo. Al principio, tuvieron que escuchar los reproches que Imogenia les dedicó entre dientes, su furia al haberla sacado a la fuerza del campamento y su deseo de volver a él cuanto antes. Teodoro la calmó, refiriéndose a las palabras de Yaghi Siyan y recordándole lo afortunada que era. Si Antioquía caía bajo el Ejército de Dios, estaría a salvo. Si el Ejército de Dios se retiraba, podrían escapar fácilmente de la ciudad, entre las celebraciones de sus gentes. Además, si hubiesen permanecido en el campamento habrían muerto de hambre, caído en la lucha o afrontado el riesgo de ser expulsados del mismo. Imogenia parecía satisfecha. Teodoro insistió en que no debían hacer preguntas; su tarea no era descubrir espías, sino encontrar alguna vía de entrada a Antioquía para el Ejército de Dios. Leonor describió lo que había observado entre Baldur y Asmaja. Teodoro se mordió el labio, entornó los ojos y le dijo que siguiera observándoles. Al resto le aconsejó que solo debían esperar y abrir bien los ojos.

Así, durante ese helado mes de enero del año de Nuestro Señor de 1098, se instalaron en la torre de las Hermanas Gemelas de Antioquía. Teodoro se unió a los hombres de la guarnición, haciéndoles ver que era un hábil consejero, impresionando a todos con su experiencia. Leonor e Imogenia ayudaban con las tareas domésticas. Teodoro le pidió a Simeón que le instruyera a él y a su «señora» en asuntos de estado, indicándole que deseaba extender su educación. En muchos aspectos, se trataba de una existencia idílica, en comparación con los horrores del campamento que se encontraba a las afueras de Antioquía. Ya no continuaban con el asedio pero, a través de Firuz, descubrían lo que ocurría en el exterior. Las cosas iban de mal en peor en el Ejército de Dios. La lluvia penetraba a través de las raídas telas de las tiendas, oxidando las armaduras y destensando las cuerdas de los arcos. El suelo se volvió inestable, el barro se apoderó de las alfombras y las mantas sobre las que dormían los sitiadores. La naturaleza parecía actuar en contra de los francos. Una noche, la tierra se estremeció con un temblor que les congeló la sangre. Los pabellones se vinieron abajo. Los hombres que trataban de correr hacia los espacios abiertos cayeron desequilibrados. Se abrieron grietas y fisuras en la tierra. Cuando los francos se reunieron para ver lo que sucedía quedaron horrorizados por nuevos espantos. En el

cielo del norte se elevaron lenguas de fuego entre las estrellas, con un resplandor rojo anaranjado, que se extendía y cambiaba a un tono púrpura. La luz se elevó aún más, retorciéndose, iluminando el cielo, hasta que el Ejército de Dios pudo ver con claridad el barro que cubría sus pies y sus pálidos rostros. La noche se volvió día; el amanecer se abría paso antes del primer canto del gallo. Seguro que se trataba de una señal. El Ejército de Dios no cesaba de cuestionárselo, al igual que las gentes de Antioquía. Llegaron más noticias a las Hermanas Gemelas. Ademar, había declarado que Dios estaba furioso con los francos, y por eso debían purificar el ejército. Habían expulsado a todas las mujeres y las habían conducido hacia el puerto de San Simeón; seguidamente, había decretado tres jornadas seguidas de oración. Los pecadores eran castigados con severidad. Una pareja adúltera, sorprendida en pecado, fue obligada a desfilar desnuda por todo el campamento, para que fuese golpeada y humillada públicamente. Teodoro comunicó esta información cuando se encontraban sentados a la mesa con su anfitrión. Leonor observó un leve estremecimiento en el rostro de Asmaja. Teodoro cambió rápidamente de tema, elogiando a Firuz y a Asmaja por los deliciosos alimentos que les ofrecían, mientras puntualizaba que el hambre se extendía entre los francos. Los mercaderes pedían ocho piezas de oro, ciento veinte dinares de plata, por una carga de provisiones.

—Muchos están muriendo —declaró—. Muchos más, desertan.

Entre los desertores destacaban Guillermo el Carpintero y Pedro el Eremita; ninguno de ellos podía seguir tolerando las privaciones, y decidieron escapar entre la oscuridad de la noche. Cuando Bohemundo se enteró de esto, mandó a Tancredo tras ellos. Durante toda una noche, Guillermo el Carpintero permaneció atado en la tienda de Bohemundo como un «demonio maldito». El siguiente día, el normando le dio una reprimenda en público, llamándole miserable, la vergüenza y el deshonor de su propia gente, y haciendo referencia a otras traiciones cometidas mientras servía en Iberia. Al menos, Guillermo tuvo el juicio suficiente para no objetar. Otros caballeros intercedieron por él, y finalmente, Bohemundo decidió no castigarle, siempre que se comprometiera por juramento a no marcharse. Así lo hizo, pero pocas noches después, desertó definitivamente. Las noticias de tales traiciones eran recibidas con júbilo en Antioquía, especialmente cuando escucharon que Tacticio, el representante del Emperador, había decidido marcharse para informar a su señor. Tacticio le hizo el solemne juramento a Bohemundo de que todos los castillos y ciudades tomadas serían suyas, y dejó allí su tienda y sus pertenencias, como garantía de que iba a volver, pero jamás lo hizo. Cuando Teodoro escuchó esto, sacudió la cabeza.

—Perjuro es —susurró—, y perjuro será mientras viva.

A finales de enero, Firuz convocó al personal de su casa y a sus invitados. Esta noche harían una celebración, declaró, pues habían llegado maravillosas nuevas: Ridwan, emir de Alepo, marchaba hacia la ciudad con doce mil hombres, para levantar el asedio.

Las noticias se habían extendido por la ciudad como un incendio descontrolado, y

se sucedían los vítores y bailes en las calles y las celebraciones en palacio.

—¡Vamos a aplastarlos! —declaró Firuz—. Aplastaremos al infiel entre el ejército de Ridwan y las murallas de Antioquía.

Teodoro intentó poner cara de alegría. Imogenia tuvo que abandonar la habitación, excusándose con una indisposición. Parecía que el Ejército de Dios estaba destinado a ser destruido. Esa misma tarde se reunieron en su habitación. Teodoro no podía reconfortarles.

—No podemos hacer nada —susurró con voz quebrada—, excepto rezar.

Aguardaron. Los días se sucedieron. Finalmente, comenzaron a llegar novedades. ¡Había ocurrido un milagro! Aparentemente, el Ejército de Dios había decidido presentar batalla al enemigo en campo abierto. Dejaron el mando del campamento a Ademar y al conde Raimundo, y mandaron a mil hombres a caballo, comandados por Bohemundo, a hacer frente a un ejército de doce mil. Tomó posiciones cerca del puente de Hierro y acampó en suelo plano, entre un gran lago y unas ciénagas, que cubrirían sus flancos. Entonces, organizó su división en seis cohortes y se limitó a esperar la llegada de Ridwan. Esta se produjo enseguida, justo después del amanecer. Las patrullas regresaron al galope, gritando que el enemigo estaba sobre ellos. Bohemundo rugió embravecido, despertó a sus hombres a gritos, urgiéndoles a preparar los arneses y sillas de montar. Envió a su caballería, cinco falanges alineadas, una junto a la otra; la sexta la reservó.

El ejército de Ridwan se acercaba, miles de hombres en dos formaciones. Los turcos esperaban que los francos lanzaran un ataque, pero no lo hicieron, y los turcos no tuvieron otra alternativa que seguir avanzando al trote. Era un día gris, como indicaría más tarde Leonor en sus crónicas, y la batalla se libró en un terreno baldío, una lucha desesperada por la supervivencia. Las flechas turcas comenzaron a volar, pero la línea franca se mantuvo inmóvil. Las monturas se fueron vaciando, los caballos retrocedían, heridos y presas del pánico. Los francos permanecían inmóviles y cantaban, verso tras verso del mismo salmo, mientras la destrucción se cernía sobre ellos. Finalmente, los turcos cargaron contra ellos y los francos respondieron de igual manera. Las largas lanzas se inclinaron y los escudos se elevaron mientras se precipitaban hacia el enemigo. Cayeron sobre los turcos, empujando la primera línea sobre la segunda, causando una gran confusión. Fue entonces cuando Bohemundo lanzó a su sexta falange, que rodeó el campo de batalla y rompió el flanco derecho del enemigo. Las rápidas monturas de los turcos no les sirvieron de nada. Bohemundo se irguió como un cosechador en un campo de maíz; primero con su lanza, después con su espada. Sus caballeros le siguieron, con sus estandartes ondeando al viento. La carga de los francos fue implacable. Las espadas destellaban, despedazando al enemigo al igual que una navaja rasgaría una tela, repartiendo muerte a diestro y siniestro. Los turcos rompieron sus filas y se dieron a la fuga. Los francos corrieron tras ellos. La confusión se extendió entre las fuerzas de Ridwan, al igual que ondas en el agua que chocan entre sí. Finalmente, Ridwan de Alepo y sus capitanes se

retiraron, dejando el campo a Bohemundo y sus caballeros, que entraron a tropel en el campamento enemigo y tomaron posesión de él. Los negros estandartes de la anarquía se desplegaron. No se tomaron prisioneros. Las ejecuciones se sucedieron sistemáticamente. Al día siguiente, Bohemundo hizo clavar estacas a lo largo de la larga zanja que había frente a Antioquía. En cada una insertó una cabeza, para que la guarnición de la ciudad pudiera observar las miles de barras de madera con sus macabros trofeos.

La noticia de la victoria de Bohemundo extendió la tristeza por Antioquía, dejando perplejos a Yaghi Siyan y a sus consejeros. Sin embargo, continuaban pensando que él hambre y la pestilencia devastarían a los sitiadores. Las noticias que llegaban a la ciudad eran cada vez más lúgubres. Los francos buscaban desesperadamente raíces y masticaban trozos de cuero para aplacar el dolor del hambre. Comían la dulce y pegajosa carne de los camellos muertos y atrapaban ratas y ratones. Algunos de ellos practicaron el canibalismo y se dedicaron a recopilar los cuerpos de los turcos muertos, que despellejaban y descuartizaban, hirviendo los pedazos de carne en sus grandes calderos. Las noticias de este macabro festín se extendieron por el campamento, y la gente se acercó a observar. Una vez que habían probado la carne humana, estos desdichados buscaban más en las tumbas de los musulmanes que había en el exterior de la ciudad.

Teodoro confió a Leonor que el Ejército de Dios se había reducido hasta los treinta mil hombres, aunque aún tenían posibilidades de victoria, especialmente, tras la llegada de refuerzos. Algunos barcos provenientes de Inglaterra y Hainault habían atracado en el puerto de San Simeón, trayendo a bordo ingenieros y madera para construir ingenios de guerra. Esto llegó a oídos de Yaghi Siyan, que envió feroces ataques, pero fueron repelidos. Los francos habían decidido ahora que todas las puertas de la ciudad debían ser bloqueadas. Se hicieron con una mezquita abandonada, cerca de la puerta del Puente, cavaron una doble zanja y construyeron una muralla de piedra caliza con una torre, a la que denominaron «La Mahomeri», el término en francés clásico para la Sagrada Virgen María. Lo peor estaba por llegar. Tancredo se había instalado en las colinas cercanas a la puerta de San Jorge. Desde allí atacó a las caravanas de provisiones, atrapando caballos y víveres; seguidamente, se trasladó hasta un monasterio abandonado cercano, para ocuparlo y fortificarlo.

Cuando marzo dejó paso a abril, la ciudad de Antioquía se dio cuenta de que los francos estaban decididos a mantener su agresión. Se controló y bloqueó cada puerta, al comprobar que, a pesar de sus incursiones y ataques, el Ejército de Dios se mantenía firme. En Antioquía, el miedo y el pánico comenzaron a extenderse. Los mercados y los bazares dejaron de estar abarrotados y bien surtidos. La ciudad estaba saturada de gente, y a medida que los francos fueron apretando el círculo alrededor de ella, el hambre pronto comenzó a sentirse. Leonor y los demás dejaron de ser invitados de honor en banquetes y fiestas. La comida empezó a escasear. Los precios eran cada vez más altos. El asedio comenzó a sentirse con crudeza. Yaghi Siyan

recurrió al terror. Hizo traer a unos prisioneros a la muralla. Forzó a un caballero, Reinaldo, capturado en una incursión, a renunciar a su fe, pero se negó y fue ejecutado en las almenas, arrojándose posteriormente su cuerpo a la zanja. Expusieron a otros prisioneros. De nuevo, se les pidió que renunciasen a su fe, pero se negaron. Yaghi Siyan ordenó que se apilase leña; los prisioneros, hombres y mujeres, fueron atados a estacas y quemados. Los gritos de los prisioneros quemados podían oírse por todo el campamento franco, pero tal barbarie solo reforzó su convicción.

Dentro de Antioquía, Teodoro continuó con su engaño. Leonor pensó que debía haberse comunicado de alguna manera con Bohemundo, pues la Pobre Hermandad del Templo apareció en los pasos rocosos y conductos subterráneos que se encontraban bajo la torre de las Hermanas Gemelas. Teodoro no cesaba de aconsejar a Firuz acerca de los mangoneles, catapultas y otros artilugios de guerra de los francos. Leonor se sentía como si estuviese viviendo una pesadilla. Estaba encerrada en la torre, actuando como si esta fuera su vida real, mientras que, a un tiro de flecha, su querido hermano Hugo, Geofredo y el resto tomaban posiciones para hacer pedazos el mundo en el que ella se cobijaba.

La vida en las Hermanas Gemelas estaba cambiando. El bloqueo de las puertas del Puente y de San Jorge, y la presencia de los francos al pie del monte Silpius estaban causando su efecto. Los víveres, el forraje y los objetos de primera necesidad escasearon bruscamente. Los mercados se cerraron. Los bazares se vaciaron. Los comerciantes no tenían nada que ofrecer, mientras el hambre se apoderaba de las calles. El efecto de tales privaciones se hizo más acusado. La población Armenia comenzó a agitarse; incluso Firuz comenzó a quejarse del duro régimen de Yaghi Siyan, arguyendo que su gobernante debería procurar, al menos, llegar a un acuerdo de rendición con el Ejército de Dios. Teodoro, hábil y astuto, se había percatado de esto y buscó su oportunidad. Asmaja se la sirvió en bandeja.

Leonor se había ofrecido para hacerse cargo del lavado de la ropa. Esta se apilaba en grandes cubas, se empapaba de agua y luego se exprimía y se llevaba a un olivar cercano para que se secase. Una mañana de mayo salió temprano a recoger la ropa, antes de que el ardiente sol se hiciera más fuerte; de pronto, un destello de color le llamó la atención. Dejó en el suelo las cestas, moviéndose despacio, como solía hacer cuando jugaba de niña con Hugo en los bosques, cerca de la mansión de sus padres, en Compiègne. Era un día precioso, el césped bullía con cientos de insectos, y los pájaros cantaban desde las ramas de los olivos; las esencias de la primavera cargaban la brisa de la mañana. En el extremo opuesto del campo divisó a Asmaja y a Baldur, dos amantes entrelazados, besándose y abrazándose, cegados por la pasión y el deseo. Leonor se sintió culpable, aunque siguió observando mientras Baldur y Asmaja se internaban aún más entre los árboles. Contempló cómo ambos se tumbaban, ajena a los sonidos que la rodeaban; solo el destello de las telas volvió a reclamar su atención, y se retiró. Se sintió culpable, molesta por lo que había visto, aunque

informó de todo a Teodoro. Durante su estancia en la torre, había mantenido las distancias, actuando como un marido distraído, sin contacto íntimo ni personal. Sin embargo, ahora le tomó las manos y le besó los dedos con dulzura.

—Leonor, todo lo que has hecho aquí —susurró— es actuar, al igual que yo. Lo siento por Asmaja, Firuz y Baldur, pero también me compadezco de mis camaradas, pudriéndose en el campamento, ahí fuera. Debo utilizar lo que me has dicho.

En los días que siguieron, Teodoro tejió un tapiz de intriga sutil. Firuz se enteró de la infidelidad de su mujer, para después ser testigo de ella en primera persona. No hubo confrontación ni duras palabras en público. Citó a Baldur en la torre y le despidió, mientras que Asmaja simplemente desapareció. Firuz informó a Teodoro que había enviado a su mujer de vuelta con sus padres. Teodoro, siempre buen oidor, aconsejó a su recién encontrado amigo. Firuz pidió justicia a Yaghi Siyan contra el adúltero Baldur, pero el gobernador de Antioquía tenía otros asuntos en la cabeza y rechazó la petición. Firuz volvió a las Hermanas Gemelas lleno de resentimiento, decidido a ahogar su pena en vino. Teodoro, como la serpiente del Edén, fue emponzoñando el alma de aquel hombre. Firuz le escuchaba con atención. Teodoro le dijo que todas las entradas de Antioquía estaban sitiadas y le hizo ver que la ciudad estaba atrapada y que terminaría por caer. Sugirió una forma por la que Firuz podría asegurarse justicia y venganza, no solo contra su mujer y Baldur, protegido de Yaghi Siyan, sino contra el mismo gobernador de Antioquía.

En una semana, la red estaba completamente tejida, y Firuz cayó en la trampa. Hizo un pacto secreto con Teodoro y prometió solemnemente que, a su debido tiempo, le entregaría las Hermanas gemelas a Bohemundo y al Ejército de Dios. La trampa se había cerrado. Firuz no podía echarse atrás. Si ahora revelase la trama a Yaghi Siyan, serían todos ejecutados por alta traición: él, Teodoro y los demás. Solo era una cuestión de tiempo, de esperar el momento preciso.

SÉPTIMA PARTE



Antioquía: festividad de san Lorenzo,
10 de agosto de 1098

Quo vulneratus insuper, mucorne diro lanceae.
(Donde fue herido por el corte de la afilada punta de esa lanza).

Venantius Fortunatus, «Himno en honor de la cruz».

El cénit del verano se aproximaba. El agua abundaba en la ciudad, pero los mercados seguían vacíos. Firuz, lleno de amargura, estaba aún más deseoso que Teodoro de que actuase el Ejército de Dios. La situación en el interior y alrededor de Antioquía se había agravado. El ejército desenterraba cadáveres para alimentarse, y el canibalismo se extendía por el campamento, mientras que en Antioquía, el precio de la comida se había elevado tanto que la gente mendigaba en las calles por un trozo de pan duro. Se sucedieron violentas escaramuzas en los alrededores de las puertas del Puente y de San Jorge, producto de la desesperada tentativa de Yaghi Siyan para tratar de destruir las improvisadas fortificaciones y reductos de su enemigo; no obstante, los francos continuaron con el asedio. Se filtraron algunas noticias. Khebogha, el atabeb del califa de Bagdad y emir de Mosul, se aproximaba aprisa con un enorme ejército, dispuesto a aplastar a los francos. Tales noticias alentaron a Antioquía. Bohemundo y los demás se limitaron a intensificar el asedio. Firuz hizo una nueva apelación a Yaghi Siyan para que se hiciera justicia, pero Baldur era necesario para encabezar las refriegas en la puerta del Puente, y Yaghi Siyan decidió no hacer nada.

A finales del mes de mayo, tanto sitiadores como sitiados buscaban la manera de hacer añicos al otro. El Ejército de Dios, engañado por ciertos mercaderes de Antioquía, creyó que la ciudad iba a rendirse y envió a unos emisarios hacia la puerta del Puente, encabezados por Walo, el delegado de Francia. Enseguida los rodearon y los mataron allí mismo, catapultando posteriormente sus cabezas de vuelta al campamento. El incidente sangriento acrecentó la tensión. Teodoro, temeroso de que Yaghi Siyan descubriese sus planes, pensaba que Firuz estaba ya preparado. En la festividad de la Virgen María, en el último día de mayo del año de Nuestro Señor de 1098, Firuz y Teodoro subieron hacia las almenas de las Hermanas Gemelas. Teodoro lanzó una flecha con un mensaje a la espesura; una débil luz centelleó tres veces en respuesta, una señal de que el mensaje había llegado a su destino y de que se había comprendido. La suerte estaba echada. Las Hermanas Gemelas serían traicionadas en la noche del 2 de junio.

Hasta entonces, las horas transcurrieron tensa y frenéticamente. La ciudad afrontó más ataques y mayores carencias de alimentos. Llegaron noticias de que Khebogha, al mando de decenas de miles de soldados, se encontraba tan solo a un día de marcha. El Ejército de Dios quedaría atrapado contra las murallas de Antioquía y sería destrozado completamente. Las circunstancias apremiaban, las horas pasaban. En la madrugada del 2 de junio, durante el tercer relevo de la guardia, Teodoro despertó a Leonor. Esta le pidió a Simeón que se quedase a cargo de Imogenia, mientras Teodoro y ella siguieron a Firuz hasta la plataforma de combate de la torre principal de las Hermanas Gemelas. El armenio caminaba despacio, aunque con decisión. En opinión de Teodoro, se trataba de un hombre que había cerrado una puerta de su vida y se disponía a abrir otra.

Leonor se sentía como si estuviera en un sueño. No escuchaba sonido alguno desde la oscuridad que se cernía en el exterior, una suave brisa le enfriaba el rostro

sudoroso. Permaneció oculta sobre el último escalón, entre las sombras de la puerta, mientras que Firuz y Teodoro hablaban con los guardias, que se calentaban las manos en un brasero. De repente, escuchó el siseo del acero, el crujido de una coraza, y los suspiros y gemidos de los moribundos. Escuchó su nombre y se apresuró a acudir. Los cadáveres estaban esparcidos sobre la plataforma de combate, sobre charcos de sangre. Teodoro se movía de prisa en la muralla, se inclinó entre las almenas, y lanzó al exterior una cuerda alquitranada, mientras Firuz ataba el otro extremo en un garfio de hierro que alguien había lanzado al interior de la muralla. Leonor se acercó a las almenas y observó la tímida luz de una linterna, seguida por un tintineo de armaduras. Los hombres se apiñaban abajo, desesperados, hambrientos y sedientos de sangre. Teodoro soltó un hondo suspiro mientras alzaba la sogas; de su extremo colgaba una escalera de cuero de buey. Firuz la aseguró entre las almenas. Leonor y Teodoro esperaron entre las sombras durante lo que les pareció una eternidad. Se escucharon gemidos y suspiros desde la oscuridad del exterior; finalmente, emergió la figura de Hugo, que subió a la plataforma seguido de Geofredo. Teodoro les silbó suavemente y ambos se acercaron. A la pálida luz de la noche parecían oscuros espectros, con las tocas de cota de malla cubriéndoles la cabeza, los rostros ocultos bajo grandes cascos, y las anchas protecciones de acero sobre la nariz. Hugo abrazó a Leonor, le acarició suavemente la nuca, susurró unas palabras y desapareció hacia el interior de la torre. Geofredo la besó en los labios y siguió a Hugo escaleras abajo. Teodoro corrió tras ellos mientras otros hombres seguían llegando a través de las almenas. Poco después, unas figuras oscuras se movían con sigilo a lo largo de la plataforma de combate de la torre de enfrente. Se escuchó un cruce de aceros, y algunas figuras cayeron. Leonor escuchó un grito.

—¡La escalera! —gritó Firuz—. Se ha roto.

Nervioso y tenso, volvió a arrojar la sogas, y recogió una nueva escalera de cuero, que aseguró entre las almenas. Leonor se mantuvo parapetada entre las sombras, como le había ordenado Teodoro. Fueron llegando más caballeros que, una vez arriba, se desplazaban con rapidez, con el miedo y la rabia en la mirada. Estaban embriagados por la furia de la batalla, divididos entre el terror y el deseo de venganza. Desenvainaron sus espadas y bajaron por las escaleras de la torre; Firuz les siguió. Leonor escuchó golpes y crujidos. Los caballeros intentaban forzar las puertas. Las luces de algunas antorchas comenzaron a aparecer a lo largo de las murallas. El tintineo del acero sonaba como un toque a rebato desde las torres cercanas. Finalmente, un desgarrador crujido seco la envió escaleras abajo. Unas sombras se agitaban. Los estrechos peldaños apestaban a sudor, cuero, caballo y al hedor del campamento. Un cuerpo bañado en sangre yacía bajo el pórtico de la torre; el patio exterior estaba atestado de hombres con cotas de malla. La puerta estaba hecha añicos. Un gigante hizo su entrada sobre un caballo negro de batalla. Desplegó el estandarte de color rojo sangre que portaba y se escucharon gritos y aclamaciones. Bohemundo había llegado, con el estandarte en una mano y la espada en la otra; su

voz profunda rasgó la oscuridad para proclamar la sentencia de muerte de Antioquía.

—*¡Deus vult! ¡Deus vult!* —gritaron todos—. Antioquía ha caído.

Entonces, empezó la matanza. El Ejército de Dios aseguró las otras puertas antes de extenderse como un río turbulento por calles y plazas. Los turcos, hombres, mujeres y niños, trataban de huir despavoridos en la noche, pero los capturaron y degollaron, hasta convertir el suelo adoquinado en una alfombra de sangre. Horribles gritos y estremecedores alaridos atravesaban la noche, entre el entrechocar del acero y el golpe seco de las hachas contra la madera. Tomaron la puerta del Puente y la abrieron de par en par. Raimundo de Toulouse y sus caballeros provenzales entraron como una jauría de lobos furiosos, lanzando dentelladas a diestro y siniestro por calles y callejones. El ejército se había estado pudriendo bajo la lluvia, el viento y el calor tórrido. Se habían alimentado de hojas y raíces, y habían tenido que beber un agua tan embarrada que les obstruía la garganta. Ahora había llegado el día de Dios, el día de la ira, el día de la venganza. La sangre limpiaría y purificaría las calamidades que habían tenido que soportar. Antioquía debía caer arrasada por la espada.

Los francos irrumpieron en las mezquitas, esperando encontrarse con todo tipo de abominaciones, pero solo encontraban paz y quietud, y el olor dulce de las velas y de la primera brisa del amanecer, que se colaba entre los resquicios de las ventanas de coloridos cristales. La belleza de aquellos lugares de oración fue mancillada salvajemente. No se mostró piedad con los imanes y los devotos, que rezaban arrodillados mirando hacia la Meca; encontraron la muerte con valentía, mientras las alfombras sobre las que rezaban se iban empapando de sangre. Los francos irrumpieron en los palacios en busca de oro, plata y piedras preciosas. Saquearon cuadros, tapices, cobertores y telas, volviendo a las calles vestidos con el género recién robado. Capturaron a mujeres del harén, unas bellezas armenias y circasianas, y las violaron cruelmente sobre los lujosos cojines y los bellos divanes bordados. Los griegos de tez pálida entonaban cánticos, hacían la señal de la cruz y mostraban el crucifijo, buscando recibir piedad de manos de aquellos asesinos que arrasaban Antioquía, segando vidas con sus largas espadas al igual que el viento apaga una vela.

Los turcos fueron apresados y recibieron las más crueles torturas; les abrían el estómago en canal y les sacaban las entrañas para quemárselas, o les abandonaban así a su suerte, hasta que se desplomaban. La guarnición se retiró hacia la seguridad del interior de la ciudadela, donde desplegaron sus estandartes verdes y blancos y aguardaron refuerzos. Bohemundo atacó inmediatamente la ciudadela, ahora comandada por uno de los hijos de Yaghi Siyan, hasta que una flecha le atravesó una pierna y se vio forzado a retirarse. Yaghi Siyan huyó, presa del pánico; borracho y asustado, cayéndose repetidas veces del caballo, hasta que su escolta, desesperada por huir, terminó abandonándole en el suelo. Un carnicero armenio se topó con el líder caído de Antioquía, le cortó la cabeza y se la ofreció, junto con su armadura y sus

arreos, a Bohemundo, esperando alguna recompensa.

Leonor tuvo conocimiento de todo esto mientras se resguardaba en la torre de las Hermanas Gemelas, exhausta y debilitada. Teodoro se acercó a ofrecerle alimentos, y Hugo y Geofredo volvieron, pero ella se quedó sentada e inmóvil sobre los cojines, con la mirada perdida en el infinito. Confesó discretamente a Teodoro que quería marcharse a casa. Este lo achacó a la tensión que había tenido que soportar antes de la caída de la ciudad. Leonor, completamente fuera de sí, se resguardó en las sombras de la torre, mientras la orgía de sangre iba llegando a su fin. Sin embargo, el 4 de junio, Teodoro la despertó y le dijo, casi sin aliento, que habían aparecido jinetes y patrullas a los pies de las colinas del norte de Antioquía, mientras que las fuerzas que aún permanecían en la ciudadela habían desplegado la bandera negra de combate y amenazaban con lanzar un ataque contra la ciudad.

—Debes venir —insistió Teodoro—. La apremió para que se vistiera y recogiera sus escasas posesiones y la guio escaleras abajo hacia el exterior de la torre. Mientras caminaban aprisa por el sendero la advirtió de lo que iba a presenciar. Aquello parecía el mismo infierno. Los cadáveres se amontonaban por doquier. Las otrora blancas paredes de las casas y otros edificios aparecían ahora cubiertas de sangre. El hedor de la corrupción se extendía por todas partes, contaminando el aire y emponzoñando el estómago. Ademar de Le Puy hacía lo que podía para amontonar los cuerpos en las plazas y mercados; se organizaron grandes piras funerarias, de donde manaban columnas de humo acre que hacían extraños dibujos en el azul del cielo. De nuevo, se sucedió otro pillaje generalizado. El Ejército de Dios estaba atrapado en Antioquía, y había muy pocos víveres. Bohemundo y otros líderes, estandartes en mano, desfilaron por las calles de la ciudad, haciendo una llamada al orden. Leonor se sentía como si estuviera cruzando los prados del infierno. Había fuego por todas partes. Los cadáveres, hinchados y ennegrecidos, le bloqueaban el paso. Tan solo el brazo de Teodoro sobre su hombro le proporcionaba algo de protección contra el sentimiento de honda desesperación que se cernía sobre ella, dispuesto a engullir su alma. Un pensamiento dominaba su mente: ¡Firuz! No sabía qué había sido de él. Su sufrimiento personal había sido la causa de todo esto. Había sido traicionado por Asmaja y él respondió traicionándolo todo. Pero, si no hubiera sido así, ¿cuál habría sido el destino de Hugo, Geofredo y el resto? ¿Se trataba de eso la vida? ¿Una traición que conducía a otra? Los sacerdotes predicaban sobre el infierno; Leonor se sentía como si ya estuviese enterrada allí. ¿Había alguna salvación, o estaban ella y los demás, armenios, griegos, turcos, juzgados y experimentando los horrores del castigo eterno? Leonor balbuceaba tales pensamientos mientras la conducía hasta las dependencias de un mercader turco, cuyo propietario había huido o muerto. Avisaron a un médico, que le administró una bebida amarga que la sumió en un profundo sueño.

Durante los siguientes días, marcados por terribles sueños, Leonor fue entendiendo la tormenta que acechaba al Ejército de Dios. Khebogha había llegado

con un enorme ejército, una masa compuesta por, al menos, setenta mil soldados, para enfrentarse a una fuerza franca reducida ahora a treinta mil soldados, hambrientos, despojados de armaduras, caballos, comida o bebida. La ciudad fue sitiada. Un sangriento y violento conflicto acababa de empezar. La torre Mahomeri y el castillo de la Virgen María, en poder de Roberto de Flandes, fueron sitiados igualmente. Los turcos trajeron mangoneles y catapultas, para transmitir su mensaje de muerte. Roberto de Flandes decidió finalmente quemar el castillo y se retiró hacia la puerta del Puente. Mientras tanto, en la ciudad, los turcos refugiados en la ciudadela seguían con su ataque, lanzando terribles embestidas. Bohemundo organizó una línea defensiva sobre una cresta que había frente a la ciudadela. Sin embargo, una lluvia de proyectiles, flechas y piedras caía incesantemente sobre el Ejército de Dios. La lucha se extendía desde el amanecer hasta la puesta de sol; los que tenían pan, no tenían tiempo de comérselo, y los que llevaban agua, apenas podían bebérsela. Las escenas de coraje y gallardía caballeresca seguían representándose por todos los rincones de la ciudad. Roberto de Barneville, con quince caballeros, cargó contra una tropa de turcos a caballo, pero cayó en una emboscada. Roberto consiguió escapar, y se dirigió a toda prisa hacia la ciudad, pero una flecha atravesó su cuerpo, y cayó al suelo, y su caballo sobre él. Lo remataron de una lanzada en la cabeza; después, le cortaron la cabeza y la clavaron sobre la lanza, para terror de los soldados que observaban desde las almenas.

Bohemundo se reivindicó como líder. Se concentró en la ciudadela, estandarte en mano, se vendó la pierna herida y cerró el círculo sobre los turcos. Prendió fuego a las casas adyacentes, y las llamas, avivadas por vientos tormentosos, arrasaron la ciudad, e hicieron salir de sus escondites a muchos desertores francos, a los que Bohemundo y sus capitanes obligaron inmediatamente a tomar las armas contra el enemigo. Dentro de Antioquía, Ademar continuaba con la siniestra tarea de limpiar las calles y quemar los cuerpos. Las iglesias se reabrieron y se consagraron. El antiguo patriarca, que había permanecido oculto, recuperó sus atribuciones. El Ejército de Dios aún confiaba en recibir ayuda del emperador Alejo, pero esta esperanza se desvaneció bruscamente. La oleada de desertores iba en aumento; incluso Esteban de Blois y otros líderes se sumaron al grupo de los «trepadores», aquellos que se descolgaban con cuerdas por las murallas de Antioquía por la noche, evadían las patrullas turcas y huían para relatar sus tribulaciones. Alcanzaron el puerto de San Simeón y advirtieron a los marineros que allí se encontraban con que debían huir. Los turcos atacaron el puerto y quemaron lo que quedaba, matando a todo aquel que no había podido marcharse. Alejo también retrocedió, creyendo que el Ejército de Dios, atrapado en Antioquía, sería aniquilado, una conclusión compartida ahora por los francos. Quemaron y abandonaron las fortificaciones exteriores, y el ejército retrocedió hacia la ciudad, para hacer frente a una fuerza que le doblaba en número. Pero lo peor estaba por llegar.

El hambre comenzó a hacer mella. Los francos se vieron obligados a comer hojas

de higuera, cardos, cinturones de cuero, e incluso las pieles secas de los animales muertos. La cabeza de un caballo, desprovista de lengua, se vendió por tres piezas de oro, los intestinos de una cabra por cinco, y un gallo vivo, por diez. Los caballeros estaban tan desesperados que llegaron a beberse la sangre de sus caballos y bestias de carga. Los francos llegaron incluso a entablar negociaciones con Khebogha, que les exigió su rendición incondicional y que renunciaran a su religión. El Ejército de Dios se enfrentaba a su total aniquilación. Sin embargo, Hugo y Geofredo prometieron luchar hasta la muerte. Se unieron a Leonor en confesión y volvieron a la lucha. Habían decidido que Dios necesitaba ayuda.

Una tarde, transcurrida una semana desde la caída de la ciudad, Leonor se sentó junto a Hugo, Geofredo y Teodoro sobre el tejado plano de la casa del mercader. Juntos observaron un meteorito, que cruzó el firmamento y se volatilizó, tras el campamento enemigo. La Pobre Hermandad recibió la visita del conde Raimundo de Toulouse, que se acercó a compartir un tonel de un vino especial, hallado en la bodega de un mercader armenio. Al principio, comenzaron la conversación con desgana. Estaban de acuerdo en que había pocas esperanzas de victoria, así que se sentaron a disfrutar del vino y de la fresca brisa de la tarde, observando las luces del desgarrado campamento de la avanzadilla de Khebogha. Leonor bebía despacio, escuchando el murmullo del sermón de Pedro Bartolomé, el visionario, que caminaba por el patio adoquinado. La joven y poderosa voz de Pedro se escuchó con más fuerza, recitando los salmos, mientras maldecía a los enemigos del Ejército de Dios.

*Envío enjambres de tábanos, que les han devorado,
y ranas, que les han destruido.
Ofreció también su cosecha a la oruga,
y las frutas de sus viñedos a la langosta.
Destrozó sus vinos con granizo,
y sus sicomoros con fuertes heladas.
Expuso su ganado al pedrisco,
y sus rebaños de ovejas a los rayos.
Hizo caer sobre nuestro enemigo la fuerza de su ira,
su risa y su indignación, enviándoles ángeles malignos.
Ha construido un camino de ira.
No ha ofrecido perdón a sus almas.
Entregaré sus vidas a la pestilencia.*

El conde Raimundo vació su copa sin apartar su ojo sano de Hugo.

—Solo nos queda Dios —declaró—. El Emperador no nos ayudará. Los turcos piden nuestra rendición, o nuestras cabezas, o quizá las dos. Nuestros pastores han abandonado a su rebaño, mientras las ovejas se mueren de hambre —unos gritos y alaridos le interrumpieron.

Leonor elevó la mirada ante los haces de luz que cruzaban el cielo de la noche. Grandes llamaradas del color de la sangre brillaban en la oscuridad. Desde la ciudad se escucharon gritos de «¡*Deus vult!* ¡*Deus vult!* ¡Una señal, una señal!».

—Querían una señal; ¡démosles una señal! —Raimundo se levantó y dejó su copa en manos de Hugo—. Se la daremos enseguida —se levantó, irguiendo la cabeza, como si quisiera escuchar la nueva perorata de Pedro Bartolomé, se despidió y se retiró.

Poco tiempo después, la Pobre Hermandad del Templo volvió a reunirse en el tejado de la casa. Esta vez les acompañaba Alberico y Norberto; parecían hermanos, con las capuchas cubriendo sus cadavéricos rostros, que reflejaban las calamidades que habían sufrido. Sin embargo, sus ojos brillaban con más fuerza que nunca. Parecían impacientes, deseosos de comenzar con alguna empresa importante. También se les unió Bertrán. Había declarado abiertamente su alegría por la vuelta a salvo de Imogenia, su regocijo por volver a reunirse con ella, aunque estaba muy molesto por el engaño del que su amada y él habían sido objeto. Hugo había conseguido apaciguarle, neutralizando el creciente desencanto de Beltrán, al asegurarle que el plan de Bohemundo debía mantenerse en secreto si querían tener alguna posibilidad de éxito.

—Bien, bien —murmuraba Beltrán, mirando a su alrededor, con una sonrisa forzada—, ¿escaparemos a esto recurriendo a la traición?, ¿el engaño, o la astucia?

—¿Qué debemos hacer? —dijo Hugo con severidad ante las ironías de Beltrán.

—¡Debemos luchar! —respondió Teodoro—. No podemos soportar el asedio. Cada día nos hacemos más débiles. No tenemos otra opción que abandonar Antioquía y presentar batalla a Khebogha.

—¿Para que nos derrote? —preguntó Beltrán.

—¡Nuestra situación es desesperada! —interrumpió Hugo—. No tenemos otra posibilidad. Teodoro está en lo cierto. El ejército debe ponerse en pie. Han visto las señales en los cielos. El Ejército de Dios debe determinar un punto de encuentro. Debemos purificarnos y expiar nuestras culpas —comenzó elevando la voz; ahora se convertía en un suspiro—. El conde conoce lo que he discutido con él; la voluntad de Dios debe ser cumplida.

Geofredo y él se levantaron y se retiraron escaleras abajo. Poco después, les siguieron Alberico y Norberto. Finalmente, Beltrán murmuró una despedida y se retiró, dejando a Teodoro y a Leonor a solas.

—¿Estás bien?

Leonor le respondió con una tímida sonrisa.

—Estoy cansada, hambrienta, sucia y...

—¿Perdida? —preguntó Teodoro.

—Sí, perdida.

—Todos hemos perdido el rumbo.

Leonor ladeó la cabeza. Pedro Bartolomé había abandonado su retahíla y

permanecía en silencio.

—¿Qué planea mi hermano, Teodoro?

—Una señal —se acercó y se sentó sobre los cojines apilados junto a ella—. Una señal de Dios.

—¿Con una pequeña ayuda de mi hermano?

—Quizá... —sonrió Teodoro—. Dios ayuda a aquellos que demandan su ayuda.

—Y quizá —murmuró Leonor—, a aquellos que estén dispuestos a ofrecerle ayuda.

—Precisamente —susurró Teodoro—. Leonor, en Jerusalén reposan las sagradas reliquias de nuestro salvador. ¿Y si —dijo, mirando al cielo— tales reliquias pudieran también encontrarse aquí?

La respuesta a la pregunta de Teodoro llegó deprisa. Pedro Bartolomé, que había desaparecido misteriosamente durante algunos días, reapareció y se presentó ante el conde Raimundo y Ademar de Le Puy con la promesa de una revelación. La demanda de audiencia de Pedro fue como la respuesta a una oración. En la ciudad, el pánico comenzaba a generalizarse, la gente se preguntaba qué fatalidades les aguardaban. Las noticias de la inminente revelación se propagaron como el fuego sobre el pasto seco, y cuando Pedro se presentó, el mensaje que transmitió su poderosa voz se repitió incansablemente por todos los rincones de la ciudad.

—Señores —comenzó—, Andrés, el apóstol de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, me ha reprendido recientemente por cuarta vez. Me ha ordenado que os devuelva, después de que se capturase esta ciudad, la lanza que abrió el costado de Nuestro Salvador. No le he obedecido. Hoy salí de la ciudad a luchar, junto a los demás. Caí atrapado entre dos jinetes. Estuve a punto de ahogarme, y tomé asiento sobre una roca, casi sin aliento. Estaba débil, exhausto por el hambre, el miedo y la tristeza. San Andrés vino a mí en un sueño, acompañado por alguien. Me amenazó con grandes males, a menos que os comunicara las noticias enseguida... —en ese instante, el conde y el obispo le interrumpieron, pidiéndole que explicase sus palabras.

—Hace meses, cuando el primer terremoto hizo temblar Antioquía, no dije nada, que Dios me asista. Una noche, mientras dormía, la tierra volvió a estremecerse. Mis temores crecieron, y al abrir los ojos, vi a dos ante mí, vestidos con brillantes túnicas. El primero era más viejo, y lucía un cabello rojo y blanquecino; tenía una barba tupida y era de media estatura. Su compañero era más joven y alto, más hermoso que cualquier niño de este mundo. El más viejo me dijo: «¿Qué estás haciendo?», yo me asusté y le respondí: «¿Quién eres?». El hombre replicó: «Levántate y no temas, y escucha lo que tengo que decirte. Soy el apóstol Andrés. Reúne al obispo de Le Puy y al conde Raimundo de Toulouse y transmíteles estas palabras, “¿Por qué ha dejado el obispo de sermonear y amonestar a la gente de la cruz, cuando les podría hacer tanto bien?”, y añadió, “Acércate, te mostraré la lanza de Nuestro Señor Jesucristo y deberás llevársela al conde Raimundo, pues Dios pretendía que él la tuviese bajo su

custodia desde el momento de su nacimiento”».

»Me levanté y seguí a San Andrés a la ciudad, vestido tan solo con mi camisa. Pasé, sin sufrir daño alguno, por las calles de los turcos, y me llevó hasta la iglesia de San Pedro Apóstol, que los turcos habían transformado en una mezquita. Dentro de la iglesia, dos lámparas despedían más luz que el sol. Me dijo que me esperase y me ordenó que me sentara junto a la base de una columna cercana a los escalones que conducían al altar. Siguió adelante y desapareció, como tragado por la tierra. Al poco tiempo, apareció de nuevo, portando la lanza, que depositó en mis manos. Me dijo: “Contempla la lanza que atravesó su costado, de donde procederá la salvación del mundo”. La sujeté en mis manos, llorando de alegría. “Dios”, dije, “si es esa tu voluntad, la tomaré y se la daré al conde”. Y me dijo, “Todavía no, pues la ciudad será tomada pronto. Después, ven con doce hombres, búscala en el mismo lugar de donde yo la he sacado, y la hallarás”. Y devolvió la lanza a su sitio. Después de todo aquello, me condujo de vuelta hasta mi tienda, en el campamento. Cuando desperté, reflexioné sobre la condición de mi pobreza, y estaba demasiado aterrorizado para aproximarme a vosotros. Sin embargo, al rayar el alba en el primer día de la cuaresma, San Andrés reapareció ante mí, con los mismos ropajes y con el mismo acompañante, irradiando un brillo celestial.

»—¿Estás despierto? —preguntó San Andrés.

»—Mi señor, no estoy dormido.

»—¿Has hecho lo que te encomendé?

»Yo le repliqué: “Señor, te he rezado para que enviaras a otra persona para esta misión. Solo soy un pobre hombre, no me creerán”. Me respondió que Dios había escogido a Pedro Bartolomé entre todos los hombres, como se trilla un grano de trigo de entre la cosecha, pues podía ver en mí mérito y favor. —Pedro les explicó cómo le reconfortó ese mensaje, aunque había permanecido en silencio, hasta ahora.

Las noticias de la visión de Pedro Bartolomé se extendieron por la ciudad, al igual que lo hizo su oferta para probar la veracidad de su mensaje, aventurándose en persona en la iglesia de San Pedro, para recuperar la lanza. Otros visionarios le sucedieron, contando historias similares. Adivinos y magos hablaron del meteorito que había caído sobre Antioquía, del terremoto, y de los guerreros celestiales que habían dividido entre sus filas.

Leonor escuchaba con interés. Intentaba atraer la conversación de Teodoro, pero este se limitaba a sellar sus labios con el dedo. Hugo y Geofredo actuaron de modo similar. Ambos estaban desesperados, apremiando al conde para que fuese a la recién convertida iglesia de San Pedro Apóstol, en busca de la lanza.

—Es nuestra única esperanza —susurraron—. Si la encontramos, la gran reliquia será nuestra gran llamada de reunificación.

Finalmente, el conde accedió. Se desplazó hasta la iglesia de San Pedro, en compañía de Teodoro, Hugo, Geofredo, Pedro Bartolomé y otros. La encontraron desprovista de fieles, aunque la muchedumbre se apelotonaba en las puertas, su

número se incrementaba según corría la noticia por la ciudad. Se levantaron algunos adoquines, y la zona que describió el visionario se inspeccionó al detalle, pero no se encontró nada. El conde Raimundo abandonó San Pedro entre burlas. Sin embargo, Hugo, Geofredo y Pedro Bartolomé siguieron buscando. Teodoro le contó a Leonor lo que sucedió después. Habían retirado mucha tierra, y cavado bastante hondo, cuando Pedro Bartolomé se precipitó dentro del foso, vistiendo solo su camisa. Se arrodilló unos instantes, ofreciendo oraciones solemnes a Dios y, poco tiempo después, apartó una piedra e introdujo una mano en el hueco para sacar la sagrada punta de la lanza. La besó y la mantuvo en alto.

—¡Una señal! —gritó—. Dios lo desea. Tenemos la aprobación de Dios.

Las noticias del hallazgo de la lanza sagrada se propagaron deprisa por la ciudad. ¡El cielo había enviado una señal! ¡Había ocurrido un milagro! Los cabecillas se reunieron inmediatamente y votaron que Bohemundo debía ponerse al frente de todo el ejército durante los próximos quince días. Ademar decretó tres días de oración y se sucedieron las procesiones por las calles, las invocaciones y letanías, y las misas. El júbilo sustituyó a la desesperación. Los francos creyeron que el ángel de la muerte se había retirado. El ejército se levantó y se preparó para abandonar la ciudad, para presentar batalla a Khebogha. Leonor, despertada de su letargo, intentó unirse a las celebraciones, pero la recluyeron en sus aposentos, junto a Simeón. No puso objeción, pues no quería convertirse en una carga para los demás. Un nuevo camino se abría ante ellos. Tendrían que luchar o afrontar una muerte lenta.

Leonor admiraba la astucia de su hermano, aunque, como le confió a Teodoro, le alarmaba cada vez más el cambio de comportamiento de Pedro Bartolomé, respetado y venerado por el Ejército de Dios. Habló extasiado de nuevas visiones, convirtiéndose en portavoz virtual del Todopoderoso. Los líderes aceptaron la sagrada lanza, pero comenzaron a recelar ante la insistencia de Pedro Bartolomé de que el conde Raimundo había sido elegido por Dios como portador de la misma. Hugo y Geofredo se dieron cuenta de que su enaltecido profeta debía ser refrenado. Se le transmitieron serenas palabras de aviso y consejo, y la sagrada reliquia se traspasó formalmente a manos del obispo Ademar, en una ceremonia pública. Los líderes quedaron satisfechos, aunque Bohemundo, que bramaba por la ciudad como un león hambriento, prestaba poca atención a la lanza y se concentraba más en organizar al ejército para el combate. El ejército franco se componía ahora de unos veinticinco mil soldados, pero solo quedaban trescientos caballos aptos para el combate. Sin embargo, Bohemundo estaba dispuesto a arriesgarse, usando tácticas similares a las empleadas contra Ridwan de Alepo. Se organizaron cinco divisiones. Los caballeros que no podían montar se organizaron en ceñidas falanges de a pie. Se les aleccionó acerca de las tácticas de los turcos y se insistió en que debían permanecer juntos, y ceñirse a las órdenes de sus respectivos líderes. Al principio, Leonor no podía entender por qué Bohemundo, con su cabellera rubia, ahora recogida, su gesto feroz y un extraño brillo en sus ojos azules, se había convertido en

un visitante asiduo de su casa, en la calle del Incienso. Y lo que era más extraño, traía exquisitas viandas, cestas de pan y bandejas llenas de delicados manjares. La casa tenía su propio establo, y hasta allí trajeron tres caballos, fuertes y bien alimentados, y les ofrecieron el mejor forraje. Leonor se percató de que ella, junto con Teodoro y Simeón, eran los principales beneficiarios de esos alimentos, servidos en secreto al caer la noche, a salvo de miradas curiosas.

En la festividad de san Juan Bautista, Bohemundo se acercó, vestido con una maloliente y sucia camisa de cuero, unas medias azules y sus botas españolas gastadas, para compartir con ellos el almuerzo de la tarde. Proclamó en voz alta que san Juan era su santo patrón y que quería celebrar su festividad. Entró en la casa bravuconamente, dando la mano a Hugo y Geofredo, dando golpecitos en la espalda a Simeón, abrazando a Teodoro y dando un tremendo apretón a Leonor, levantándola del suelo y arañándola con la barba sin afeitar. La dejó en el suelo, como se dejaría un bulto de ropas, y se rascó el cuello, empapado de sudor.

—¡Dios sabe cómo me habría gustado tener a una mujer revolviéndose debajo de mí, pero no se lo digáis al obispo! —Bohemundo estiró los brazos y soltó una risotada. Se dejó caer sobre los cojines y pidió a los demás que hicieran lo mismo. Sus enormes manos despedazaban el duro pan, sus gruesos dedos atrapaban aceitunas de la bandeja, sus enormes dientes blancos desgarraban la carne de codorniz. De vez en cuando, vaciaba el contenido de su copa y extendía el brazo para que Simeón la rellenase. Eructó y lanzó un guiño a Leonor, se chupó los dedos y, reclinándose, le agradeció la entrega de la torre de las Hermanas Gemelas.

—¿Y Firuz? —preguntó.

—Muerto —el rostro de Bohemundo adquirió un gesto solemne, y sus ojos se entristecieron—. Le mataron por error en el primer ataque.

Leonor observó un pequeño cambio en esos ojos azules y se preguntó si no habían considerado a Firuz como poco digno de confianza para nuevas misiones.

Finalmente, el gran gigante se declaró satisfecho y se incorporó para, según dijo, inspeccionar a sus «adorables muchachos», que protegían las puertas y las entradas de espías y curiosos.

—No solo de los turcos —murmuró Teodoro—. La tensión entre Raimundo y Bohemundo crece acerca de quién debe gobernar Antioquía.

—Ya he oído hablar de ello —dijo Bohemundo, volviendo a la habitación. Dio una palmadita en la espalda a Teodoro y tomó asiento sobre los cojines.

—Pero, ¡antes de vender la piel, debemos matar al oso! —introdujo el dedo en su copa de vino y dibujó un basto mapa de Antioquía sobre una servilleta blanca—. Aquí está la ciudadela del monte Silpius, en poder de los turcos. Pueden comunicarse con el enemigo, en el exterior, por medio de banderas, o enviando mensajeros. Cada una de las puertas principales, San Jorge, la puerta del Puente, la puerta del Duque y San Pablo, se encuentran ahora sitiadas por los turcos. Más al norte se encuentra el campamento de Khebogha. Cuentan con unos ochenta mil hombres, frente a nuestros

veinticinco mil. Deben haber oído hablar de esta maldita... —Bohemundo se corrigió — de nuestra lanza sagrada, ¡pero seguro que no saben que pensamos atacar! Nuestra táctica será simple. El Ejército de Dios se dividirá en cinco divisiones. La primera estará a cargo de Hugo de París. Realizará una rápida incursión y atacará al enemigo, haciéndole retroceder, proporcionándonos tiempo y espacio para abandonar la ciudad.

—¿Por qué puerta? —preguntó Hugo.

—Todo el ejército saldrá por la puerta del Puente. Los franceses del norte, comandados por Roberto de Normandía y Roberto de Flandes, seguirán a Hugo de París.

Les seguirá Godofredo de Buillon, al frente de los germanos, mientras el obispo Ademar dirigirá a los provenzales —Bohemundo se encogió de hombros—. Supongo que el conde Raimundo no se ha recuperado aún de su enfermedad. Tancredo y yo conduciremos el quinto escuadrón. Una vez que abandonemos la ciudad, formaremos en semicírculo y avanzaremos por la explanada para hacer frente a Khebogha, manteniendo el Orontes en nuestro flanco derecho. No es necesario que os hable de los peligros que entraña dicho plan.

—Mientras nos desplegamos —declaró Hugo—, los turcos que asedian las puertas nos atacarán por ambos flancos y por la retaguardia.

—Peor aún —añadió Geofredo—, si Khebogha avanza aprisa hacia nosotros, nos rodearán y nos aplastarán.

—Muy bien, muy bien —suspiró Bohemundo—. Sí, es lo que pensaba que diríais, pero tomaremos al enemigo por sorpresa. Tancredo y yo nos ocuparemos de responder a cualquier ataque desde la retaguardia. Los turcos de las demás puertas se verán obligados a cruzar el Orontes. Se separarán y dispersarán, y así será más fácil acabar con ellos. Serán una molestia, más que otra cosa. El peligro principal es Khebogha, pero ha cometido un tremendo error. Ha dejado una separación demasiado grande entre su campamento y Antioquía. Si podemos salir, desplegarlos, expulsar a las avanzadillas y caer sobre el ejército de Khebogha como una flecha, la victoria será nuestra. Nuestros hombres están desesperados, pero no carentes de inspiración. Ahora son conscientes de que debemos conseguir la victoria; si no, ¡nos enfrentaremos a una muerte segura!

Leonor sintió un calambre en el estómago, y un escalofrío le recorrió la espalda. Podía ver lo que intentaba Bohemundo. Su plan era rudimentario y simple, pero muy efectivo. El Ejército de Dios abandonaría la ciudad por la puerta del Puente y formarían en la llanura del exterior. Avanzarían hacia el norte, con su flanco derecho protegido por el río. Los turcos que rodeaban cada puerta podrían lanzarles un ataque, pero les tomarían por sorpresa. Tendrían que vadear el río y no querrían enfrentarse a la principal fuerza de los francos. Los que se refugiaban en la ciudadela podrían hacer poco; temerosos de posibles traiciones o engaños, permanecerían allí hasta que se decidiese la batalla. Sin embargo, si Khebogha decidía avanzar con su enorme ejército, el Ejército de Dios sería rodeado, atrapado y, simplemente, se enfrentaría a

su aniquilación. Alzó la mirada. Hugo y Geofredo desviaron la suya. Teodoro mantenía la vista en el rudimentario mapa que sujetaba sobre la mesa Bohemundo. Junto a ella, Simeón sentía un ligero escalofrío.

—Tendréis que convencer a Khebogha de que permanezca inmóvil —dijo Leonor. Los ojos de Bohemundo, azules como el hielo, se clavaron en los suyos—. Ya has empezado a hacerlo, ¿no es cierto?

El normando asintió ligeramente con la cabeza.

—¿Cómo?

—Es fácil. Uno de mis comandantes murió en combate alrededor de la ciudadela. Hicimos todo lo posible por recuperar el cuerpo, pero consiguieron expulsarnos. Era un buen soldado —Bohemundo la miraba atentamente—, un gran luchador; amaba el sol, el vino. Había puesto rumbo al este para convertirse en un gran señor. Juró servirme en la vida y en la muerte, y así lo hizo. Deliberadamente, dejé una carta sobre su cadáver. Los turcos de la ciudadela la habrán leído y se la habrán pasado a Khebogha. En esa carta, dirigida al emperador Alejo, informo de que me han nombrado comandante del Ejército de Dios, y que pretendo desertar de Antioquía y abandonar a su suerte al conde Raimundo —Bohemundo sonrió—. Después de todo, las diferencias entre nosotros son bien conocidas, como lo es el hecho de que planeamos marchar sobre los dominios del Emperador.

—Así que Khebogha no se moverá —dijo Simeón—. Permanecerá en su campamento, donde hay suministro de agua fresca, alejado de los contagios de la ciudad. Sabe que todo lo que debe hacer es sentarse y esperar. Sus guarniciones, apostadas a las puertas de la ciudad, os producirán daños, quizá debilitando vuestro ejército...

—Precisamente —dijo Bohemundo, aporreando la mesa—. Y para cuando lleguemos hasta Khebogha, estaremos agotados, quemados por el sol, azotados por el hambre y la sed. Quizá nos rindamos, quizá mostremos algo de resistencia, pero... —se encogió de hombros— ¿por qué iba a venir Khebogha a por nosotros, si nosotros iremos hacia él? Tendremos que caminar bajo el sol, a través de nubes de polvo, y sufriremos numerosos ataques. Él piensa que es el cazador, que aguarda a que caigamos en su trampa.

—¿Cómo sabéis que Khebogha ha leído vuestra carta?

—Muy simple —respondió Bohemundo con gesto divertido—, aún no se ha movido. Sabe, por sus espías y por la guardia de la ciudadela, que nos estamos agrupando para marcharnos. Sin embargo, no se ha movido de su campamento; ni siquiera ha reforzado los puestos que vigilan las puertas de la ciudad. No, creo que la carta está en su poder; está aguardando. Lo que debemos hacer —dijo, señalando a Leonor—, lo que *tú* debes hacer, es convencerle, dándole la hora, fecha y lugar de salida exactos de nuestra marcha.

Leonor sintió un nudo en la garganta y comenzó a sudar abundantemente. Dirigió una mirada acusadora a su hermano y Geofredo. Ambos desviaron la mirada y, desde

ese momento, Leonor se percató de cuánto habían cambiado las cosas. Dejaron de importar los lazos de sangre, el parentesco o los recuerdos del pasado; ahora, lo único que les movía era el futuro, la visión: ¡Jerusalén! Todo lo demás, incluyéndose ella misma, era un simple medio para la consecución de tal fin. Miró a Teodoro, que parecía más sereno, aunque estaba convencida de que los dientes de Simeón temblaban.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —se apresuró a preguntar—. ¿Por qué yo?

—Por lo mismo de antes —continuó Bohemundo, sin alterarse—. Teodoro, Simeón y tú. Durante la tarde del veintisiete de junio, un día antes de que nos marchemos, escaparéis de aquí y cabalgaréis hacia Khebogha. La noche anterior, Teodoro habrá lanzado una flecha al campamento enemigo, con un mensaje que informe a los turcos de que desertaremos a la mañana siguiente, y proporcionándole información vital al *atabeg* Khebogha. Os marcharéis a lomos de esos tres caballos que estamos cuidando en el establo con tanta atención; por eso también habéis recibido alimentos. Quiero que Khebogha piense que os habéis estado ocultando en la ciudad y que habéis decidido escapar.

—Pero sabrán... —Leonor tartamudeó— que hemos traicionado a las Hermanas Gemelas por medio de Firuz.

—Escucha —interrumpió Teodoro—. Hemos sido elegidos precisamente por eso. Esta es nuestra historia. Huimos del Ejército de Dios y nos refugiamos con Firuz, que tuvo un altercado con Yaghi Siyan. Firuz fue el traidor. Él entregó las torres, no nosotros. Él fue el que se las entregó a los francos, y por eso le matamos, por venganza.

Bohemundo se puso en pie, abandonó la habitación y volvió al poco tiempo con dos sacos de piel en sus manos. Deshizo el cordel del primero y sacó una cabeza cercenada. La cara mostraba una palidez mortecina, con los ojos cerrados, la sangre salpicaba los labios medio abiertos. ¡Firuz! La piel que colgaba del cuello tenía un color rojo oscuro. En el otro saco había otra cabeza que Leonor reconoció vagamente.

—Es el hermano de Firuz —explicó Teodoro—, muerto en una torre cercana, también considerado un traidor.

—Pero no lo era. Lo sé —insistió Leonor—, Firuz actuó por su cuenta; tenía miedo de que le traicionaran.

—Desde luego —intervino Hugo—. Firuz y su hermano encontraron la muerte por error en la primera incursión, entre el fragor de la lucha. Era difícil diferenciar entre amigo y enemigo. En cualquier caso, ambas cabezas se presentarán ante Khebogha como las de las dos traidores que entregaron Antioquía a los francos.

—¿Y se lo creerá? —la voz de Simeón surgió casi como un gañido—. ¿Que nosotros, bien alimentados y a lomos de caballos cebados, pudimos escondernos en Antioquía durante tres semanas, para después huir con las cabezas de nuestros dos traidores?

—¿Y por qué no? —insistió Teodoro—. Recuerda, Antioquía es una ciudad

extensa, con huertas, parques, casas, bodegas y pasadizos. Los turcos aún se refugian en la ciudad, bien armados, con lujosos tesoros y alimentos. Deben haber oído hablar de la cercanía de Khebogha. Saben que la ciudadela aún se mantiene. Todo lo que deben hacer es esconderse el tiempo suficiente, hasta que se produzca su liberación. Nosotros somos tres de esos refugiados. Nos escondimos durante todo el tiempo que nos fue posible, y después, decidimos escapar. Ocurre cada día; ¿por qué no íbamos a huir? El Ejército de Dios está debilitado y hambriento.

—Y la información que portamos —preguntó Leonor, intentando mantener húmeda la garganta para no mostrar miedo—, ¿cómo la hemos conseguido?

—Es bastante simple —dijo Teodoro, encogiéndose de hombros—, estamos en Antioquía, y los turcos pululan por las calles, la orgía de sangre ha acabado, nos relacionamos con esta u otra persona. Considerémoslo desde el punto de vista de Khebogha: ¿por qué íbamos a arriesgarnos a acercarnos a él como traidores? No, no, nuestra historia es creíble. Leonor, si no quieres venir con nosotros, no lo hagas. Lo mismo te digo, Simeón. Sin embargo, sería mucho más lógico, más convincente, si los tres explicásemos que, después de que cayeran las Hermanas Gemelas, buscamos un escondite, nos las arreglamos para sobrevivir, nos mezclamos con el Ejército de Dios, nos descubrieron y nos vimos obligados a huir. El conde Bohemundo tiene razón. Pase lo que pase, Khebogha no debe moverse.

Las preguntas continuaron. Leonor intentó ocultar su propia angustia ante el poderoso escrutinio de Bohemundo. Ahora comprendía perfectamente la lógica de su plan. Había oído rumores de gente que desertaba, que huía, ¿por qué no iban a hacerlo ellos? Su explicación era bastante convincente. Era bien sabido que los turcos se ocultaban en los bosques, valles, parques y huertas de la ciudad, bien armados y peligrosos.

—Os iréis por una puerta auxiliar que hay cerca de San Jorge —explicó Bohemundo—. Os perseguirán y dispararán, pero conseguiréis escapar. Una vez en manos turcas, estaréis a salvo. Si creen vuestra historia, también lo hará Khebogha. ¿Y bien?

Leonor miró a Simeón, que permanecía sentado, con los ojos cerrados, balanceándose adelante y atrás, murmurando silenciosamente una oración.

—Iré —susurró Leonor—, pero Dios sabe que es muy peligroso. ¿Y si Firuz se lo hubiese contado a alguien? ¿Y si algún turco sabe que le ayudamos a traicionar a las Hermanas Gemelas y ese turco está ahora con Khebogha?

—¡No! —Teodoro se sirvió de sus dedos para enfatizar sus palabras—. Las Hermanas Gemelas cayeron durante la noche. Solo el conde Bohemundo, Hugo y Geofredo sabían de nuestra participación; todos los demás piensan que fue Firuz, en solitario. La noche en que cayeron las torres, Simeón e Imogenia se mantuvieron ocultas. Como te indiqué, te mantuviste entre las sombras; los hombres que pasaron junto a ti esa noche estaban embebidos en la lucha. Yo desaparecí inmediatamente con Hugo y Geofredo...

—¿Te preparabas para esto? —dijo Leonor, con una media sonrisa.

—No —replicó Teodoro—, me preparaba ante la posibilidad de fracaso, de que el ataque a Antioquía fuera aplastado por el enemigo. Habríamos tenido que inventar alguna historia, muy similar a esta, de que Firuz era el traidor y que nosotros nos mantuvimos fieles a Yaghi Siyan.

—Voy a hablar con Imogenia dentro de unos instantes —interrumpió Hugo—, pero aparte de ella y, posiblemente, Beltrán, solo los asistentes a esta reunión conocerán la auténtica verdad de la traición de las Hermanas Gemelas. Firuz y sus hombres están muertos, y ahora usaremos esa circunstancia en nuestro beneficio.

Leonor recordó el cadáver que encontró a la salida de la torre, en la penumbra, cubierto de sangre. Se preguntaba si se trataba de Firuz, ¿un accidente? ¿O él y otros más habían sido asesinados deliberadamente por estos hombres sin piedad? —Leonor se sintió fría, distante.

—¿Y si —replicó Simeón— un espía de Antioquía les cuenta la verdad?

—¿Y cuál es? —respondió Bohemundo.

—Que cuando cayó la ciudad, nos unimos al Ejército de Dios, que nos aceptó como lo que éramos, ¡héroes!

De nuevo apareció en el rostro de Bohemundo esa mirada calculadora. Hugo y Geofredo permanecían sentados, con los hombros encorvados. Hugo se mordió el labio, como si ya hubiese reflexionado acerca de la posibilidad que sugería Simeón, y conocía la respuesta.

—¿Quién sabe que habéis sido aceptados? —replicó Geofredo—. Os habéis refugiado en esta casa durante las últimas tres semanas. ¿Cuánta gente lo sabe? Nadie, excepto algunos miembros de confianza de la Pobre Hermandad del Templo.

Leonor comprendió ahora por qué les habían mantenido ocultos, a ella y a Simeón. Poca gente se enteró de lo que había sucedido realmente en las Hermanas Gemelas; aquello quedó como un secreto celosamente guardado.

—Puede haber un traidor —dijo Hugo— entre los miembros de la hermandad, eso es lo que piensa el conde Raimundo. Sin embargo, recuerda que solo los asistentes a esta reunión, junto con Imogenia y, posiblemente, Beltrán, conocen el papel que desempeñasteis en la traición de Firuz. Puedo jurar que, desde la caída de Antioquía, Beltrán e Imogenia han sido escrupulosamente vigilados —dijo, sonriendo—. Creo que lo saben. Sin embargo, abandonaréis Antioquía en la tarde del veintisiete de junio; nosotros saldremos por la puerta del Puente la mañana del veintiocho. Ningún espía tendrá tiempo suficiente para mandar mensaje alguno a Khebogha, y vosotros llevaréis esas cabezas como prueba de la historia que vais a contar. ¿Por qué no os iba a creer Khebogha?

—Iremos —susurró Leonor—. Es peligroso, pero el futuro que afrontamos aquí es igualmente arriesgado. Al menos, podemos intentarlo —dijo, señalando a Bohemundo—, pero si Dios quiere que alcancemos Jerusalén, debéis jurar que me concederéis lo que pida, cualquier cosa que solicite. Si no de vos, mi señor

Bohemundo —continuó, girándose hacia su hermano y Geofredo—, entonces de vosotros y del conde Raimundo —los tres accedieron solemnemente. Teodoro la miraba sorprendido. Simeón murmuraba algo acerca de su libertad, lamentando el peligro. Finalmente, la reunión concluyó.

Dos días más tarde, Teodoro tomó posiciones en una zona solitaria entre las almenas, cercana a la puerta de San Jorge. Los hombres de Bohemundo, que deberían haber estado patrullando, fueron retirados bruscamente. Disparó una flecha, que se clavó en uno de los pilares de madera del puente. Un turco corrió hacia allí, recogió la flecha y retornó apresuradamente hacia la oscuridad. A la mañana siguiente, Leonor, Teodoro y Simeón se deslizaron por las hediondas calles hacia el gran parque que bordeaba la puerta de la Cabra, una puerta trasera desplazada unos sesenta metros de la puerta de San Jorge. Leonor, aterrada y empapada de sudor, llevaba una alforjas rellenas con sus escasas posesiones. Se sentía alerta, consciente de todo y de todos: un perro que olisqueaba un cadáver, a la entrada de un callejón, dos soldados que luchaban por una cesta con raíces y hierbas, un grupo de jóvenes y chicos abotagados por el hambre.

Se apresuraron a recorrer un oscuro sendero que atravesaba el parque, mientras los hombres de Bohemundo vigilaban tras los árboles. A poca distancia, al final de un surco rocoso, otros despejaban la basura y apagaban los faroles que rodeaban la puerta trasera. Los tres caballos se ensillaron; Hugo y Geofredo, portando sus armaduras, permanecían junto a ellos. Ayudaron a Leonor a subirse a su montura, le susurraron su amor y sus mejores deseos y después, como en un sueño entre la noche, Teodoro arreó su caballo, que comenzó a avanzar con suavidad. Leonor fue tras él, seguido de Simeón, y sus caballos se adentraron en la estrecha zanja de pizarra. La puerta crujió al abrirse. Un oficial les hizo una señal y pasaron ante él, cruzando la puerta. Teodoro fustigó a su caballo, y los tres cabalgaron por aquel camino desigual, galopando furiosamente hacia el estrecho puente que atravesaba el Orontes. Inmediatamente, comenzó la persecución ficticia, con Hugo y Geofredo a la cabeza; unos soldados, espada en mano, salieron apresuradamente por la puerta, gritando y agitando sus armas. Desde las almenas, los arqueros lanzaron flechas que pasaron peligrosamente cerca. Leonor sentía a su caballo a su máximo rendimiento, agitando la cabeza, entrechocando los cascos. El aire se cargaba de aquel horrible hedor agri dulce de la descomposición, de los cuerpos y trozos de armaduras y armas que se acumulaban en el suelo.

Los gritos que se oían tras ellos comenzaron a menguar. El caballo de Leonor relajó la marcha, al igual que el de Teodoro. Las herraduras de las pezuñas aporrearon las traviesas de madera del estrecho puente, el suelo pedregoso y, finalmente, la hierba seca y dispersa. Mientras Teodoro viraba bruscamente hacia la derecha, galopando por la bancada del río, los gritos y alaridos continuaron resonando desde las almenas. Teodoro se frenó al ver a un grupo de jinetes turcos, con sus capas ondeando al viento, que se dirigía hacia ellos. Detuvo el caballo, Leonor y Simeón le

imitaron, y se apresuró a levantar la mano derecha, con la palma extendida y gritando en voz alta, repitiendo las mismas palabras. Los turcos les rodearon, con ojos brillantes que resaltaban entre sus oscuros rostros. La espada y la daga de Teodoro se retiraron con rapidez de su cinturón de guerra. Leonor agitó la mano ante la nube de polvo, que amenazaba con bloquearle ojos y garganta. Se escuchó otro grito, y un oficial, que vestía una brillante coraza, capa azul y un casco ornamentado, se dirigió hacia ellos e hizo un gesto con su mano enguantada para que se apartasen sus jinetes. La tensión era insoportable. Los turcos no sabían qué hacer. Lo único que había salvado la vida de los desertores era que les habían perseguido desde la puerta y que galoparon directamente hacia las posiciones turcas. El oficial frenó su caballo y sacó un trozo de pergamino de la manga de su camisa. Se lo lanzó a Teodoro, que asintió con la cabeza, señaló a la puerta y habló apresuradamente, con urgencia, repitiendo varias veces el nombre de Khebogha. Teodoro simuló ser un desertor que portaba noticias vitales que sus recién hallados aliados debían conocer. Hablaba con excitación, como si estuviese en posesión de los más profundos secretos del conde Raimundo y el resto. Dio varios golpecitos a los sacos que llevaba en las alforjas. Se mencionó el nombre de Firuz. Teodoro se volvió, carraspeó y escupió a la oscuridad. El oficial quedó convencido por esta representación. Lanzó un grito a sus hombres, que devolvieron sus armas a Teodoro, y el oficial inició la marcha a galope tendido, levantando una pared de polvo a lo largo de la llanura de Antioquía.

Debían haber recorrido unos siete kilómetros cuando llegaron a las líneas divisorias del campamento de Khebogha. Aflojaron el paso al entrar en el camino principal que conducía al centro. El corazón de Leonor se encogió. El ejército de Khebogha era la gran horda de Asia. Jefes y emires habían respondido a la llamada de su califa para aniquilar a los invasores francos. Había una gran concentración de soldados a pie, embutidos en sus armaduras, una potente caballería, con sus cascos y sus cotas de malla, armados con lanzas, dagas y alfanjes y, desde luego, proliferaban los mortíferos arqueros turcos, sobre sus rápidas y hábiles monturas. Hasta donde alcanzaba la vista de Leonor, se divisaba un enorme bosque de tiendas y pabellones de diferentes materiales y colores. El ejército parecía bien aprovisionado, situado cerca de un río y algunos lagos. Las caballerizas albergaban un gran número de caballos, bien alimentados, acicalados y lustrosos. En una zona cercana se almacenaban hileras interminables de sillas de montar puntiagudas, tan apreciadas por los arqueros turcos.

Les ordenaron que desmontasen y les condujeron hasta la tienda del *atabeg*, un lujoso pabellón púrpura, con cuerdas de color plata y borlas doradas. El pabellón y las tiendas de su alrededor estaban acordonadas y separadas del resto del campamento por una empalizada, con su entrada de doble puerta guardada por guerreros con armaduras brillantes y ropajes impecables. Dentro del recinto, se habían plantado en la tierra los estandartes y banderolas del *atabeg*. Leonor observó a lustrosos caballos, conducidos por los mozos de cuadra. Los escribientes

permanecían sentados bajo un toldo, con pizarras apoyadas en su regazo. A la entrada de una de las tiendas de color bermellón había un grupo de bellas doncellas de largas cabelleras negras y piel dorada, envueltas en diáfanos velos de gasa. Resonaba el rumor de la música y de risas. Esto reconfortó algo a Leonor. Khebogha había decidido no avanzar. Parecía bastante confiado, aparentemente, dando la batalla que se avecinaba por vencida.

La guardia personal de Teodoro recogió las armas de Teodoro. Les registraron y, con un soldado a cada lado, fueron escoltados hacia el fresco y perfumado pabellón. Khebogha les aguardaba sobre una pila de cojines. Era un hombre joven con un rostro imperioso y arrogante, pequeños ojos negros y una nariz aguileña que destacaba sobre sus labios delgados. Llevaba un turbante blanco y una túnica bordada. Parecía más preocupado por la partida de ajedrez que estaba disputando, en un tablero esmaltado y con piezas de marfil con incrustaciones de piedras preciosas. Hablaba airadamente con su oponente, un anciano de barba blanca; entonces, se volvió hacia sus tres visitantes, forzados a arrodillarse al traspasar la entrada. A cada lado de Khebogha se situaban sus emires. Todo lo que conseguía ver Leonor en la penumbra eran caras oscuras, coloridos turbantes, un destello de blanco, o el brillo del hilo de oro o plata.

Al principio, Khebogha se mostraba abiertamente hostil. Apartó a un lado el tablero de ajedrez, se sentó sobre las piernas cruzadas, con las manos colgando entre las rodillas, y comenzó con sus preguntas, dirigidas a Teodoro. Leonor trataba de mantener la calma. Khebogha era arrogante; Teodoro era muy listo. Le dijo al *atabeg* exactamente lo que quería escuchar. Que el conde Raimundo estaba enfermo, los líderes de los francos divididos; estaban desprovistos de caballos, hambrientos, débiles, desesperados por volver a casa y abiertamente disconformes. Tenían intención de abandonar Antioquía por la puerta del Puente, justo después del amanecer del siguiente día, y marchar hacia el norte, no para presentar batalla, sino para negociar la posibilidad de conseguir paso franco hasta territorio bizantino. Dependería de Khebogha, concluyó triunfantemente Teodoro, la decisión final de dejarlos con vida o aniquilarlos. El *atabeg* manifestó abiertamente su satisfacción ante estas palabras. Asintió vigorosamente con la cabeza, volviéndose hacia los suyos y haciendo ver que lo que Teodoro acababa de hacer ver coincidía plenamente con su propia percepción. No debían moverse, sino dejar que sus fuerzas del exterior de Antioquía acecharan a los francos. La fuerza turca principal debía permanecer quieta, a la espera, y cerrar la trampa. Se escucharon voces discrepantes, pero Khebogha las ignoró. Una sombra se movió a la derecha de Leonor. Uno de los turcos avanzó con una reverencia y aconsejó a Khebogha. A Leonor se le encogió el corazón. ¡Baldur! El apuesto capitán, el seductor de Asmaja, la auténtica causa de la caída de Antioquía. Teodoro y Simeón le habían identificado también, pero mantuvieron la compostura. Aparte de sus pensamientos privados, Baldur parecía esconder desesperadamente su papel en los trágicos acontecimientos que precedieron a la caída

de las Hermanas Gemelas. No se atrevió a desvelar sus sospechas, ante el riesgo de convertirse él mismo en objeto de acusación seria. La seducción de la mujer de un oficial amigo sería considerada una falta tan abyecta entre los devotos musulmanes como entre los líderes del Ejército de Dios. Antioquía había caído a causa de la lujuria de Baldur; eso podía convertirse en su sentencia de muerte.

Simeón susurró más tarde que Baldur, en vez de atacar o criticar a Teodoro, había insistido en que Khebogha comprobase la identidad del griego. Teodoro se desenvolvió con habilidad, como descubrió más tarde Leonor. Hizo un gesto hacia ella, describiéndola como su esposa. Después, describió su deserción del Ejército de Dios. Que habían sido aceptados por Yaghi Siyan y confiados, bajo la tutela del traidor Firuz, en la torre de las Hermanas Gemelas. Que Firuz había traicionado su puesto por unos míseros cuartos, y que Teodoro, consumido por la ira, había matado a Firuz y a su hermano. En este punto, empujó los dos sacos de piel que un sirviente había situado a su lado. Las cabezas cercenadas quedaron expuestas ante murmullos de aprobación, seguidos de maldiciones dirigidas a los macabros trofeos. En ese momento, Khebogha dio unas palmadas. Seguidamente, sus visitantes, a los que ahora llamaba sus invitados, recibieron sorbetes de helado y pasteles de azafrán. Teodoro, Simeón y Leonor se relajaron. Les habían servido comida y bebida. Habían sido aceptados.

Despreocupado, Teodoro comenzó a relatar sus aventuras. Describió que había cortado una de las escaleras de cuero que había tendido Firuz, un detalle conocido por los turcos; y después, explicó cómo se ocultaron en Antioquía, tomando víveres y caballos e internándose en el denso parque cercano a la puerta de la Cabra. Dijo que se mezclaron entre los francos para adivinar sus planes, hasta que fueron descubiertos. Se habían levantado suspicacias, así que no les quedaba otro remedio que huir. Teodoro no se describió como un converso al islam, deseoso de servir a Khebogha, sino como un simple mercenario que se había percatado de que los francos estaban acabados, y que había decidido huir. Al final, Khebogha asintió con la cabeza, aplaudiendo, mientras miraba a sus compañeros. La decisión estaba tomada. Permitiría que los francos salieran de Antioquía. Les acecharían desde los puestos avanzados, para ser finalmente destrozados por su ejército principal. Teodoro, Leonor y Simeón recibieron permiso para retirarse. Les dieron una pequeña tienda, dentro de la empalizada real, y se instalaron, a la espera de acontecimientos. Leonor pasó un día y una noche de gran tensión, durmiendo a duras penas, sobresaltada por los sonidos del campamento; hasta más tarde no comprobó exactamente lo que había sucedido.

Bohemundo abandonó Antioquía, tal como se había predicho, aunque Khebogha no se percató de que tenían intención de combatir hasta la muerte. La negociación y la rendición se tomaban ahora como un completo anatema. El Ejército de Dios abandonó la ciudad por la puerta del Puente. Habían reunido y alimentado a todo tipo de caballos con toda la paja que pudieron encontrar. Hugo de París tomó la delantera,

para acabar con cualquier tipo de obstáculo; sus arqueros soltaron intensas descargas sobre los turcos, que retrocedieron ante aquel asalto brutal e inesperado. Le siguieron los franceses normandos, bajo el mando de los dos Robertos, de Flandes y de Normandía, y después, Godofredo de Bouillon, con los germanos. Ademar de Le Puy cabalgaba al frente de los provenzales. Junto al obispo guerrero se encontraba su capellán, portando entre sus manos el estandarte sagrado, la sagrada lanza que, según había proclamado el obispo, les conduciría a la victoria total. Tras ellos tronaba el quinto escuadrón, llevando en alto los estandartes encarnados de Bohemundo. La ejecución del plan de Bohemundo fue excepcional. El Ejército de Dios formó apresuradamente un gran semicírculo, de un kilómetro y medio de diámetro, con un flanco limitado por las colinas del este y el otro por el río Orontes. Los escuadrones turcos que asediaban las puertas de la ciudad se desplazaron para hostigar a los francos. Reinaldo de Toul, con falanges formadas por caballeros franceses y germanos, se volvió a hacerles frente, pero no para defenderse; al contrario, atacaron como una jauría de perros rabiosos.

En su campamento, Khebogha organizaba tranquilamente a su ejército en dos grandes divisiones. Los estandartes y banderines ondeaban al viento. El grito sagrado se elevó al cielo: «¡Alá es Dios! ¡No existe otro Dios que Alá!». Una vez acabadas sus oraciones, los devotos musulmanes se incorporaron sobre sus improvisadas alfombras de oración y comenzaron a colocar los arneses de combate. Los turcos estaban convencidos de que cerrarían la trampa sobre el ejército franco y de que lo derrotarían definitivamente. Sin que pudieran sospecharlo, una masa de soldados desesperados, también encomendados a Dios, avanzaba entre el polvo, hacia ellos. Comerciantes y granjeros, vestidos con harapos y armados con oxidados ganchos de carnicero y hachas, marchaban tras sus líderes; algunos, incluso, caminaban de la mano de sus hijos. Los sacerdotes, vestidos con sus hábitos, cantaban oraciones mientras agitaban garrotes y estacas.

La avanzada turca atacó a los francos por su flanco derecho, prendiendo fuego a los pastos secos que poblaban la bancada del río. El Ejército de Dios, tras su estandarte sagrado, simplemente caminó sobre el fuego, golpeando las llamas con sus capas. El humo se extendía por la llanura. Los jinetes turcos galoparon a través de él como fantasmas, feroces espectros armados con lanzas y escudos esféricos. Se toparon con un ataque feroz que llevó a tierra a jinete y caballo a la vez; las lanzas, jabalinas, hachas y dagas ondearon en el viento, los garrotes se elevaban y caían pesadamente, las espadas siseaban y despedazaban. El Ejército de Dios sufrió bajas, hombres que caían con todo tipo de heridas; quedaban abandonados en el suelo, con una brizna de hierba o una flor en la boca, como ofrenda para el último sacramento. Susurraban a la brisa su última confesión, y pasaban sus armas a algún compañero.

La caballería turca lanzó una carga, pero la infantería franca se mantuvo firme. De nuevo, los turcos atacaron, pero retrocedieron aterrorizados ante la visión de unas sombras grises a caballo que se dirigían hacia ellos en furioso galope. Una masa de

caballeros, con cotas de malla y lanzas en ristre, arremetieron contra la línea turca.

Aparecieron más caballeros tras ellos, con sus largas y sanguinarias espadas batiéndose al viento. Los turcos cayeron y fueron finalmente barridos por el avance de los francos a pie. El suelo se embarró con la sangre. Los hombres se tambaleaban entre gritos, con sus entrañas perforadas o asomando al exterior, la sangre manaba a borbotones de sus heridas. Entonces, el mazo implacable se elevó, dispuesto a machacar. ¡El estandarte escarlata de Bohemundo entró en escena! El gigante, embutido en su cota de malla, lanzó a sus selectos guerreros contra los escuadrones turcos. El Ejército de Dios avanzó como una enorme piedra precipitándose por una ladera. El nerviosismo se extendió entre los turcos, que fueron presas del pánico. El aire se cargó con los gritos de *¡Deus vult! ¡Deus vult!* Los caballeros, exultantes, cantaban himnos y salmos. Algunos de ellos, se quitaron los cascos y los lanzaron contra el enemigo. Algunos vieron a jinetes celestiales cabalgando junto a los francos. La primera línea turca se hizo añicos; aquellos que pudieron, salieron corriendo.

En el campamento de Khebogha, Teodoro se había apresurado a poner en lugar seguro a Leonor y Simeón. En la confusión, subieron a sus monturas y salieron al galope para buscar cobijo entre los densos arbustos del cercano lago. En el campamento turco, el caos prevalecía sobre la estrategia. El *atabeg* estaba confuso. Los informes que recibía no podían ser ciertos. Formó su segunda línea de combate. El ejército principal apenas comenzó a moverse cuando se encontraron de frente con los primeros escuadrones de la caballería turca, que retrocedía entre gritos de terror, señalando a la nube de polvo que levantaban aquellos demonios a caballo. El estandarte escarlata de Bohemundo se dirigió directo hacia ellos, ondeando en el viento. Las dos formaciones turcas se mezclaron. La confusión y el pánico se extendieron entre ellos. Las filas se disolvieron. La disciplina se rompió. Los estandartes y banderines cayeron. Los oficiales eran incapaces de dar órdenes. Los turcos comenzaron a luchar entre ellos, desesperados por escapar. El pánico dio paso a la huida cuando el Ejército de Dios, a pie y a caballo, embistió a las desorganizadas fuerzas de Khebogha. Los líderes turcos huyeron despavoridos, sus soldados les siguieron. Las hordas francas entraron en el campamento, acuchillando a las mujeres, saqueando los víveres, irrumpiendo en los brillantes pabellones, registrando los cofres de madera de cedro, hundiendo sus sucias manos en montañas de perlas y piedras preciosas, saqueando tapices, hermosos cuadros y alfombras.

Para cuando Leonor y Simeón volvieron al campamento, la victoria estaba asegurada, y la derrota de Khebogha era total. Bohemundo y los otros líderes ya se habían convocado para una reunión en el pabellón de Khebogha. Teodoro, Leonor y Simeón fueron invitados a pasar para «recibir la más sincera gratitud» de los líderes. Les agasajaron con copas de vino y sorbetes de helado, además de pan tierno y lonchas de carne asada. Bohemundo gritaba que podían tomar cualquier cosa que se les antojase. Leonor se limitó a descansar sobre los cojines. Teodoro narró los

pormenores de su misión y, de nuevo, recibió la gratitud del gigante normando; después, se les excusó para que descansaran. Leonor rogó que la llevaran a algún sitio seguro y tranquilo. Los oficiales comenzaban a imponer el orden entre la tropa cuando, de pronto, se escuchó pronunciar a gritos el nombre de Teodoro. Se giraron y caminaron hacia allá. Un grupo de soldados germanos custodiaba a un prisionero maniatado, Leonor reconoció a Baldur, con sus finas vestiduras completamente rasgadas. Los germanos gesticulaban hacia su prisionero, y uno de ellos levantó su espada, simulando entre burlas que decapitaba a Baldur. Teodoro habló calmadamente con ellos, y los germanos bajaron sus espadas con respeto. Teodoro hizo señas a Baldur para que se aproximara, mientras Leonor se colocaba tras él.

—¿Qué quieres, hermano? —preguntó Teodoro.

Baldur se mordió los labios manchados de sangre.

—Mi vida, hermano. Sospechaba la verdad, pero no te traicioné.

—Es cierto —asintió Teodoro—, no lo hiciste —dijo, y se volvió hacia el oficial germano—. Dadle a este hombre pan y agua, sus armas y un caballo. Dejadle que se marche. El conde Bohemundo responderá por él.

El germano escupió en el polvo, se encogió de hombros y dio la orden. Antes de llevarse a Baldur, el turco se giró sobre sí mismo, se quitó el cinturón y lo puso en las manos de Teodoro.

—Cuando encuentres a tu traidor —susurró—, cuélgale con esto.

OCTAVA PARTE



Marrat: festividad de san Hilario,
13 de enero de 1099

Regnavit a ligno Deus.
(Dios reina desde un árbol).

Venantius Fortunatus, «Himno en honor de la Cruz».

—Babilonia se ha convertido en el habitáculo de demonios, en la casa de todos los espíritus malignos, en la jaula de los diablos sucios y aborrecibles —la voz de Pedro Bartolomé resonaba entre el Ejército de Dios, acampado en el exterior de Marrat, en el norte de Siria.

—Babilonia no —susurró Leonor—. ¡No quedan demonios allí! Todos los demonios han venido a Marrat —dijo, dando un sorbo a su copa de vino aguado y pasándosela después a Simeón, que miraba preocupado a su señora-hermana.

A lo largo de los últimos seis meses, había llegado a amar a esa excéntrica dama franca. Leonor era divertida y valiente, aunque llena de ideas y nociones que rozaban lo pueril. Simeón jamás conseguía adivinar el motivo de tales ataques de oscuridad espiritual. ¿No sabía ella que, en este mundo, los hombres malvados deambulaban de aquí para allá, ocupados en sus malas acciones? ¿No habían hablado ya suficientemente de eso? ¿De que había muy poca diferencia entre los turcos y los francos?

—¿Está llegando a su fin, Simeón? —preguntó Leonor, mirando fijamente a las llamas que se elevaban en el cielo nocturno, sobre Marrat. La brisa de la tarde traía los gritos exultantes de la muchedumbre, mientras echaban abajo las murallas de la ciudad.

—No lo creo. Al menos, nos dirigimos a Jerusalén —añadió Simeón con voz lastimera—. Vuestro hermano y Lord Geofredo se asegurarán de ello.

—¡Desde luego que lo harán! Si nosotros hemos cambiado, ellos también —Leonor se limpió el hollín de la cara—. Los dos actúan como monjes, tan fieles a su causa como un benedictino a su abadía.

—¿Y Lord Teodoro? —dijo Simeón, con tono ligeramente burlón—. ¿Sigue cortejándoos con tanto apasionamiento como siempre?

Leonor se ruborizó y apartó la mirada. Cogió un trozo de pergamino y una pluma del escritorio que Simeón había saqueado del campamento de Khebogha. El amanuense sonrió para sus adentros. Sabía que haría eso, para distraerse ella y distraerle a él. «Aunque debería continuar con esta crónica», reflexionó Simeón. Después de todo, muchos otros, incluyendo a Raimundo de Agiles, capellán del conde Raimundo de Toulouse, escribían la suya. Simeón esperaba ganar fama duradera con sus memorias, ¿o serían, en realidad, las memorias de Leonor de Payens? «Qué más da —pensaba, encogiéndose de hombros—, la crónica es lo importante».

—¿Lord Teodoro? —susurró Simeón, pero Leonor, en vez de recuperar el tema de la conversación, mantuvo la mirada perdida en la noche. Simeón y ella habían compuesto su propio enigma secreto. Según este, la humanidad no se dividía en turcos, ortodoxos, armenios y bizantinos, sino en personas religiosas y en las que eran realmente humanas. Esos humanos reales podían no ser religiosos, sin embargo, los religiosos no podían ser humanos reales. La primera parte de la hipótesis describía a Teodoro: cortés, valeroso y, la verdad sea dicha, totalmente cínico en cuanto a la

religión de la iglesia, y más aún respecto de los líderes del conocido como Ejército de Dios. Leonor también se había percatado de que Teodoro la amaba, y si pudiese escapar de este caos de sangre, reflexionaría acerca de eso y de sus sentimientos hacia él. Respiró profundamente. ¡Debía aclarar su mente! Habían pasado demasiadas cosas desde la derrota de Khebogha. Se volvió hacia Simeón.

—¿Estás preparado?

—La gran victoria en Antioquía —murmuró Simeón.

Ah sí, reflexionó Leonor. Si los turcos estaban sobrecogidos por su completa derrota en las afueras de Antioquía, también lo estaban los francos por su milagrosa victoria. La única explicación para su victoria debía ser la presencia de la sagrada lanza, que había puesto del lado de los francos a San Jorge y a todas las huestes celestiales. Se entonaron multitud de himnos de alabanza, salmos de batallas y cantos, además de las gloriosas palabras de las incontables misas ofrecidas en acción de gracias. Khebogha y todo su poder, caballos y jinetes, fueron derrotados, al igual que el faraón y sus carros, en el mar Rojo. La temporada de necesidad dio paso a la temporada de abundancia. El saqueo fue completo, los botines se amontonaban por doquier, se tomaron caballos y las despensas volvieron a estar repletas. El campamento de Khebogha fue brutalmente despellejado, al igual que haría una plaga de langosta con un viñedo o una huerta. Una vez concluida la tarea, el Ejército de Dios marchó triunfalmente de vuelta a Antioquía. El comandante de la ciudadela se rindió ante el conde Raimundo, que se había sentido demasiado enfermo para la batalla, pero que se recuperó lo suficientemente rápido para enviar su estandarte al interior de la ciudadela. Bohemundo se apresuró a volver, sospechando algún plan secreto del conde Raimundo para hacerse con la ciudad al completo. El comandante de la ciudadela se apresuró a devolver el estandarte provenzal, aceptó el de Bohemundo y se convirtió al cristianismo, al menos, en público.

La victoria franca en Antioquía pronto desató divisiones internas. La rivalidad entre Bohemundo y el conde Raimundo se acentuó. Bohemundo se consideraba a sí mismo el vencedor de Khebogha; pero el conde Raimundo, a quien había sido confiada la sagrada lanza, se atribuyó el mérito de la caída del *atabeg*. Sin embargo, Bohemundo declaró en público que le importaban un bledo las señales divinas o las lanzas sagradas. ¡Khebogha había sido vencido por sus caballeros! Se apropió de la ciudadela y de otras fortificaciones, mientras el conde Raimundo ocupaba el palacio del gobernador y, más importante aún, la puerta del Puente, por la que se accedía al camino que conducía al puerto de San Simeón y al mar. Ninguno de ellos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, ni a ceder un solo centímetro de terreno.

Se convocó una reunión, pero los dos hombres fueron incapaces de ponerse de acuerdo. Ambos se negaban a avanzar hacia Jerusalén hasta que no se decidiera quién se quedaba con Antioquía. Se elaboró una proclama que recogía todas estas diferencias, añadiendo que el clima húmedo hacía imposible cualquier intento inmediato de marcha hacia el sur. El ejército permanecería en Antioquía hasta la

Festividad de Todos los Santos, el 1 de noviembre.

El Ejército de Dios, exhausto y sin fuerzas, lo aceptó, pero con el paso de las semanas, el resentimiento ante este retraso fue creciendo. El obispo Ademar, furioso ante las constantes discusiones, se concentró en purificar Antioquía, pues los cadáveres aún se pudrían en canales, callejones, casas y pozos. La basílica de San Pedro tuvo que ser reconsagrada, y el patriarca griego, Juan IV, recuperó formalmente su puesto. Sin embargo, Dios parecía haber dado la espalda a este auto proclamado ejército. Una virulenta y misteriosa plaga se extendió con rapidez, procedente de la miasma y el aire pútrido que despedían los cadáveres abandonados por toda la ciudad. Una tropa completa de refuerzos germanos, junto con la tripulación del barco en el que habían viajado, llegó a Antioquía, para encontrar la muerte poco después, víctima de la enfermedad. El 1 de agosto, murió el mismo Ademar. Según una visión recibida por Pedro Bartolomé, los restos del reverenciado obispo debían ser enterrados en la basílica de San Pedro, en el mismo lugar donde se encontró la sagrada lanza. Pedro también proclamó que Ademar se le había aparecido en persona, lleno de remordimiento, por haber dudado de la veracidad de la lanza sagrada. En realidad, confió Pedro, Ademar solo había conseguido salvarse de las llamas del infierno por una vela que había encendido, y por una donación que hizo para la lanza sagrada. El mensaje de Pedro era claro: su visión era una advertencia solemne de ultratumba de que no se debía dudar de la santidad de la gran reliquia, o del hecho de que los favores del cielo recaían sobre su portador, el conde Raimundo de Toulouse.

Los demás líderes no se dejaron impresionar y volvieron a sus propios asuntos. Raimundo Pilet, un influyente noble provenzal, se dedicó a hacer incursiones por las poblaciones de alrededor, tratando de imponer, a golpe de espada, la fe cristiana sobre los aterrorizados habitantes. Hugo de París salió de viaje para reunirse con el emperador Alejo, para pedir su ayuda. Sin embargo, Hugo estaba exhausto, y decidió permanecer en Constantinopla, para regresar más tarde a Francia. Otros líderes, buscando un enriquecimiento rápido, se aprovecharon de los miedos y celos de los gobernantes turcos locales. Los señores francos ofrecieron sus soldados y espadas como mercenarios, y huyeron de Antioquía como halcones, encapuchados y deseando abalanzarse sobre alguna presa. Algunos tuvieron éxito, otros, no tanto. Fulberto de Bouillon, en compañía de su joven y bella esposa, marchó a reunirse con Balduino, que se había hecho con Edessa. Un escuadrón de turcos, enviados por el gobernador de Arzen, cayó sobre ellos, y Fulberto perdió su cabeza y a su mujer, que fue reclamada enseguida por uno de los lugartenientes del líder turco. La viuda de Fulberto, de gran belleza y muy diestra en la cama, persuadió a su nuevo esposo para que convenciese a su emir, Omer de Arzen, de que debía unirse a Godofredo de Bouillon para contener a Ridwan de Alepo, el viejo enemigo del Ejército de Dios. Godofredo se apresuró a aceptar, para abandonar posteriormente a su recién hallado aliado ante la furia asesina de Ridwan.

Leonor, alojada en la comfortable casa del mercader, solo podía observar y

reflexionar, mientras el Ejército de Dios se fragmentaba poco a poco. Muchos de los integrantes de la Pobre Hermandad, y de otros contingentes, como de la Compañía de los Vagabundos, estaban muertos o desaparecidos. Los Vagabundos, que no conocían la auténtica suerte de sus líderes, renacieron con Tarfur, líder de la procaz Compañía de París, una chusma salvaje, siempre a la cabeza de cualquier exceso. Hugo y Geofredo se apresuraban ahora a salvar diferencias con los Vagabundos. Describían abiertamente la deserción de Jehan el Lobo y de sus dos lugartenientes como una blasfemia, mientras se aseguraban en secreto que los retazos de esa banda de rufianes estuviesen siempre bien provistos de comida y bebida. Por otra parte, las relaciones de Hugo con el conde Raimundo se enfriaron considerablemente. Hugo hacía responsable al conde de la inacción del Ejército de Dios y criticaba ferozmente las profecías de Pedro Bartolomé. Se mostraba, además, dispuesto a tentar a otros soldados a unirse a sus filas, a medida que se desintegraban los líderes de los francos. Los hombres comenzaron a abandonar sus tropas para unirse a otras. Hugo se esforzó al máximo en atraer para sí a los mejores efectivos. Estaba completamente convencido de que su supervivencia y la de Geofredo, a través de todos los horrores que se habían cernido sobre ellos, era una señal inequívoca de que Dios aprobaba sus planes y visiones. Siguió tratando a su hermana con cortesía y cordialidad, mostrándose agradecido por lo que había hecho, pero, en palabras de Teodoro, siempre estaba «mirando al mañana». Hugo y Geofredo se habían vuelto más distantes y severos durante la gran campaña. Actuaban como gemelos, casi como hermanos de sangre, preparando los planes para cuando cayese Jerusalén.

Ambos caballeros se mantenían apartados de las mujeres del campamento, incluyendo a las bellezas capturadas por los turcos. Teodoro sospechaba incluso que podían haberse convertido en monjes, tras jurar en secreto sus votos de pobreza y castidad, entregados en cuerpo y alma a su visión. A menudo, se preguntaba si habían persuadido al obispo de Orange, actual líder religioso del Ejército de Dios tras la muerte de Ademar, para que les ordenara sacerdotes. Desde luego, seguían siendo guerreros, feroces en combate, expertos con la espada y habilidosos con la lanza y el arco.

La Pobre Hermandad del Templo, que había abandonado la Provenza con tan altas esperanzas, había dejado de ser propiamente una hermandad, para convertirse en un contingente poco cohesionado. En Antioquía, se había transformado en una fraternidad de caballeros, a los que Hugo y Geofredo habían atraído a sus principios. Adoptaron un nuevo estandarte, en el que se mostraba la tela de un altar, con una cruz roja sobre un fondo blanco. Llevaban la misma insignia en el lado izquierdo del pecho, o del hombro, de sus grandes capas. Los caballeros que se unían a ellos aceptaban las leyes públicas, aunque Leonor se divertía con el debate de si debían afeitarse rostros y cabezas, o si debían dejarse crecer el pelo y la barba. A finales de otoño de 1098 se aceptó esto último, aunque la apariencia desarreglada de la nueva hermandad ocultaba su destreza militar. Participaron en incursiones, como

escuadrones perfectamente organizados bajo la disciplina férrea de Hugo. Tomaban prisioneros y los trataban con honor. La violación de las mujeres cautivas se prohibió taxativamente. Todas las posesiones debían ser puestas en común, cada objeto saqueado debía ser entregado al tesoro común, bajo la supervisión de Geofredo. Se instalaron en una de las pequeñas torres situadas junto a la puerta del Puente, que ahora renombraron como el Portal del Templo, nombre compartido también con su hermandad. Desde aquí observaban el programa diario de la orden benedictina: la misa de la mañana, celebrada por Alberico y Norberto, que actuaban como sus capellanes, seguida por los divinos oficios de la mañana, las alabanzas, y el resto. Estos caballeros también cambiaron su actitud hacia los líderes, distanciándose de la rivalidad entre normandos, dirigidos por Bohemundo, y provenzales, bajo el mando del conde Raimundo, y ahora pasaban un tiempo considerable ayudando a los integrantes más pobres del Ejército de Dios. La Hermandad del Portal del Templo levantó un hospital y un refectorio común, donde se servía comida y bebida a todo aquel que lo solicitase. Tenían, incluso, su propio erario público para la distribución del dinero, una oficina para la distribución de la limosna, para los débiles y enfermos, y una armería, para aquellos que carecían de armas. Ayudaban a las mujeres, particularmente, a las viudas y a las que vivían solas. Excluyeron a todos estos de la hermandad, aunque aceptaron a hombres capacitados para hacer de escuderos, pajes y sirvientes.

Hugo y Geofredo trabajaban como posesos, volviendo raramente a casa antes de la noche. Muy a menudo, permanecían en los dormitorios habilitados en su propia torre. Estaban convencidos de que Dios albergaba un plan para ellos, y de que su visión secreta los había mantenido a salvo. Decenas de miles de hombres habían muerto, pero ellos, Leonor, Teodoro, Alberico y Norberto, habían sobrevivido milagrosamente indemnes, aparte de pequeñas heridas y enfermedades, al igual que habían hecho los que se mantenían en su círculo, como Imogenia y Beltrán, que vivían ahora abiertamente como hombre y mujer. Además, los peligros del Magus, el siniestro cazador de reliquias, y de esos fanáticos Fedawi parecían haberse disipado. Teodoro estaba de acuerdo con esto, argumentando que quizá todos habían muerto en combate, o víctimas de alguna enfermedad. Simeón pensaba diferente. Se mostraba fascinado por las historias que aseguraban que los Fedawi habitaban entre ellos, y encontraba difícil aceptar que enviasen emisarios tan lejos de su solitaria fortaleza en la colina. Sin embargo, Leonor, Teodoro y él estaban de acuerdo en que el gesto de Baldur, quitándose el cinturón y arrojándolo, con las palabras: «cuelga a tu traidor con esto», era realmente desconcertante, y una posible referencia al hecho de que su secreto oponente, u oponentes, podían haber desaparecido solo momentáneamente.

A finales del otoño de 1098, la cosecha que Hugo y Geofredo habían sembrado comenzaba a dar sus frutos. Emergió una nueva facción o grupo, opuesto a normandos y provenzales, un movimiento que incluía a la masa común, los pobres del Ejército de Dios. Se denominaron a sí mismos «Jerusalemitas», y su mensaje era

escueto y simple: ya se había perdido demasiado tiempo en Antioquía, entre riñas y saqueos; el ejército debía marchar inmediatamente hacia Jerusalén. La oleada de protestas, conducidas hábilmente por Hugo y Geofredo, se intensificó con rapidez. Pedro el Eremita pasó a engrosar sus filas y se convirtió en el elocuente portavoz de los jerusalemitas a través de la ciudad. Forzó a los líderes a abandonar sus variadas campañas de pillaje y a volver a Antioquía. El ejército discurría por las calles y lanzaba vítores a los grandes señores que volvían a la ciudad, con sus carros cargados del botín de sus saqueos, y seguidos de largas hileras de prisioneros turcos, portando al cuello las cabezas cortadas de sus compañeros. Sin embargo, los jerusalemitas pronto forzaron una reunión de los líderes, en la que Pedro el Eremita comunicó su mensaje.

—Ya que los grandes señores se han negado, por miedo u otras razones, o por las promesas del Emperador, a conducirnos a Jerusalén, nosotros, el pueblo, elegiremos de entre nosotros a hombres de armas, valientes y fieles a su Dios, para que nos guíen. ¿No incomoda a los príncipes —proclamó Pedro—, nuestros señores, que nos hayamos demorado aquí un año y que miles de hombres armados hayan muerto? Aquellos que deseen permanecer aquí, y seguir apilando oro, ¡que se queden! Aquellos que anhelan poseer Antioquía, ¡que la posean! Sin embargo, nosotros nos pondremos en marcha. Los que permanezcan aquí perecerán sin haber hecho nada provechoso, como aquellos que murieron aquí en el pasado. En realidad, cada día hay tantas disputas en Antioquía que bien deberíamos echar abajo sus murallas, para restaurar la paz que reinaba entre nosotros antes de que cayera la ciudad. Debemos regresar a nuestro peregrinaje, en vez de continuar debilitándonos por el hambre y las luchas.

Los señores del consejo no pudieron resistir tal declaración. Se tomó la decisión y se alcanzó un compromiso. En noviembre de 1098, el ejército se internó en el corazón de Siria, dispuesto a tomar Marrat en Numan, una fortaleza vital para el control de las rutas hacia el sur. Marrat era una ciudad bien fortificada, dominada por su gran mezquita de cúpulas azules, situada sobre una gran colina desde la que se podía observar el campamento del Ejército de Dios, entre campos de olivo, más allá de las murallas de la ciudad. Los francos levantaron sus tiendas y cobertizos, cubriendo sus techos con cáñamo, para su protección, y se dedicaron a observar y esperar. Marrat estaba bien defendida, con sus formidables murallas y torres y su profundo foso seco. Los turcos no les temían; ya habían repelido otros ataques anteriores de los francos, y pensaban que esta vez no sería diferente. Toda la población de la ciudad se paseaba por las almenas, insultando a los francos, burlándose de su cobardía y descolgando cruces invertidas desde lo alto de las murallas. Esto provocó la respuesta deseada. El Ejército de Dios atacó de inmediato, vadeando el foso seco y apostando escalas sobre las murallas. Estas fueron destruidas con facilidad, y los francos se vieron obligados a retirarse y a comenzar un asedio.

Noviembre dio paso a diciembre. La fría y dura lluvia pudría sus tiendas, echando

a perder sus reservas de víveres. Los francos, incluyendo a Leonor, se vieron forzados a regresar hacia los campos, donde escudriñaban la tierra en busca de granos de harina, cebada, lenteja o cualquier otra verdura. Pedro Bartolomé entró en escena. Postulándose como el nuevo Juan Bautista, acusó al Ejército de Dios de incontables pecados indecentes: asesinato, pillaje, robo, violación y adulterio; estos, según argumentó, eran la auténtica causa de su actual infortunio. Instó a todos a purificar sus almas por medio de los sacramentos, la oración y la entrega de sus almas. Sus camaradas accedieron y, seguidamente, volvieron a asuntos más prácticos.

Las murallas de Murrat eran demasiado gruesas para destruirlas, así que solo les quedaba la opción de escalarlas o pasar por debajo. Los francos comenzaron intentando lo segundo. Tomaron una parte del foso seco y sus zapadores comenzaron a trabajar, pero se convirtieron en blanco de rocas, dardos, flechas, fuego e, incluso, cal viva y colmenas repletas de abejas encolerizadas. Los zapadores se retiraron y los francos pensaron en otra solución. Raimundo de Toulouse, asistido por el Portal del Templo, reagrupó a sus tropas en los olivares cercanos. Pronto recopilaron la madera necesaria para construir una gran torre de asalto, que podía desplazarse sobre sus cuatro enormes ruedas. En lo alto de ella se apostaba Everardo el Cazador, principal oficial forestal de Raimundo de Toulouse. Desde allí, armado con su cuerno, dirigía a los caballeros, que empujaban la torre hacia la muralla. Al llegar a la base, los zapadores se adelantaron para intentar cavar un túnel bajo la muralla, tratando así de debilitar esa sección. Los turcos los recibieron con catapultas y cortinas de fuego. Los caballeros situados en lo alto de la torre respondieron lanzando lanzas, garrotes y rocas, además de grandes ganchos de hierro, que enredaron entre las almenas para tratar de acercar la torre a la muralla. Tras ellos se extendía una larga fila de sacerdotes en túnicas blancas, que suplicaban la ayuda de Dios para que la torre causara sangrientos estragos entre el enemigo. Mientras tanto, en el extremo opuesto de la ciudad, otra falange de caballeros cruzaba la zanja, apoyaban escalas contra las murallas y subían apresuradamente. Los turcos, presas del pánico, trataban de rechazar a los hombres que avanzaban desde la torre de asalto, que seguía aproximándose. Esta se acercó aún más, y parte de la muralla se desplomó. Los francos entraron en la ciudad a la caída de la tarde. Los líderes francos ordenaron una pausa, reacios a entablar un combate nocturno. Sin embargo, los pobres, hambrientos y furiosos, liderados por Tarfur y su chusma, entraron a tropel en Murrat, saqueando y asesinando sin medida. Bohemundo, que también había accedido a acompañar a Raimundo, aceptó la rendición de algunos líderes de la ciudad, ordenándoles que se reunieran en un lugar convenido, por su propia seguridad. No obstante, cuando despuntó el alba y los líderes se percataron de que el saqueo a gran escala había comenzado, Bohemundo despojó a los cabecillas turcos de sus posesiones. Algunos fueron ejecutados, y los supervivientes se condujeron aprisa a Antioquía, para venderlos como esclavos.

Murrat cayó víctima del pillaje y el saqueo generalizado. No se le concedió tregua

alguna. Caminar por las calles era como pisar sobre una alfombra de cadáveres. Los turcos huyeron despavoridos, buscando refugio en cuevas subterráneas, pero los francos los persiguieron y arrojaron azufre y fuego en sus escondites, para matarlos antes incluso de bajar en busca de algún posible botín. Los turcos se defendieron desesperadamente. Algunos, incluso, se suicidaron antes de rendirse. Marrat cayó y, tal como pregónó Pedro Bartolomé, ¡vaya caída! De nuevo, los líderes francos volvieron a reñir, disputándose las tierras recién conquistadas. Mientras tanto, el resto del ejército se reencontró pronto con la desesperación, pues la reserva de víveres no duró mucho. Los cadáveres de los turcos se habían despedazado en busca de monedas o gemas que pudieran haberse tragado. Se extendieron nuevos rumores de que algunos francos, atormentados por la locura de la inanición, cortaban trozos de los traseros de estos turcos muertos, que cocinaban y engullían; a veces, incluso, los devoraban antes de que estuviesen completamente asados. Otros rumores aseguraban que los cuerpos de los turcos, amontonados en las ciénagas cercanas, se recuperaban para aplacar las punzadas del hambre. A pesar de esto, los líderes seguían discutiendo. Leonor, Simeón y Teodoro sobrevivían a duras penas a base de trozos de carne seca de cabra y de densas sopas de plantas y semillas; mientras tanto, Hugo y Geofredo organizaron varias incursiones, aunque con escaso éxito.

En la festividad de la Epifanía de 1098, Hugo mostró abiertamente sus cartas. A través de su hermandad, como gustaba llamarla ahora, organizó una reunión general. El Ejército de Dios se concentró en masa ante las puertas de Marrat, rodeado por un anillo de hogueras. Durante una hora, Hugo les arengó con voz estridente, argumentando que debían abandonar inmediatamente Marrat y poner rumbo a Jerusalén. El obispo de Orange había muerto recientemente y él, Hugo de Payens, dejando a un lado a los demás cabecillas, les conduciría hacia el sur. Sin embargo, seguía deseando la compañía de sus líderes. Si Marrat no existiera, las riñas dejarían de producirse, así que debían destruir la ciudad.

Entre las filas surgió un rugido de aprobación, al que siguió una orgía de destrucción. Casas, mezquitas y templos fueron presa del fuego. Las murallas se debilitaron, las defensas se desmoronaron. El conde Raimundo salió de sus aposentos para comprobar los efectos de tal destrucción. Se había producido un cambio en su corazón, al menos, públicamente. Marrat, prometió, sería devastada y abandonada, tras lo que él, descalzo y vestido únicamente con una túnica, les conduciría hacia el sur, rumbo a Jerusalén.

NOVENA PARTE



Arqa: festividad de san Godrico,
21 de mayo de 1099

Fulget crucis mysterium.
(El misterio de la cruz resplandece).

Venantius Fortunatus, «Himno en honor de la cruz».

«He amado, oh dios, la belleza de tu casa y el lugar en donde habita tu gloria». El Ejército de Dios cantaba estos versos mientras bajaban la colina en dirección a la tierra donde nació Cristo, dejando atrás edificios que se desmoronaban a su paso. Los cristianos de la localidad, espoleados por los monjes sirios del pequeño monasterio aledaño a la iglesia de la Virgen, tomaron crucifijos y rosarios para recibirles. Los francos acamparon en una villa situada a pocos kilómetros de Arqa. El ejército, que ahora contaba con unas veinte mil almas, estaba exultante; pero nadie lo estaba tanto, según señaló Leonor en su crónica, como Hugo y Geofredo que, una vez más, habían forzado a los grandes señores a entrar en acción. El Portal del Templo, líderes de los jerusalemitas, era ahora un contingente poderoso. Jerusalén debía ser sometida con rapidez. La Ciudad Santa acababa de ser tomada por una nueva fuerza militar enviada por el califa del Cairo, líder de la secta fatimita de los turcos. Había mandado a sus tropas a través del Sinaí para ocupar Jerusalén, pero eso no importaba demasiado al Ejército de Dios. Los turcos, cualquiera que fuese su nombre u origen, serían derrotados. Jerusalén iba a caer en sus manos. Debían marchar con rapidez. Ahora estaban en la temporada en la que podían recolectar cosechas de los campos, antes de que el sol brillara con demasiada fuerza, cuarteando la tierra. Ahora era el momento apropiado para organizar la marcha. Miles de hombres habían abandonado Marrat, siguiendo el camino de la costa. Marchaban a pie, cargando a sus espaldas lanzas y bolsas, sin equipaje ni carros; les seguía una larga fila de camellos y de carromatos tirados por bueyes, pero aquello no tenía importancia. Jerusalén era su precio.

La esperanza de una marcha rápida sobre la Ciudad Santa había sido aclamada con júbilo por todos al abandonar Marrat, en febrero. Al principio, el conde Raimundo y los otros líderes parecían haber aprendido la lección. El cielo les sonreía ahora. Penetraron en el sur de Siria, una parte de la antigua Canaán, como aclamaban los más instruidos; una tierra de donde manaba la leche y la miel, especialmente durante la primavera. Un paisaje de profundas colinas púrpuras y de extensos pastizales, salteados por tierras de cultivo de tonos ocre. Entre las rocas de basalto negras, cubiertas de limo de color dorado, se distinguían cabañas de paredes blanqueadas, con sus puertas y ventanas protegidas por trozos de lona. Una tierra regalada con profusión de olivos de color gris plateado, frondosos tamariscos, adelfas en flor, enebros y mirto silvestre. Miles de flores de vivas tonalidades captaban su atención. La sombra de las nubes recorría las praderas, donde las rocas del color de la lavanda daban cobijo a arbustos de onagra. La brisa fresca agitaba la hierba y extendía la fragancia que despedían cedros y pinos, que también proporcionaban cobijo contra el sol. Por la noche, la claridad de la luna resaltaba los colores de las onagras. Al despuntar el alba, el cielo se convertía en un festival de colores cambiantes. Una tierra rica, donde el ganado, las ovejas y las cabras campaban a sus anchas. Era, a su vez, una tierra extraña, salpicada de ciudades fantasmas, ruinas de épocas pasadas, cuyas maltrechas murallas y portales seguían aún guardadas por criaturas diabólicas, esculpidas en la piedra. Mientras avanzaban hacia el sur, los

francos podían divisar la distante cima de la Montaña de la Nieve, y miraban asombrados al horizonte azul, plagado de siluetas de palmeras. Los riachuelos, manantiales y pozos abundaban. Se escuchaba por doquier el crujido de molinos de agua, mientras el aroma de los fogones, a diferencia del humo agrio de las casas incendiadas, agradaba nariz y garganta, ya bastante embelesadas con la fragancia de acacias y azaleas.

Los habitantes eran cordiales, dispuestos a comerciar, muchos de ellos eran cristianos sirios, pertenecientes a extrañas comunidades, tales como coptos o maronitas. Las noticias de las grandes victorias del Ejército de Dios y de las hazañas de estos feroces hombres de hierro les precedían; los relatos sobre las derrotas de Ridwan, Yaghi Siyan y Khebogha se propagaban como el fuego. Hugo, erigido ahora como la voz del pueblo, apremió al conde Raimundo para que tratase con los gobernantes locales, mostrándoles benevolencia. Tal diplomacia dio sus resultados: el emir de Shariz les saludó amigablemente, al igual que el gobernador de Homs. En la festividad de la Purificación de María, el ejército ocupó la ciudad desierta de Raphania, con sus jardines llenos de frutos y sus casas atiborradas de provisiones. Los hombres descansaron allí y sus cabecillas convocaron una reunión. Podían continuar hacia el interior y asediar la extensa ciudad de Damasco, o continuar hacia el suroeste, por la costa. Hugo persuadió al conde Raimundo de que hicieran lo segundo, arguyendo que la ruta costera era más fácil, y les permitiría mantener una comunicación más estrecha con los carros que portaban las provisiones, que les acompañarían durante la marcha. Siempre que fuera posible, insistió Hugo, debían intentar evitar luchas y penurias. El conde Raimundo estaba de acuerdo. El Ejército de Dios continuó su marcha por la costa del Mar Medio, donde se encontraron con alguna oposición. Las patrullas turcas de diversas fortalezas aisladas atacaron a los rezagados, hasta que el Portal del Templo entró en acción. Se retiraron de la formación y se ocultaron, vigilando atentamente a los rezagados. Los turcos atacaron, pero cayeron en una feroz emboscada organizada por la hermandad de Hugo, que los rodeó y los aniquiló por completo.

El conde Raimundo reanudó la marcha. Se hicieron con algunas fortalezas, situadas en la cima de colinas; y, finalmente, decidieron organizar un asedio sobre la gran fortaleza de Arqa. Si esta caía, confiaba en que conseguiría hacer regresar a Bohemundo, Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes, que no se habían unido a él en su marcha hacia el sur. Pensaba que Arqa caería fácilmente.

Estaba equivocado. Los defensores turcos mostraron una bravura soberbia, lanzando feroces ataques contra los francos. Se entablaron terribles duelos entre las grandes catapultas de la ciudad y las que había traído el Ejército de Dios. Se lanzaron calderos de aceite hirviendo, masas de madera en llamas, brea y azufre, que explotaban aparatosamente contra las tiendas y cabañas de los sitiadores. Raimundo de Toulouse aún pensaba que la ciudad podía caer y decidió mostrar a los turcos de la zona que era una persona a la que se debía temer. Hugo y Geofredo mostraron su

disconformidad, pero el conde se mantuvo inflexible. Amenazó al gobernante de la cercana Trípoli, enviando un contingente de soldados para hacerse con el vecino puerto de Tortosa. El gobernador de Trípoli se quedó bastante impresionado y le entregó una cuadra de caballos y diez mil besantes de oro. Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes se enteraron de esto y se apresuraron hacia el sur, para unirse a Raimundo, que tuvo que emplear los fondos recién ganados no solo para pagar al belicoso Tancredo, que había desertado de su tío Bohemundo, sino también para recompensar a Godofredo y Roberto.

Un problema seguía a otro. Arqa se negaba a caer. Llegaron noticias de que el emperador Alejo había mandado un comunicado en el que daba instrucciones al conde Raimundo para que no se desplazara más al sur hasta que este se uniese al ejército, para hacer la marcha final sobre Jerusalén. La figura de Pedro Bartolomé emergió, bajo la tutela de Raimundo, con más sentencias acerca de cómo debía purgarse el ejército. Se generó un profundo resentimiento. De nuevo, unos y otros se enzarzaron en feroces discusiones. Algunas voces declararon que habían abandonado Marrat con un único propósito, marchar directamente hacia Jerusalén pero, una vez más, estaban sufriendo retrasos. Hugo y Geofredo discutieron todo esto en una reunión especial, en la tienda de Teodoro. Alberico y Norberto, con rostros descarnados y ferviente mirada, se unieron a ellos más tarde, al igual que Beltrán.

Era una noche templada y agradable, como indicó más tarde Leonor, como lo eran aquellas en las que ella y Teodoro solían pasear hacia el exterior del campamento, para disfrutar de los dulces aromas del incipiente verano, lejos del hedor de las hogueras, calderos y letrinas, y del penetrante y fétido olor de la ropa sucia sobre los mugrientos cuerpos. Teodoro había reemplazado con rapidez a Hugo en el papel de confidente de Leonor. No trataba de aleccionarla, sino que la persuadía para que hablase, y ella accedía, con mayor franqueza y honestidad que en el banco de un confesionario. Teodoro la animaba a hablar del pasado. Leonor se dio cuenta de que la presencia constante de la muerte de su violento y borracho marido se había ido disipando a lo largo de su viaje. A veces, pasaban semanas sin que se acordara de ello. Sin embargo, ahora, mientras Teodoro le hacía la corte y se iban acercando a Jerusalén, tras los horrores de la larga campaña, Leonor comenzó de nuevo a recordar el pasado. Habló de los cambios que había experimentado, de la creciente distancia que la separaba de Hugo, de la frialdad de Geofredo y de que, finalmente, había encontrado la paz, ante el peso de sus propios escrúpulos. Había llegado a convencerse profundamente de que fue su marido el responsable de su propia muerte. Si ella era culpable de alguna forma, había ya purgado su pecado con creces. Después de todo, ¿cómo podía ella haber provocado la ira de su marido, su lengua procaz y su comportamiento violento? Además, ¿qué era su muerte comparada con la de miles de inocentes, masacrados en ambos bandos de esta denominada guerra santa? Al final, el viaje hacia el este no había coincidido ni remotamente con las expectativas de Leonor. Sin embargo, seguía aquí porque aquí se encontraba, y no había posibilidad

de retorno. Es cierto, el final del largo camino se acercaba, pero ¿cómo podía Jerusalén hacerla, a ella o a cualquiera, más humana o divina? Si acaso, según confesó a Teodoro, el peregrinaje había purgado su alma de tanta impureza. Si alcanzaban Jerusalén, si conseguía sobrevivir, no volvería jamás a perseguir una visión; comenzaría de nuevo, construiría su propio mundo, y buscaría en él un refugio tan seguro como la celda de una monja.

Teodoro no discrepaba con ella. Ambos siguieron alejándose de la inmundicia del campamento, de los ruidos y murmullos del asedio sobre Arqa. Galoparon hacia la campiña, en busca de alguna cabaña encalada, con sus cercados de ganado, sus jardines de flores y sus huertos de verduras. Teodoro se sentó junto a ella sobre la hierba y le comentó que su juventud había transcurrido en un lugar parecido a este, y que su sueño había sido siempre regresar a tal vida. Leonor podía escuchar cómo se cerraba tras ella la puerta de su pasado. Ya no cabía el retorno a Compiègne. No más agonía sobre la muerte de su marido, no compartiría jamás las visiones celestiales de Hugo y Geofredo. Una vez que se tomase Jerusalén, si eso ocurría realmente, su voto se cumpliría y se abriría ante ella un nuevo camino por recorrer.

Leonor recordó la promesa que se hizo a sí misma cuando Hugo convocó su reunión. Su hermano era ahora una voz a tener en cuenta, un líder reconocido, y realizó su proclamación con palabras autoritarias y contundentes: Godofredo de Bouillon y Roberto de Flandes se habían unido al Ejército de Dios, que ahora contaba con veinte mil efectivos, a lo sumo. El asedio de Arqa consumía sus recursos y debía ser abandonado; mientras, el enorme ejército del califa del Cairo avanzaba para organizar la defensa de Jerusalén.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Beltrán, entrando bruscamente en la tienda sin ser invitado, seguido de cerca por una apesadumbrada Imogenia. Leonor la observó detalladamente. Imogenia estaba demacrada y desmejorada, no tanto debido a las privaciones como a que Beltrán y ella reñían incesantemente, aunque Leonor no conseguía adivinar el motivo de tales peleas.

—¿Que cómo lo sé? —respondió Hugo—. Por un acto de Dios. Uno de mis hermanos salió de caza; su halcón atacó a una paloma, que cayó herida al suelo. Mi hermano descubrió que la paloma portaba un mensaje en un pequeño cilindro amarrado en una pata.

—¡No me lo creo! —dijo Beltrán, en tono de burla.

—Es la verdad. Yo también lo he escuchado —intervino Teodoro—. Los turcos han entrenado a palomas para llevar mensajes a largas distancias.

—¿Y cuáles son esas noticias? —preguntó Alberico.

—Las que os he comentado. El mensaje provenía de una de las fortalezas del califa del Cairo, en el sur —replicó Hugo—. Los egipcios han enviado un gran ejército para defender Jerusalén.

Se hizo el silencio, solo roto por el crepitar del fuego y los sonidos entremezclados del campamento.

—Este disparate debe concluir —dijo Geofredo, poniéndose en pie y gesticulando con las manos. Leonor se esforzó por esconder una sonrisa. Hugo lo había preparado todo, aunque permaneciera en pie con gesto tan piadoso como el de una novicia en su coro.

—Nuestra alianza es con el conde Raimundo —dijo Alberico.

—Solo para tomar Jerusalén —murmuró Norberto.

—Si no marcha inmediatamente —continuó airado Geofredo—, le retiraremos nuestro cariño y nuestra lealtad.

Sus palabras se recibieron con gritos de aprobación.

—Pero ¿y la lanza? —declaró Norberto—. El conde Raimundo tiene la lanza sagrada, y su profeta Pedro Bartolomé la ve como una señal del cielo, una aprobación directa de Dios de todo lo que hace el conde Raimundo.

—Pero, ¿quién ha dicho que Pedro Bartolomé es un profeta en Israel? —preguntó Hugo con tono amenazador—. El cielo puede retirarle su favor y Dios, su aprobación. ¿No es cierto?

Durante los días siguientes, la pregunta de Hugo recibió respuesta, pues Pedro Bartolomé empeoró sensiblemente la situación. Ahora experimentaba nuevas visiones de Cristo, san Pedro y san Andrés, y la historia que proclamaba era espeluznante. El Señor le había comunicado que había demasiados pecadores ocultos en el Ejército de Dios, y que este mal debía ser arrancado de raíz. El conde Raimundo de Toulouse debería reunir a todo el ejército y hacerlos formar, como si estuvieran preparándose para la batalla. Entonces, Pedro Bartolomé debía distribuir milagrosamente a los francos en cinco grupos: los tres primeros los formarían los seguidores devotos de Cristo, pero los otros dos incluirían a todos aquellos contaminados por los pecados del adulterio, la fornicación, el orgullo, la avaricia y la cobardía. Pedro anunció que el Señor le había comunicado que supervisase la inmediata ejecución de tales pecadores. Desde luego, esto se interpretó como una amenaza directa. El conde Raimundo ya era bastante impopular. El sitio de Arqa se estaba alargando, en el mensaje de Alejo, este le pedía que se retrasase aún más, y ahora esto.

Los rumores se sucedieron, extendiéndose rápida y furiosamente como el fuego en un pastizal. Se decía que Pedro Bartolomé no era más que un charlatán, y que la llamada sagrada lanza no era sino una cabeza de lanza turca; el mismo Pedro Bartolomé, probablemente, con la connivencia del conde Raimundo, la había enterrado para encontrarla más tarde. Los francos estaban cansados de las continuas escapadas nocturnas de Pedro y de sus maravillosas historias. Había llegado el momento de ponerle a prueba. Arnulfo de Chocques, capellán del duque de Normandía, se puso al frente de la oposición. Él, y muchos otros, comenzaron a hacer preguntas y, debido a la influencia del Portal del Templo, estas preguntas se extendieron por todo el campamento. ¿Por qué descubrió él solo la lanza sagrada, en la oscuridad de un pozo, cuando podía haber sido revelada ante todos a plena luz? ¿Por qué le venían siempre esas visiones a Pedro Bartolomé, un antiguo frecuentador

de tabernas y posible desertor del ejército? Además, ¿cómo llegó la lanza sagrada hasta Antioquía? ¿En qué momento visitaron Poncio Pilatos o sus soldados esa ciudad? ¿Por qué nadie, excepto Pedro Bartolomé, experimentó tales visiones y supo del lugar donde estaba enterrada la lanza sagrada? Ni siquiera Ademar de Le Puy había hecho semejantes afirmaciones. En realidad, el beato Ademar se había mostrado muy receloso ante la sagrada reliquia.

Esta discusión se extendió con rapidez. Muchos comenzaron a considerar la lanza sagrada como una simple argucia. Arnulfo mantuvo la tensión, haciéndose cada vez más insistente, hasta que, finalmente, provocó que Pedro Bartolomé tratara de defenderse en público.

—¡Prended un gran fuego! —exclamó Bartolomé—. Y yo pasaré a través de él, con la lanza sagrada entre mis manos. Si la lanza es un mensaje de Dios, saldré indemne del fuego; si no, ¡moriré en la hoguera!

La dura prueba del fuego parecía ser la única solución justa. Se eligió el día: Viernes Santo, 1099. Pedro ayunó y rezó. Al llegar el día señalado se despejó una porción de terreno. Se apiló gran cantidad de madera en el centro, cubriendo una extensión de cinco pasos. Los soldados guardaron el perímetro para mantener el orden entre la muchedumbre, que se concentraba en masa para ser testigos del juicio de Dios. Dentro del centro de la zona clareada permanecía un grupo de sacerdotes, los testigos oficiales; estaban descalzos y vestían tan solo sus hábitos. Leonor y Teodoro, mezclados con los camaradas de Hugo, se acercaron a observar. Pedro Bartolomé entró en el círculo y se despojó de sus vestiduras. Las ramas de olivo secas comenzaron a arder. La pila de madera en llamas se extendía ahora a lo largo de unos cuatro metros, dividida en dos montones de un metro de altura cada uno. Entre los dos montones había un espacio libre de unos cuarenta centímetros. El fuego rugía con fuerza. Raimundo de Agiles, capellán del conde Raimundo de Toulouse, se dirigió al ejército con su poderosa voz.

—Si Dios Todopoderoso ha hablado cara a cara con este hombre y el sagrado Andrés le ha revelado el paradero de la lanza, pasará a través de este fuego sin sufrir daño alguno. En caso contrario, ¡es un mentiroso! Que se quemen él y la lanza que porta en sus manos —el ejército al completo se arrodilló y respondió al unísono: «¡Amén!».

La lengua de fuego se elevó aún más, despidiendo un tremendo calor. Pedro Bartolomé hizo una genuflexión, recibió la bendición de un sacerdote y gritó con voz fuerte y estridente que Dios era su testigo, y que no había mentido. También pidió al ejército que rezara por él. El sacerdote tomó la lanza, envuelta en un paño, y la depositó sobre las manos de Pedro Bartolomé. El profeta se levantó y caminó firmemente hacia el fuego. Un pájaro sobrevoló las llamas, recibió un golpe de calor y se desplomó. Sin embargo, Pedro atravesó la primera pira, se detuvo unos instantes y continuó a través de la segunda. El griterío que saludó su salida indemne de las llamas atravesó los cielos.

Pedro sostuvo en alto la lanza, aún envuelta en el paño; tampoco mostraba señal alguna de quemaduras. Corrió hacia la gente, gritando que Dios había probado que no era un mentiroso. Teodoro retiró de allí a Leonor ante el riesgo de que se formase un tumulto. La gente se arremolinó alrededor de Pedro Bartolomé. Leonor jamás descubrió la auténtica realidad de lo que ocurrió a continuación. Ya sea por adulación de la muchedumbre, o por la intervención de algún enemigo, Pedro recibió más daños de sus supuestos animadores que del fuego: le rompieron las piernas por dos o tres partes, y le hirieron gravemente la espalda. De hecho, podían haberle roto en pedazos si los hombres del conde Raimundo no hubiesen intervenido, disolviendo el tumulto, liberándole y conduciéndole a la cabaña de Raimundo de Agiles. La muchedumbre, convencida de que acababan de presenciar un milagro, se volvió ahora hacia el fuego, y muchos se apresuraron a recoger cenizas y ramas quemadas, atesorándolas como reliquias sagradas.

Inmediatamente, comenzaron a circular numerosas historias por el campamento. Unos decían que Pedro se había librado de arder en el fuego, y los testigos solicitaron inspeccionar su cuerpo y su rostro para asegurarse de esto. Otros, sin embargo, aseguraban que se había desplomado a causa del calor. Sea como fuere, el día siguiente a la prueba, el Sábado Santo, Pedro Bartolomé murió a causa de sus heridas, y recibió sepultura en el mismo lugar en donde tuvo lugar la ordalía. Si, en algún momento, el conde Raimundo había supuesto que el milagro silenciaría a la oposición, estaba equivocado. Las historias seguían circulando: Pedro Bartolomé era un charlatán, y la sagrada lanza, un fraude.

Raimundo trató desesperadamente de mantener su autoridad, pero Godofredo de Bouillon, Roberto de Normandía y Roberto de Flandes estaban decididos a tomar el mando, una tarea facilitada por el apoyo de Hugo y Geofredo. El Ejército de Dios estaba cansado de Arqa. Jerusalén les aguardaba. Una enorme fuerza egipcia se aproximaba. ¡Debían tomar la Ciudad Santa de inmediato! Como guiados por alguna fuerza invisible, el ejército desmontó las tiendas, quemó las cabañas y comenzó a desfilar hacia Jerusalén, entonando himnos y salmos. Raimundo de Toulouse seguía insistiendo en tener la última palabra. Su fracaso en Arqa había hecho reflexionar al gobernador de Trípoli: ¿eran tan débiles los francos que no podían tomar una simple fortificación de montaña? Envió diversas patrullas a realizar ataques. Raimundo reaccionó sin piedad. Las patrullas sufrieron una emboscada y sus cuerpos regresaron a Trípoli flotando a lo largo de un acueducto, convertidos en una masa de cadáveres decapitados y cabezas cortadas, de cuyas heridas abiertas brotaba abundante sangre.

DÉCIMA PARTE



Jerusalén: festividad de santa María Magdalena,
21 de julio de 1099

Tam sancta membra tangere.
(Para tocar los sagrados miembros).

Venantius Fortunatus, «Himno en honor de la cruz».

El Ejército de Dios avanzaba sin descanso hacia Jerusalén. Los francos entonaban himnos y cantaban sus versos favoritos de los salmos, como: «Un día en tu reino vale más que mil en cualquier otra parte». Desde luego, no cantaban eso refiriéndose a la tierra que atravesaban. El tremendo calor del verano, en todo su esplendor, aplastaba al ejército. Los remolinos de polvo les envolvían cual nubes de moscas y mosquitos, torturándoles la piel. Siguieron avanzando por la carretera de la costa, un pasillo estrecho y peligroso. Afortunadamente, no les aguardaba el enemigo para emboscarles, ni siquiera cuando pasaron por un promontorio escarpado que se adentraba en el mar, un lugar peligroso al que los habitantes locales denominaban «la Cara de Dios». Advirtieron a los francos de que debían atravesar este temible lugar en fila de a uno, y así lo hicieron. Más adelante, tuvieron que atravesar pasos similares a este. Cruzaron el río Perro, rodearon Beirut. El Ejército de Dios pasó junto a los restos de mármol de lo que una vez fueron grandes palacios y pasaron bajo los magníficos, aunque ruinosos, arcos construidos por los romanos. Finalmente, alcanzaron Sidón.

Descansaron y se avituallaron cerca de los abrevaderos. Recolectaron unas cañas, denominadas sucra, y se deleitaron con su sabor dulce como la miel. Siguieron su camino hacia la impresionante ciudad de Tiro. Allí fueron agasajados por los cristianos maronitas locales, y recibieron consejos acerca de la ruta hacia el sur: en los caminos de la costa había pocos pozos de agua potable, y aún deberían recorrer algunos pasajes estrechos peligrosos. Sin embargo, el Ejército de Dios continuó por la ruta costera, vigilando constantemente la zona interior, temerosos de ataques laterales de sarracenos y turcos que pudieran arrastrarles hasta el mar. El agua era escasa, las rocas arenosas estaban infestadas de temibles serpientes y basiliscos. Hombres, mujeres y niños, incluyendo a Leonor, escarbaban desesperados en la tierra seca, delirando por la sed, y recibían el ataque de serpientes venenosas, que atormentaban sus cuerpos entre espasmos de dolor. Las picaduras, según reflejó más tarde Leonor en sus memorias, incrementaban la desesperada búsqueda de agua, y algunos llegaban incluso a adentrarse en la orilla del mar para beber agua salada, lo que aumentaba aún más su sensación de sed.

Finalmente, el Ejército de Dios se liberó de ese territorio plagado de peligros y acampó junto a un río, que no era más que una sucesión de pozas poco profundas, alineadas a lo largo de un cauce de pizarra. Siguieron este cauce tierra adentro, hacia una llanura rocosa y polvorienta, salpicada de higueras y palmeras. En la lejanía, podían divisar la ciudad blanca de Ramleh, situada entre un imponente paisaje seco y arcilloso, dominado por salientes de roca y montículos de arena. A pesar de la sed y las calamidades, el ejército avanzaba con cautela, pero las puertas de Ramleh resultaron estar desguarnecidas. Cruzaron sus murallas y observaron aquella ciudad lúgubre y sucia. Había muy pocas manchas de vegetación; tan solo áridas nubes de polvo que atravesaban las calles y las desiertas plazas. Los maronitas locales salieron recelosamente para darles la bienvenida, y mostraron a los francos las entradas a los

depósitos de agua subterráneos que alimentaban los grandes balnearios. Los francos entraron en ellos y saciaron su sed, y se dirigieron a la mezquita blanca. Las puertas de madera de cedro y las pesadas vigas del tejado de la mezquita estaban ennegrecidas y calcinadas, quemadas por los turcos en retirada, en su afán por no dejar a los francos madera apropiada para construir máquinas de guerra. El Ejército de Dios se arrodilló sobre el suelo de mármol de la mezquita cuando los locales comentaron que, debajo de este, descansaban los restos de uno de sus grandes patronos, el mártir san Jorge. Los francos se apresuraron a reconvertir la mezquita en iglesia, y nombraron a Roberto de Rouen su obispo. Habrían permanecido allí más tiempo, pero Hugo y Geofredo, y el Portal del Templo, continuaron con su sibilina campaña: esto no era Jerusalén; debían continuar la marcha.

Hugo y Geofredo se habían distanciado de Raimundo de Toulouse, que frecuentaba cada vez más la compañía del feroz Tancredo. También tenían su propio visionario, un monje novicio, Pedro Desiderio, que advertía constantemente al Ejército de Dios de que debían continuar hacia su auténtico destino: Jerusalén. Sin embargo, Tancredo necesitaba poca motivación externa. Repetía insistentemente su demanda de que el ejército debía moverse con rapidez y, de esta forma, el 6 de junio alcanzaron la ancestral ciudad de Emaús, a pocos kilómetros del lado oeste de la Ciudad Santa, el mismo lugar en el que Cristo resucitado se había encontrado a dos de sus discípulos, que viajaban a Jerusalén. Recogiendo esta historia, Pedro Desiderio proclamó que el Ejército de Dios debía también encontrarse con Cristo resucitado en Jerusalén. Tancredo estaba decidido a cumplir con esa visión.

En la medianoche del día 6, Teodoro se deslizó hasta la tienda de Leonor y la despertó, tapándole la boca con una mano. Con la otra, le indicó que se mantuviese inmóvil. En la pálida luz de la noche, Leonor distinguió la figura de Imogenia, que dormía plácidamente, después de haber entrado en la tienda para sollozar a solas.

—Escucha —susurró Teodoro—, unos maronitas de Belén se han acercado a hablar con Tancredo. Temen que los turcos prendan fuego a la ciudad. Él, y otros cien caballeros, incluyendo a Hugo, Geofredo y a mí, vamos a cabalgar hasta allá. ¿Quieres acompañarnos?

Leonor se incorporó.

—Veremos Jerusalén —añadió Teodoro.

Leonor no necesitaba más palabras. Se preparó con rapidez y se unió a Teodoro, que la aguardaba fuera. La oscuridad comenzaba a disiparse, y el cielo comenzaba a resplandecer, mientras se apresuraban hacia la línea de caballos. Las antorchas brillaban; el humo de los primeros fuegos comenzaba a asomar. Se escuchó el aullido de un solitario chacal, que contrastaba extrañamente con las voces de los hombres que se reunían para recitar versos de los salmos.

Una vez concluido su rezo matutino, los caballeros se pusieron sus cotas de malla y cascos, se ajustaron fajas y cinturones y se colgaron al cinto sus largas espadas. Los escuderos trajeron las lanzas y los escudos. Nadie objetó a la presencia de Leonor.

Algunos de los hombres le hicieron una pequeña reverencia mientras se enfundaban sus camisones de lino, una protección segura para la cota de malla contra el sol y el polvo. Los caballos de batalla, ensillados y bien preparados, aguardaban para entrar en acción. Los caballeros se acomodaron sobre la silla de montar, y se inclinaron para coger sus lanzas y escudos. Teodoro colocó a Leonor, que montaba un pequeño pero robusto palafrén, en el centro del grupo. Tancredo desplegó su estandarte rojo y dorado y la tropa inició la marcha al galope, dejando tras ellos las trémulas luces de sus antorchas.

Se adentraron en la oscuridad de la noche, y alcanzaron Belén en el crepúsculo que precedía al amanecer, cabalgando entre cabañas de piedra, paredes lisas y callejones oscuros. Algunos perros comenzaron a ladrar, rompiendo el silencio reinante, cuando alcanzaron el pavimento de basalto de la plaza que conducía hasta la basílica de la Virgen María. La tropa se abrió en abanico tras Tancredo. Los cascos de los caballos golpeaban las piedras, los arneses de cuero crujían; seguidamente, se escuchó el tintineo de las cotas de malla y el inquietante sonido de las espadas saliendo de sus fundas. La silueta de Tancredo avanzó por la plaza, alta y oscura, envuelta en una capa, con su magnífico estandarte ondeando ante la fría brisa de la mañana. Se detuvo a medio camino y se puso en pie sobre los estribos, blandiendo el estandarte.

—*¡Deus vult!* —bramó—. *¡Deus vult!* Sus caballeros repitieron su grito, un canto triunfante de alabanza. Como en respuesta, las campanas de la basílica comenzaron a repicar su mensaje. Las luces comenzaron a aparecer tras las ventanas y las puertas empezaron a abrirse. La gente comenzó a agruparse en la plaza para observar a aquellos ángeles oscuros a caballo, que traían la liberación del lugar de nacimiento de Cristo. Las puertas dobles de la basílica se abrieron, y el anciano patriarca de la ciudad, flanqueado por monjes maronitas, con velas y cruces en las manos, salió para darles la bienvenida, mientras las campanas incrementaban su repicar metálico.

Tancredo y sus caballeros cruzaron la plaza. Leonor desmontó, auxiliada por Teodoro, y siguió al resto a través de la puerta, hacia una fría y cavernosa nave cargada del olor dulce del incienso y del humo de las velas. Los francos se arrodillaron mientras se celebraba la misa matinal, y se retiraron después de que Tancredo colocase su estandarte en la basílica. Dejó allí diez hombres para asegurarse de que este permaneciese en su sitio. Leonor se sentía como si estuviese viviendo un sueño. La dura y fría cabalgada y aquella gran nave sombría, con su suelo teselado y sus iconos, mosaicos y paredes pintadas. Había visitado la ciudad donde nació Cristo, y ahora cabalgaba a través de un estrecho barranco, entre las colinas que daban paso a Jerusalén. Alcanzaron una planicie, al despuntar el alba, y siguieron cabalgando entre olivares, pastizales y cultivos. Los hombres desmontaron al llegar al extremo de la planicie y sujetaron las riendas de sus monturas mientras se susurraban «¡Jerusalén! ¡Jerusalén!». El sol de la mañana se levantaba deprisa tras ellos. Teodoro y Leonor se acercaron al extremo de la planicie. La colina que se encontraba a sus pies formaba

una bajada muy pronunciada, al final de la cual había una pequeña iglesia y, tras ella, se cerraba un profundo y desolado desfiladero. En el extremo lejano del desfiladero se divisaban unas murallas que parecían no tener puertas. Una cúpula resplandecía por encima de las murallas y, más abajo, vieron un edificio blanco sobre el que brillaba la luz del sol de la mañana.

—Jerusalén —susurró Teodoro.

Leonor observaba. ¡No había oro, plata ni piedras preciosas! ¡No se oían trompetas celestiales! ¡No había coros de ángeles! Tan solo una masa de polvo y piedras. Se alzó una voz que la sobresaltó. Se volvió para mirar hacia donde señalaban los demás. En la lejanía, a lo largo del ancho paso que conducía a la ciudad, se distinguía el brillo de armaduras, el destello metálico de las armas y el color de estandartes, ondeando al viento. ¡La avanzadilla del Ejército de Dios! Hugo dio un grito triunfal. No cabía duda de que el Portal del Templo lideraba el avance. El ejército se disponía a comenzar el asedio sobre Jerusalén.

Los francos acamparon ante la Ciudad Santa el 7 de junio del año de Nuestro Señor de 1099. Tancredo y el Portal del Templo inspeccionaron inmediatamente las colinas circundantes, mientras los demás líderes decidían qué hacer. Las feroces discusiones duraron días. Hugo y Geofredo informaban del curso de tales discusiones a sus propios seguidores. Leonor, escoltada por Teodoro y un grupo de jinetes armados, inspeccionó la Ciudad Santa que, aparentemente, se mostraba calmada y vigilante. El comandante egipcio de Jerusalén, Iftikhar, dirigía una guarnición de turcos y sarracenos que superaban en número los veinte mil efectivos, con un cuerpo de élite de guerreros etíopes y casi quinientos jinetes del mejor cuerpo de caballería de Egipto. Según supieron los francos de sus espías, la ciudad estaba bien aprovisionada, y contaba con numerosos depósitos de agua subterráneos. Los francos no tenían tanta suerte. Iftikhar había abrasado los campos que rodeaban Jerusalén, retirando o matando al ganado y vaciando los graneros. Peor aún, había envenenado o destrozado todos los pozos, depósitos de agua y manantiales que había en el exterior de la ciudad. El verano estaba en su cénit, y el sol abrasaba el paisaje inhóspito que les rodeaba. La única fuente importante de agua fresca era la poza de Siloam, en el sur de la ciudad, cerca de la entrada al valle del Cedrón, al pie del Monte Sión. Siloam era un pequeño lago, alimentado únicamente cada tres días por un manantial, y a tiro de flecha de los hábiles arqueros, dispuestos en las murallas de la ciudad.

Leonor experimentó una profunda desesperación durante su cabalgada alrededor de las murallas de la ciudad. El sol quemaba la piel y, desde las almenas, se percibía el destello metálico de las armaduras y de los brillantes depósitos de catapultas y ballestas. Unas columnas de humo negro salían despedidas de los numerosos calderos y marmitas, mientras el hedor agrio del azufre, brea y aceite caliente flotaba en la polvorienta brisa. Las puertas y portalones estaban cegadas con ladrillos, y las almenas se habían reforzado sensiblemente. Jerusalén no era una ciudad celestial, sino una poderosa y temible fortaleza preparada para la batalla.

La descripción de Hugo, según indicó Leonor en sus memorias, no consiguió tranquilizarla en absoluto. Una vez que concluyeron el montaje de las tiendas, el Portal del Templo se reunió al norte de la ciudad. Se pusieron en cuclillas bajo un improvisado toldo, frente a un bloque de piedra arenisca; sobre este, con la ayuda de un tizón de carbón, Hugo esbozó un esquema de las defensas de la ciudad.

—Las murallas —comenzó, quitándose la capucha— tienen unos cinco kilómetros de longitud, cuatro metros y medio de alto y, en algunos tramos, alcanzan los tres metros de espesor —Hugo acalló los murmullos y exclamaciones antes de continuar—. Pensad en Jerusalén como en un rectángulo irregular de un kilómetro y medio, de este a oeste; y con una distancia similar, de norte a sur —hizo una marca en la piedra arenisca—. Estamos acampados aquí, hacia el noroeste. Solo podemos atacar la ciudad desde el oeste o el norte. El lado este está protegido por un profundo desfiladero, o valle, denominado Josafat —Hugo sacudió la cabeza—. Sería imposible lanzar un ataque desde aquí. La única puerta, el portón de Josafat, en la sección noreste de las murallas, está completamente enladrillada. En el sureste de la ciudad se encuentra el valle del Cedrón. En el suroeste se eleva el Monte Sión; más adelante, se abre el valle de Hinom.

—Debéis entender —dijo Geofredo, poniéndose en pie y haciendo gestos hacia el croquis— que las murallas de Jerusalén están protegidas por los flancos este, sur y suroeste por colinas, que caen abruptamente hacia tres valles: Cedrón, Josafat e Hinom. Solo los flancos norte y noroeste se muestran adecuados para lanzar un ataque. En estos lugares, las defensas de la ciudad están reforzadas por una muralla exterior y por un profundo foso seco. Esta sección de la ciudad, más expuesta, está atravesada por cinco puertas, desde la puerta de Herodes, en el norte y, rodeando la muralla occidental, hasta la puerta de Sión, en el sur. Cada una de estas cinco entradas, Herodes, San Esteban, puerta Nueva, Jaffa y Sión, está protegida por un par de vertiginosas torres. Dos ciudadelas fortificadas ofrecen una defensa adicional: en el extremo noroeste se encuentra la torre Cuadrangular y, más al oeste, se eleva la torre de David. Ambas —dijo Geofredo, alzando la voz— están construidas de sólida mampostería, grandes piedras, selladas con argamasa, y plomo. Godofredo de Bouillon, Roberto de Normandía, Roberto de Flandes y Tancredo montarán el asedio desde la puerta de San Esteban hasta la torre Cuadrangular. El conde Raimundo de Toulouse acampará en el exterior de la torre de David, aunque algunos aseguran que pronto se desplazará hacia la puerta de Sión.

—¡Es como en Antioquía! —se elevó una voz—. No podemos asediar toda la ciudad, y ¿dónde están nuestras máquinas de guerra? ¡No hay madera!

—¿Y hacia dónde debemos dirigirnos? —preguntó Beltrán, poniéndose en pie de un salto—. ¿Hacia el norte, el sur, el este o el oeste? —su pregunta provocó algunas risotadas entre los congregados.

—¡Esperaremos! —respondió enérgicamente Hugo—. Si esas murallas se traspasan, nuestra compañía tiene un solo lugar que alcanzar, la Cúpula de la Roca.

Ningún otro...

Sus palabras quedaron ahogadas por el bramido de cuernos, el aullido de trompetas y el estrépito de gritos y carreras. Leonor se incorporó y observó a un heraldo cubierto de polvo que, blandiendo una rudimentaria cruz, se acercaba corriendo hacia ellos.

—Atacamos mañana —anunció.

—¡Tonterías! —respondió Hugo—. No hay...

—Nuestros líderes —continuó aquel hombre, casi sin resuello— han cabalgado hasta el Monte de los Olivos para observar desde allí la ciudad. Un ermitaño, que se refugiaba en una cueva, salió de su morada para saludarles. Profetizó que si atacaban mañana, con la primera luz del alba, y luchaban hasta la novena hora, la victoria sería nuestra.

Hugo y Geofredo intentaron aplacar el entusiasmo de sus propios seguidores, señalando que los líderes simplemente querían probar las defensas de la ciudad. Beltrán se mostró de acuerdo con ellos, preguntándose a gritos por el paradero de las escalas, arietes y torres.

—Solo se necesita una escala —dijo el heraldo—. *Deus providebit*, Dios proveerá.

El resto del día, y la noche siguiente, se emplearon en la búsqueda de madera. Tancredo aseguró que había encontrado madera en una cueva cercana, a la que se había desplazado milagrosamente, aunque todos sabían que había sufrido un terrible ataque de disentería y que había ido a la cueva para aliviarse. Sea como fuere, los carpinteros comenzaron a estar ocupados, usando la pobre luz de los candelabros y antorchas para fabricar escalas con tallos de palma, ramas de álamo blanco, tamarisco y la madera retorcida de olivo. Al amanecer, los hombres de Tancredo estaban preparados, concentrados entre la puerta Nueva y la de San Esteban. Sin embargo, Geofredo y Hugo decidieron no involucrar al Portal del Templo, aunque permanecieron en la cresta de una colina para observar cómo se desarrollaba el ataque.

El sol ya casi había salido por completo, comenzando a extender su resplandor, cuando los hombres de Tancredo formaron un testudo, colocándose los escudos sobre la cabeza, y comenzaron a avanzar, cruzando el pozo y dirigiéndose hacia la muralla exterior. Fueron recibidos inmediatamente por una tormenta de flechas y objetos lanzados desde las almenas. Los arqueros sarracenos y turcos se inclinaron sobre las fortificaciones, con los arcos fuertemente tensados. De vez en cuando, alguna de esas figuras, golpeadas por una flecha franca, caía de espaldas, rebotaba contra la muralla y se precipitaba al vacío. Los estandartes se desplegaron y comenzaron a ondear al viento. En lo alto de la muralla se podían apreciar las columnas de humo negro de los calderos de aceite, agua hirviendo y de la pegajosa brea, que se precipitaban a través de las almenas como oscuros espectros. Los gritos de guerra de los francos y los turcos se entremezclaron en el aire. A Leonor siempre le resultó extraño que ambos

bandos pudieran ser tan fervientes en sus creencias, aunque Teodoro le había informado de que lo que mantenía unidas a las distintas facciones del Islam: turcos, sarracenos y egipcios, era la firme creencia entre todos ellos de que Jerusalén era Al Kuds, el lugar sagrado. Los defensores, posicionados en las almenas, estaban decididos a luchar con tanta pasión como los francos en la defensa de sus lugares sagrados.

El escalofriante sonido de las catapultas y mangoneles atravesaba el aire. El testudo había conseguido aproximarse a la muralla exterior. Geofredo y Hugo hablaban con excitación. La acumulación de edificios tan cerca de la muralla limitaba el movimiento de las máquinas de guerra de los defensores, que solo podían desplazarlas adelante y atrás. El espacio era tan reducido que a los ingenieros les resultaba imposible calcular la estrecha distancia entre ellos y los atacantes. Debido a esto, la lluvia de objetos causaba pocos daños entre los francos, pero se estrellaban contra la debilitada pared exterior. En poco tiempo, la muralla comenzó a rajarse, desmoronándose toda una sección. Esto provocó un gran rugido triunfal de los atacantes y de aquellos que observaban desde el campamento. Leonor y sus compañeros tenían ahora una visión clara de lo que sucedía. El testudo de Tancredo alcanzó la gran muralla interior, para ser recibido por una mortífera lluvia de rocas, flechas, fuego y brea incandescente. Sin embargo, el testudo se mantuvo firme. La gran escalera se apoyó finalmente contra la muralla y decenas de figuras comenzaron a subir por ella, con las espadas en alto y sus cabezas y rostros protegidos por sus grandes escudos ovalados.

Durante unos latidos de su corazón, Leonor pensó que las murallas serían derribadas y tomadas. Entonces, se divisaron unas enormes columnas de humo negro y, de pronto, se escuchó el sonido solitario de un cuerno de caza tocando a retirada. El testudo comenzó a moverse, retrocediendo a través de la brecha en la muralla exterior, la retaguardia luchó por recuperar la escala.

—Que Dios les ayude —susurró Simeón a Leonor—. Mirad, señora-hermana, ¡sé lo que es eso!

Los defensores estaban izando hasta las almenas lo que parecían ser dos grandes marmitas de agua. Sin embargo, en vez de volcarlos, los desplazaron cuidadosamente en dirección a los francos, que luchaban por retirarse a través de la muralla exterior. Unas lenguas de humo negro se elevaban en espiral de la boca de los calderos que, seguidamente, escupieron una manta de fuego anaranjado que envolvió a los francos que se retiraban, convirtiendo a muchos de ellos en antorchas humanas. Los alaridos eran horripilantes. Los hombres se volvieron para ayudarles, pero cayó sobre ellos una nueva lengua de fuego, acompañada por nubes de flechas y rocas. Leonor observó aterrada a aquellas figuras, que se agitaban y bailaban frenéticamente, hasta que terminaban por desplomarse. Aquella horrible visión se suavizó piadosamente, al observar cómo los hombres de Tancredo, rodeados de humo y polvo, conseguían huir a través de la brecha de la muralla exterior.

—Fuego griego —declaró Simeón—. El agua y el polvo no pueden sofocarlo; solo el vinagre.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sido eso? —Hugo y Geofredo llegaron corriendo, reflejando en sus rostros la mezcla de sensaciones que experimentaban: desesperación, ante el fracaso del ataque de Tancredo, en contraposición con el alivio por no haber comprometido a su propia compañía.

—Vinagre —declaró Simeón—. Usad vinagre y podréis sofocar el fuego griego.

Teodoro asintió al escuchar estas palabras, y se unió a una vigorosa discusión, que acabó abruptamente cuando el grito de Imogenia les hizo volver a desviar la mirada hacia las almenas. Señalaba hacia la torre Cuadrangular, cuyas negras torretas se elevaban contra el cielo azul claro. Tres figuras de mujeres, con sus cabellos grises ondeando al viento, permanecían entre las almenas, escoltadas por grupos de guerreros. Tenían los brazos levantados y las manos bien abiertas y, aunque no pudiesen escuchar nada, Leonor y sus compañeros comprendieron enseguida que estaban lanzando conjuros y encantamientos y gritando maldiciones. Las figuras, unas imágenes desnudas a contraluz, parecían siniestras y amenazadoras. Atraieron enseguida la atención de los arqueros francos, que comenzaron a descargar sus flechas, pero la altura y la distancia eran insalvables.

—¡Brujas! —explicó Beltrán—. Siempre acompañan a lo etíopes. Me sorprende que Iftikhar las utilice.

Leonor observó aquellas siniestras figuras, ajena a los comentarios a su alrededor. Simeón le dio un pequeño tirón de la manga y señaló hacia los hombres de Tancredo, que huían colina arriba, llevándose a sus heridos. Uno de estos, Raimbold Creton, había perdido la mano nada más llegar a la muralla, y yacía en una improvisada camilla junto a su miembro amputado. Leonor tuvo que ser testigo de escenas aún más grotescas a lo largo del asedio del Ejército de Dios. No volverían a lanzarse más ataques hasta que se construyeran máquinas de asedio, aunque la madera escaseaba en aquella llanura seca. Los líderes decidieron enviar el ganado y los caballos a los pastos y colinas boscosas que habían atravesado anteriormente, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Se dispuso un contingente armado para proteger el ganado y para recoger madera con la que construir la maquinaria de asedio apropiada. La comida también comenzó a escasear, pero la mayor dificultad era la falta de agua en aquellas colinas áridas y estériles.

En Siloam, una sedienta y polvorienta Leonor desafió las flechas enemigas, que lanzaban los arqueros apostados sobre la puerta de Sión, para rellenar sus preciosos pellejos de agua. Teodoro inspeccionó el valle de Cedrón, pero el río estaba seco y los depósitos de agua habían sido destruidos. Al conocer la disponibilidad de Siloam, se extendió un pánico general por alcanzar la poza, antes de que los líderes consiguieran controlarlo. Los hombres y el ganado corrieron desesperados en busca de agua; otros trataron de llevar a sus enfermos. Todos ellos comenzaron a llegar hasta el agua sin control alguno, levantando enseguida el lodo del fondo. Otros llegaron después,

apartando a manotazos al ganado medio enloquecido. En pocos instantes, el pozo se convirtió en el centro de una creciente revuelta.

Los hombres luchaban por entrar en el agua, riñendo con aquellos que trataban de salir. En poco tiempo, la poza se convirtió en un lodazal. Los hombres más fuertes se abrían paso hacia el agua pura que brotaba de las rocas, en la cabecera del manantial, mientras que los más débiles y ancianos debían conformarse con beber el agua contaminada de la orilla. Aquellos desdichados que tuvieron que beber el agua embarrada engulleron también sanguijuelas que, en el plazo de horas, les causaron una muerte terrible. Los líderes trataron de intervenir, imponiendo el orden y organizando una guardia mientras decidían qué hacer.

Leonor no podía hacer otra cosa que refugiarse en su desaliñada tienda, con la lengua hinchada y los labios cuarteados. Simeón le trasladó habladurías sobre la creciente desesperación entre el Ejército de Dios, mientras continuaba insistiendo a Leonor para que escribiera sus memorias. Pero se encontraba demasiado exhausta para hacer otra cosa que no fuera tumbarse en su catre, con una mano sobre el rostro y la mirada perdida en el techo de piel de cabra. Cien mil francos habían comenzado la peregrinación; menos de veinte mil habían alcanzado esta espantosa llanura, ante las lúgubres murallas de Jerusalén. Leonor se preguntaba indolente sobre su primera baja, Roberto el Alguacil, ¿qué le habría pasado realmente? ¿Y los Magus, y los Fedawi? Habían sido barridos por la cólera de Dios; ¿terminaría sus días el resto del ejército, ante las murallas de la Ciudad Santa, hambriento y sediento; o sería aplastado, contra las murallas, por las grandes hordas que se acercaban desde Egipto?

—Buenas noticias —Teodoro, cubierto por una fina capa de polvo y sacudiéndose las moscas que revoloteaban por su cabeza, entró en la tienda. Se puso de cuclillas junto a la cama y le sonrió. Leonor le devolvió la sonrisa. ¡Teodoro, con su bello rostro y su persistente buen humor ante cualquier adversidad! Sin embargo, había proporcionado a Leonor nuevos miedos y renovados terrores. Se sentía tremendamente atraída por él y le trastornaban terriblemente las noticias de cualquier escaramuza, emboscada o riña. ¿Estaría herido Teodoro o, Dios no lo quiera, muerto? Y, cuando cayesen las formidables murallas de la ciudad, ¿sobreviviría a la violenta sangría? Siempre rogaba a Dios que, si Teodoro había de morir, ella lo hiciera también a su lado.

—Buenas noticias —repitió.

Leonor se disculpó y se incorporó. Teodoro ladeó la cabeza ante la algarabía y los vítores que se escuchaban en todo el campamento.

—Esas son las buenas noticias —declaró—. Veinte galeras genovesas han atracado en el ruinoso puerto de Jaffa, y han pedido ayuda al Ejército de Dios. Desde luego, nuestros líderes estaban encantados. La flota proporcionaría un buen suministro de madera y, quizá, de agua y alimentos. Se han enviado a la costa dos compañías de caballeros y arqueros, bajo el mando de Raimundo Pilet. La caballería enemiga les atacó. Pilet y sus hombres se abrieron paso y llegaron a las ruinosas

murallas de Jaffa, arrastrando los escudos y capas de sus enemigos atados a sus sillas de montar. Los marineros genoveses les saludaron con júbilo. Habían estado deambulando por la costa durante días, buscando algún rastro del Ejército de Dios. Raimundo les narró las dificultades por las que habían pasado, y los marineros prepararon inmediatamente un banquete a base de pan, vino y pescado. Los francos y los genoveses se sentaron juntos a celebrar su encuentro en el salón sin techo del castillo de Jaffa, alumbrados por antorchas, velas y candiles. Las colmadas bandejas se vaciaban con avidez; las copas, repletas de vino, circulaban entre los comensales. Incluso llamaron a la guardia de los barcos para que tuvieran su parte del banquete — Teodoro se encogió de hombros—. Lo celebraron demasiado bien. Una flota egipcia divisó las luces de su fiesta desde mar adentro y se acercaron para bloquear la bocana del puerto. Al amanecer, los genoveses se apresuraron a volver a sus navíos, pero pronto comprendieron que era inútil tratar de presentar batalla; todo lo que pudieron hacer fue abandonar sus galeras y traer a tierra firme una buena parte de sus armas y víveres. Así que... —Teodoro hizo un gesto con la cabeza— esas son las buenas noticias. Los genoveses acaban de entrar en el campamento.

Al principio, Leonor no alcanzó a entender por qué eran tan buenas noticias. Las cosas seguían deteriorándose. Cada día, al elevarse el sol, el calor abrasaba su tienda, despertándola de un sueño sudoroso, tras una noche incómoda. Los vientos cortantes soplaban entre los barrancos y valles, levantando enormes nubes de polvo desde los profundos abismos del desierto. El agua continuaba escaseando. Los pellejos de agua insalubre, traído a lomos de camellos, se vendían a un alto coste, mientras ellas y muchos otros tenían poco descanso del severo esfuerzo de cada día. Los ojos se enrojecían por el polvo, y las gargantas se reseocaban, mientras el hedor de los animales muertos cargaba densamente el aire que se respiraba en el campamento. Llegaron informes de que los turcos estaban atacando al ganado que habían conducido hacia las colinas, y que dificultaban cualquier intento de encontrar agua por parte de los francos. Los hombres comenzaron a desertar. Alcanzaron el río Jordán, se bañaron en él y recogieron algunas cañas, como señal de que habían completado su peregrinaje, pero, ¿a dónde podían ir? Los turcos patrullaban por toda la campiña, y el puerto de Jaffa estaba completamente en sus manos.

Al final, las convicciones de Teodoro resultaron estar bien fundadas. A finales de junio bajaron por las colinas los primeros troncos, a rastras, o en carros tirados por mulas y camellos, o cargados a las espaldas de los hombres. Godofredo de Bouillon reunió a los genoveses para que ayudasen a cortar la madera y a fabricar cuerdas para las catapultas, haciéndoles trabajar con las mazas, punzones, clavos y hachas que habían conseguido salvar de sus barcos. El ingeniero de Godofredo, Gastón de Béarn, se puso a la cabeza de todos los trabajadores; y el artesano genovés, Guillermo Embriaco, fue reasignado al servicio del conde Raimundo de Toulouse. Cada hombre tenía un trabajo que hacer. Leonor transportaba la madera y preparaba las cuerdas. En poco tiempo, surgió del campamento todo un despliegue de temibles armas de asedio,

que se asemejaban a criaturas del ultramundo. Un gigantesco ariete con la cabeza de hierro, protegida por un tejado de madera de acacia; enormes catapultas con sogas retorcidas y profundas vasijas; numerosas escalas y un sinfín de planchas de acacia, con las que los soldados podrían protegerse en su camino hacia las murallas. El conde Raimundo movió a sus compañías hacia el sur, frente a la puerta de Sión, y se concentró en rellenar el foso, anunciando que daría una moneda a todo aquel que trajera tres rocas para arrojarlas. Después de tres días y sus noches consiguieron rellenar una sección del foso. Se hicieron más parapetos de madera. Cada caballero debía construir dos defensas y una escala. Los trabuquetes, tensados por cuerdas retorcidas, se colocaron sobre ruedas, para facilitar su desplazamiento. Se construyeron largas cubiertas de madera, abiertas a ambos lados, para que pudieran protegerse bajo ellas los zapadores en su intento de abrirse paso hacia la muralla.

El consenso común era que las murallas debían ser asaltadas, en lugar de demolidas. Los francos depositaban sus principales esperanzas en dos temibles torres de asedio, construidas sobre plataformas con ruedas, que podían ser desplazadas hasta el pie de las murallas. Cada torre tenía tres pisos. En el inferior se encontraban los hombres que empujaban la plataforma; el nivel central, casi tan alto como las almenas de Jerusalén, lo ocupaban los caballeros armados, que intentarían cruzar hacia la muralla; por último, en el piso superior, se situaban los arqueros, para cubrir a los caballeros durante su ataque.

Los defensores de Jerusalén observaban atentamente y preparaban sus defensas. Habían acercado mangoneles a las murallas, para ponerlos en la línea de tiro correcta. También tomaron medidas para proteger, con sacos de paja y cuerdas de barco entretejidas, aquellas secciones de la muralla que suponían con mayor riesgo de ser bombardeadas. Con ello, pretendían amortiguar los golpes de las grandes rocas lanzadas por las catapultas de los francos. El Ejército de Dios, ahora plenamente decidido a capturar la ciudad, demostraba que no mostraría el más mínimo signo de piedad. Durante uno de sus ataques capturaron a un comandante musulmán, le trataron con respeto, pero le pidieron que se convirtiese. Cuando se negó, lo condujeron frente a la torre de David, donde uno de los caballeros de Godofredo lo decapitó. Algunos días más tarde, los francos atraparon a un espía egipcio. Decidieron que le ayudarían a volver a la ciudad, si era eso lo que pretendía. Le ataron a una catapulta, aún con vida. Como era demasiado pesado no llegó demasiado lejos, pero cayó de bruces contra unas afiladas piedras, rompiéndose el cuello al instante.

El humor en el campamento de los francos cambió imperceptiblemente. Las máquinas estaban listas, las torres se elevaban hacia el cielo con majestuosidad; el agua y los víveres estaban organizados. Las esperanzas volvieron a recuperarse, pero se vieron mermadas nuevamente cuando Hugo y Geofredo trajeron noticias de que los líderes habían comenzado a reñir entre sí. Se habían presentado objeciones contra Tancredo por haber levantado su estandarte en Belén, mientras el resto de los líderes

debatían acerca de lo que debía hacerse cuando cayese Jerusalén. El clero se vio también envuelto en esta disputa, aduciendo que Jerusalén era la Ciudad Santa y que no debía tener otro rey que Cristo. Se sugirieron otros títulos: gobernador o regente. Hugo y Geofredo escucharon, y convocaron una reunión para su propia compañía. Era el momento de una nueva visión. Pedro Desiderio entró en escena. Durante un sueño, según proclamó ante el grupo, el piadoso Ademar de Le Puy le había visitado, y le había advertido que el Señor no estaba satisfecho. El ejército necesitaba purificarse. Debían confesar sus pecados, purgar sus culpas y, entre todos, llegar a un estado de unión y gracia antes de lanzar el ataque. Sus palabras se extendieron rápidamente por el campamento y, una vez más, se aceptó su visión. Las masas se agruparon ante las tiendas y pabellones de sus líderes, instándoles a que se cumpliera con lo expresado en el mensaje. Se aprobó una nueva ley. El 8 de julio de 1099, los sacerdotes y los monjes, armados con cruces y reliquias de santos, encabezarían una procesión de caballeros, seguidos por todos los hombres y mujeres sanos, hasta las murallas de Jerusalén. Sonarían las trompetas y se desplegarían los estandartes. Leonor, Teodoro y el resto marcharon junto con las huestes francas, cuyos integrantes caminaban descalzos, cantando himnos y levantando cruces al cielo, alrededor de la ciudad. Desde las almenas, los defensores se mofaban de ellos, lanzándoles flechas y piedras, pero la procesión se completó. Se celebró una misa y todos desfilaron hacia los sacerdotes para confesar sus pecados; incluso los grandes líderes unieron sus manos y se juraron amistad eterna.

El ataque comenzaría pronto. En el sur de la ciudad, Raimundo de Toulouse acercaba su torre hacia el foso seco. En el norte, Godofredo de Bouillon trataba de engañar a los defensores, que habían estado muy atareados subiendo el nivel de la muralla que se encontraba frente a la segunda gran torre de asedio. Tancredo, Hugo y Geofredo salieron a espiar, y volvieron para informar que las secciones de las fortificaciones eran prácticamente inexpugnables. De nuevo, tuvo lugar una agria discusión. Teodoro estaba presente y, más tarde, le dio la información a Leonor, que la incluyó en sus memorias. Godofredo de Bouillon se dio cuenta de que su gran ataque no debía fallar y, al caer la noche, distribuyó órdenes secretas para que desmantelasen la torre, viga a viga. Todos los materiales debían trasladarse un kilómetro y medio a lo largo de la muralla, donde las fortificaciones eran más bajas y el suelo más nivelado. Lo mismo se hizo con las plataformas de defensa y los trabuquetes. Bajo el manto de la noche, la gran torre de asedio fue desmontada literalmente, piso a piso, las vigas de madera se bajaban con cuidado hasta el suelo, donde aguardaban más soldados para recogerlas. Se ordenó silencio absoluto. No se encendieron antorchas ni candiles, ni se utilizaron poleas, pues los soldados de la guarnición podrían oír sus crujidos y salir en bandada. Los progresos eran lentos pero, al amanecer, los defensores de la ciudad cayeron en la cuenta de que sus preparativos para proteger ese sector de la muralla habían sido en vano: Godofredo de Bouillon había trasladado su ataque un kilómetro y medio hacia el sur. Sin embargo,

los lanzadores de piedras y la torre debían ser reensamblados. Pasaron más días. Finalmente, en la tarde del 13 de julio, todo estaba dispuesto. Se dio la orden. Al amanecer del siguiente día, el Ejército de Dios lanzaría su único y definitivo ataque sobre la ciudad de Jerusalén.

«¡Días de cólera, días de fuego, días de venganza!», era la frase que Leonor de Payens utilizó en su crónica para describir el feroz ataque final sobre la Ciudad Santa. Un período de profunda angustia, de amarga pérdida y sórdida traición, aunque quiso capturarlo al completo. Envío a Simeón a recolectar historias y anécdotas que luego ella pudiese entretener con las suyas sobre esa época de sangre, de cólera feroz en ambos bandos, una bestialidad que debía haber hecho llorar al mismo Satán y a su corte de ángeles caídos. Todos fueron conscientes de que el juicio final era inminente. La furia de Dios iba a ser desatada, ¿pero a quién consumiría? En la tarde del día 13 de julio del año de la Resurrección de Nuestro Señor de 1099, el Portal del Templo se reunió a compartir el vino y a partir su último pan. Norberto hizo los honores. Alberico hizo una breve homilía y Pedro Desiderio aportó más detalles de su visión de Ademar de Le Puy.

Se habían reunido bajo una vieja toldilla para darse la paz y terminar con los preparativos. Leonor, sentada entre Teodoro y Simeón, no estaba interesada en las visiones. Los dientes de Simeón repicaban, pues todos los hombres y mujeres sanos habían sido convocados para unirse al gran grupo, y para formar en orden de batalla al amanecer de la mañana siguiente. Teodoro, a su derecha, permanecía sentado, acariciando su espada. Le había dado un anillo a Leonor, desrizándolo de su dedo hasta los suyos, y apretando fuertemente su mano.

—Una prenda —susurró—. Si regreso, vendré a reclamarlo. Si no, ¡recuérdame!

Leonor luchó por aplacar las lágrimas. Ahora no era el momento de llorar. Al otro lado del fuego del campamento se encontraba Imogenia, que la miraba con tristeza, como si lamentara la distancia que se había creado entre ellas. Leonor quería hablar con Imogenia una última vez antes de que sonaran las trompetas y comenzara la batalla. Pero Imogenia seguía aún comprometida con Beltrán, que continuaba actuando como el enviado del conde Raimundo, moviéndose entre las dos grandes divisiones francas, portando cartas y mensajes; Imogenia permaneció junto a él toda esa tarde. Una vez concluidos el pan y el vino, Hugo se aclaró la garganta y habló suavemente, con los ojos resplandecientes, describiendo cómo iban a reunirse tras el nuevo estandarte de Tancredo, una cruz roja sobre un fondo blanco. Si Jerusalén caía, debían evitar cualquier tipo de saqueo, debían reunirse en torno a él y a Geofredo y seguirles por la ciudad; o a Teodoro, en caso de que ambos cayeran en el combate. Solo unos pocos elegidos sabían lo que buscaba Hugo, pero nadie le preguntó. Todos sabían que antes había que atravesar aquellas murallas y tomar la ciudad.

La noche era cálida, la luna estaba llena, y las estrellas brillaban intensamente.

Mañana iba a ser un día muy difícil, ¿cuántos de ellos volverían a reunirse de nuevo? Se expresaron recuerdos, se evocaron memorias y se volvieron a contar historias. Leonor tomó de la mano a Teodoro, mientras recordaba aquella fría nave en San Nectario. Independientemente de lo que sucediese mañana, sabía que jamás volvería allí.

Cuando Hugo acabó y Geofredo respondió a todas las preguntas, la reunión se dio por concluida. Leonor y Teodoro pasearon por el campamento y se sentaron sobre un pequeño y polvoriento promontorio, observando las luces de la ciudad. Contra el cielo estrellado contrastaban la gran torre y los mangoneles. Todo estaba preparado. Los gritos de los centinelas, el bufido de los cuernos, el relinchar de los caballos y el crujido de las ruedas mal aceitadas rompían el silencio. Se elevaron multitud de columnas de humo sobre las hogueras del campamento, mientras se preparaban las últimas comidas. Aquí y allá se cantaban o recitaban himnos y salmos. La gente aún permanecía en oscuras filas, esperando a que absolvieran sus pecados. Leonor elevó la vista y distinguió en la distancia la silueta de la puerta de Herodes y, junto a esta, la de San Esteban. El ataque se lanzaría sobre la sección de muralla comprendida entre ambas. Elevó la mano de Teodoro y la besó.

—Júramelo, Teodoro, si sobrevivimos a mañana...

Se volvió, acariciándole la cara, y la besó en la frente.

—Lo juro —murmuró—. ¡Si sobrevivimos!

Cuando la primera luz roja del día apareció en el cielo, la madera comenzó a crujir y las cuerdas se tensaban y liberaban sin descanso para que los largos brazos del lanzador de piedras arrojasen su mortífera carga hacia el cielo. Se elevaron grandes rocas, que se estampaban contra las murallas de Jerusalén. Las ballestas siseaban sin cesar, enviando sus dardos por encima de las almenas. Por encima del horrible sonido de la batalla resaltaba el crujir del ariete lanzado con fuerza contra los pilares de la muralla exterior. Los gritos de guerra se ahogaban por el rugido de las murallas al quebrarse. El polvo y la cal inundaron el aire, precipitándose como nieve mortífera sobre hombres y máquinas de guerra. Unas figuras embutidas en cotas de malla, caballeros con sus armaduras al completo, se refugiaban tras hileras de parapetos y defensas. De vez en cuando, se adelantaban unos pasos, pero el avance era lento. Otros hombres, auxiliados por mujeres y niños, llevaban rodando grandes piedras hacia las máquinas, o portaban cestos repletos de flechas sobre sus hombros. Arqueros suabos y espadachines alemanes se apiñaban impacientemente, blandiendo sus escudos y con sus armas preparadas. En una colina, frente a la muralla este de la ciudad, ondeaban los estandartes de los grandes señores y sus séquitos; junto a estos, las escalas, plegadas en el suelo, estaban dispuestas para su uso. Los hombres se limpiaban el sudor de los ojos, miraban a través del polvo y levantaban las manos contra el brillo del sol. Escucharon el estrépito espantoso de la batalla frente a la barbacana, en la pared exterior, tratando de descubrir los progresos que se iban haciendo. Se escuchaba el clamor distante de trompetas y cuernos de caza, los

mensajeros iban y venían, portando noticias de que el conde Raimundo había comenzado también su asalto contra la muralla sur, frente al Monte Sión.

Leonor escuchaba a Simeón, que jadeaba los informes de guerra, pero sentía que la auténtica batalla se libraría aquí, entre la puerta de Herodes y la de San Esteban. Los atacantes seguían aún aferrados a la barbacana. Porciones de piedra comenzaban a desmoronarse, abriéndose huecos en la muralla, desde los que Leonor y el resto podían distinguir las oscuras sombras de sus enemigos. Sobre ellos, a lo largo de las almenas, se concentraban muchos más. Las flechas caían por doquier, clavándose en la tierra, o atravesando a los hombres que, con la ayuda de punzones y cuerdas, trataban de retirar escombros de la muralla exterior. De esta forma, aclaraban el paso para que la gran torre de combate pudiera aproximarse, sacando así provecho de la ventaja ganada por el ariete, que continuaba aporreando sin descanso.

Leonor, Imogenia y las demás mujeres se movían sin descanso, llevando pellejos de la preciada agua para que los hombres se mojaran los labios, o para que limpiasen el polvo de sus ojos. Leonor escuchó un gran rugido, cuando volvía con una alforja cargada de agua. La torre de asedio comenzaba su avance. Despacio, con un agudo crepitar de sus ruedas, pasó sobre la parte cubierta del foso, aproximándose a la barbacana. Con sus cerca de dieciocho metros de altura, la torre se curvaba hacia adentro por tres partes. La cuarta, de cara a la ciudad, se elevaba en picado desde el suelo hacia el puente levadizo, esa preciada plancha de madera y metal que les daría paso hacia la ciudad. La torre empezó a detenerse. Algo había ocurrido. El humo comenzó a dejarse sentir. Los turcos y los sarracenos usaban ahora el fuego contra la torre y el descomunal ariete. Haces de leña y paja, atadas con cadenas y empapadas de aceite caían desde las almenas, lanzadas con gran fuerza. Las bolas de fuego atravesaban el aire. A pesar del abrasador calor del día, los francos seguían luchando con hachas, cubiertos de pellejos de cabra humedecidos, pero la lluvia de flechas y piedras seguía cayendo. De repente, la torre se detuvo por completo. Una gran sábana de fuego envolvía la barbacana. Algunos hombres volvieron corriendo con la terrible noticia de que el ariete estaba siendo pasto de las llamas: empapado en azul re, brea y cera, ardía ahora ferozmente. No podía empujarse hacia delante, pero tampoco podía retroceder, ni retirarse a un lado, para dejar paso a la torre. Se comunicaron nuevas órdenes. Leonor recibió el mensaje y corrió hacia la línea de combate, donde Teodoro, Hugo, Geofredo y el resto aguardaban tras los parapetos a que llegase el momento de invadir la muralla. Entregó su mensaje, en el que se ordenaba al capitán a cargo del ariete que debía abandonar la batalla, para recibir nuevas instrucciones. Seguidamente, corrió de vuelta a la colina, hacia la seguridad de la línea de estandartes.

Poco tiempo después, un hombre ennegrecido de pies a cabeza subió corriendo, golpeándose las ropas chamuscadas y pidiendo agua a gritos. Se arrodilló ante los pies de Godofredo de Bouillon, y habló lacónicamente, con la voz entrecortada. Geofredo se agachó junto a él y le ofreció la alforja de agua que Leonor acababa de

traer. El hombre asintió con la cabeza y volvió corriendo a su puesto. El ariete debía quemarse por completo, el ataque quedaba suspendido. Hacia el sur de la ciudad, las cosas no habían ido mucho mejor para la compañía del conde Raimundo. Ellos también habían empujado su torre contra las murallas, desatándose una batalla infernal. Una avalancha de piedras cayó sobre ellos desde las catapultas emplazadas junto a las almenas. Las flechas cayeron sobre ellos como una tenaz lluvia. Cuanto más se aproximaban los francos, más arreciaba aquella lluvia mortal: piedras, flechas, madera y paja en llamas, seguidos de planchas de madera, impregnadas de brea, cera y azufre. Estas planchas estaban atravesadas por afilados tornillos, de manera que se clavaban en los objetos en los que impactaban y continuaban ardiendo. A pesar del intenso calor y de la feroz defensa, el conde Raimundo trató de acercar su torre a la muralla, pero también fracasó. La luz comenzó a menguar, y los cuernos y trompetas tocaron a retirada.

Leonor, exhausta, empapada en sudor, ennegrecida por el humo y con el pelo chamuscado, volvió a su tienda. Se envolvió en dos mantas y esperó a que el Portal del Templo emergiera de los horrores que se desataban solo a unos cientos de metros de allí. El ataque había fracasado. Por todos lados se escuchaban los gritos de hombres, mujeres y niños, aquejados de tremendas quemaduras. El eco de quejidos y lamentos flotaba en el campamento. Simeón se aproximó con un pellejo de agua, y la obligó a que diera algunos sorbos apresurados, antes de que los hombres que la seguían comenzaran a beber ansiosamente. Finalmente, volvieron los demás: Hugo, Geofredo, Teodoro, Alberico y Beltrán, con sus ennegrecidos rostros atravesados por líneas de sudor, apenas capaces de sostener una copa entre sus doloridos dedos. Se quitaron apresuradamente las armaduras, cintas, cinturones y jubones, los arrojaron al suelo y se dejaron caer pesadamente, desesperados por beber algo de agua o vino, cualquier cosa que liberase sus labios del pegajoso polvo, aclarase sus gargantas y limpiase sus ojos.

Leonor se empleó a fondo para ayudar. Teodoro, medio dormido, le susurró dónde podía encontrar más vino y agua, en un lugar secreto, excavado bajo su tienda. Leonor salió apresuradamente y volvió con los preciados líquidos. Durante un buen rato permanecieron sentados, bebiendo y curándose sus heridas menores. Leonor se acercó hacia el extremo de la tienda y se asomó hacia la oscuridad. Norberto e Imogenia habían desaparecido. Volvió hacia los demás y les preguntó, pero estos agitaron la cabeza para hacerle saber que ignoraban su paradero. Leonor olvidó su propio cansancio. Miró hacia las antorchas, clavadas sobre estacas, y vio a otras personas que salían del campamento en busca de sus muertos, o para saquearlos. Le pegó un tirón de la manga a Simeón.

—Trae una saeta, una espada y una daga —susurró.

El escriba la miró, como si estuviera a punto de negarse.

—Imogenia y Norberto —susurró—. No podemos abandonarles ahí fuera.

—Están muertos —respondió.

—Podrían estar heridos —farfulló—. Por la noche, Simeón, los merodeadores de dos y de cuatro patas recorrerán el campo de batalla. Norberta e Imogenia han caído —continuó—, nos sentimos afortunados de seguir con vida. Es lo menos que podemos hacer. No importa —dijo, envolviéndose en su capa—, iré yo.

Leonor abandonó la tienda. Había recorrido apenas unos pasos cuando escuchó a Simeón tras de sí, balbuceando y lanzando improperios. Leonor se detuvo, cogió la deteriorada ballesta y la cesta de dardos de manos de Simeón, y se internó en el campo de la sangre. Era una noche cálida y seca. Sin embargo, ni siquiera la feroz batalla que había tenido lugar ese día podía silenciar el canto constante de grillos y otros insectos. Un ave nocturna revoloteó cerca de ellos, emitiendo un sonoro graznido. Un perro respondió con sus ladridos. Leonor y Simeón se aproximaron a su propia barrera de antorchas, donde grupos de soldados se agrupaban en torno a las hogueras, vigilando los preciados artefactos de guerra: trabuquetes, mangoneles, pequeños arietes y la gran torre, que aún apestaba a aceite, azufre y a madera chamuscada. Un eco de tambores sonaba en la distancia, procedente de las almenas. Leonor observó las sinuosas luces y las lenguas de fuego que se elevaban sobre los calderos y ollas situadas en lo alto de las murallas, una prueba segura de que los defensores estaban alerta ante un posible ataque nocturno. Los guardias les dejaron pasar. Había otras figuras oscuras que se dirigían también hacia el campo de batalla. Leonor recordó que, al igual que ella, tanto Imogenia como Norberto habían estado ayudando a la tropa, facilitándoles agua, flechas y transmitiendo mensajes a los guerreros que se encontraban más allá del foso seco. Volvió sobre sus pasos y pidió una antorcha a los soldados, que se la dieron, entre burlas, y ambos se internaron en aquel siniestro y espectral campo de muertos.

El hedor era insoportable, a sangre, carne quemada y a putrefacción. Los cuerpos se amontonaban en el suelo, en grotescas posturas. Algunos tenían los ojos completamente abiertos hacia la oscuridad. Otros permanecían agazapados, como si estuviesen descansando. Quejidos y alaridos poblaban la noche. Un grupo de monjes intentaba retirar a los heridos, separándoles de los muertos. La luz de la antorcha revelaba algunas imágenes horribles. Un hombre yacía aplastado bajo una gran roca. Cuerpos con la cabeza y los miembros amputados. Rostros destrozados. La tierra estaba pegajosa, empapada por la sangre. Un chacal atrevido, que olisqueaba la panza hinchada de un cadáver, salió huyendo al verles. Leonor miraba desesperada a su alrededor. Los cuerpos permanecían aislados o amontonados. Un monje se acercó, gateando a cuatro patas, como si fuera una alimaña de la noche, aunque se mostró colaborador. Se trataba de un clérigo francés, que estaba buscando heridos para auxiliarles o darles la extremaunción. Murmuró una oración, pero sacudió la cabeza ante las descripciones de Imogenia y Norberto.

Leonor y Simeón continuaron su rastreo. A veces, debían taparse narices y bocas ante el fétido olor de la sangre seca, las entrañas podridas y el nauseabundo y penetrante hedor de la carne quemada. Los cuerpos carbonizados abundaban, poco

más que una masa negra de carne. A Simeón le dieron arcadas y, finalmente, vomitó. Leonor ignoró sus protestas y continuó, medio inclinada sobre el suelo. Intentaba ignorar las caras pálidas, los ojos completamente abiertos, sorprendidos por la súbita llegada de la muerte. Solo algunos de ellos parecían en calma. Se aproximaron a un carro quemado por una carga incendiaria y se encontraron a Norberto, tumbado boca arriba, con ojos vidriosos. Al principio, Leonor pensó que estaba durmiendo. Le hizo una seña a Simeón para que acercara la luz, y se taparon la boca ante la repugnante herida que la flecha había causado en la parte posterior de la cabeza del monje, convertida ahora en una masa de hueso astillado y de restos secos de sesos y sangre. Leonor se arrodilló, bajó la cabeza, haciendo la señal de la cruz, y susurró el Réquiem. Seguidamente, siguió mirando a su alrededor. Si Norberto había muerto aquí, quizá Imogenia no estuviese demasiado lejos. Avanzó gateando por el suelo.

—¡Imogenia, Imogenia! —susurró con voz ronca.

No hubo otra respuesta que el silencio. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó su nombre, con un áspero y seco susurro que provenía de la oscuridad. Continuó gateando alrededor del carro. Imogenia yacía sola. Se había apoyado sobre un costado y trataba de avanzar. Leonor la cogió y apoyó la cabeza de la herida cuidadosamente sobre su regazo. Imogenia suspiró. Su cabello estaba alborotado, su cara pálida como la tiza, sus grandes ojos oscuros se clavaron en los suyos, un hilo de sangre le recorría los labios. Estaba temblando, intentando mantener la presión sobre el paño con el que trataba de taponar la profunda herida de su costado.

—Leonor —jadeó Imogenia—, escucha...

—No...

—No —continuó entrecortadamente—. Prométemelo, las cenizas de mis padres.

Leonor asintió con la cabeza.

—¿Las enterraras y rezarás una oración? —suplicó Imogenia—. Cualquier oración. Si la ciudad cae, hazlo por mí, en suelo sagrado, en una esquina de algún jardín con sombra. Hazlo, Leonor, y mi voto se cumplirá. ¿Me lo prometes?

Leonor trató de tranquilizarla.

—No —jadeó Imogenia—, me muero, lo sé. Me alegro de marcharme. ¡Demasiado dolor, demasiado sufrimiento! Esta herida... Beltrán —escupió tras pronunciar el nombre—. Él me hizo esto. No es quien afirma ser, quien simula ser. Me sedujo, Leonor, no porque me amara, sino por una conversación que mantuve con él, hace mucho, mucho tiempo —las pestañas de Imogenia aletearon—. La noche en que Roberto el Alguacil abandonó la iglesia y se internó en la oscuridad, Beltrán, estoy segura, fue detrás de él. Me mantuve en silencio, pero después, intenté sonsacarle. Se rio ante mis insinuaciones, tratando de desviar la atención, y comenzó a cortejarme. No se puede ocultar todo, Leonor, no durante dos años. Beltrán ha viajado mucho, por todas partes. Se traicionó en varias ocasiones: conocimiento de las costumbres, pequeños errores; además, hablaba en sueños. En ciertas ocasiones, desaparecía; entonces, yo comencé a hacerme preguntas. Fue cambiando

gradualmente. Cuanto más nos acercábamos a Jerusalén, más interés mostraba por unirse al Portal del Templo, a acercarse a tu hermano. Quería deshacerse de mí, pero sin despertar ninguna sospecha —Imogenia tosió, atragantada por la sangre que manaba de entre sus labios.

Leonor la miró fijamente, un frío y desgarrador temblor le recorrió el estómago al recordar las preguntas que le hizo Imogenia, en una ocasión. Imogenia había empezado a sospechar que Beltrán era un mentiroso y un impostor, pero, desde luego, Beltrán necesitaba a aquella mujer que se alojaba junto a Leonor. Imogenia debía saber muchas cosas sobre Hugo, Geofredo y su búsqueda de las preciadas reliquias.

—¿Él es el Magus? —preguntó Leonor.

Imogenia sacudió la cabeza aturdida.

No sé a qué te refieres, pero estoy segura de que era él el jinete —susurró—. Estoy convencida de que es el responsable de la muerte de Anstritha, y de la de Roberto el Alguacil, que también sospechaba la verdad. Es tan duro, Leonor —jadeó—, tan cruel. Me quería muerta. Ya no me necesitaba para nada. En la batalla de hoy vi caer a Norberto, y fui a ayudarlo. Beltrán se deslizó tras de mí, muy rápido... —Imogenia tuvo un violento acceso de tos, su cuerpo se estremeció, sus ojos temblaron, y finalmente, se quedó inmóvil. Leonor la soltó, depositándola suavemente sobre el suelo. Se escucharon gritos y alaridos desde las murallas. Una masa en llamas se lanzó desde una catapulta, iluminando el cielo al estrellarse aparatosamente contra el suelo. Otras señales y sonidos se sucedieron.

—Señora-hermana, ¿qué podemos hacer?

—Debemos volver —declaró Leonor—. Debemos avisar a Hugo y a Geofredo; podemos recuperar los cuerpos mañana. Se santiguó y retrocedió a trompicones por el campo de batalla, tratando de no pensar en las horripilantes imágenes. Se sentía enferma y exhausta. Lentamente, los dos fueron subiendo la ladera que conducía hacia las hogueras de los centinelas. Una figura se movió abruptamente a su derecha, rápida como un lobo al acecho. Leonor la ignoró pero, en mitad de la polvorienta y rocosa ladera, una sombra se movió desde detrás de un arbusto y le bloqueó el paso. Exhausta, Leonor se sentó, tratando de ver a través de la oscuridad. Beltrán, con la cabeza oculta en una capucha y envuelto en su capa, se arrodilló ante ella, sujetando entre sus manos una ballesta Brabantine. Ante la luz sinuosa de la antorcha de Simeón, tenían un aspecto realmente siniestro, a pesar de su sonrisa. Por el modo despreocupado en que sujetaba la ballesta, parecía más sorprendido que suspicaz.

—Leonor, ¿de dónde vienes?

—Los he encontrado —jadeó—, a Norberto y a Imogenia.

—¿Estaban muertos los dos?

—¡Imogenia todavía no! —Leonor cerró los ojos y lanzó un gruñido ante el impulsivo comentario de Simeón—. ¡Tú la mataste! —continuó acaloradamente el escribano. Leonor se percató de la pasión que encerraban las palabras de Simeón, y se preguntó si él también se había quedado prendado por la bella judía. Beltrán

simplemente chasqueó los labios.

—*Miserere mei* —replicó—. Pensé que esa estúpida perra estaría muerta. Supongo que escucharías su última confesión, Leonor, pero ¿quién va a preocuparse por una judía?

—Yo —dijo Leonor, dejando de fingir—. Lo hago ahora, lo hice en el pasado y lo haré siempre. Que Dios te maldiga, Beltrán. Ella te amaba, pero tú la asesinaste porque ya no la necesitabas. Con la misma crueldad con la que asesinaste a Anstritha y a Roberto el Alguacil. Anstritha murió a manos de un misterioso jinete: tú. Roberto el Alguacil tropezó, borracho, en la oscuridad, y tú le ahogaste. Eres una serpiente del infierno, y has hecho el infierno un sitio peor desde que habitas en él. ¡No me permitas pasar!

—Me encantaría —replicó burlonamente—, ¡pero mañana todos podríamos estar en el infierno! Que Dios no lo permita, ¡la rueda de la fortuna sigue girando! Entiéndeme, Leonor, necesito a tu hermano mojigato y asesino. Quiero estar junto a él cuando encuentre ese tesoro oculto, si es que lo hace. Es cierto, usé a Imogenia para estar al tanto de tus asuntos. Pensé que terminaría por cansarse, pero se pegó a mí como una sanguijuela. Debía desaparecer.

—¿Y el conde Raimundo?

—Me resultó muy fácil incorporarme a su servicio. Los hombres como el conde siempre necesitan a su lado a gente como yo, servil, bien informado, dispuesto a obedecer todas sus órdenes. Algunas serpientes requieren de poca astucia. Ha sido muy fácil abrirse camino hacia ti —dijo, suspirando profundamente—. Todos estaban demasiado ocupados con el *Deus vult* de Urbano —continuó Beltrán entre risas—. ¡Todo el occidente franco se levantó para marchar hacia Jerusalén! Los tesoros de oriente caerían en sus manos. Mis asuntos comerciales saldrían perjudicados. Primero, mi estúpida hermana Anstritha huyó en busca de protección, después, tu hermano y su grupo, con sus múltiples visiones. Roberto el Alguacil sospechó que yo era el jinete, que no era quien decía ser. Se volvió cada vez más curioso sobre mis asuntos, así que le maté.

—¿Tú eres el Magus? ¿Tú fingías ser el Fedawi?

—Yo vendo reliquias a aquellos que son lo suficientemente estúpidos como para comprarlas, y sí, ¡tenía que proteger mis intereses! Recuperar el mapa de la estúpida de mi hermana. Lo dejé para demasiado tarde. Tu hermano lo cogió —Beltrán se encogió de hombros—. Le habrá hecho copias.

—¿Eres, pues, un espía?

—No profeso fe alguna, no juro lealtad a ningún señor. Me muevo entre los hombres. Me muevo de aquí para allá, tratando de sacar partido. Le cuento esto a una persona, esto a otra. Tan solo soy un comerciante en un mercado —agitó un brazo—. Mira a estos cretinos. Yo estoy aquí para buscar oro, la posibilidad real de hacerme rico con el rescate de un rey. Tales asuntos siempre entrañan riesgos. Pero, ¿y la gente de tu hermano? ¡Soñando con milagros, mitos y fantasías! Sin recompensa en esta

vida, ¿y después de la muerte? No existen las luces que tú o él anheláis, tan solo una profunda oscuridad, la oscuridad de la nada.

Leonor escuchó un sonido detrás de Beltrán. Trató de calmarse. Debía retrasarle, entretenerle, mientras buscaba una oportunidad.

—Eres un espía —dijo con aspereza—. Vendes información, ya sea a los bizantinos o a los turcos. Seguro que te fue fácil, durante el asedio de Antioquía, deslizarte hacia el exterior del campamento para reunirte con las patrullas enemigas y ofrecerles información. Baldur, claro que sí, ¿le conoces? ¡Desde luego, él sabía de ti! Nos dijo un acertijo, pensando en tu nombre. Tiró su cinturón al suelo y le dijo veladamente a Teodoro que te colgara con él. ¡Terminarás colgado!

—No lo creo.

—Eres el jinete, el Magus, el Fedawi —continuó desesperadamente Leonor—. Aprovechabas la confusión de la batalla para moverte libremente de un lado para otro, disfrazándote de uno u otro bando. Te valiste de tu posición con el conde Raimundo para sugerir que el espía era miembro de la compañía de mi hermano —dijo, con una risa lacónica—. Por una vez dijiste la verdad: había un espía, tú, ¡pero el conde Raimundo jamás lo sospechó!

—Un comerciante se mueve de un sitio a otro...

—¡Tú eres un asesino!

—*Negotium auri*, Leonor, el negocio del oro.

—¿Y ahora, qué?

—Os escuché mientras regresabais. Me preguntaba si Imogenia estaba muerta. No podía correr riesgos —Beltrán se arrodilló y alzó la ballesta—. Tu estúpido escribiente va a ser el responsable de vuestras muertes.

—¿Bertrán? —el susurro se alzó entre las sombras.

Beltrán se giró. El zumbido de una flecha cruzó el aire, alcanzándole de lleno en la cara, haciéndole trizas la piel y astillando los huesos. Una figura surgió entre la penumbra. La hoja de un cuchillo resplandeció antes de hundirse en la garganta de Beltrán. El moribundo profirió un profundo suspiro y cayó de bruces sobre el mugriento suelo. Teodoro salió hacia la luz. Se arrodilló, agarró a Beltrán por el pelo, alzó su cabeza y después la soltó.

—Os escuché susurrando en la tienda —comenzó Teodoro, hincando una rodilla en tierra y mirando a Leonor—, y entonces, os fuisteis —torció el gesto con una mueca cómica—. Simeón, refunfuñas como una cerda vieja. Pensé en acompañaros, pero me sentía exhausto. Me había acomodado para dormir cuando él... —Teodoro hizo un gesto hacia el cadáver, que yacía sobre un charco de sangre— comenzó a moverse demasiado rápido para una persona supuestamente cansada. Olía algo extraño.

—¿Siempre sospechaste de él? —preguntó Leonor, poniéndose torpemente en pie.

—Sí y no —murmuró Teodoro—. Beltrán era un enigma. Cometía errores,

pequeños deslices, inconsistencias. Como el otro día, cuando demostró saber más del gobernador de Jerusalén y de las tropas etíopes de lo que supuestamente debería. Estaba más que dispuesto a unirse al Portal del Templo, pero Hugo y Geofredo se oponían a su relación con Imogenia. ¿Un espía? —el griego se encogió de hombros—. ¡Quizá! Hasta la batalla de Antioquía, cualquiera de nosotros, como bien sabemos los tres —dijo, esbozando una sonrisa— podía moverse de un ejército a otro. También estaba el asunto de los Fedawi —Teodoro descansó el peso de la ballesta sobre su hombro—. Me resultaba difícil aceptar que se encontraran entre nosotros, tan alejados de sus castillos y tan cerca de nosotros —sacudió la cabeza y extendió una mano—. Vamos, dejemos que los muertos entierren a los muertos. ¡Mañana, solo Dios sabe si nos uniremos a ellos!

Con la primera luz del día 15 de julio del año de Nuestro Señor de 1099, Godofredo de Bouillon y Raimundo de Toulouse lanzaron sus ejércitos contra las murallas de Jerusalén. Un bonito amanecer, como Leonor de Payens escribió en su crónica, cuya serenidad pronto se rompió por el crujir de las cuerdas tensadas, los insultos de los hombres, el chirriar de las enormes ruedas y el sobrecogedor silbido de los feroces proyectiles, piedras, flechas y amasijos en llamas. El estrépito de los golpes y crujidos atravesaba el viento, mientras se incrementaba la intensidad de la batalla. Godofredo de Bouillon, con su estandarte de la cruz dorada completamente desplegado, ordenó el avance de su gran torre. Los defensores de Jerusalén acercaron a las almenas sus mangoneles y hondas, y arrojaron a los atacantes madejas de madera incandescente, rociadas con aceite y grasa. Comenzó una carrera mortal; así es como Leonor lo describió en su crónica: los francos, desesperados por acercarse a su torre; los turcos y los sarracenos, decididos a quemarla antes de que los sitiadores pudieran alcanzar la muralla. Una densa columna de humo se alzó sobre la torre, atravesada solo por los proyectiles. En una ocasión, Godofredo de Bouillon estuvo muy cerca de la muerte. Una piedra, lanzada desde una catapulta, golpeó de lleno a un escudero que permanecía junto a él; el cráneo de aquel hombre se rompió en pedazos, el cuello se le quebró y murió al instante. Godofredo, que había sorteado aquella muerte cercana, respondió ferozmente, usando su arco contra los defensores.

La torre se abrió paso a través de la brecha de la muralla exterior, acercándose cada vez más a la muralla principal. La parte alta de la torre amenazaba con pasar por encima de las almenas de Jerusalén. Los arqueros y honderos francos aliviaban incansablemente su mortal carga de piedras y flechas. Los defensores respondieron con fuego, pero la torre estaba protegida con grandes paneles cubiertos de pieles resbaladizas. Los amasijos en llamas y antorchas golpeaban contra ellas y se deslizaban hasta el suelo. Los defensores trajeron recipientes de fuego griego, que se vertió abundantemente, pero el exterior de la torre y los parapetos de cuero se habían rociado con vinagre. La torre siguió abriéndose paso. A cada lado de ella, los

arqueros disparaban flechas con puntas envueltas en algodón ardiendo. Los dardos en llamas hicieron blanco en las defensas de madera, sacos de paja y cuerdas impregnadas de aceite que los sarracenos y turcos habían colocado para proteger la muralla de los arietes. El fuego forzó a los defensores a salir de sus parapetos y refugios. Las escalas comenzaban a apoyarse contra la muralla cuando Tancredo y una tropa de caballeros se dirigieron a tratar de tomar la puerta de San Esteban.

Los defensores estaban desconcertados por los fuegos que se extendían por las almenas; el denso humo y los vapores ácidos les bloqueaban la vista y sembraban el desconcierto. El Portal del Templo apoyó su escalera, y uno de los suyos, Letoldo de Touraine, puso el pie sobre las almenas; fue el primer caballero en entrar en Jerusalén. La torre se aproximaba cada vez más. Godofredo de Bouillon avistó dos grandes vigas que los turcos habían dispuesto para impedir el acercamiento de la torre. Se apresuró a cortar la cuerda de uno de los parapetos cubiertos de piel, que cayó pesadamente sobre las vigas, haciendo así las veces de improvisado puente levadizo. Godofredo avanzó por él, seguido de cerca por sus hombres que, espadas al viento, luchaban como demonios a través del humo negro. La brecha abierta sobre la muralla cayó y fue tomada al asalto. La torre continuó su avance. En la muralla, las tres brujas, y los esclavos que las sujetaban, recibieron una lluvia de piedras que los transformó en una masa sanguinolenta. La torre se apoyaba ahora sobre las murallas de Jerusalén. El puente levadizo cayó. Cientos de soldados subieron hasta las almenas para unirse a Godofredo. Los defensores huían, presas del pánico. El colapso se hizo general. Los guerreros de las guarniciones de la puerta de Herodes, la de San Esteban y otras, a lo largo del Monte Sión, huyeron despavoridos. Se forzaron las entradas y se colaron por ella los francos, esparciéndose por la ciudad como un río desbordado de venganza, inundando calles, plazas y callejones. ¡Guerra sin cuartel! No había piedad para sus enemigos, tan solo imperaba el cruel lenguaje de la espada para hombres, mujeres y niños.

Los francos se desplegaron como labriegos que recolectaran su sangrienta cosecha. Varios grupos de turcos y sarracenos organizaron su última tentativa de resistencia, los arqueros continuaron un tiempo tensando sus arcos desde los tejados, pero todo había acabado. El gobernador, acompañado por el resto de su caballería egipcia, huyó hacia la torre de David, y se encerró en ella. Los francos cayeron sobre la ciudad como vivas encarnaciones del ángel de la muerte, como una negra sombra de furia asesina. Las calles, plazas, casas y jardines se poblaron de cadáveres ensangrentados de hombres, mujeres y niños. Las hachas y las espadas siguieron golpeando sin piedad, hasta que las fuentes y las blancas paredes se tiñeron de rojo. Algunos esperaron encontrar asilo en las mezquitas, pero fue en vano. Los francos alcanzaron la plaza del Santo Sepulcro, donde se concentraba la mayor masa de gente. Avanzaron hacia ellos, espadas y hachas en mano, pero sus supuestas víctimas se apresuraron a arrodillarse y a persignarse, y comenzaron a cantar la oración de misericordia de la misa: «*Kyrie Eleison, Christe Eleison*», «Señor, ten piedad, Cristo,

ten piedad». Los francos envainaron sus armas y, tras tocar las cabezas de aquellos cristianos armenios, siguieron buscando sus auténticas presas. Entraron en el cercado del gran templo, donde multitud de turcos y sarracenos se concentraban para ofrecer su rendición. No fue aceptada. Cuando acabó la matanza, los hombres comenzaron a retirarse, caminando sobre charcos de sangre que chapoteaban por debajo de las rodillas, manchando los arneses de sus caballos.

Alrededor de la puesta de sol, los francos acabaron con su matanza. Se habían saciado de su orgía de carne y sangre, cual manada de lobos tras la cacería. Seguidamente, se quitaron las armaduras, se vistieron con camisones y caminaron descalzos hacia la iglesia del Santo Sepulcro, para dar gracias al Señor. Atravesaron pilas de cabezas y miembros amputados, sorteando una maraña de cuerpos inertes mientras cantaban sus salmos e himnos. Cumplieron con el culto y se retiraron a pasar la noche.

Mientras tanto, el Portal del Templo recorría apresuradamente los siniestros pasadizos que serpenteaban bajo la Cúpula de la Roca. Hugo de Payens y Geofredo de San Omer habían sobrevivido, y se habían entregado activamente a su búsqueda. Los Fedawi habían huido o muerto durante la masacre, así que se dedicaron a forzar puertas y a levantar trampillas de hierro oxidado, hasta que encontraron sus tesoros. Se movieron con rapidez y precisión durante toda esa noche y al día siguiente, cuando comenzó de nuevo la masacre sobre la ciudad. No se mostró el menor signo de piedad. Este era el trabajo de Dios, argüían los francos: sus enemigos se habían burlado de ellos, les habían humillado y habían usado toda suerte de malas artes; esto solo podía purgarse con el derramamiento de sangre. Algunos supervivientes se subieron al tejado plano de la mezquita de Al-Aqsa; Tancredo les ofreció su protección, incluso bajo su propio estandarte, pero los asesinos le ignoraron, entrando en masa en el tejado y masacrando a los trescientos supervivientes.

Mientras el humo se elevaba como una gran nube negra sobre la ciudad, que apestaba a carnicería, Hugo y Geofredo recorrían los estrechos pasadizos bajo la Cúpula de la Roca para rescatar el tesoro secreto, escondido en las cámaras donde el gran Salomón acomodó una vez a sus caballos. Bajo la tenue luz de los candiles y antorchas, contemplaron la Sagrada Sábana que una vez cubrió el rostro del Señor. Se pusieron de rodillas para adorarla, y repitieron sus solemnes votos: reinados, príncipes y poderosos ejércitos pueden recorrer las calles de la Ciudad Santa. Vendrán y se marcharán, no serán más que una brizna de hierba en el prado; pero el Portal del Templo, la Casa del Templo, los templarios, reforzarán sus raíces y crecerán hasta hacerse tan magníficos como el cedro del Líbano...

Bajo la toldilla de su destartalada tienda, en una colina sobre la que se divisaba la ciudad de Jerusalén, Leonor de Payens descansaba sentada sobre un taburete, pasando las cuentas de su rosario con sus sucios dedos. Teodoro, manchado de sangre y oliendo a fuego y a madera quemada, se arrodilló junto a ella. Se había desprendido de su cota de malla y de sus polainas de cuero. Levantó un pellejo de vino, le ofreció

un brindis a Leonor y tomó un sorbo.

—La ciudad de Jerusalén ha caído —dijo, limpiándose los labios con el dorso de la mano—. Tu hermano, con la ayuda de los mapas que ha ido recopilando, ha hallado su tesoro oculto. Reliquias, Leonor, tejidos de lino con impresiones del cuerpo y rostro de nuestro Salvador, documentos, artefactos, piedras preciosas, plata y oro. Él y Geofredo...

—¿Se encuentran bien?

—¡Fuertes como leones! Han sufrido bajas en su compañía.

—¿Han participado en la masacre?

—¡Señora! —Simeón, que estaba sentado tras Leonor, se incorporó bruscamente—. Señora-hermana —susurró—, dejadlo ya.

—¡Sí, lo haré! —respondió severamente.

—¿Vas a entrar en la ciudad? —preguntó Teodoro—. Hugo y Geofredo están esperando. Le han dado gracias a Dios, han...

Su voz se apagó al contemplar el gesto en el rostro de Leonor.

—Les he contado lo de Beltrán.

—¿Y?

Teodoro le tendió la mano.

—Le veían como a un pobre diablo, nada más. Leonor, ¿quieres venir?

—He viajado miles de kilómetros —murmuró, cerrando y abriendo los ojos—. Pensé que bailarían ante la puerta de Jerusalén, pero ahora que estoy aquí, no quiero entrar en la Ciudad Sagrada. No quiero ver más cabezas cortadas, ni murallas teñidas de sangre —desvió la mirada hacia las nubes de humo negro que surgían de la ciudad—. Aquí, Teodoro —dijo, con la mano apoyada firmemente en su seno—, aquí está Jerusalén. Aquí —se inclinó hacia delante y se acarició la mejilla—, aquí está el rostro de Cristo. Aquí —continuó, golpeándose el pecho— está la auténtica religión. Allí —gesticuló con la mano—, en un cobertizo de paredes encaladas y tomadas por la madreselva, está el paraíso —dejó a un lado el rosario, se enfundó la capa y se puso en pie—. ¿Y Alberico?

—Ha luchado como un bravo guerrero. Está herido, pero bien.

Leonor sonrió y extendió la mano.

—Ven, busquemos a Norberto y a Imogenia y démosle un entierro honorable —hizo un gesto hacia la caja de madera tallada que permanecía junto a su banco, la que había atesorado Imogenia durante tanto tiempo—. Por el amor de Dios, Teodoro, y por tu amor hacia mí, lleva esto a la ciudad. Entiérrala muy hondo en arena negra, debajo de algún ciprés —una bella sonrisa apareció en su rostro—. Después, vuelve conmigo, y buscaremos nuestro propio Jerusalén.

FIN

NOTA DEL AUTOR

El templario se basa únicamente en relatos de testigos presenciales, recopilados en un libro espléndido: *The First Crusade. The Accounts of Eye Witnesses and Participants*, A. C. Krey (Princeton, 1921). Una buena selección moderna de relatos puede encontrarse en el libro *God's War*, Christopher Tyerman (Alien Lane, 2006). El punto de vista de los bizantinos queda claramente reflejado en *The Alexiad of Anna Comnena*, E.R.A. Sewte (Penguin, 1979); y el del Islam en *The Damascus Chronicle of the Crusade*, H.A.R. Gibb (Dover Publications, 2002). En cuanto al robo de las sagradas reliquias y las acciones de hombres como el Magus, recomiendo *Furta Sancta, Thefts of relics in the Central Middle Ages*, Patrick Geary (Princeton, 1978). Las reliquias de la pasión de Cristo han sido el objeto central de muchos libros, pero invito a consultar *The Blood and the Shroud*, Ian Wilson (Weidenfeld & Nicolson, 1998).

La primera Cruzada fue un fenómeno que, aún hoy día, sigue sujeto a debate. El discurso del papa Urbano nos llega a través de algunos testimonios de testigos directos, pero su efecto a lo largo de Europa fue electrizante. La composición de la Cruzada se describe fielmente en esta novela. Había tantas razones para unirse a ella como participantes en el peregrinaje, desde los idealistas hasta los más depravados y crueles. Sin embargo, lo realmente fascinante es el increíble coraje y resistencia que mostraron los participantes. La ferocidad de las batallas y las masacres que las seguían dan al traste con cualquier teoría acerca de una guerra justa, o santa. En cierto sentido, las Cruzadas fueron una guerra total, donde no se tomaban prisioneros y la destrucción total del enemigo se convertía en objetivo militar primordial. Desde luego, ciertos misterios quedan pendientes de aclarar. No queda demasiado clara la razón del ataque de los bizantinos sobre el ejército de Raimundo de Toulouse, cerca de Radosto; pero, teniendo en cuenta la rapiña emprendida por algunos de sus seguidores, la razón que se ofrece en este libro puede ser tan válida como cualquier otra. El Magus y los Fedawi son figuras históricas, mientras que el hallazgo de la sagrada lanza y su impacto psicológico sobre el ejército franco es, en mi opinión, uno de los ejemplos más brillantes de propaganda en la historia de la guerra. Firuz intervino en la traición de Antioquía, y muchas crónicas la atribuyen al resultado de un resentimiento con una mujer. Aparentemente, Firuz desaparece de la historia, pero su hermano fue asesinado en el primer baño de sangre. El avance del ejército de Khebogha sobre Antioquía sucedió tal como lo he descrito. Según mi opinión, fue víctima de un engaño. Según muchos relatos, ¡aún seguía jugando al ajedrez cuando el ejército franco se desplegó!

Para finalizar, los templarios. El origen de los templarios, según todos los relatos, estuvo unido a Hugo de Payens y a Geofredo de San Omer. La Orden se fundó algunos años después de la toma de Jerusalén, y tomó gran fuerza en Europa Occidental hasta su destrucción, a cargo de Felipe V de Francia, entre 1307 y 1314. Uno de los relatos más antiguos es el de Guillermo de Tyre en su *Historia*, en el que habla de ellos como «devotos de Dios». Desde mi punto de vista, Guillermo se refiere a la Orden en su estado primitivo. En muchos aspectos, los templarios eran unos adelantados a su tiempo. Poseían un estricto código, y resulta interesante que en su primer estatuto, confirmado en el Concilio de Troya, se haga una referencia explícita, en la sección 53, de la «paralización de la aceptación de hermanas». Prueba suficiente de que, en una época lejana, en su historia más antigua, las mujeres eran aceptadas como miembros de tan misteriosa Orden.

Paul Doherty

Abril de 2007

Página web: www.paulcdoherty.com



PAUL C. DOHERTY (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.